

# ALICE MUNRO

*la vista desde*

## Castle Rock



se

En estos relatos más personales que los escritos anteriormente, Alice Munro reconstruye la historia de su familia de forma magnífica.

Un niño es llevado a Castle Rock en Edimburgo, donde su padre le asegura que un día de buena visibilidad se puede ver América, y él alcanza a ver el sueño de su padre. En los relatos posteriores, al hacerse realidad el sueño, dos cuñadas experimentan pasiones muy distintas en la larga travesía al Nuevo Mundo; un bebé se pierde y vuelve a aparecer como por arte de magia en el viaje desde Illinois a la frontera canadiense.

Otros relatos se suceden en el territorio más cercano a Munro, los pueblos y los campos alrededor del lago Huron, donde asoma el pasado en el presente como las huellas del paso de un glaciar en el paisaje; poderosas emociones se agitan bajo la superficie de los vaivenes cotidianos. El primer amor florece bajo el manzano mientras una pasión más intensa se presenta en el establo. Una chica contratada como empleada doméstica en verano, incómoda por su «lugar» en el elegante mundo veraniego al que ha llegado, experimenta una transformación gracias al perspicaz regalo de despedida de su jefe. Un padre cuyas iniciales expectativas de éxito en la cría de zorros se ven frustradas encuentra un extraño consuelo en un trabajo nocturno rutinario en una fundición. Una chica lista huye de su pueblo para ir a la universidad y casarse.

Evocadores, inesperados, cautivadores, con gancho, estos relatos reflejan la profundidad y la riqueza de la experiencia de la autora. La vista desde Castle Rock es una maravillosa obra de una de las mejores escritoras de nuestro tiempo.



Alice Munro

# **La vista desde Castle Rock**

**ePub r1.0**  
**nalass 10.11.13**

Título original: *The view from Castle Rock*  
Alice Munro, 2006  
Traducción: Isabel Ferrer & Carlos Milla

Editor digital: nalasss  
ePub base r1.0



*Dedicado a Douglas Gibson,  
que me ha brindado su apoyo en muchos de mis empeños,  
y cuyo entusiasmo por este libro en particular  
incluso lo ha empujado a merodear por el camposanto  
de Ettrick Kirk, probablemente bajo la lluvia.*

## PRÓLOGO

Hace unos diez o doce años, empecé a sentir un interés no meramente fortuito por la historia de una rama de mi familia, la Laidlaw. Era mucha la información en torno a ellos; en realidad, no era normal que hubiera tanta, teniendo en cuenta que no fueron personas destacadas ni prósperas, y que vivieron en el valle de Ettrick, descrito como una región *sin ventajas* por el Registro Escocés de Estadística (1799). Pasé unos meses en Escocia, cerca del valle de Ettrick, lo que me permitió buscar sus nombres en los libros de historia local de las bibliotecas públicas de Selkirk y Galashiels y descubrir lo que contó James Hogg sobre ellos en *Blackwoods Magazine*. La madre de Hogg era una Laidlaw, y él llevó a Walter Scott a verla cuando éste reunía baladas para *The Minstrelsy of the Scottish Border* [Cancionero de la frontera escocesa]. (Ella le proporcionó unas cuantas, aunque después, al verlas impresas, se lo tomó a mal). Y yo tuve suerte, ya que, por lo visto, en cada generación de la familia hubo un aficionado a escribir cartas largas, directas y a veces escandalosas, y a trasladar al papel minuciosos recuerdos. Escocia, recordemos, es el país donde John Knox decidió que los niños debían aprender a leer y escribir, en escuelas de pueblo o cualquier cosa que se les pareciese, para que todo el mundo pudiera leer la Biblia.

Y no acaba aquí la cosa.

En el transcurso de los años reuní todo este material que, casi sin darme cuenta, empezó a cobrar forma por sí solo, aquí y allá, para convertirse en relatos o algo por el estilo. Algunos de los personajes cobraron vida a partir de sus propias palabras; otros, surgieron de determinadas situaciones. Sus palabras y las mías, una curiosa recreación de vidas, en un entorno concreto tan verídico como puede llegar a ser nuestro concepto del pasado.

Durante esos años también escribí una serie de relatos, que no se han incluido en los libros de ficción que publiqué a intervalos regulares. ¿Por qué no? Me pareció que no tenían cabida. No eran autobiográficos, aunque estaban más cerca de mi propia vida que los otros que había escrito, incluso que aquellos que escribí en primera persona. Me inspiré en información familiar en otros relatos escritos en primera persona, pero luego hice lo que me vino en gana con el material. Porque mi principal objetivo era construir una historia. En los que no incorporé expresamente la información recabada. Hacía algo más cercano a la autobiografía: explorar una vida, mi propia vida, pero no de un modo preciso o riguroso. Me situaba en el centro de ella y escribía sobre esa identidad, de forma tan escrutadora como me era posible. Pero los personajes en torno a esa identidad cobraron vida y color propios e hicieron cosas que no habían hecho en realidad. Se incorporaron al Ejército de Salvación, revelaron que en otro tiempo habían vivido en Chicago.

Uno se electrocutó; otro, disparó un arma en un establo lleno de caballos. De hecho, algunos de estos personajes se han alejado tanto de sus orígenes que ya no recuerdo quiénes fueron al principio.

Esto es un conjunto de *relatos*.

Podría decirse que estos relatos conceden más importancia a la verdad de una vida de lo que suele hacer la ficción. Pero no tanta como para dar fe de ella. El relato que podría calificarse de historia familiar se ha desarrollado y convertido en ficción, siempre dentro del marco de una historia auténtica. Y al evolucionar, las dos corrientes se han aproximado tanto que han acabado confluyendo en un solo cauce, como ocurre en este libro.

PRIMERA PARTE

SIN VENTAJAS



## SIN VENTAJAS

Ésta es una parroquia sin ventajas. En los montes, la tierra es, en muchos sitios, musgosa y no sirve para nada. En general, el aire es húmedo debido a que la altura de los montes atrae continuamente las nubes, y al vapor que exhala el suelo musgoso... El mercado más cercano está ubicado en un pueblo a veinticinco kilómetros y las carreteras son, de tan profundas, casi intransitables. La nieve también es a veces un gran inconveniente; a menudo, no tenemos trato con el resto de la especie humana durante meses. Y una gran desventaja es la ausencia de puentes, por lo que las crecidas de los ríos obstaculizan el paso de los viajeros... Los únicos cultivos son la cebada y las patatas. Nunca se ha intentado sembrar trigo, centeno, nabos ni coles...

En esta parroquia hay diez hacendados: ninguno de ellos reside en la zona.

Aportación del pastor de la parroquia de Ettrick,  
en el condado de Selkirk, al Registro  
Escocés de Estadística, 1799.

El valle de Ettrick se encuentra a unos ochenta y cinco kilómetros al sur de Edimburgo, y a unos cuarenta y cinco kilómetros al norte de la frontera con Inglaterra, que discurre cerca de la muralla construida por Adriano para impedir la entrada a las hordas bárbaras del norte. Durante el reinado de Antonino, los romanos conquistaron más territorio, y construyeron una línea fortificada entre los estuarios de Clyde y Forth, pero eso no duró mucho. En la franja de tierra entre las dos murallas habita desde hace mucho tiempo una mezcla de pueblos: celtas, algunos de ellos procedentes de Irlanda y llamados escotos; asimismo, anglosajones del sur, escandinavos del otro lado del mar del Norte y posiblemente también un último remanente de pictos.

La granja donde vivió mi familia en el valle de Ettrick durante un tiempo, en tierras altas y pedregosas, se llamaba Far-Hope. La palabra «*hope*», tal y como se empleaba en la geografía local, es una palabra antigua, escandinava (porque en esa parte del país, como cabría esperar, las palabras escandinavas, anglosajonas y gaélicas se mezclaban con el bretón antiguo, indicio de la anterior presencia galesa). «*Hope*» significa «bahía», no una bahía llena de agua, sino de tierra, rodeada en parte de montes altos y desnudos, las montañas cercanas a las Tierras Altas del Sur. El Black Knowe, el Bodesbeck Law, el Ettrick Pen: he aquí los tres grandes picos, con la palabra «monte» en tres idiomas. Ahora se está llevando a cabo la repoblación forestal de algunos de estos montes, con píceas de Sitka, pero en los siglos XVII y XVIII debían de estar desnudos, o prácticamente desnudos: el gran bosque de Ettrick, el coto de caza de los reyes de Escocia, había sido talado y convertido en tierras de pastoreo o brezales un siglo o dos antes.

Los cerros por encima de Far-Hope, situada justo al fondo del valle, constituyen la columna

vertebral de Escocia, señalando la división entre las aguas que discurren hacia el oeste hasta el estrecho de Solway y el océano Atlántico y las que discurren hacia el este hasta el mar del Norte. A menos de quince kilómetros al norte se encuentra la cascada más famosa del país, la Cola de Yegua Gris. A ocho kilómetros de Moffat, que era el pueblo donde estaba el mercado de quienes vivían en el extremo del valle, está el Abrevadero del Buey del Diablo, una gran hendidura en los montes donde, según se creía, se escondía el ganado robado, es decir, ganado inglés, sustraído por los cuatrerros en el anárquico siglo XVI. En la parte inferior del valle de Ettrick estaba Aikwood, el pueblo natal de Michael Scott, el filósofo y mago de los siglos XII y XIII que aparece en el *Inferno* de Dante. Y por si no bastara con eso, según cuentan, William Wallace, el héroe guerrillero de los escoceses, se ocultó aquí de los ingleses, y corre la leyenda de que Merlín — nada menos que Merlín— fue perseguido y asesinado en el antiguo bosque por pastores de Ettrick.

(Por lo que yo sé, mis antepasados, generación tras generación, fueron pastores de Ettrick. Puede que parezca extraño dar empleo a pastores en un bosque, pero, por lo visto, en muchos lugares los bosques de caza eran cotos abiertos).

Con todo, el valle me decepcionó la primera vez que lo vi. Suele suceder con los lugares que uno ha construido en su imaginación. Era a principios de la primavera, y los montes presentaban un color marrón, o una especie de marrón violáceo, recordándome los montes de los alrededores de Calgary. Las aguas del Ettrick Water bajaban impetuosas y cristalinas, pero el río no era ni la mitad de ancho que el Maitland, que pasa junto a la granja donde me crié, en Ontario. Los círculos de piedra que en un primer momento tomé por interesantes vestigios del culto celta eran demasiado numerosos y estaban tan bien conservados que no podían ser más que prácticos rediles de ovejas.

Viajaba sola, y había llegado desde Selkirk en el autobús que habían puesto dos veces por semana a disposición de quienes volvían de hacer la compra en el mercado. No me llevó más allá del puente de Ettrick y, al llegar, deambulé por allí, esperando al cartero. Me habían dicho que él me acompañaría valle arriba. La principal atracción del puente de Ettrick era un cartel sobre una tienda cerrada que anunciaba Silk Cut. Yo no tenía la menor idea de qué era aquello. Resultó ser una conocida marca de tabaco.

Al cabo de un rato, apareció el cartero y me llevó en coche a la iglesia de Ettrick. Para entonces había empezado a llover torrencialmente. La iglesia estaba cerrada. También me decepcionó. Construida en 1824, no era comparable, en lo que se refiere a su aspecto histórico y su austeridad, a las iglesias que ya había visto en Escocia. Me sentí fuera de lugar, ajena a ese mundo, y además tenía frío. Me acurruqué junto al muro hasta que la lluvia amainó, y entonces exploré el camposanto, donde la larga hierba mojada me empapó las piernas.

Allí encontré, primero, la lápida de William Laidlaw, mi antepasado directo, nacido a finales del siglo XVII y conocido como Will O'Phaup, que adquirió, al menos en el ámbito local, el esplendor propio de un mito, justo en la última etapa de la historia —es decir, de la historia de las islas Británicas— en que eso era posible. La misma lápida lleva los nombres de su hija Margaret Laidlaw Hogg, la que reprendió a sir Walter Scott, y de Robert Hogg, el marido de ésta y arrendatario de Ettrickhall. Luego, justo al lado, vi la lápida del escritor James Hogg, su hijo, y nieto de Will O'Phaup. Lo llamaban El Pastor de Ettrick. Y no lejos estaba la del reverendo

Thomas Boston, en su día famoso en toda Escocia por sus libros y sermones, aunque la fama no le procuró una parroquia más importante.

También, entre otros varios Laidlaw, se levantaba una lápida con el nombre de Robert Laidlaw, que murió en Hopehouse el 29 de enero de 1800 a los setenta y dos años. Hijo de Will, hermano de Margaret, tío de James, que probablemente nunca supo que se lo recordaría por sus lazos con estos otros, como tampoco sabría la fecha de su propia muerte.

Mi tataratatarabuelo.

Mientras leía estas inscripciones, empezó a llover un poco y pensé que más me valía ponerme en marcha y regresar a pie a Tushielaw, donde debía coger el autobús escolar para volver a Selkirk. No debía entretenerme, porque el autobús podía llegar antes de hora y la lluvia arreciar.

Me asaltó una sensación conocida, supongo, para muchas personas cuya larga historia se remonta a un país muy lejano del lugar donde se criaron. Yo era una ingenua norteamericana, a pesar de mi bagaje. El pasado y el presente unidos aquí creaban una realidad que era corriente y, sin embargo, más perturbadora de lo que había imaginado.

#### HOMBRES DE ETTRICK

##### *Will O'Phaup*

Aquí yace William Laidlaw, el afamado Will O'Phaup, quien por sus hazañas de desenfreno, de agilidad y fuerza, no tuvo igual en sus días...

Epitafio compuesto por su nieto, James Hogg, en la lápida  
de Will O'Phaup en el camposanto de Ettrick.

Su nombre era William Laidlaw, pero se apodaba Will O'Phaup, siendo Phaup simplemente la versión local de Far-Hope, el nombre de la granja que ocupó al fondo del valle de Ettrick. Al parecer, Far-Hope llevaba años abandonada cuando Will la habitó. Es decir, la casa había estado abandonada porque se hallaba a gran altura al final del remoto valle y padecía lo peor de las tormentas periódicas de invierno y las famosas nevadas. Hasta hace poco se decía que la casa de Potburn, situada más abajo, era la vivienda habitada a mayor altura de toda Escocia. Ahora está vacía, excepto por los gorriones y los pinzones que revolotean alrededor de las dependencias.

Will no debió de ser el dueño de las tierras, ni siquiera el arrendatario; debió de alquilar la casa o recibirla como parte de su sueldo de pastor. No era la prosperidad material lo que él perseguía.

Sólo perseguía la gloria.

No era natural del valle, aunque allí había Laidlaws, y los había desde que empezó a guardarse registro. El primer hombre con ese apellido que encontré aparece en los archivos judiciales del siglo XIII, y se lo acusaba de asesinar a otro Laidlaw. En aquellos tiempos no existían las cárceles. Sólo mazmorras, sobre todo para las clases altas, o para personas de cierta importancia política que habían caído en desgracia ante sus soberanos, y ejecuciones sumarias, pero éstas tenían lugar

básicamente en momentos de gran agitación, como durante las incursiones fronterizas del siglo XVI, cuando un merodeador podía ser ahorcado en la puerta de su casa, o linchado en la plaza de Selkirk, como les sucedió a dieciséis cuatros, todos con el mismo apellido —Elliott—, y todos castigados el mismo día. Mi pariente salió del paso con una multa.

Se decía que Will era «uno de los viejos Laidlaw de Craik», sobre los cuales no he podido averiguar nada, salvo que Craik es un pueblo prácticamente desaparecido en una vía romana desaparecida por completo, en un valle al sur de Ettrick no muy lejano. De adolescente, debió de cruzar los montes en busca de trabajo. Había nacido en 1695, cuando Escocia era aún un país independiente, si bien compartía monarca con Inglaterra. Debía de ser un niño de doce años en el momento de la controvertida unión, un joven en el momento de la amarga y frustrada rebelión jacobita de 1715 y un hombre maduro en el momento de la batalla de Culloden. Es imposible conocer su opinión sobre estos acontecimientos. Tengo la sensación de que vivió en un mundo todavía remoto y aislado, anclado aún en su propia mitología y prodigios locales. Y él era uno de éstos.

La primera anécdota que se conoce de Will hace referencia a sus proezas de corredor. Lo primero que hizo en el valle de Ettrick fue trabajar de pastor para un tal señor Anderson, y este señor Anderson había contado que Will, cuando quería coger una oveja, corría derecho hacia ella, sin rodearla. Sabía, pues, que Will era un gran corredor, y cuando un campeón de las carreras inglés llegó al valle, el señor Anderson apostó una gran suma de dinero a que Will lo ganaría. El inglés se burló, sus seguidores se burlaron, y Will venció. El señor Anderson se embolsó un buen montón de monedas y Will, por su parte, recibió un abrigo de tela gris y unos calzones.

«Bien está», dijo, ya que para él el abrigo y los calzones significaban lo mismo que todo aquel dinero para un hombre como el señor Anderson.

Ésta es una anécdota clásica. De pequeña oí versiones de ella —con nombres distintos, hazañas distintas— en el condado de Huron, en Ontario. Llega un forastero muy famoso, alardeando de sus aptitudes, y lo derrota el campeón del pueblo, un hombre sencillo que ni siquiera está interesado en la recompensa.

Estos elementos reaparecen en otra de las primeras anécdotas, según la cual Will cruza los montes hasta el pueblo de Moffat por un recado, sin saber que es día de feria, y lo enredan para participar en una carrera pública. No va vestido para la ocasión y mientras corre se le caen las rústicas calzas. Él las deja caer, las aparta de un puntapié y sigue corriendo sin nada más que la camisa, y gana. Se organiza un gran revuelo y lo invitan a cenar en la taberna con caballeros y damas. Para entonces ya se habría vuelto a poner las calzas, pero se sonroja de todos modos y no acepta la invitación, aduciendo que siente vergüenza delante de tales *señoras*.

Quizá fuera así, pero naturalmente el aprecio por parte de las *señoras* hacia el joven atleta tan bien dotado es el aspecto escandaloso y cómico de la anécdota.

Will se casa en algún momento; se casa con una mujer llamada Bessie Scott y forman una familia. Durante esta etapa el joven héroe se convierte en un hombre mortal, aunque todavía nos deparará gestas gloriosas. Un lugar concreto del río Ettrick se convierte en el Brinco de Will para

conmemorar el salto que dio al ir en busca de ayuda o medicamentos para un enfermo. Ninguna gesta, no obstante, le reportó dinero, y las presiones para ganarse la vida y mantener a su familia, unidas a un temperamento jovial, parecen haberlo convertido en contrabandista por temporadas. Su casa está bien situada para recibir el alcohol que entraba bajo mano a través de los montes desde Moffat. Por asombroso que parezca, no se trata de whisky, sino de coñac francés, sin duda introducido ilegalmente en el país por el estuario de Solway, como siguió ocurriendo pese a los esfuerzos de Robert Burns, poeta y recaudador de impuestos, a finales de siglo. Phaup adquiere fama por alguna que otra juerga o al menos por su extrema sociabilidad. El nombre del héroe representa aún el comportamiento honorable, la fuerza y la generosidad, pero no ya la sobriedad.

Bessie Scott muere bastante joven, y probablemente es después de su muerte cuando empiezan las fiestas. A los niños los desterraban, seguramente, a alguna de las dependencias o al dormitorio en el desván de la casa. No parece haberse producido ninguna fechoría grave ni pérdida de la respetabilidad. Ahora bien, puede que el coñac francés sea digno de mención, a la luz de las aventuras que la vida deparó a Will en su madurez.

Está en las montañas cuando el día da paso a la noche y oye una y otra vez como un cotorreo y un gorjeo. Conoce todos los sonidos que pueden emitir los pájaros y se da cuenta de que éste no es de pájaro. Parece llegar de una profunda hondonada cercana. Así que se aproxima muy sigilosamente al borde de la hondonada y, tras echarse a tierra, levanta la cabeza lo justo para mirar al otro lado.

Y allí abajo ve nada menos que una multitud de criaturas, todas de la estatura de un niño de dos años, pero ninguna de ellas era un niño. Son mujeres pequeñas, de aspecto delicado y vestidas de verde. Y no podían estar más ajetreadas. Algunas cocían pan en un horno minúsculo, otras vertían bebida de pequeños toneles en jarras de cristal y otras se peinaban mutuamente mientras tarareaban y gorjeaban sin alzar la vista, sin levantar la cabeza ni una sola vez, atentas a su labor. Pero cuanto más tiempo pasa escuchándolas, más cree estar oyendo algo familiar. Y le llega cada vez con mayor nitidez: su tenue canto, sus trinos. Finalmente lo oye claro como el agua.

«Will O'Phaup, Will O'Phaup, Will O'Phaup».

Su nombre es la única palabra que sale de sus bocas. El canto que al principio se le antojó tan dulce se ha convertido ahora en algo muy distinto, un canto rebosante de risas, aunque no son decorosas. Al darse cuenta, un sudor frío le recorre la espalda. Y al mismo tiempo recuerda que es la víspera de Todos los Santos, la noche del año en que estas criaturas pueden someter a cualquier ser humano a su antojo. Así que se levanta de un salto y echa a correr; corre hasta su casa tan deprisa que ni el mismísimo diablo podría atraparlo.

Durante todo el camino la canción de *Will O'Phaup*, *Will O'Phaup* resuena en sus oídos y en ningún momento parece más tenue ni más lejana. Llega a su casa y entra y atranca la puerta y reúne a todos sus hijos alrededor de él y empieza a rezar a pleno pulmón, y mientras reza no oye nada. Pero en cuanto se detiene para recobrar el aliento, el sonido baja por la chimenea, se filtra por los resquicios de la puerta y se hace más sonoro conforme las criaturas pugnan contra su rezo, y él no se atreve a descansar hasta que, al sonar las campanadas de medianoche, exclama «Dios mío, ten

piedad» y calla. Y ya no se oye más a las criaturas, no se oye ni pío. Fuera la noche está tranquila, como podría estarlo cualquier noche, y el valle se extiende bajo la paz del cielo.

En otra ocasión, en verano, en torno a la hora del crepúsculo, vuelve a casa después de dejar a las ovejas en el corral y cree ver a unos vecinos a cierta distancia. Piensa que deben de volver de la feria de Moffat, ya que allí es día de feria. Así que decide aprovechar la oportunidad de alcanzarlos y hablar con ellos, y averiguar qué noticias traen y cómo les va.

En cuanto se acerca a ellos, los llama.

Pero nadie se da por aludido. Y él los llama otra vez, pero tampoco ahora se vuelve nadie ni lo mira. Los ve claramente de espaldas, todos son campesinos con sus mantas escocesas y sus boinas, tanto hombres como mujeres, de tamaño normal, pero no consigue verles las caras, pues miran al frente. No parecen tener prisa, caminan parsimoniosamente y cuchichean y charlan y él oye el ruido pero no acaba de distinguir las palabras.

Así que aprieta el paso y echa a correr para alcanzarlos, pero por más que corre no lo consigue, pese a que ellos no tienen ninguna prisa, siguen avanzando parsimoniosamente. Y tan ocupado está, pensando en alcanzarlos, que durante un rato no cae en la cuenta de que no se dirigen a sus casas.

No van valle abajo sino que suben por un estrecho valle lateral con un arroyo, apenas un hilo de agua, que desciende hacia el Ettrick. Y al declinar la luz se los ve cada vez más desdibujados, pero más numerosos; algo extraño.

Desde las montañas llega una ráfaga de aire frío aunque es una noche de verano calurosa.

Y entonces Will se da cuenta. Ésos no son vecinos. Y no lo guían a ningún lugar al que desee ir. Y con la misma velocidad con que ha corrido detrás de ellos, desanda el camino. Como es una noche cualquiera y no la víspera de Todos los Santos, no tienen poderes para perseguirlo. Su miedo es distinto del miedo que sintió la otra vez, pero igual de frío; tiene la convicción de que son fantasmas de seres humanos convertidos en hadas por un hechizo.

Sería un error pensar que todo el mundo se creía estas historias. El coñac era un factor a tener en cuenta. Pero la mayoría de la gente, crédula o no, debía de estremecerse, y no poco, al escucharlas. Acaso sintieran cierta curiosidad, y cierto escepticismo, pero sobre todo, en gran medida, pavor puro y simple. Las hadas y los fantasmas y la religión nunca se fundían bajo una designación benigna (*¿poderes espirituales?*) como a menudo ocurre hoy día. Las hadas no eran risueñas y cautivadoras. Pertenecían a los viejos tiempos, no a los viejos tiempos históricos de Flodden en que todos los hombres de Selkirk murieron asesinados salvo quien llevó la noticia, o de los bandoleros que hacían incursiones nocturnas por las tierras en litigio de la frontera, o de la reina María, ni siquiera de los tiempos anteriores a eso, de William Wallace o Archibald *Cascabel del gato* o la Doncella de Noruega, sino al tiempo verdaderamente tenebroso, antes de la muralla de Antonino y antes de que los primeros misioneros cristianos cruzaran el mar desde Irlanda. Pertenecían a tiempos de poderes malévolos y funesta confusión, y sus atenciones eran

por lo general perversas, o incluso mortíferas.

*Thomas Boston*

En testimonio de estima para el reverendo Thomas Boston padre, cuyo carácter personal era en extremo respetable, cuyos empeños públicos fueron una bendición para muchos y cuyos escritos han contribuido notablemente a fomentar el desarrollo del cristianismo vital. Este monumento ha sido erigido por un público religioso y agradecido.

Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán.  
Lucas 13, 24

Ciertamente las visiones de Will no debieron de ser aceptadas por la Iglesia, y en la primera parte del siglo XVIII ésta gozaba de un poder especial en la parroquia de Etrick.

Por aquel entonces, el predicador Thomas Boston era su pastor, a quien ahora se recuerda —si es que alguien lo hace— como el autor de un libro titulado *La naturaleza humana en su estado cuádruple*, que según dicen estaba al lado de la Biblia en el estante de toda familia devota de Escocia. Y toda familia presbiteriana de Escocia tenía que ser una familia devota. Continuas investigaciones de la vida privada y reconfiguraciones de la fe bajo tortura se encargaron de que así fuera. No existía el bálsamo del ritual, ni la elegancia de la ceremonia. La oración no era sólo formal, sino también personal, atormentada. La preparación del alma para la vida eterna siempre estaba en duda y en peligro.

Thomas Boston mantuvo este drama sin tregua, para sí mismo y para su grey. En su autobiografía, habla de sus propios sufrimientos recurrentes, sus periodos de sequía, su sensación de indignidad e insulsez incluso cuando predicaba el Evangelio, o mientras rezaba en su gabinete. Suplica la gracia de Dios. En su desesperación, muestra su pecho desnudo al cielo —al menos, simbólicamente. Sin duda se habría azotado con un flagelo si tal comportamiento no hubiera sido papista, si no hubiera constituido un pecado más.

A veces Dios lo oye, a veces no. Su ansia de Dios nunca lo abandona ni puede esperar que se vea satisfecha. Se pone en pie henchido del espíritu e inicia sermones maratónicos; preside la celebración solemne de la comunión, en la que se sabe el receptáculo de Dios y es testigo de la transformación de muchas almas. Pero se cuida mucho de atribuirse el mérito. Es muy consciente de que es capaz del pecado del orgullo, y también de la facilidad con que puede retirársele la gracia divina.

Se esfuerza, cae. Otra vez la oscuridad.

Entretanto, el tejado de la rectoría tiene goteras, las paredes están húmedas, la chimenea humea, su mujer y sus hijos y él mismo a menudo contraen fiebres. Tienen infecciones de garganta y dolores reumáticos. Algunos de los niños mueren. El primer hijo, una niña, nace con lo que parece ser

espina bífida y muere poco después del parto. Su mujer queda desolada, y por más que él intenta consolarla, también se siente obligado a reprenderla por quejarse de la voluntad de Dios. Después tiene que reconvenirse por levantar la tapa del ataúd para ver por última vez la cara de su hijo preferido, un niño de tres años. Qué perversión la suya, qué debilidad, amar ese pedazo de carne pecaminoso y poner en tela de juicio la sabiduría del Señor al llevárselo. Tiene que haber más forcejeos, flagelaciones y arrebatos de oración.

Forcejeos no sólo con su insulsez de espíritu, sino también con la mayoría de los demás pastores, porque desarrolla un profundo interés por un tratado que se titula *La médula de la divinidad moderna*. Lo acusan de pertenecer a *la facción de la médula*, en peligro de incurrir incluso en el antinomianismo. Lógicamente, el antinomianismo procede de la doctrina de la predestinación y formula una pregunta clara y directa: ¿por qué, si desde el principio eres uno de los elegidos, no puedes salirte con la tuya cuando quieras?

Pero un momento. Un momento. En cuanto a ser uno de los elegidos, ¿quién tiene la certeza?

Y para Boston seguro que el problema no consistía en salirse con la suya, sino en la compulsión, la honorable compulsión de seguir el camino que señalaban ciertas líneas de razonamiento.

Sin embargo, justo a tiempo, se apea de su error. Se echa atrás. Está a salvo.

Su mujer, debido a los partos, las muertes y el cuidado de los hijos que le quedan y las preocupaciones por el tejado y la continua lluvia fría, sucumbe a un trastorno nervioso. No puede levantarse de la cama. Su fe es firme, pero está viciada, como él sostiene, en un aspecto esencial. No aclara cuál es ese aspecto. Reza con ella. No sabemos cómo se las arregla en la casa. Su mujer, la otrora hermosa Catherine Brown, permanece en cama por lo visto durante años, excepto por una conmovedora tregua cuando toda la familia queda postrada a causa de una infección pasajera. En esta ocasión se levanta de la cama y cuida de ellos, infatigable y tiernamente, con el vigor y el optimismo que mostró en su juventud, cuando Boston se enamoró de ella. Todos se recuperan, y lo siguiente que se sabe de ella es que vuelve a guardar cama. Tiene una avanzada edad pero aún vive cuando el propio pastor agoniza, y albergamos la esperanza de que entonces se levante y vaya a vivir a una casa sin humedades con unos parientes agradables en un pueblo civilizado, conservando la fe pero manteniéndola a una distancia prudencial, acaso, para disfrutar de un poco de felicidad secular.

Su marido predica desde la ventana de su alcoba cuando está demasiado débil, y cerca de la muerte, para ir a la iglesia y subir al púlpito. Exhorta con el mismo coraje y fervor de siempre y la gente se congrega a oírlo, pese a que, como de costumbre, llueve.

Una vida cruda, sin esperanza, se mire por donde se mire. Sólo desde el seno de la fe es posible formarse una idea tanto de la recompensa como de la lucha, de la adictiva búsqueda de la rectitud pura, de la embriaguez de un destello del favor divino.

Me resulta extraño, pues, que Thomas Boston fuese el pastor a quien Will O'Phaup escuchara todos los domingos durante su juventud, probablemente el pastor que lo casó con Bessie Scott. Mi antepasado, casi un pagano, un juerguista, bebedor de coñac, alguien por quien se apuesta, un hombre que cree en las hadas, por fuerza tuvo que escuchar, y creer, los rigores y severas esperanzas de esa castigadora fe calvinista. Y a decir verdad, cuando Will fue perseguido la



víspera de Todos los Santos, ¿acaso no reclamó la protección del mismo Dios al que invocaba Boston cuando rogaba que su alma se viera despojada de aquel peso: la indiferencia, la duda, el pesar? El pasado está lleno de contradicciones y complicaciones, quizá tanto como el presente, aunque normalmente no lo tengamos en cuenta.

¿Cómo podía esta gente no tomarse en serio su religión, la amenaza de un infierno ineludible, con un Satán tan astuto e implacable en sus tormentos y una población celestial exigua? Y se lo tomaban en serio, muy en serio. Los obligaban a comparecer en la iglesia por sus pecados y a sentarse en el banquillo y soportar la vergüenza —generalmente por algún asunto sexual, al que se aludía con solemnidad como «fornicación»— frente a los feligreses. James Hogg fue emplazado allí al menos en dos ocasiones, acusado de paternidad por algunas muchachas del pueblo. En un caso se apresuró a admitir su culpa y en el otro sólo dijo que era posible. (A unos ciento treinta kilómetros al oeste, en Mauchline in Ayrshire, Robert Burns, once años mayor que Hogg, padeció precisamente la misma humillación pública). Los miembros del consejo eclesiástico iban de puerta en puerta para asegurarse de que nadie guisaba en domingo y en todo momento utilizaban sus ásperas manos para pellizcar los pechos de cualquier mujer sospechosa de haber concebido un hijo ilegítimo, por si una gota de leche la delataba. Pero el hecho mismo de que se considerara necesaria tal vigilancia revela hasta qué punto la naturaleza obstaculizaba las vidas de estos creyentes, como le sucede a todo el mundo. Un miembro del consejo eclesiástico de la iglesia de Burns deja constancia de «sólo veintiséis fornicadores desde el último sacramento», como si esta cifra fuese un paso en la dirección correcta.

Y también se veían obstaculizados en la práctica misma de la fe, incluso por obra de sus propias mentes, por los argumentos e interpretaciones que forzosamente debían de surgir.

Es posible que esto tuviera que ver con el hecho de que constituían el campesinado más culto de Europa. John Knox había querido que se educaran para poder leer la Biblia. Y la leyeron, con devoción pero también con avidez, para descubrir el orden de Dios, la arquitectura de la mente divina. Encontraron muchas cosas desconcertantes. Otros pastores de los tiempos de Boston se quejan de los contestatarios que son sus feligreses, incluso las mujeres. (Boston no lo menciona, pues está demasiado ocupado cargando con sus culpas). No aceptan calladamente los sermones de horas de duración, sino que se apoderan de ellos como alimento intelectual, emitiendo juicios como si participaran en discusiones eternas y de la mayor seriedad. Siempre se preocupan por cuestiones de doctrina y fragmentos de las Escrituras de los que convendría prescindir, sostienen sus pastores. Es mejor dejar esas cosas en manos de quienes tienen la formación necesaria para abordarlas. Pero se niegan a hacerlo, y el hecho es que también los pastores con formación llegan a veces a conclusiones que otros pastores deben condenar. De resultas de ello, la Iglesia está plagada de escisiones, los hombres de Dios tienen discusiones frecuentes, como han mostrado las propias tribulaciones de Boston. Y acaso fuera la mancha de pertenecer a *la facción de la médula*, de seguir su propio e ineludible pensamiento, lo que lo mantuvo durante tanto tiempo en el remoto Etrick, sin ser trasladado hasta su muerte a un lugar moderadamente cómodo.

*James Hogg y James Laidlaw*

Siempre fue un individuo singular y gracioso, que tenía en gran estima toda idea anticuada y rebatida de las

ciencias, la religión y la política... Nada despertaba mayor indignación en él que la teoría de que la Tierra gira en torno a su eje y rota alrededor del Sol...

... durante unos años ya lejanos habló y leyó sobre América hasta alcanzar la infelicidad absoluta y, al final, cerca ya de los sesenta años, llegó a partir en busca de un hogar provisional y una sepultura en el nuevo mundo.

James Hogg, en un escrito sobre su primo James Laidlaw.

Hogg, el pobre hombre, se ha pasado casi toda su vida inventando mentiras...

James Laidlaw, en un escrito sobre su primo James Hogg,  
poeta y novelista escocés de principios del XIX.

Fue un hombre muy sensato, pese a las necedades que escribía...

Tibbie Shiel, posadero, enterrado también  
en el camposanto de Ettrick, al referirse a James Hogg.

James Hogg y James Laidlaw eran primos carnales. Los dos nacieron y se criaron en el valle de Ettrick, un lugar poco indicado para hombres como ellos; es decir, para los que no aceptan fácilmente el anonimato y una vida plácida.

Si un hombre así alcanza la fama, ya es otro cantar, claro está. Vivo, lo echan a patadas; muerto, lo acogen con los brazos abiertos. Y después de una o dos generaciones, ya es otro cantar.

Hogg escapó, adoptando el difícil papel de comediante ingenuo, el genio pueblerino, en Edimburgo, y luego escapó como autor de *Confesiones de un pecador justificado*, y alcanzó la fama. Laidlaw, sin las dotes de su primo, pero por lo visto con igual talento para la dramatización y la necesidad de otro escenario aparte de la taberna de Tibbie Shiel, dejó cierta huella al coger a los miembros más dóciles de su familia y llevárselos a América —concretamente a Canadá— a una edad, según señala Hogg, como para tener un pie en la tumba.

En nuestra familia la dramatización no lleva a ninguna parte. Aunque ahora que lo pienso, no era exactamente esa palabra la que empleaban. Ellos decían «llamar la atención». «Llamar la atención sobre uno mismo». La actitud opuesta no era exactamente la modestia, sino una dignidad y un control agotadores, una especie de rechazo. El rechazo a sentir la menor necesidad de convertir la vida propia en una historia, ya sea para otras personas o para uno mismo. Y cuando estudio a los miembros de la familia cuya existencia conozco, me da la impresión de que algunos de nosotros tenemos esa necesidad en gran e irresistible medida, tanto, que los demás se encogen de vergüenza y aprensión. Por eso había que recordar el precepto o hacer la advertencia tan frecuentemente.

Cuando sus nietos —James Hogg y James Laidlaw— eran jóvenes, el mundo de Will O'Phaup casi había desaparecido. Existía una conciencia histórica de ese pasado reciente, incluso se valoraba o se explotaba, lo que es posible sólo cuando la gente se siente claramente distanciada. Sin duda James Hogg se sentía así, si bien era tan de Ettrick como el que más. Sobre todo agradezco a sus textos lo que sé de Will O'Phaup. Hogg veía las cosas tanto desde dentro como desde fuera, dando forma y consignando las historias de su gente con diligencia y —o eso

esperaba— provechosamente. Y en su madre tenía una buena informadora: la hija mayor de Will O'Phaup, Margaret Laidlaw, que se había criado en Far-Hope. Hogg debió de añadir al material algunos retoques y adornos. Unas cuantas mentiras ladinas como las que cabe esperar de un escritor.

Walter Scott fue una especie de forastero, un abogado de Edimburgo que ocupaba un alto cargo en el territorio tradicional de su familia. Pero él también entendió, como a veces entienden mejor los forasteros, la importancia de algo que se desvanecía. Cuando fue nombrado sheriff de Selkirkshire —es decir, juez local—, empezó a recorrer la zona reuniendo canciones y baladas antiguas que nunca se habían plasmado por escrito. Las publicó en *Cancionero de la frontera escocesa*. Margaret Laidlaw Hogg era famosa en la región por la cantidad de versos que tenía en la cabeza. Y Hogg —con miras tanto a la posteridad como al beneficio presente— se aseguró de llevar a Scott a ver a su madre.

Ella recitó un gran número de versos, incluida la recién hallada *Balada de Johnie Armstrong*, que, según dijo, su hermano y ella «habían oído al viejo Andrew Moore, a quien se la había transmitido Bebe Mettlin [Maitland], que era ama de llaves del Primer Señor de Tushielaw».

(Da la casualidad de que este mismo Andrew Moore había sido criado de Boston y de que fue él quien contó que Boston «había acabado con el fantasma», que sale en un poema de Hogg. Una nueva faceta del pastor).

Margaret Hogg armó un gran alboroto cuando vio el libro que Scott sacó a la luz en 1802 con sus aportaciones.

«Eran para cantarlas, no para imprimirlas —se supone que dijo—. Y ahora ya nunca más se cantarán».

Se quejó asimismo de que «ni las letras ni la ortografía estaban bien», aunque acaso ésta resulte una opinión extraña en alguien a quien se había presentado —en palabras de ella misma o en palabras de Hogg— como una vieja, una simple campesina con una cultura mínima.

Probablemente era a la vez simple y perspicaz. Había sido consciente de lo que hacía, pero no pudo menos que lamentar lo que había hecho.

«Y ahora ya nunca más se cantarán».

También es posible que deseara demostrar que hacía falta algo más que un libro impreso, algo más que el sheriff de Selkirk, para causarle una buena impresión. Los escoceses son así, creo. Mi familia era así.

Transcurridos cincuenta años desde que Will O'Phaup congregó a sus hijos y rogó protección la víspera de Todos los Santos, Hogg y unos cuantos de sus primos varones —no da sus nombres— se reúnen en la misma casa de Phaup en las montañas. A la sazón la casa es la morada del pastor soltero encargado de apacentar las ovejas en los pastos de altura, y los presentes esa noche, no están allí para emborracharse y contar historias, sino para *leer ensayos*. Estos ensayos son, según la descripción de Hogg, vehementes y altisonantes, y por esas palabras, y por lo que se dijo después, parecería que estos jóvenes, en pleno valle de Etrick, habían oído hablar de la Edad de la Razón, aunque probablemente no la llamaran así, y de las ideas de Voltaire y Locke y David

Hume, su paisano escocés y oriundo de las tierras bajas. Hume se había criado en Ninewells, cerca de Chirnside, a unos ochenta kilómetros de allí, y fue en Ninewells donde se retiró al sufrir un colapso a los dieciocho años; quizá desbordado, temporalmente, por la perspectiva de la investigación que tenía por delante. Aún debía de estar vivo cuando nacieron estos chicos.

Quizá me equivoque, por supuesto. Lo que Hogg llama «ensayos» acaso fueran historias. Relatos de los *covenanters* a quienes los dragones con casacas rojas daban caza durante sus oficios al aire libre, de brujas, de muertos vivientes. Se trata de muchachos dispuestos a probar suerte con cualquier tipo de composición, en prosa o en verso. Las escuelas de John Knox habían cumplido su cometido, y un furor por la literatura, un furor por la poesía, se propagaba por todas las clases sociales. Cuando Hogg atravesaba su peor momento, trabajando de pastor en un monte solitario de Nithsdale, viviendo en un tosco refugio llamado *bothy*, los hermanos Cunningham —el aprendiz de albañil y poeta Allan Cunningham y su hermano James— habían cruzado los campos esforzadamente para conocerlo y expresarle su admiración. (Al principio Hogg se alarmó, pensando que pretendían acusarlo de algún lío con una mujer). Los tres dejaron al perro *Hector* vigilando a las ovejas y se acomodaron para hablar de poesía todo el día; luego se retiraron al *bothy* para beber whisky y hablar de poesía toda la noche.

La reunión de los pastores en Phaup, a la que, según Hogg, él no pudo asistir, a pesar de tener un ensayo como ése en el bolsillo, tuvo lugar en invierno. Había hecho un tiempo extrañamente cálido. Sin embargo, esa noche se levantó una tormenta que resultó la peor en medio siglo. Las ovejas se murieron de frío en sus corrales y hombres y caballos quedaron atrapados y murieron congelados en las carreteras, mientras la nieve cubría las casas hasta los tejados. La tormenta se prolongó durante tres o cuatro días, atronando y devastando, y cuando amainó, y los jóvenes pastores descendieron al valle, sus familias sintieron alivio pero no estaban en ningún caso contentas con ellos.

La madre de Hogg le dijo sin rodeos que era un castigo infligido a la región por todas esas lecturas y conversaciones que habían tenido lugar en Phaup al servicio del demonio. Sin duda otros muchos padres opinaron lo mismo.

Unos años después, Hogg escribió una magnífica descripción de esta tormenta, que apareció publicada en *Blackwoods Magazine*. *Blackwoods* era la lectura preferida de las pequeñas Brontë, en la rectoría de Haworth, y cuando cada una eligió a un héroe para encarnar en sus juegos, Emily eligió al pastor de Ettrick, James Hogg. (Charlotte eligió al duque de Wellington). *Cumbres borrascosas*, la gran novela de Emily, comienza con una descripción de una tormenta atroz. Con frecuencia me he preguntado si existe alguna relación.

No creo que James Laidlaw estuviera presente esa noche en Phaup. Sus cartas no reflejaban una mente escéptica, ni reflexiva, ni poética. Si bien escribió las cartas que he leído cuando era mayor. La gente cambia.

Sin duda es un bromista la primera vez que lo encontramos, según la versión de Hogg, en la posada de Tibbie Shiel (que sigue allí, a más de una hora a pie a través de las montañas desde Phaup, igual que sigue allí Phaup, convertida ahora en refugio en el Camino de las Tierras Altas

del Sur, una senda). Está haciendo teatro, en un papel que podría considerarse blasfemo. Blasfemo, peligroso y divertido. De rodillas, ofrece oraciones por varios de los presentes. Pide perdón y especifica los pecados más notables, encabezando cada uno con «y si es verdad...».

«*Y si es verdad* que la criatura nacida hace una quincena de la mujer de \_\_\_\_\_ tiene un gran parecido con \_\_\_\_\_, te ruego Señor que te apiades de todos los participantes...».

«*Y si es verdad* que \_\_\_\_\_ estafó a \_\_\_\_\_ veinte monedas de plata en la última feria de ovejas de St. Boswell, te rogamos Señor que a pesar de semejante obra del diablo...».

No fue posible contener a algunos de los mencionados, y los amigos de James tuvieron que sacarlo a rastras antes de que saliera mal parado.

Para entonces puede que ya fuera viudo, un hombre libre, demasiado pobre para encontrar una mujer con quien casarse. Su esposa le había dado una hija y cinco hijos, y murió al dar a luz al último. Mar, Robert, James, Andrew, William, Walter.

Al escribir a una sociedad de emigración en torno a la época de Waterloo, se presenta como un candidato excelente, por sus cinco fuertes hijos, que lo acompañarán al Nuevo Mundo. Ignoro si se le ofreció o no ayuda para emigrar. Seguramente no, porque lo siguiente que sabemos de él es que tiene dificultades para reunir el dinero del viaje. Ha habido una depresión después de las guerras napoleónicas, y el precio de las ovejas ha caído. Y ya no hay más jactancia sobre los cinco hijos. Robert, el mayor, se ha marchado a las Tierras Altas. James —el James más joven— se ha ido por su cuenta a América, lo que incluye Canadá y, por lo visto, no ha dado noticia de dónde está ni de qué hace. (Está en Nova Scotia, y da clases en un colegio de un pueblo llamado Economy, aunque no tiene más preparación para eso que la que recibió en el colegio de Ettrick, y probablemente un fuerte brazo derecho).

Y en cuanto a William, el segundo más joven, todavía adolescente, que sería mi tatarabuelo, también se ha ido. Cuando volvemos a saber de él, se ha establecido en las Tierras Altas, como capataz de una de las nuevas granjas de ovejas abandonadas por los campesinos. Y desprecia tanto el lugar donde nació que escribe —en una carta a la chica con la que se casará después— que sería impensable para él volver a vivir en el valle de Ettrick.

Por lo visto, le horrorizan la pobreza y la ignorancia. La pobreza que a él le parece voluntaria, y la ignorancia que, a su juicio, desconoce su propia existencia. Es un hombre moderno.

## LA VISTA DESDE CASTLE ROCK

La primera vez que Andrew fue a Edimburgo tenía diez años. Acompañado de su padre y otros hombres, subió por una calle resbaladiza y oscura. Llovía, el olor a humo de la ciudad flotaba en el aire y las portillas abiertas mostraban, a la luz del fuego de las chimeneas, el interior de las tabernas en las que él tenía la esperanza de entrar, porque estaba calado hasta los huesos. No entraron, pues su destino era otro. A primera hora de esa misma tarde habían estado en un sitio así, pero no era mucho más que un nicho, un agujero en la pared, con tablones donde se ponían las botellas y los vasos y se dejaban las monedas. Continuamente lo sacaban de un empujón a la calle, al charco que recogía el goteo de la cornisa encima de la entrada. Para impedirlo, se había abierto paso, agachado, entre las capas y las pieles de borrego, y se había metido entre los bebedores, debajo de sus brazos.

Le sorprendió la cantidad de gente que al parecer conocía su padre en la ciudad de Edimburgo. Lo lógico habría sido pensar que no conocía a los hombres del bebedero, pero saltaba a la vista que sí. Entre las extrañas voces en acalorada discusión, la de su padre se elevaba por encima de todas las demás. «América», dijo, y descargó una palmada en la tabla de madera para reclamar la atención, tal como haría en casa. Andrew había oído pronunciar esa palabra con el mismo tono mucho antes de saber que era una tierra al otro lado del mar. La había oído pronunciar como un desafío, una verdad irrefutable, pero en ocasiones —cuando su padre no estaba presente— la había oído pronunciar como pulla o chanza. Sus hermanos mayores podían preguntar: «¿Te vas a América?», cuando uno de ellos se ponía la manta escocesa para salir y hacer algo como encerrar a las ovejas en el aprisco. O: «¿Por qué no te vas a América?», cuando discutían, y uno de ellos quería poner en ridículo al otro.

Las cadencias de la voz de su padre, en la conversación posterior a esa palabra, resultaban tan familiares, y Andrew tenía los ojos tan llorosos por el humo, que enseguida se quedó traspuesto de pie. Despertó cuando varios de ellos salieron de allí a empujones, su padre entre ellos. Uno dijo: «¿Éste es tu chico o un granuja que se ha colado entre nosotros para vaciarnos los bolsillos?», y su padre se echó a reír y cogió a Andrew de la mano y se encaminaron cuesta arriba. Un hombre tropezó y otro chocó con él y soltó una palabrota. Un par de mujeres, desdeñosas, señalaron con sus canastas al grupo e hicieron comentarios en su idioma desconocido, del que Andrew sólo pudo discernir las palabras «almas decentes» y «vía pública».

Luego su padre y sus amigos se desviaron por una calle mucho más ancha, que de hecho era un patio, pavimentado con grandes bloques de piedra. En ese momento, su padre se volvió y fijó la

atención en Andrew.

—¿Sabes dónde estás, hijo? Estás en el patio del castillo, y éste es el castillo de Edimburgo, que lleva en pie diez mil años y seguirá en pie otros diez mil. Aquí se han cometido barbaridades. Por estas piedras ha corrido sangre. ¿Lo sabías? —Levantó la cabeza para que todos escucharan lo que decía—. El rey Jacobito invitó a cenar a los jóvenes Douglas y cuando estuvieron cómodamente sentados, va y dice: «Bah, no nos molestaremos en darles de cenar. Llevadlos al patio y cortadles la cabeza». Y eso hicieron. Aquí, en este mismo patio donde nos encontramos.

»Pero ese mismo rey Jacobito murió leproso —continuó con un suspiro, seguido de un lamento, que los obligó a todos a permanecer inmóviles para reflexionar sobre semejante destino.

Después, meneó la cabeza.

—Ah, no, no fue él. Fue el rey Roberto Bruce el que murió leproso. Murió siendo rey pero leproso.

Andrew no veía más que enormes muros de piedra, verjas con barrotes, un soldado con levita roja marchando arriba y abajo. En todo caso, su padre no le dejó mucho tiempo, instándolo a seguir adelante y pasar debajo de un arco a la vez que decía:

—Cuidado con la cabeza, muchachos; en esa época los hombres eran enanos. Muy enanos. También lo es Boney *el Francés*, los enanos son muy peleones.

Subían por peldaños de piedra desiguales, algunos tan altos que le llegaban a Andrew a la rodilla —a veces tenía que trepar a gatas— dentro de lo que, por lo que veía, era una torre sin techo. Su padre gritó: «¿Me seguís? ¿Estáis todos dispuestos a la escalada?», y le contestaron unas cuantas voces rezagadas. Andrew tuvo la impresión de que detrás de ellos no venían tantos hombres como en la calle.

Subieron aún más por la escalera de caracol y al final salieron a una roca desnuda, una cornisa, desde donde la tierra caía escarpada. De momento había parado de llover.

—Ya estamos —dijo el padre de Andrew—. ¿Y dónde se han metido todos los que nos pisaban los talones para llegar aquí?

Uno de los hombres que llegaba al último peldaño dijo:

—Hay dos o tres que se han ido a echarle una mirada al Meg.

—Máquinas de guerra —dijo el padre de Andrew—. Sólo tienen ojos para las máquinas de guerra. Que se anden con cuidado, no vaya a ser que vuelen por los aires.

—Más bien el corazón no les da para tanta escalera —añadió otro hombre, jadeando.

—Les da miedo subir hasta aquí, miedo de caerse —dijo el primero alegremente.

Un tercero —y no había más—, tambaleándose, cruzó la cornisa como si tuviera la intención de hacer eso precisamente.

—¿Dónde es, pues? —vociferó—. ¿Ya estamos en el trono de Arturo?

—No —contestó el padre de Andrew—. Mira más allá.

Había salido el sol, iluminando la masa de piedra compuesta de casas y calles más abajo, y las iglesias cuyos campanarios no llegaban tan alto, y campos y unos cuantos árboles pequeños, luego una extensión de agua ancha y plateada. Y más allá una tierra de colores verde pálido y azul grisáceo, en parte bajo la luz del sol y en parte a la sombra, una tierra tan tenue como la bruma, absorbida por el cielo.

—¿No os lo decía? —dijo el padre de Andrew—. América. Pero sólo es una parte, sólo la costa. Ésa es la tierra donde todos los hombres se sientan en sus propiedades e incluso los mendigos van de un lado a otro en carruaje.

—Pues el mar no parece tan ancho como yo pensaba —comentó el hombre que había dejado de tambalearse—. No parece que haya que tardar semanas en cruzarlo.

—Eso es efecto de la altura a la que estamos —explicó el hombre al lado del padre de Andrew—. A esta altura, da la impresión de que es menos ancho.

—Es un buen día para verlo —dijo el padre de Andrew—. Muchos días puedes subir hasta aquí y no ver más que la niebla.

Se volvió y se dirigió a Andrew.

—Pues ya ves, hijo, has visto América —dijo—. Ojalá que Dios te permita un día verla de cerca y con tus propios ojos.

Desde entonces, Andrew ha vuelto al castillo una sola vez, con un grupo de chicos de Etrick, que querían ver el gran cañón, Mons Meg. Pero entonces nada parecía estar en el mismo sitio, y no supo encontrar el camino que habían tomado para subir hasta la roca. Quizás estuviera en alguno de los dos pasos tapiados que había visto. Pero ni siquiera intentó mirar a través de las tablas: no deseaba decir a los demás qué buscaba. Incluso a los diez años sabía que los hombres que acompañaban a su padre estaban borrachos. Si no comprendió que su padre estaba borracho —debido a su paso firme y a su determinación, a su comportamiento imperioso—, desde luego sí comprendió que algo no iba como debía. Supo que no estaba viendo América, aunque tardó unos años en conocer los mapas lo suficiente para saber que había estado viendo el Fife.

Aun así, no sabía si esos hombres de la taberna habían estado burlándose de su padre, o si era su padre quien les gastaba una de sus bromas a ellos.

El Viejo James, el padre. Andrew. Walter. Su hermana Mary. Agnes, la mujer de Andrew, y el hijo de Agnes y Andrew, James, de menos de dos años.

En el puerto de Leith, el 4 de junio de 1818, pusieron los pies a bordo de un barco por primera vez en sus vidas.

El viejo James da a conocer esta circunstancia al oficial del barco que comprueba sus nombres en una lista.

—La primera vez, caballero, de toda mi larga vida. Somos hombres del valle de Etrick, un rincón del mundo rodeado de tierra por todas partes.

El oficial pronuncia una palabra que es ininteligible para ellos, pero de significado claro. «Siga adelante». Ha tachado sus apellidos. Ellos siguen adelante, por propia iniciativa o a empujones, el pequeño James apoyado en la cadera de Mary.

—¿Esto qué es? —pregunta el Viejo James, observando la muchedumbre en cubierta—. ¿Dónde vamos a dormir? ¿De dónde ha salido toda esta chusma? Fijaos en sus caras, ¿es que son negros africanos?



—Negros de las Tierras Altas, más bien —corrige su hijo Walter.

Es un chiste, dicho entre dientes para que su padre no lo oiga: el viejo detesta a los de las Tierras Altas.

—Hay demasiada gente —continúa su padre—. El barco se hundirá.

—No —dice Walter, ahora levantando la voz—. Los barcos no suelen hundirse por exceso de gente. Para eso estaba a la entrada ese hombre, para contar a la gente.

Nada más embarcar, este mocoso de diecisiete años ya se está dando aires de entendido, ya está llevando la contraria a su padre. La fatiga, la perplejidad y el peso del abrigo que lleva puesto impiden al Viejo James darle un coscorrón.

Ya han explicado a la familia todo lo relativo a la vida a bordo de un barco. De hecho, lo ha explicado el propio viejo. Era él quien lo sabía todo sobre las provisiones, el alojamiento y la clase de gente que encontrarían a bordo. Todos escoceses y todas personas decentes. Nadie de las Tierras Altas, ningún irlandés.

Pero ahora exclama que eso es como un enjambre de abejas en el cuerpo de un león muerto.

—Mala gente, mala gente. ¡Ay!, ¿por qué nos habremos marchado de nuestra tierra natal?

—Todavía no nos hemos marchado —dice Andrew—. Aún vemos Leith. Más vale que bajemos y busquemos sitio.

Más lamentos. Las literas son estrechas, simples tablas con colchonetas de pelo de caballo, que son duras y pican.

—Mejor que nada —comenta Andrew.

—¡Ay!, ¿por qué se me metería en la cabeza traeros aquí, a este sepulcro flotante?

¿Es que nadie lo mandará callar?, piensa Agnes. Así seguirá indefinidamente, como un predicador o un chiflado, cada vez que le dé el ataque. Agnes no lo soporta. Para ella es un martirio mayor del que él puede siquiera concebir.

—Bien, ¿nos instalamos aquí o no? —pregunta ella.

Algunas personas han colgado sus mantas escocesas o chales para crear un espacio semiprivado para sus familias. Ella procede a quitarse las capas de ropa para hacer lo propio.

El niño da volteretas en su tripa. Le arde la cara como un ascua y le palpitan las piernas y la carne hinchada entre ellas —los labios que el niño pronto separará para salir— es un saco escocido de dolor. Su madre habría sabido qué hacer al respecto, habría sabido qué hojas debían molerse para hacer una cataplasma balsámica.

Al pensar en su madre, la invade tal tristeza que le entran deseos de darle un puntapié a alguien.

Andrew pliega su manta escocesa para hacerle a su padre un asiento cómodo. El viejo se sienta, gruñendo, y se lleva las manos a la cara, de modo que sus palabras adquieren un sonido hueco.

—No quiero ver nada más. No voy a escuchar sus voces chirriantes ni sus lenguas satánicas. No tragaré un bocado de carne ni de comida hasta que vea las costas de América.

«Así nos tocará más al resto», diría Agnes de buena gana.

¿Por qué Andrew no le habla a su padre a las claras, recordándole de quién ha sido la idea, quién ha sido el que ha arengado, pedido prestado y rogado para llevarlos al sitio donde ahora se

encuentran? Andrew no lo hará, Walter sólo bromeará, y en cuanto a Mary, a duras penas le sale la voz de la garganta en presencia de su padre.

Agnes viene de una gran familia de tejedores de Hawick, que ahora trabajan en las fábricas, pero durante generaciones trabajaron en casa. Y trabajando allí, aprendieron todas las artes del corte necesarias para poner a cada cual en su sitio, para reñir y sobrevivir en un espacio reducido. Todavía le sorprenden los modales rígidos, la deferencia y los silencios en la familia de su marido. Al principio, pensó que eran gente extraña, y todavía lo piensa. Son tan pobres como sus propios parientes, pero tienen un gran concepto de sí mismos. ¿Y en qué se fundan? El viejo ha sido un prodigio en la taberna durante años, y su primo es un poeta embustero y harapiento que tuvo que huir a Nithsdale porque en Ettrick nadie se atrevía a confiarle sus ovejas. Fueron todos criados por tres tías, tres brujas que tenían tanto miedo a los hombres que corrían a esconderse en el aprisco de las ovejas si alguien ajeno a la familia se acercaba por la carretera.

Como si no fueran los hombres quienes debían huir de ellas.

Walter ha vuelto de llevar sus pertenencias más pesadas a la bodega.

—Ni os imagináis la montaña de cajas y baúles y sacos de comida y patatas —dice, emocionado—. Hay que trepar por encima para llegar al grifo. Nadie puede evitar derramar el agua al volver y los sacos se empaparán y el contenido se pudrirá.

—No deberían haber traído todo eso —dice Andrew—. ¿No se comprometieron a darnos de comer cuando pagamos el pasaje?

—Sí —contesta el viejo—. Pero ¿será la comida digna de nosotros?

—Pues menos mal que he traído mis tortas —dice Walter, que sigue de humor para hacer bromas sobre cualquier cosa.

Golpeta con el pie la cajita de metal llena de tortas de cebada que le dieron sus tías como obsequio especial para él porque era el más pequeño y seguían viéndolo como el niño huérfano de madre.

—Ya verás lo contento que estarás si nos morimos de hambre —dice Agnes.

Walter la saca de quicio, casi tanto como el viejo. Sabe que es muy improbable que se mueran de hambre porque se ve a Andrew impaciente, pero no angustiado. Aunque, claro está, Andrew no se angustia por cualquier cosa. Aparentemente no se angustia por ella, ya que ha pensado en acomodar primero a su padre.

Mary ha llevado al Pequeño James de vuelta a la cubierta. Se ha dado cuenta de que estaba asustado allí abajo, en la penumbra. No es necesario que el niño gimotee o se queje: ella sabe cómo se siente por la manera en que le clava las rodillas en el cuerpo.

Las velas están recogidas y perfectamente plegadas.

—Mira allí arriba, mira allí arriba —dice Mary, y señala a un marinero que está en lo alto de las jarcias. El niño, en su cadera, emite su sonido para designar un pájaro—. Marinero pío, marinero pío —dice ella.

Dice bien la palabra «marinero» pero combinada con la palabra que usa el niño para referirse a un pájaro. Los dos se comunican en una lengua mitad y mitad: mitad enseñada por ella y mitad

inventada por él. Mary cree que es uno de los niños más listos sobre la faz de la tierra. Siendo la mayor de su familia, y la única chica, ha cuidado a todos sus hermanos, y ha estado siempre orgullosa de ellos, pero nunca ha conocido a un niño como éste. Nadie más tiene la menor idea de lo original e independiente y listo que es. A los hombres no les interesan los niños tan pequeños, y Agnes, su madre, no tiene paciencia con él.

—Habla como las personas —le dice Agnes, y si él no lo hace, puede que ella le dé un bofetón—. ¿Tú qué eres? —pregunta—. ¿Una persona o un duende?

Mary teme el mal genio de Agnes, pero en cierto modo no la culpa. Piensa que las mujeres como Agnes —mujeres de hombres, mujeres madres— tienen una vida espantosa. Primero por lo que les hacen los hombres —incluso un hombre tan bueno como Andrew— y luego por lo que les hacen los niños, al salir. Nunca olvidará a su propia madre, que estuvo en la cama enloquecida por la fiebre, sin reconocer a nadie, hasta que murió, tres días después de nacer Walter. Gritaba a la olla negra suspendida sobre el fuego, pensando que estaba llena de demonios.

Sus hermanos llaman a Mary «Pobre Mary», y de hecho esa palabra, «pobre», debido a la flacura y timidez de muchas de las mujeres de la familia, se ha unido a los nombres que les dieron al bautizarlas, nombres ya de por sí modificados para convertirlos en algo con menos sustancia y gracia. Isabel pasó a ser Pobre Tibbie; Margaret, Pobre Maggie; Jane, Pobre Jennie. En Ettrick se decía que estaba demostrado que los hombres se llevaban la estatura y la belleza.

Mary no mide ni un metro cincuenta y tiene una cara menuda y tensa con un bulto saliente por barbilla, y una piel que se ve sometida a violentas erupciones que tardan mucho en desaparecer. Cuando alguien le habla, se le contrae la boca como si las palabras se mezclaran con la saliva y los dientecillos torcidos, y la respuesta que consigue dar es un hilo de palabras tan tenue y revuelto que inevitablemente induce a más de uno a pensar que tiene pocas luces. Le cuesta mirar a alguien a la cara, incluso a los miembros de su propia familia. Sólo cuando tiene al niño encaramado al estrecho saliente de la cadera es capaz de producir palabras coherentes y definidas, y en ese caso básicamente dirigidas a él.

Ahora alguien le dice algo. Es una persona casi tan pequeña como ella, un hombre menudo y moreno, un marinero, con patillas grises y sin un solo diente en la boca. Mira a Mary fijamente, luego al Pequeño James y después otra vez a ella, justo en medio de la multitud que empuja o merodea, desconcertada o inquisidora. Al principio, Mary cree que habla en un idioma extranjero, pero entonces distingue la palabra «vaca». No puede evitar contestar con la misma palabra, y él ríe y agita los brazos, señalando algún sitio al fondo del barco, señalando luego a James y riéndose otra vez. Algo que debe llevar a ver a James. Tiene que decir: «Ya, ya», para que el hombre deje de farfullar, y luego se aleja en esa dirección para no decepcionarlo.

Mary se pregunta de qué parte del país o del mundo podía ser ese hombre, y entonces se da cuenta de que es la primera vez en su vida que ha hablado con un desconocido. Y salvo por la dificultad de entender lo que le decía, se las ha arreglado más fácilmente que cuando ha tenido que hablar con un vecino de Ettrick o con su padre.

Oye el mugido de la vaca antes de verla. Los empujones de la gente aumentan alrededor, formando un muro frente a ella y estrujándola desde atrás. Entonces oye el mugido en el cielo y, alzando la vista, ve a la bestia marrón suspendida en el aire, enjaulada en cuerdas y pataleando y

bramando con desesperación. La sostiene el gancho de una grúa, y en ese momento se la lleva y se pierde de vista. Alrededor la gente vitorea y bate palmas. Un niño grita en la lengua que ella entiende, deseando saber si tirarán la vaca al mar. Un hombre le contesta que no, que irá con ellos en el barco.

—¿La ordeñarán, pues?

—Sí. Tú tranquilo. La ordeñarán —dice el hombre en tono de reprobación.

Y la voz de otro hombre se impone estridentemente a la suya.

—La ordeñarán hasta el día en que le apliquen el martillo, y entonces cenarás morcilla.

La siguen las gallinas, balanceándose en el aire dentro de cajas de embalaje, todas cloqueando y aleteando en su encierro y picoteándose cuando pueden, de modo que escapan plumas y flotan en el aire. Y después de ellas un cerdo amarrado como la vaca, chillando en un tono angustiado que tenía algo de humano y defecando desesperadamente, de modo que desde abajo se elevan aullidos de indignación y regocijo, según si provienen de aquellos a quienes les cae o aquellos que ven cómo les cae a otros.

James también se ríe, reconoce la mierda, y pronuncia la palabra que emplea para ella, que es «cacona».

Puede que algún día lo recuerde. «Vi una vaca y un cerdo volar por el aire». Entonces puede que se pregunte si fue un sueño. Y nadie estará allí —ella desde luego no estará— para decirle que no fue un sueño, que ocurrió en este barco. Sabrá que él viajó una vez en un barco porque se lo habrán contado, pero es posible que nunca en toda su vida vuelva a ver un barco como éste. Mary no tiene la menor idea de adonde irán cuando lleguen a la otra orilla, pero imagina que será algún sitio tierra adentro, entre montañas, algún sitio como el valle de Ettrick.

Mary cree que no vivirá mucho tiempo, vayan a donde vayan. Tose en verano tanto como en invierno, y cuando tose le duele el pecho. Tiene orzuelos y calambres en el estómago y el periodo le viene rara vez, y cuando le viene, puede durarle hasta un mes. Pero espera no morir mientras James sea de un tamaño que permita llevarlo en la cadera o siga necesiéndola, como sucederá todavía durante un tiempo. Sabe que llegará el día en que se apartará como hicieron sus hermanos, en que se avergonzará del lazo que lo une a ella. Eso es lo que Mary se dice que sucederá, pero como cualquier persona enamorada, no puede creerlo.

En un viaje a Peebles antes de marcharse, Walter se compró un cuaderno para escribir, pero durante unos días demasiadas cosas reclamaron su atención, y no dispuso del espacio y la tranquilidad necesarios en la cubierta ni siquiera para abrirlo. Tiene, también, un tintero, metido en una bolsa de piel que cuelga de una correa que lleva ceñida al pecho, bajo la camisa. Era el truco empleado por su primo, Jamie Hogg el poeta, cuando estaba en los bosques de Nithsdale, vigilando las ovejas. Cuando a Jamie se le ocurría una rima, sacaba un trozo de papel del bolsillo del calzón y descorchaba la tinta, que no se había congelado gracias al calor de su corazón, y escribía el verso, dondequiera que estuviese, lloviera o nevase.

O eso decía. Y Walter había pensado poner a prueba el método. Pero es posible que fuera más fácil entre las ovejas que entre las personas. Además, el viento en el mar sin duda puede soplar

con más fuerza incluso que en Nithsdale. Y naturalmente para él es fundamental que su familia no lo vea. Andrew podría burlarse un poco de él, pero Agnes lo haría con descaro, indignada porque a alguien se le ocurriera hacer algo que ella no haría. Mary, por supuesto, no diría ni una palabra, pero el niño en su cadera al que idolatraba y mimaba haría todo lo posible por coger y romper tanto la pluma como el papel. Y a saber cómo intervendría su padre.

Ahora, después de investigar por la cubierta, ha encontrado un lugar adecuado. Como es un cuaderno de tapa dura, no necesita mesa. Y la tinta, caliente por el contacto con su pecho, fluye tan libremente como la sangre.

Embarcamos el cuatro de junio y anclamos los días 5, 6, 7 y 8 en los fondeaderos de Leigh camino de un sitio donde pudiéramos desplegar velas, cosa que hicimos el día 9. Pasamos por delante de la punta de Fifeshire sin ocurrir nada digno de mención hasta el día 13 por la mañana, cuando nos despertó un grito de la casa de John O'Groats. Se veía claramente, y atravesamos a toda vela el estuario de Pentland con el viento y la marea a favor y no fue ni mucho menos tan peligroso como nos habían contado. Murió un niño, de nombre Ormiston, y echaron su cuerpo por la borda envuelto en una lona cosida con un gran trozo de carbón atado a los pies...

Se interrumpe para pensar en el saco lastrado hundiéndose en el agua. El agua se vuelve cada vez más oscura y, arriba, la superficie resplandece tenuemente como el cielo nocturno. ¿Cumpliría el trozo de carbón su cometido? ¿Iría derecho el saco al mismísimo fondo del mar? ¿O sería la corriente marina lo bastante fuerte para levantarlo y dejarlo caer una y otra vez, arrastrándolo hacia un lado, llevándolo hasta Groenlandia o a las aguas tropicales del sur llenas de fétidas algas, el mar de los Sargazos? O podía aparecer un pez feroz y rasgar el saco y convertir el cuerpo en su alimento incluso antes de que éste abandone las aguas superficiales y la región de la luz.

Ha visto dibujos de peces tan grandes como caballos, también de peces con cuernos, y docenas de dientes, cada uno como el cuchillo de un despellejador Asimismo, peces que son lisos y risueños, y maliciosamente bromistas, con pechos de mujer pero no las otras partes a las que los pechos guían los pensamientos de un hombre. Todo eso lo vio en un libro de cuentos y grabados que sacó de la Biblioteca por Suscripción de Peebles.

Estos pensamientos no lo angustian. Siempre se propone pensar claramente y, si es posible, representarse con precisión las cosas más desagradables o impresionantes, a fin de reducir su poder sobre él. Tal como se lo representa ahora, el niño está siendo devorado. No engullido como en el caso de Jonás, sino masticado trozo a trozo como él mismo masticaría un sabroso bocado de carne de cordero cocido. Pero está la cuestión del alma. El alma abandona el cuerpo en el momento de la muerte. Pero ¿por qué parte del cuerpo la abandona? ¿Qué lugar ha ocupado concretamente dentro del cuerpo? La idea más razonable sería que el alma sale con el último aliento, dejando su escondite en algún rincón del pecho más o menos donde están el corazón y los pulmones. Aunque Walter ha oído un chiste que contaban sobre un viejo de Ettrick, algo así como que era tan sucio que cuando murió, el alma le salió por el culo, y la oyeron salir con una poderosa explosión.

Ésta es la clase de información que cabría esperar que diesen los predicadores, sin mencionar el culo, claro está, pero sí explicando algo acerca del lugar donde está el alma y por dónde sale.

Pero rehúyen hacerlo. Tampoco pueden explicar —o al menos él nunca se lo ha oído explicar a ninguno— cómo se mantienen las almas fuera de los cuerpos hasta el día del juicio final y cómo ese día cada una encontrará y reconocerá el cuerpo que le pertenece y se reunirá con él, aunque por entonces sea como mucho un esqueleto. Aunque sea polvo. Tiene que haber quien haya estudiado lo suficiente para saber cómo sucede todo esto. Pero también hay quienes —como él ha averiguado recientemente— han estudiado y leído y pensado hasta llegar a la conclusión de que no existen las almas. Por otro lado, a nadie le gusta hablar de estas personas, y de hecho sólo pensar en ellas da pavor. ¿Cómo pueden convivir con el miedo —en realidad, con la certidumbre— ante el infierno que los espera?

Había un hombre así que vino de Berwick, Davey *el Gordo* lo llamaban, porque estaba tan gordo que fue necesario cortar un entrante en la mesa para que pudiera sentarse a comer. Y cuando murió en Edimburgo, donde era una especie de estudioso, la gente se congregó en la calle frente a su casa para ver si el demonio acudía a reclamarlo. En Ettrick se había pronunciado un sermón al respecto, en el que se afirmaba, por lo que Walter alcanzó a entender, que el demonio no se prestaba a esa clase de exhibiciones y sólo la gente supersticiosa, vulgar y papista esperaba algo así de él; aun así, su abrazo era mucho más horrendo y los tormentos que lo acompañaban más sutiles de lo que podían imaginar tales mentes.

El tercer día a bordo, el Viejo James se puso en pie y empezó a pasearse. Ahora no para de pasearse. Se detiene y habla a quien quiera que esté dispuesto a escuchar. Da su nombre y dice que es de Ettrick, del valle y el bosque de Ettrick, donde cazaban los antiguos reyes de Escocia.

—Y en el campo de Flodden —dice—, después de la batalla de Flodden, cuentan que uno podía caminar entre los cadáveres y distinguir a los hombres de Ettrick porque eran los más altos y los más fuertes y los más apuestos de los caídos. Yo tengo cinco hijos, y todos son chicos fuertes y buenos, pero sólo dos me acompañan. Uno de mis hijos está en Nova Scotia, es el que lleva mi nombre y la última vez que supe de él estaba en un lugar llamado Economy, pero no hemos vuelto a recibir noticias tuyas, y no sé si está vivo o muerto. Mi hijo mayor se fue a trabajar a las Tierras Altas, y al hijo que viene antes del pequeño se le metió entre ceja y ceja marcharse también allí, y nunca volveré a verlos. Cinco hijos y, a Dios gracias, todos han llegado a hombres, pero el Señor no ha querido que se quedasen a mi lado. Su madre murió al nacer el último. Cogió unas fiebres y ya no volvió a levantarse de la cama después del parto. La vida de un hombre está plagada de penas. También tengo una hija, la mayor de todos, pero es casi una enana. Su madre fue perseguida por un carnero cuando la llevaba en el vientre. Tengo tres hermanas mayores, todas iguales, todas enanas.

Levanta la voz por encima del rumor de la vida a bordo del barco y sus hijos se alejan, abochornados, en cuanto lo oyen.

La tarde del día 14 se levantó un viento del norte y el barco empezó a temblar como si todas sus tablas fueran a desprenderse unas de otras. Los cubos estaban llenos a rebosar de los vómitos de la gente mareada y su contenido se derramaba por toda la cubierta. Se ordenó a todo el mundo que bajara pero muchos se acurrucaron contra la barandilla sin importarles que se los llevaran las olas. Pero nadie en mi familia se mareó y ahora el

viento ha parado y ha salido el sol y las personas a quienes hace un rato no les importaba morir en medio de la inmundicia se han levantado y han ido a rastras a lavarse donde los marineros baldean la cubierta. Las mujeres están también ocupadas lavando y enjuagando y escurriendo la ropa sucia. Es el peor sufrimiento y la recuperación más repentina que he visto en la vida...

Una niña de diez o doce años se queda mirando a Walter mientras escribe. Lleva un vestido y un sombrero elegantes y tiene el pelo castaño claro y rizado. El rostro, más que bonito, es vivaz.

—¿Eres de uno de los camarotes? —pregunta.

—No —contesta Walter.

—Ya lo sabía. Sólo hay cuatro: uno es para mi padre y para mí, otro es para el capitán, otro es para su madre, y ella no sale nunca, y el último es para las dos señoras. No puedes estar en esta parte de la cubierta a menos que seas de uno de los camarotes.

—Pues no lo sabía —dice Walter, pero no hace ademán de irse.

—Te he visto antes escribir en tu cuaderno.

—Yo no te he visto a ti.

—No. Como estabas escribiendo, no te has dado cuenta.

—Bueno —dice Walter—, en todo caso, ya he acabado.

—No le he hablado a nadie de ti —dice ella despreocupadamente, como si eso fuera una decisión suya y pudiera cambiar de idea.

Y ese mismo día, pero alrededor de una hora más tarde, un grito anuncia desde babor que desde allí se verá Escocia por última vez. Walter y Andrew se acercan a ver, también Mary con el Pequeño James en la cadera, y otros muchos. El Viejo James y Agnes no van; ella porque ahora se resiste a moverse, y él por pura obstinación. Sus hijos le han insistido en que fuera, pero él ha contestado: «A mí me tiene sin cuidado. Ya he visto Ettrick por última vez, así que ya he visto Escocia por última vez».

Resulta que el grito para dar la despedida ha sido prematuro: un borde gris de tierra permanecerá a la vista aún durante horas. Muchos se cansarán de mirarlo —es sólo tierra, como cualquier otra—, pero algunos se quedarán en la barandilla hasta que se desvanezca el último jirón, junto con la luz del día.

—Deberías ir a despedirte de tu tierra natal y decir adiós por última vez a tus padres porque no volverás a verlos —dice el Viejo James a Agnes—. Y aún tendrás que soportar cosas peores. Es una pena, pero así es. Tienes la maldición de Eva.

Lo dice con el regodeo contenido de un predicador, y Agnes, entre dientes, lo llama «saco de mierda», pero apenas tiene la energía para fruncir siquiera la frente.

«Viejo saco de mierda. Tú y tu tierra natal».

Walter escribe por fin una sola frase.

Y esta noche del año 1818 hemos perdido de vista Escocia.

Las palabras le resultan majestuosas. Lo invade una sensación de grandeza, solemnidad e importancia personal.

El día 16 fue muy ventoso, viniendo el viento del SO, y el mar estaba embravecido y se rompió el botalón del foque del barco debido a la violencia del viento. Y hoy nuestra hermana Agnes ha sido llevada al camarote.

«Hermana», ha escrito, como si ella fuera lo mismo para él que la Pobre Mary, pero no es el caso ni mucho menos. Agnes es una muchacha alta y robusta, de pelo moreno y espeso y ojos oscuros. El rubor en una de sus mejillas se desliza hacia una mancha marrón claro del tamaño de la impronta de una mano. Es de nacimiento, y la gente dice que es una lástima, porque sin ella sería guapa. Walter apenas resiste mirarla, pero no porque sea fea. Es porque desea tocarla, acariciarla con las yemas de sus dedos. No parece una piel cualquiera, sino el pelo aterciopelado de un ciervo. Lo que siente por ella es tan perturbador que sólo puede decirle cosas desagradables, y eso cuando le habla. Y ella se lo devuelve con una buena dosis de desprecio.

Agnes cree que está en el agua y las olas la levantan y la dejan caer violentamente. Cada vez que las olas la sueltan es peor que la anterior, y se hunde más y más hondo, incapaz de sentir el momento de alivio, ya que la ola cobra fuerza de nuevo para volver a embestirla.

Pero a veces sabe que está en la cama, una cama extraña y extrañamente mullida, aunque eso empeora las cosas, porque cuando se hunde no encuentra resistencia, ningún lugar duro donde el dolor deba cesar. Y aquí o en el agua, la gente corre de un lado a otro ante ella. Los ve a todos de costado y transparentes, hablando con tal atropello que no entiende sus palabras, y hacen caso omiso de ella maliciosamente. Ve a Andrew entre ellos, y a dos o tres de sus hermanos. También están allí algunas de las chicas a las que conoce, las amigas con las que se entretenía en Hawick. Y no la miran ni les importa un comino la penosa situación en que se encuentra.

A gritos, les dice que se vayan pero nadie obedece y ella ve aparecer a más gente a través de la pared. Nunca había sabido que tenía tantos enemigos. La están atormentando y fingen no darse cuenta siquiera. Su objetivo es atormentarla hasta la muerte.

Su madre se inclina sobre ella y dice con voz arrastrada, fría e indolente:

—No te esfuerzas, hija mía. Debes esforzarte más.

Su madre va muy engalanada y habla con la finura de una dama de Edimburgo.

Le echan en la boca algo inmundo. Sabiendo que es veneno, intenta escupirlo.

«Me levantaré y saldré de esto», piensa. Trata de desprenderse de su cuerpo, como si fuera un montón de harapos en llamas.

Se oye la voz de un hombre dar una orden.

—Sujétela —dice, y ella se parte y se abre por completo al mundo y el fuego.

—Ah... ah... ahh —resuella el hombre, como si acabara de correr una carrera.

A continuación, una vaca que pesa mucho, berreando con las ubres hinchadas de leche, se encabrita y se sienta sobre el vientre de Agnes.

—Ya, ya —dice la voz del hombre, y después, al límite de sus fuerzas, gime e intenta levantar a la vaca.



Hay que ser idiota. Hay que ser idiota para dejarla entrar.

No mejoró hasta el 18, después de dar a luz a una hija. Como había un médico a bordo, no pasó nada. No ocurrió nada hasta el 22, que fue el peor día que habíamos vivido hasta entonces. El botalón del foque se rompió por segunda vez. No pasó nada digno de mención, Agnes se recuperaba sin percances hasta que el 29 vimos un banco de marsopas y el 30 (ayer) el mar estaba muy encrespado con un viento del oeste y retrocedimos más que avanzamos.

—En el valle de Ettrick está lo que llaman la casa más alta de Escocia —dice James—, y la casa donde vivió mi abuelo era más alta que ésta. El nombre del sitio es Phauhope, y lo llaman Phaup, mi abuelo fue Will O'Phaup y hace cincuenta años todo aquel que hubiese venido de cualquier sitio al sur del Forth y al norte de las tierras en litigio de la frontera habría oído hablar de él.

«A menos que una persona se tape las orejas, ¿qué se puede hacer salvo escuchar?», piensa Walter. Hay quienes maldicen al ver acercarse al viejo, pero parece que otros se alegran de cualquier distracción.

Habla de Will y sus carreras, y de las apuestas por él, y otras tonterías que Walter no soporta.

—Y se casó con una mujer llamada Bessie Scott y uno de sus hijos se llamó Robert, y ese mismo Robert fue mi padre. Mi padre. Y aquí me tienen, delante de ustedes.

»De un solo brinco cruzaba Will el río Ettrick, y el sitio está marcado.

Durante los dos o tres primeros días, el Pequeño James se ha negado a despegarse de la cadera de Mary. Ha sido bastante valiente, pero sólo si podía quedarse ahí. Por la noche ha dormido en la capa de Mary, hecho un ovillo a su lado, y ella se ha despertado con el costado izquierdo dolorido porque ha permanecido inmóvil toda la noche para no molestarlo. De pronto, una buena mañana, el niño baja al suelo y corretea de un lado a otro y da patadas a Mary si intenta cogerlo en brazos.

Todo en el barco le llama la atención. Incluso de noche intenta trepar por encima de ella y escaparse en la oscuridad. Así, Mary se levanta dolorida no sólo por la inmovilidad, sino también por no dormir. Una noche la vence el sueño y el niño se zafa pero, por suerte, tropieza con el cuerpo de su padre en su intento de huida. A partir de entonces Andrew insiste en que lo aten todas las noches. Él berrea, claro está, y Andrew lo sacude y le da un cachete; entonces el niño llora hasta quedarse dormido entre sollozos. Mary, tendida a su lado, le explica con ternura que eso es necesario para que no se caiga al mar, pero ahora el Pequeño James la considera una enemiga, y si ella alarga una mano para acariciarle la cara, él intenta morderla con sus dientes de leche. Todas las noches se duerme enrabiado, pero por la mañana, cuando ella lo desata, todavía adormilado y rebosante de dulzura infantil, se aferra a Mary perezosamente y ella rezuma amor.

La verdad es que ella adora incluso sus alaridos y sus rabietas y sus patadas y sus mordiscos. Adora su suciedad y sus olores a leche agria, así como su olor a limpio. Cuando lo abandona la somnolencia, sus ojos azul claro, al fijarlos en ella, se llenan de una inteligencia extraordinaria y una voluntad imperiosa, que a ella le parecen venir directos del cielo. (Aunque su religión siempre le ha enseñado que la terquedad viene del lugar contrario). También adoraba a sus hermanos cuando eran encantadores y salvajes y había que impedir que cayeran al fuego, pero

desde luego no tan apasionadamente como adora a James.

De pronto un día el niño desaparece. Mary, en la cola del agua, se vuelve y él no está a su lado. Sólo ha cruzado unas palabras con la mujer de delante, para contestar a una pregunta sobre Agnes y la recién nacida, sólo le ha dicho el nombre de la pequeña —Isabel—, y en ese instante el niño se ha escapado. Al decir el nombre, Isabel, ha sentido un sorprendente deseo de coger en brazos a ese bulto nuevo y exquisitamente liviano, y al abandonar su sitio en la cola y empezar a dar vueltas buscando a James, tiene la impresión de que él ha sentido su deslealtad y ha desaparecido para castigarla.

En un instante todo está del revés. La naturaleza del mundo se ha alterado. Corre de acá para allá, llamando a James a gritos. Se acerca a desconocidos, a marineros que se ríen de ella cuando les pregunta suplicante:

—¿Ha visto a un niño pequeño? ¿Ha visto a un niño así de alto? Tiene los ojos azules.

—He visto a cincuenta o sesenta así en los últimos cinco minutos —contesta un hombre.

Una mujer, por simple amabilidad, dice que ya aparecerá, que Mary no debe preocuparse, estará jugando con algún otro niño. Algunas mujeres incluso miran alrededor como para ayudarla en la búsqueda, pero no pueden, lógicamente; tienen sus propias responsabilidades.

He aquí lo que Mary ve claramente en esos momentos de angustia: que el mundo que se ha transformado en un horror para ella sigue siendo el mismo mundo de siempre para todas esas otras personas y seguirá siéndolo incluso si James ha desaparecido de verdad, incluso si ha pasado a gatas por debajo de la barandilla —se ha fijado, por todo el barco, en los lugares donde eso sería posible— y lo ha engullido el mar.

El hecho más brutal e inconcebible, para ella, resultaría triste pero no una gran desgracia para la mayoría de la gente. Para ellos, no sería inconcebible.

Ni para Dios. Porque en realidad cuando Dios crea a un niño poco común y extraordinariamente hermoso, ¿acaso no se siente especialmente tentado de recuperar a su criatura, como si el mundo no la mereciese?

Pero ella le reza a Dios, sin cesar. Al principio, sólo pronunciaba el nombre del Señor. Pero conforme su búsqueda se vuelve más específica y en algunos sentidos más extraña —se agacha bajo la ropa que la gente ha tendido para preservar su intimidad, le trae sin cuidado interrumpir a los demás en sus quehaceres, levanta las tapas de sus cajas y hurga en su ropa de cama, sin oírles siquiera cuando le echan una maldición—, sus plegarias también son cada vez más complejas y audaces. Busca algo que ofrecer, algo que pudiera ser el precio por la devolución de James. Pero ¿qué tiene ella? Nada que sea suyo, ni salud, ni perspectivas, ni la consideración de nadie. No encuentra nada que ofrecer: ni una pizca de suerte, ni siquiera una esperanza a la que renunciar. Lo único que tiene es a James.

¿Y cómo puede ofrecer a James a cambio de James?

Eso es lo que le martillea en la cabeza.

Pero ¿y su amor a James? Su amor extremo y quizás idolátrico, su amor quizá perverso a otra criatura. Renunciará a eso, renunciará a eso de buena gana, con tal de que no se haya ido, con tal de poder encontrarlo. Con tal de que no esté muerto.

Recuerda todo esto una hora o dos después de que alguien vea al niño asomar de debajo de un cubo vacío, escuchando el barullo. Y ella se ha retractado de su juramento al instante. Lo ha cogido entre sus brazos y lo ha estrechado contra su pecho, respirando hondo y gimiendo mientras él forcejeaba para zafarse.

Su concepto de Dios es superficial e inestable y la verdad es que, salvo en un momento de terror como el que acaba de experimentar, en realidad le trae sin cuidado. Siempre ha tenido la sensación de que Dios, e incluso la idea de Dios, estaba más lejos de ella que de otras personas. Además, no teme sus castigos después de la muerte como debería, y ni siquiera sabe por qué. Anida en su cabeza una indiferencia obstinada que nadie conoce. De hecho, quizá todo el mundo cree que se aferra en secreto a la religión porque apenas tiene nada más a su alcance. Están muy equivocados, y ahora que ha recuperado a James, en lugar de dar gracias, piensa que ha sido una estúpida y que le habría resultado tan imposible renunciar a su amor por él como interrumpir los latidos de su propio corazón.

Después de eso, Andrew insiste en que aten a James, no sólo de noche sino también de día, al poste de la litera o al tendedero de la familia en la cubierta. Mary desea que lo amarren a ella, pero Andrew sostiene que un niño así la destrozaría a patadas. Andrew le ha dado una paliza por la jugarreta que les ha gastado, pero la expresión en los ojos de James anuncia que las jugarretas no han hecho más que empezar.

Aquel ascenso por la escalera en Edimburgo, aquella visión al otro lado del agua, fue un episodio que Andrew no mencionó siquiera a sus propios hermanos, pues América era ya de por sí un tema bastante espinoso. El hermano mayor, Robert, se marchó a las Tierras Altas en cuanto tuvo edad, yéndose de casa sin despedirse siquiera una noche que su padre estaba en la taberna de Tibbie Shiel. Dejó muy claro que lo hacía para no tener que formar parte de ninguna expedición planeada por su padre. Después, el Hermano James partió obstinadamente hacia América por su propia cuenta, aduciendo que así al menos no tendría que oír hablar más del asunto. Y por último había huido también Will, más joven que Andrew pero siempre el más opuesto y el más enconadamente enfrentado a su padre, y Will había ido a reunirse con Robert. De modo que sólo quedó Walt, quien a su corta edad todavía pensaba en aventuras; había crecido echando bravatas sobre sus futuras luchas con los franceses, así que tal vez ahora pensaba que lucharía contra los indios.

Y luego estaba el propio Andrew, quien desde aquel día en la roca había sentido respecto a su padre un profundo y perplejo sentido de la responsabilidad, muy parecido a la pena.

Pero lo cierto es que Andrew se siente responsable de todos los miembros de su familia. De su joven esposa, a menudo malhumorada, a quien ha sometido una vez más a una situación de peligro; de los hermanos en lugares lejanos y del hermano que tiene junto a él; de la hermana digna de lástima y del inconsciente de su hijo. Ésta es su carga; nunca se le ha ocurrido llamarla amor.

Agnes pide sal una y otra vez, hasta el punto de que empiezan a temer que, con la ansiedad, le suba la fiebre. Las dos mujeres que cuidan de ella son pasajeras de camarote, damas de Edimburgo, que han asumido la tarea por caridad.

—Estate quieta ya —le dicen—. Menos mal que el señor Suter estaba a bordo: no te haces idea de la suerte que has tenido.

Le explican que el bebé estaba mal encajado, y todos temían que el señor Suter tuviera que abrirla, cosa que podía haber acabado con su vida. Pero él había conseguido darle la vuelta a la niña para poder sacarla.

—Necesito sal para la leche —dice Agnes, que no está dispuesta a dejar que la pongan en su sitio con sus reproches y su manera de hablar de Edimburgo.

En todo caso, son idiotas. Tiene que explicarles que debe añadirse un poco de sal a la primera leche del bebé; basta colocarse unos granos en el dedo y, apretándose el pecho, mezclarlos con un par de gotas de leche, para dárselas al bebé antes de amamantarlo. Sin esta medida de precaución hay muchas probabilidades de que salga tonto.

—¿Será al menos cristiana? —pregunta una de las mujeres a la otra.

—Tanto como usted —dice Agnes.

Pero, para su propia sorpresa y vergüenza, rompe a llorar a lágrima viva, y el bebé berrea con ella, por solidaridad o por hambre. Aun así, ella se niega a darle el pecho.

El señor Suter pasa a ver cómo está. Pregunta a qué viene tanto llanto, y le explican el problema.

—Un recién nacido con sal en el estómago... ¿de dónde habrá sacado semejante idea?

—Denle la sal —ordena el médico.

Y se queda a ver cómo se aprieta el pecho para echarse unas gotas de leche en el dedo salado y acerca luego la yema a los labios de la pequeña, seguida del pezón.

Él le pregunta el motivo, y Agnes se lo explica.

—¿Y siempre da resultado?

Un poco sorprendida de que sea tan necio como las mujeres, aunque más amable, ella contesta que es infalible.

—¿En tu tierra no hay ningún tonto, pues? ¿Y todas las chicas son fuertes y guapas como tú?

Ella responde que eso no lo sabe.

A veces los jóvenes de paso, muchachos educados y de ciudad, acostumbraban a rondarlas a sus amigas y a ella, adulándolas e intentando entablar conversación, y ella siempre había pensado que una chica tenía que ser tonta para permitirlo, por guapo que fuera el hombre. El señor Suter dista mucho de ser guapo: es demasiado flaco y tiene la cara muy picada de viruela, tanto que al principio lo tomó por un viejo. Pero habla con voz amable, y si ahora la provoca un poco, no hay nada de malo en ello. Ningún hombre desearía trato con una mujer después de verla despatarrada con sus partes blandas al aire.

—¿Te duele? —pregunta el señor Suter, y ella cree ver una sombra en sus mejillas estropeadas, un asomo de rubor.

Agnes responde que no está peor de lo que cabría esperar, y él mueve la cabeza en un gesto de asentimiento, le coge la muñeca y se inclina sobre ella, apretándole el pulso con fuerza.

—Vigoroso como el de un caballo de carreras —dice, con las manos todavía por encima de ella, como si no supiera dónde ponerlas a continuación.

De pronto decide echarle atrás el pelo y apretarle las sienes con los dedos, y también detrás de las orejas.

Ella recordará durante muchos años este contacto, el cosquilleo de esta presión extraña y delicada, con una mezcla confusa de desprecio y anhelo.

—Bien —dice él—. Ni pizca de fiebre.

Por un momento observa mamar a la niña.

—Estás perfectamente —dice con un suspiro—. Tienes una hija preciosa, y podrá contar toda su vida que nació en el mar.

Andrew llega más tarde y se queda a los pies de la cama. Nunca la ha visto en una cama así (una cama corriente aunque atornillada a la pared). Se sonroja de vergüenza delante de las señoras, que han traído la palangana para lavarla.

—Es eso, ¿no? —dice él, y señala con la cabeza, sin mirarlo siquiera, el bulto al lado de ella.

Con cierta irritación, Agnes deja escapar una risotada y le pregunta qué ha pensado que era, si no. Basta con eso para desarmar su precaria pose, para minar su falsa apariencia de despreocupación. De pronto se tensa, aún más rojo, teñido de fuego. No es sólo por lo que ella ha dicho, es por la propia escena: el olor de la recién nacida y la leche y la sangre, sobre todo la palangana, los paños, las mujeres allí de pie, sus expresiones decorosas en las que un hombre puede ver reprensión y profundo desprecio.

No se le ocurre nada más que decir, así que Agnes, con adusta misericordia, se ve en la obligación de pedirle que siga con lo suyo, que ellas allí tienen tareas pendientes.

Según comentaban algunas chicas, cuando una por fin se rendía y yacía con un hombre —aun admitiendo que no fuera el hombre elegido—, experimentaba una sensación de desvalimiento pero también de serenidad, incluso de dulzura. Agnes no recuerda haber sentido eso con Andrew. Sintió únicamente que era un chico honrado, lo que ella necesitaba en sus circunstancias, y que nunca se le ocurriría huir y abandonarla.

Walter ha seguido yendo al mismo lugar reservado para escribir en su cuaderno y nadie lo ha sorprendido allí. Salvo la niña, claro. Pero ahora los dos están en pie de igualdad. Un día, cuando llegó, la encontró allí, saltando a la comba con una cuerda guarnecida de borlas rojas. Al verlo, la niña se detuvo, sin respiración. Y en cuanto recobró el aliento, rompió a toser y tardó unos minutos en poder hablar. Sonrojada y con lágrimas brillantes en los ojos a causa de la tos, se desplomó contra el montón de lona tras el que quedaba oculto aquel rincón. Walter permaneció inmóvil y la observó, alarmado ante ese ataque pero sin saber qué hacer.

—¿Quieres que vaya a buscar a alguna de las señoras?

Gracias a Agnes, ahora ya se habla con las mujeres de Edimburgo. Muestran un amable interés por la madre y la niña, y por Mary y el Pequeño James, y consideran cómico al viejo padre. También encuentran graciosos a Andrew y Walter, que les parecen muy apocados. En realidad, Walter no es tan callado como Andrew, pero eso de que los humanos den a luz (aunque está acostumbrado por las ovejas) lo llena de consternación o franca repugnancia. Agnes ha perdido gran parte de su encanto hurraño debido a eso. (Como sucedió antes, cuando dio a luz al Pequeño James. Pero más tarde, poco a poco, recuperó la capacidad de ofender. Walter piensa que no es muy probable que vuelva a ocurrir. Ahora él ha visto más mundo, y a bordo de este barco ha conocido mejor a las mujeres).

La niña con tos mueve la cabeza rizada en un vehemente gesto de negación.

—No las quiero aquí —dice cuando recobra la respiración lo suficiente para pronunciar las palabras—. Nunca le he dicho a nadie que vienes aquí, así que tú no debes hablarle a nadie de mí.

—Pero tú tienes derecho a estar aquí.

La niña vuelve a negar con la cabeza y, con un gesto, le indica que espere hasta que le cueste menos hablar.

—Me refiero a que me has visto saltar a la comba. Mi padre me escondió la cuerda, pero yo descubrí dónde la tenía, aunque él no lo sabe.

—No es fiesta de guardar —dice Walter con sentido común—. ¿Qué tiene de malo, pues, saltar a la comba?

—¿Y yo qué sé? —contesta ella, recuperando su tonillo impertinente—. Quizá piense que soy demasiado mayor. ¿Me juras que no se lo dirás a nadie?

Forma una cruz con los dedos índices. Es un gesto inocente, y él lo sabe; aun así, se asombra, sabiendo cómo lo verían ciertas personas.

No obstante, se declara dispuesto a jurar.

—Yo también lo juro —afirma ella—. No diré a nadie que vienes aquí. —Después de pronunciar estas palabras con notable solemnidad hace una mueca—. Aunque de todos modos no pensaba contárselo a nadie.

¡Vaya una personita extraña y engreída está hecha! Como sólo habla de su padre, Walter piensa que no debe de tener hermanos ni —como él mismo— madre. Esta situación probablemente la ha convertido en una niña solitaria y malcriada.

Tras estos juramentos, la niña —Nettie, se llama— se convierte en una visita frecuente cuando Walter se propone escribir en su cuaderno. Siempre dice que no quiere molestarlo, pero después de mantenerse en clamoroso silencio durante cinco minutos, más o menos, lo interrumpe haciéndole una pregunta sobre su vida o dándole información sobre sí misma. Efectivamente es huérfana de madre e hija única y nunca ha ido siquiera al colegio. Habla sobre todo de sus animales —los muertos y los que viven en su casa de Edimburgo— y de una mujer, una tal señorita Anderson, que antes viajaba con ella y le daba clases. Por lo visto, se alegraba de haber perdido de vista a esa mujer, y seguramente la señorita Anderson se alegraba de haberse marchado, después de todas las jugarretas de las que fue víctima: la rana viva en la bota y el ratón

de lana pero de aspecto muy real en su cama. O como cuando Nettie pisoteaba libros que no eran de su agrado y fingía haberse quedado sordomuda cuando se hartaba de recitar los ejercicios de ortografía.

Ha ido y vuelto de América tres veces. Su padre es vinatero y tiene que viajar a Montreal por razones de trabajo.

Quiere saberlo todo sobre la forma de vida de Walter y los suyos. Para una mentalidad rústica, sus preguntas son un tanto impertinentes. Pero en realidad a Walter no le importa; en su familia nunca ha estado en una posición que le permitiera instruir o enseñar o tomar el pelo a alguien más joven que él, y en cierto modo le proporciona cierto placer.

Pero sin duda también es verdad que en su mundo no se habría tolerado una actitud tan descarada, franca e inquisitiva como la de Nettie. ¿Qué cena la familia de Walter? ¿Cómo duermen? ¿Hay animales en la casa? ¿Tienen nombre las ovejas, y cómo se llaman los perros pastores, y sirven como animales de compañía? ¿Por qué no? ¿Cómo se sientan los colegas en el aula, en qué escriben, son crueles los maestros? ¿Qué significan algunas de las palabras que él usa y ella no entiende, y en su pueblo habla todo el mundo como él?

—Ah, sí —contesta Walter—. Incluso Su Majestad el duque. El duque de Buccleugh.

Ella se echa a reír y le golpea el hombro con su pequeño puño sin la menor inhibición.

—Me estás tomando el pelo. Lo sé. Sé que a los duques no se los llama «Su Majestad». No se los llama así.

Un día se presenta con papel y lápices para dibujar. Dice que los ha traído para tener algo que hacer y no estorbarlo. Dice que le enseñará a dibujar si quiere aprender. Pero los intentos de Walter le dan risa, y él lo hace cada vez peor adrede, hasta que ella se ríe tanto que le sobreviene uno de sus ataques de tos. (Esto ya no inquieta tanto a Walter, porque ha visto que ella siempre lo supera). Luego ella dice que hará unos dibujos en las últimas hojas de su cuaderno, para que él los guarde de recuerdo del viaje. Hace un dibujo de las velas y de una gallina que de alguna manera se ha escapado de su jaula e intenta deslizarse como un ave marina por encima del agua. Esboza de memoria un perro suyo que murió. *Pirata*. Al principio, sostiene que se llamaba *Walter*, pero al rato cede y admite que no ha dicho la verdad. Y dibuja los icebergs que vio, más altos que las casas, en uno de los anteriores viajes con su padre. Los rayos del sol poniente traspasaban estos icebergs, que, así iluminados, parecían —dice— castillos de oro. De colores rosa y oro.

—Ojalá tuviera a mano mi caja de pinturas. Así te lo enseñaría. Pero no sé en qué maleta está. Y en todo caso no pinto bien; se me da mejor el dibujo.

Todo lo que ha dibujado, incluidos los icebergs, es a la vez cándido y burlón, peculiarmente indicativo del carácter de Nettie.

—El otro día les hablaba de ese Will O'Phaup, el que era abuelo mío, pero no les conté todo sobre él. No les conté que fue el último hombre de Escocia que habló con las hadas. O al menos yo nunca he sabido de ningún otro, eso desde luego, ni en su época ni después.

Walter se ha visto atrapado y no le queda más remedio que escuchar esta historia, que, naturalmente, ya ha oído muchas veces, aunque nunca contada por su padre. Está sentado detrás de

una esquina donde unos marineros remiendan las velas rotas. Charlan a ratos —en inglés, quizá, pero en un inglés que Walt no acaba de entender— y parece que de vez en cuando escuchan algún fragmento de lo que el Viejo James cuenta. Por los sonidos que le llegan a lo largo de la historia, Walter deduce que el público, oculto a él, se compone mayoritariamente de mujeres.

Pero hay un hombre alto y bien vestido —un pasajero de camarote, sin lugar a dudas— que se ha detenido a escuchar en un lugar a la vista de Walter. Junto a este hombre, al otro lado, hay alguien que en cierto momento del relato se asoma para mirar a Walter, y él ve que es Nettie. Parece a punto de reír, pero se lleva un dedo a los labios como para advertirse a sí misma —y a Walter— que han de guardar silencio.

El hombre debe de ser su padre, lógicamente. Se quedan los dos escuchando tan tranquilos hasta que termina el relato.

A continuación, el hombre se vuelve y, con familiaridad pero de manera educada, se dirige a Walter.

—Imposible saber qué fue de las ovejas de ese hombre. Espero que no se las llevaran las hadas.

Walter, alarmado, no sabe qué decir. Pero Nettie le dirige una mirada tranquilizadora y una sonrisa casi imperceptible; luego baja la vista y aguarda al lado de su padre como corresponde a una señorita modosa.

—¿Estás escribiendo tus impresiones de todo esto? —pregunta el hombre a la vez que señala con la barbilla el cuaderno de Walter.

—Escribo un diario del viaje —responde Walter, tenso.

—Eso sí es interesante. Es interesante porque yo también llevo un diario de este viaje. Me pregunto si consideramos dignas de mención las mismas cosas.

—Yo sólo escribo lo que pasa —afirma Walt con la intención de dejar claro que para él eso es un trabajo, no un placer ocioso. Aun así, se siente obligado a ofrecer alguna justificación más—. Escribo para seguir los acontecimientos día a día y así poder mandar una carta a casa al final del viaje.

Es un hombre de voz muy suave y trato afable, y Walter no está acostumbrado a eso. Se pregunta si de algún modo se burla de él. O si el padre de Nettie es la clase de persona que entabla relaciones con la esperanza de sacar dinero para inversiones ruinosas.

Aunque Walter, por su aspecto y por su ropa, tampoco se vería como un posible candidato.

—¿No describes lo que ves, pues? ¿Sólo lo que «pasa», como tú dices?

Walter a punto está de decir que no, y al final dice que sí. Pues acaba de pensar que si escribe que sopla un viento fuerte, ¿acaso eso no es describir? Con gente así, uno nunca sabe a qué atenerse.

—¿No escribes sobre lo que acabamos de oír?

—No.

—Quizá valga la pena. Hoy día hay gente que recorre Escocia y husmea en todos los rincones para anotar lo que dicen los viejos del campo. Creen que las canciones y los relatos antiguos están desapareciendo y merecen recogerse. Yo de eso no entiendo, no es lo mío. Pero no me extrañaría que la gente que lo ha anotado todo descubra que valía la pena tomarse la molestia; es decir, que



eso dará dinero.

Nettie interviene inesperadamente.

—Calla, padre. El viejo va a empezar otra vez.

En la experiencia de Walter, no es así como una hija habla a su padre, pero el hombre la mira afectuosamente y parece a punto de echarse a reír.

—Sólo quiero preguntar una cosa más —dice—. ¿Qué piensas de esta historia de las hadas?

—Creo que esas cosas no son más que tonterías —contesta Walter.

—Ya ha empezado otra vez —dice Nettie, malhumorada.

Y en efecto la voz del Viejo James vuelve a oírse desde hace un momento, imponiéndose con determinación y en tono de reproche a aquellos miembros del público que acaso hayan creído llegada la hora de entablar sus propias conversaciones.

—... y hubo otra vez, pero en esos días largos del verano, allá en las montañas, a última hora del día pero antes de oscurecer del todo...

El hombre alto asiente con la cabeza, pero mira como si aún tuviese algo que preguntar a Walter. Nettie alarga el brazo y le tapa la boca con la mano.

—Y les aseguro, y juro por mi vida, que Will era incapaz de mentir, él, que de joven iba a la iglesia a escuchar al predicador Thomas Boston, y Thomas Boston metió el temor de Dios en el cuerpo a todos los hombres y mujeres, como quien hinca un cuchillo, y lo llevaron dentro hasta el mismísimo día de su muerte. No, jamás. Era incapaz de mentir.

—¿Así que no eran más que tonterías? —pregunta el hombre alto en voz baja cuando tiene la certeza de que ha terminado la historia—. Pues comparto tu opinión. ¿Eres una persona de mentalidad moderna?

Walter contesta que sí, y habla con mayor firmeza que antes. Durante toda su vida ha oído estas historias que hilvana su padre, y otras parecidas, pero lo curioso es que nunca se las había oído a su padre hasta que se han embarcado. El padre que conocía hasta hace poco tiempo no habría querido saber nada de ellas, o eso piensa Walter.

«Vivimos es un lugar horrible —decía su padre—. La gente tiene la cabeza llena de tonterías y malas costumbres, y hasta la lana de nuestras ovejas es tan áspera que no puede venderse. Los caminos son tan malos que un caballo no puede viajar a más de siete kilómetros por hora, y para arar usan la pala o el viejo arado escocés, a pesar de que en otros sitios se emplea un arado mejor desde hace cincuenta años. “Ya, ya”, dicen cuando les preguntas, “ya, pero aquí el terreno es muy escarpado, la tierra es muy dura”.

»Nacer en el valle de Etrick es nacer en un lugar atrasado —decía—, donde la gente cree en viejas leyendas y ve fantasmas, y os aseguro que es una maldición nacer en el valle de Etrick».

Y eso con toda seguridad lo llevaba al tema de América, donde todas las ventajas de la inventiva moderna se aprovechaban con fruición y la gente nunca podía parar de mejorar el mundo que le rodeaba.

Y ahora quién te ha visto y quién te ve.

—No me creo que fueran hadas —dice Nettie.

—¿Crees, pues, que desde el principio eran sus vecinos? —pregunta su padre—. ¿Crees que le estaban gastando una broma?

Walter nunca ha oído a un padre hablar con tal indulgencia a un hijo. Y pese al aprecio que le tiene a Nettie, no lo aprueba. Así, acabará pensando que no hay sobre la faz de la tierra opiniones más dignas de escucharse que las suyas.

—No, no lo creo —contesta ella.

—Entonces, ¿qué? —dice su padre.

—Creo que eran muertos.

—¿Y tú qué sabes de los muertos? —pregunta su padre, hablando por fin con cierta severidad—. Los muertos no se levantarán hasta el día del Juicio. No me gusta oírte hablar a la ligera de esas cosas.

—No hablaba a la ligera —responde Nettie con desenfado.

Los marineros se desprenden de las velas y señalan el cielo, en dirección a poniente. Deben de ver algo que despierta su entusiasmo. Armándose de valor, Walter pregunta:

—¿Son ingleses? No entiendo lo que dicen.

—Algunos son ingleses, pero de zonas donde a nosotros su manera de hablar nos parece un idioma extranjero. Algunos son portugueses. Yo tampoco los entiendo, pero dicen que ven los mérgulos, me parece. Todos tienen una vista muy fina.

Walter cree tener también una vista muy fina, pero tarda un momento en ver a esas aves, las que deben de llamarse mérgulos: bandadas y bandadas de aves marinas pasando como flechas y elevándose en el cielo, meras motas brillantes en el aire.

—No dejes de mencionarlos en tu diario —dice el padre de Nettie—. Yo los he visto en otros viajes. Se alimentan de peces y esta zona es ideal para ellos. Pronto también verás a los pescadores. Pero los mérgulos son la primera señal de que debemos de estar en los Grandes Bancos de Terranova.

»Debes subir a la cubierta de arriba a hablar con nosotros —dice al despedirse de Walter—. Tengo que pensar en mi trabajo y no soy una buena compañía para mi hija. Le han prohibido corretear porque aún no se ha recuperado del todo del catarro que tuvo en invierno, pero le gusta sentarse a charlar.

—Me temo que no me está permitido ir allí —dice Walter, un tanto confuso.

—Ah, eso no es problema. Mi hija está sola. Le gusta leer y dibujar, pero también le gusta tener compañía. Podría enseñarte a dibujar, si quieres. Podría servirte para tu diario.

Si Walter se sonroja, nadie se da cuenta. Nettie conserva la compostura.

Así pues, dibujan y escriben juntos, sin esconderse de nadie. O ella le lee en voz alta de su libro preferido, que es *Los cabecillas escoceses*. Walter ya conoce gran parte de lo que sucede en la historia —¿quién no conoce a William Wallace?—, pero ella lee con fluidez y a la velocidad idónea y da a algunas cosas un tono solemne, a otras aterrador y a otras cómico, de modo que él está tan atrapado en el libro como la propia niña. A pesar de que, dice ella, lo ha leído ya doce veces.

Ahora Walter entiende un poco mejor por qué le pregunta tantas cosas. Él y su gente le recuerdan a ciertos personajes del libro. Personas como las que antaño poblaban los montes y valles. ¿Qué pensaría ella si supiera que el «viejo», el anciano que anda con sus cuentos por todo el barco y acorralla a la gente para que escuche como si fueran ovejas y él fuera el perro pastor, si supiera que es el padre de Walter?

Estaría encantada, probablemente, y sentiría aún más curiosidad por la familia de Walter. No los miraría por encima del hombro, excepto de un modo que no podría evitar o del que ni siquiera sería consciente.

Llegamos a los bancos de peces de Terranova el 12 de julio y el 19 avistamos tierra y fue una alegría para nosotros. Era parte de Terranova. Navegamos entre Terranova y la isla de Paul y, gracias a un viento favorable los días 18 y 19, la mañana del 20 estábamos ya en el río, con el continente norteamericano a la vista. Nos despertaron a eso de la una de la madrugada y creo que a las cuatro todos los pasajeros estaban ya en pie contemplando la tierra, totalmente cubierta de bosque y una verdadera novedad para nosotros. Era parte de Nova Scotia y un hermoso paisaje montañoso. Ese día vimos varias ballenas, unas criaturas como nunca he visto en mi vida.

Es el día de las maravillas. La tierra está tan cubierta de árboles como una cabeza lo está de pelo y el sol sale por detrás del barco, bañando las copas de luz. El cielo, despejado, reluce como un plato de porcelana y el viento ondula juguetonamente el agua. Ha desaparecido hasta la última voluta de niebla y el aroma resinoso de los árboles impregna el aire. Las aves marinas, doradas como criaturas celestes, sobrevuelan los aparejos, pero los marineros disparan unas cuantas veces para ahuyentarlas de las velas.

Mary levanta al Pequeño James con la intención de que recuerde hasta el fin de sus días la primera vez que vio el continente donde vivirá para siempre. Le dice el nombre de esta tierra: Nova Scotia.

—Significa Nueva Escocia —dice.

Agnes la oye.

—¿Y entonces por qué no la llaman así?

—Está en latín, creo —contesta Mary.

Agnes deja escapar un resoplido de impaciencia. La recién nacida se ha despertado antes de hora a causa del bullicio y la celebración, y ahora, incómoda, quiere estar en el pecho todo el rato y berrea cada vez que Agnes intenta apartarla. El Pequeño James, observándolo todo atentamente, trata de acercarse al otro pecho, y Agnes lo aparta de un manotazo tal que él se tambalea.

—Niño mimado —lo llama Agnes.

El Pequeño James lanza un chillido; luego la rodea a gatas y pellizca los talones a la niña.

Otro bofetón.

—Eres un huevo podrido, eh, tú —dice su madre—. Alguien te ha consentido tanto que te crees el culo de Dios.

Al oír levantar la voz a Agnes, Mary siempre teme recibir ella misma un golpe.

El Viejo James está sentado con ellas en cubierta, pero no presta atención a este percance doméstico.

—¿No quieres venir a ver el país, padre? —pregunta Mary con incertidumbre—. Lo verás mejor desde la barandilla.

—Ya lo veo bien desde aquí —contesta el Viejo James.

Nada en su voz induce a pensar que las revelaciones a su alrededor le son gratas.

—Antiguamente Ettrick estaba cubierto de árboles —dice—. Primero estuvo en manos de los monjes y después fue el bosque real. Fue el bosque del rey. Hayas, robles, serbales.

—¿Más árboles que aquí? —pregunta Mary, más envalentonada que de costumbre por los novedosos esplendores del día.

—Mejores árboles. Más viejos. Era un bosque famoso en toda Escocia. El bosque real de Ettrick.

—Y en Nova Scotia es donde está nuestro hermano James —continúa Mary.

—Puede que esté, puede que no. Aquí sería fácil morir y nadie se enteraría. Podrían habérselo comido los animales salvajes.

—Acércate otra vez a esta niña y te despellejaré vivo —dice Agnes al Pequeño James, que se mueve en círculo alrededor de ella y la recién nacida, haciendo como que no le interesan.

Agnes piensa que le habría estado bien empleado si se lo hubieran comido los animales salvajes, a ese fulano que ni siquiera se despidió de ella. Pero tiene la esperanza de que aparezca algún día y la vea casada con su hermano. Eso le dará qué pensar. Así entenderá, además, que al final no recibió lo mejor de ella.

Mary se pregunta cómo puede decir su padre esas cosas, decir que los animales salvajes podrían haber devorado a su propio hijo. ¿Es así como se apoderan de uno los pesares de los años, hasta convertir el corazón de carne en un corazón de piedra, como dice la vieja canción? Y en tal caso, ¿con qué despreocupación y desprecio sería capaz de hablar de ella, que nunca ha significado para él ni una mínima parte de lo que significaban los chicos?

Alguien ha traído un violín a la cubierta y lo afina para tocar. El sonido capta la atención de los pasajeros que, apoyados en la barandilla, se señalaban lo que cada uno ya veía por su cuenta —repitiendo asimismo el nombre que a estas alturas ya conoce todo el mundo, Nova Scotia—, y se animan mutuamente a bailar. A gritos, dan los nombres de los bailes que quieren que toque el violinista. Se despeja el espacio y las parejas se disponen en cierto orden y, después de muchos nerviosos chirridos del violín y voces impacientes para alentar al violinista, la música suena y cobra autoridad, y empieza el baile.

El baile, a las siete de la mañana.

Andrew sube de la bodega cargado con la provisión de agua. Se detiene y observa por un momento; de pronto, sorprende a Mary preguntándole si quiere bailar.

—¿Quién cuidará del niño? —pregunta Agnes de inmediato—. No pienso levantarme y andar corriendo detrás de él.

A ella le gusta bailar, pero ahora su situación se lo impide, no sólo porque tiene que amamantar al bebé, sino por el dolor en las partes de su cuerpo que han quedado tan maltrechas a causa del parto.

Mary hace ya ademán de negarse, diciendo que no puede, pero Andrew propone:

—Lo ataremos.

—No, no —dice Mary—. No necesito bailar.

Cree que Andrew se compadece de ella, recordando cómo la dejaban de lado en los juegos de la escuela y en los bailes, pese a que en realidad ella puede correr y bailar perfectamente. Andrew es el único de sus hermanos capaz de tal consideración, pero Mary casi preferiría que se comportase igual que los otros y la dejase relegada al olvido como siempre ha estado. La compasión la exaspera.

El Pequeño James reconoce la palabra «atar» y empieza a quejarse con estridencia.

—Quédate quieto —ordena su padre—. Quédate quieto o te arreo.

En ese momento el Viejo James los sorprende a todos dirigiendo la atención a su nieto.

—Tú, chaval. Ven a sentarte aquí conmigo.

—Huy, no se quedará sentado —avisa Mary—. Saldrá corriendo y usted, padre, no lo pillaré. Ya me quedo yo.

—Se quedará sentado —asegura el Viejo James.

—Venga, decidete —dice Agnes a Mary—. Te vas o te quedas.

El Pequeño James los mira alternativamente, gimoteando con cautela.

—¿Es que no entiende ni la palabra más sencilla? —pregunta su abuelo—. Siéntate. Aquí. Chaval.

—Sabe un montón de palabras —dice Mary—. Sabe lo que es el botalón del foque.

—Botalón —repite el Pequeño James.

—Cierra la boca y siéntate —ordena el Viejo James.

El Pequeño James se acerca, a regañadientes, al lugar indicado.

—Y ahora ve —dice el Viejo James a Mary.

Y ella, confusa, al borde de las lágrimas, se deja llevar.

—Hay que ver qué niño mimado este, y todo por culpa de su tía —dice Agnes, no exactamente a su suegro, sino más bien al aire.

Habla casi con indiferencia a la vez que incita al bebé acercando el pezón a su mejilla.

La gente baila, no sólo dentro del círculo de baile, sino también fuera, por toda la cubierta. Cogen al primero que ven y giran y giran. Cogen incluso a algún marinero si se pone a mano. Los hombres bailan con las mujeres, los hombres bailan con los hombres, las mujeres bailan con las mujeres, los niños bailan entre sí o solos y sin la menor idea de cuáles son los pasos, estorbando, pero al fin y al cabo todo el mundo estorba a todo el mundo y da igual. Algunos niños bailan sin moverse del sitio, dando vueltas con los brazos en alto hasta que se marean y se caen. Al cabo de dos segundos ya están de pie, recompuestos y listos para empezar otra vez.

Mary, cogida de las manos de Andrew, gira guiada por él; luego pasa a otros, que se inclinan hacia ella y zarandean su diminuto cuerpo. Ha perdido de vista al Pequeño James y no sabe si sigue al lado de su abuelo. Baila a la misma altura que los niños, aunque con menos desenvoltura y despreocupación. En medio de tantos cuerpos no tiene nada que hacer, no puede detenerse: debe

zapatear y remolinear, o la derribarán.

—Ahora escucha y te contaré —dice el Viejo James—. Este viejo, Will O’Phaup, mi abuelo... era mi abuelo como yo soy el tuyo... Una noche, una agradable noche de verano, Will O’Phaup estaba sentado delante de su casa, descansando. Solo, estaba solo.

»Y por la esquina de la casa aparecieron tres chavales apenas más grandes que tú. Lo saludaron. “Buenas noches, Will O’Phaup”, dijeron.

»“Hombre, chavales, buenas noches, ¿en qué puedo ayudaros?”.

»“¿Nos dejaría una cama para pasar la noche o algún sitio donde acostarnos?”, preguntan. “Sí, claro”, contesta él. “Sí, será fácil encontrar un hueco para tres pequeñajos como vosotros”. Entra en la casa, y ellos lo siguen. “Y ya que estamos, ¿puede darnos también la llave, la gran llave de plata que tenía guardada para nosotros?”, preguntan. Entonces Will mira alrededor y busca la llave, hasta que de pronto piensa: pero ¿qué llave es ésa? Y se da la vuelta para preguntárselo. “¿Qué llave es ésa?” Porque sabe que nunca en la vida ha tenido nada semejante. Ni una llave grande ni una llave de plata, nunca. “¿De qué llave me habláis?” Y cuando se vuelve, ya no están. Sale de la casa, rodea toda la casa, mira hacia el camino. Ni rastro de ellos. Mira hacia la montaña. Ni rastro.

»Entonces Will cayó en la cuenta. Aquéllos no eran chavales ni mucho menos. Nada de eso. No eran chavales ni remotamente.

El Pequeño James no ha despegado los labios. A sus espaldas está el denso y bullicioso muro de bailarines, a un lado su madre, con esa bestezuela que araña y le hinca los dientes en el cuerpo. Y frente a él está el viejo, el retumbo de su voz, insistente pero remota, y sus agrias vaharadas, con una sensación de agravio e importancia absoluta idéntica a la del niño. Su carácter voraz, artero y opresivo. Es el primer encuentro consciente del Pequeño James con alguien tan radicalmente egocéntrico como él mismo.

Es apenas capaz de centrar su inteligencia, de no mostrarse del todo vencido.

—Llave —dice—. ¿Llave?

Observando a los bailarines, Agnes alcanza a ver a Andrew, enrojecido y pateando torpemente, cogido del brazo de varias mujeres risueñas. Ahora están bailando *Deshoja el sauce*. No hay ni una sola chica cuyo aspecto o manera de bailar den motivo de preocupación a Agnes. En cualquier caso, Andrew nunca le da motivos de preocupación. Ve a Mary lanzada de un lado a otro, incluso con un poco de rubor en las mejillas, aunque es demasiado tímida, y demasiado baja, para mirar a nadie a la cara. Ve a la bruja casi desdentada que dio a luz una semana después que ella: baila con su marido, un hombre de mejillas hundidas. A ella no le duele nada. Debió de soltar al niño con la misma facilidad que si fuera una rata y luego lo dejó en manos de alguna de sus desmirriadas hijas para que se lo cuidara.

Ve al señor Suter, el médico, sin aliento, apartarse de una mujer que pretendía agarrarlo, esquivar a los bailarines y acercarse a saludarla.

Agnes habría preferido que no lo hiciera. Ahora sabrá quién es su suegro; puede que haya oído las sandeces que cuenta el viejo idiota. Verá su ropa rústica, anodina y ahora ni siquiera limpia. La verá tal y como es.

—Ah, conque aquí estás —dice él—, aquí estás con tu tesoro.

Agnes nunca había oído emplear esa palabra para referirse a un niño. Parece hablarle igual que a una conocida suya, a una dama o algo así, y no como un médico habla a una paciente. Ese comportamiento la abochorna y no sabe qué contestar.

—¿Está bien tu niña? —pregunta él, adoptando una actitud más práctica.

Aún resuella después del baile, y aunque no ha enrojecido, está un poco sudoroso.

—Sí.

—¿Y tú? ¿Ya has recuperado las fuerzas?

Ella se encoge de hombros, muy ligeramente, como para evitar que al bebé se le escape el pezón.

—En cualquier caso, tienes mejor color, y eso es buena señal.

Agnes cree oírlo suspirar al decirlo, y se pregunta si se debe a su propio color que, a la luz del día, se ve tan amarillento como el suero.

Él entonces le pide permiso para sentarse a charlar con ella un momento, y sus formalidades la desconciertan una vez más, pero le dice que haga lo que guste.

Su suegro mira al médico —y también a ella— con desprecio, pero el señor Suter no lo nota; quizá ni siquiera se ha dado cuenta de que el viejo, y el niño rubio sentado con la espalda recta, de cara al viejo, tienen algo que ver con ella.

—El baile está muy animado —comenta él—. Y no tienes ocasión de decidir con quién quieres bailar. Cualquiera te coge y tira de ti. —A continuación pregunta—: ¿Qué harás en Canadá Oeste?

A ella le parece una pregunta de lo más tonta. Cabecea. ¿Qué va a decir? Lavará, coserá y guisará, y casi con toda seguridad amamantará a más niños. El sitio poco importa. Será en una casa, y no una buena casa.

Ahora sabe que a este hombre le gusta, y en qué sentido. Recuerda el contacto de sus dedos en la piel. Pero ¿qué peligro corre una mujer con un bebé en el pecho?

Se siente impulsada a mostrarle cierta cordialidad.

—¿Y usted qué hará? —pregunta.

Él sonrío y contesta que en principio se dedicará a aquello para lo que se ha formado, y que en América —o eso le han dicho— andan necesitados de médicos y cirujanos igual que en cualquier otra parte del mundo.

—Pero no quiero instalarme para siempre en una ciudad. Me gustaría, por lo menos, llegar hasta el río Misisipi. Antes, todo lo que hay más allá del Misisipi pertenecía a Francia, ¿sabes? Pero ahora pertenece a América y es un territorio abierto; cualquiera puede ir allí, sólo que existe el riesgo de toparse con los indios. Aunque tampoco eso me importaría. Donde haya enfrentamientos con los indios, habrá necesidad de cirujanos.

Ella no sabe nada de ese río Misisipi, pero sí sabe que él no tiene aspecto de guerrero precisamente: ni siquiera se le ve capaz de aguantar en una pelea con los matones de Hawick, así

que con los pieles rojas ya ni hablemos.

Dos bailarines giran tan cerca de ellos que el aire que mueven les llega a la cara. Es una muchacha, en realidad una niña, cuya falda se arremolina... y baila con no otro que el cuñado de Agnes, Walter. Walter saluda a Agnes, al médico y a su padre con una reverencia absurda, y la chica le da un empujón obligándolo a volverse y él se ríe de ella. Va bien vestida, como una damisela, con lazos en el pelo. De tanto como se divierte, tiene el rostro iluminado y las mejillas resplandecientes como faroles, y trata a Walter con gran familiaridad, como si hubiera encontrado un juguete grande.

—¿Ese chico es amigo tuyo? —pregunta el señor Suter.

—No. Es el hermano de mi marido.

La niña se ríe incontinentemente cuando ella y Walter —por la inconsciencia de ella— casi derriban a otra pareja. Se ríe de tal modo que no puede tenerse en pie, y Walter ha de sujetarla. Entonces da la impresión de que no está riéndose, sino que es un ataque de tos, y cada vez que el ataque parece a punto de remitir, se ríe y vuelve a empezar. Walter la estrecha contra sí, llevándola medio en volandas hacia la barandilla.

—Ahí tienes a una muchacha que nunca dará el pecho a un niño —dice el señor Suter, lanzando una mirada al bebé, que mama, antes de posarla otra vez en la chica—. Dudo que viva lo suficiente para ver gran cosa en América. ¿Es que nadie cuida de ella? Deberían prohibirle bailar.

Se pone en pie para no perder de vista a la chica mientras Walter la sostiene junto a la barandilla.

—Bueno, ha parado —comenta—. No hay hemorragia. O al menos no esta vez.

Agnes presta poca atención a la mayoría de la gente, pero percibe ciertos detalles en cualquier hombre que muestre interés por ella, y ahora ve que el señor Suter se siente satisfecho del dictamen que ha pronunciado sobre la muchacha. Y entiende que eso se debe seguramente a alguna enfermedad suya, a que piensa que él, en comparación, no está tan mal.

Se oye un grito junto a la barandilla, pero no tiene nada que ver con la chica y Walter. Otro grito, y muchos dejan de bailar y corren a mirar hacia el agua. El señor Suter se pone en pie y se acerca unos pasos en esa dirección, tras la muchedumbre, y de pronto se da media vuelta.

—Una ballena —explica—. Dicen que de este lado hay una ballena.

—Tú quédate aquí —ordena Agnes con voz iracunda, y él se vuelve, sorprendido.

Pero enseguida comprende que las palabras de Agnes iban dirigidas al Pequeño James, que está a sus pies.

—¿Conque éste es tu hijo? —pregunta el señor Suter, como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. ¿Puedo llevarlo a mirar?

Y es así como Mary —que por casualidad en ese momento levanta la cara en medio del tumulto de pasajeros— ve al Pequeño James, muy asombrado, cruzar a toda prisa la cubierta en brazos de un desconocido, un hombre pálido de pelo oscuro, resuelto aunque de aspecto ladinamente educado, sin duda extranjero. Un secuestrador de niños, o un asesino de niños, camino de la barandilla.

Grita con tal desesperación que cualquiera pensaría que está ella misma en las garras del



demonio, y la gente le abre paso como se lo abriría a un perro rabioso.

—¡Al ladrón, al ladrón! —vocifera—. ¡Quítenle a ese niño! ¡Cójalo! ¡James, James! ¡Salta!

Se lanza al frente y, agarrando al niño por los tobillos, tira de él de tal manera que el pequeño aúlla de miedo y rabia. El hombre que lo lleva en brazos casi tropieza pero no lo suelta. Lo mantiene bien cogido y empuja a Mary con el pie.

—Sujétenla por los brazos —grita a quienes están alrededor, sin aliento—. Esta mujer tiene un ataque.

Andrew se ha abierto paso entre la gente que aún baila y la gente que se ha detenido a observar el espectáculo. De algún modo consigue apoderarse de Mary y el Pequeño James y dejar claro que éste es su hijo y la otra su hermana, y aquí nadie tiene ningún ataque. El Pequeño James se aparta de su padre y se echa en brazos de Mary; luego empieza a patalear para que lo bajen al suelo.

Pronto el señor Suter lo explica todo con gentileza y disculpas, y entretanto el Pequeño James, totalmente recuperado, repite a gritos una y otra vez que debe ver la ballena. Insiste en ello como si supiera perfectamente qué es una ballena.

Andrew le advierte qué ocurrirá si no para de armar tanto alboroto.

—Me había detenido a conversar un momento con su esposa, a preguntarle cómo se encuentra —explica el médico—. No he llegado a despedirme de ella, así que tendrá que hacerlo por mí.

Hay ballenas más que suficientes para que el Pequeño James se pase el día mirándolas y para que las mire todo aquel a quien le plazca. La gente se cansa de verlas.

—¿Quién si no un sinvergüenza de cuidado va a sentarse a hablar con una mujer que tiene el pecho descubierto? —pregunta el Viejo James, dirigiéndose al cielo.

A continuación, recita un versículo de la Biblia en relación con las ballenas.

—«Por allí circulan los navíos, y leviatán que tú formaste para jugar con él. Esa serpiente retorcida, el dragón que está en el mar».

Pero no está dispuesto a acercarse a echar un vistazo.

Mary no se queda convencida con la explicación del médico. Claro que le ha dicho a Agnes que se llevaba al niño a ver a la ballena, pero eso no significa que sea verdad. Cada vez que la imagen de ese hombre diabólico con el Pequeño James en brazos asoma a su mente, y siente en su pecho la fuerza de su propio grito, la invade una sensación de asombro y felicidad. Sigue pensando que lo ha salvado.

El padre de Nettie se llama señor Carbert. A veces se sienta a escuchar a Nettie leer o charla con Walter. Al día siguiente de la celebración y el baile, cuando muchos están de mal humor por el agotamiento y algunos por el whisky que han bebido, y apenas nadie mira hacia la costa, busca a Walter para hablar con él.

—Nettie te ha cogido tanto cariño —dice— que se le ha metido en la cabeza la idea de que debes venir con nosotros a Montreal.

Deja escapar una carcajada de disculpa, y Walter se ríe también.

—Entonces debe de pensar que Montreal está en Canadá Oeste —dice Walter.

—No, no. No hablo en broma. Te he buscado a propósito para hablar contigo sin ella delante. Eres un buen compañero para ella, y es feliz cuando está contigo. Y yo veo que eres un chico listo y prudente, y que se te daría bien trabajar en mi negocio.

—Estoy con mi padre y mi hermano —dice Walter, tan sorprendido que se le distorsiona la voz en un chillido infantil—. Vamos a comprar tierras.

—Me parece bien, pero no eres el único hijo que tiene tu padre. Puede que no haya suficientes buenas tierras para todos vosotros. Y puede que no quieras ser granjero toda la vida.

Walter piensa para sí que eso es verdad.

—Mi hija, ¿qué edad crees que tiene?

Walter, incapaz de pensar, cabecea.

—Tiene catorce años, casi quince —dice el padre de Nettie—. No lo parece, ¿verdad? Pero da igual, no se trata de eso. No se trata de Nettie y tú, de nada relacionado con el futuro. ¿Lo entiendes? No tiene sentido plantearse el futuro. Pero me gustaría que vinieras con nosotros y le permitieras ser la niña que es y que la hicieras feliz con tu compañía. Naturalmente yo te compensaría, y también tendrías trabajo, y si todo saliera bien, podrías contar con un anticipo.

En este momento los dos advierten que Nettie se acerca. Le saca la lengua a Walter, tan deprisa que su padre aparentemente no se da cuenta.

—Ahora dejémoslo. Piénsalo y ya me darás una respuesta —dice el padre de Nettie—. Pero cuanto antes mejor.

Tuvimos calma chicha el 21 y el 22 pero hubo algo más de viento el 23, pero por la tarde todos nos alarmamos por un vendaval acompañado de rayos y truenos que fue espantoso y una de las velas mayores recién remendada se hizo otra vez jirones por el viento. El vendaval duró alrededor de 8 o 10 minutos y el día 24 tuvimos buen viento, que nos permitió remontar un buen trecho de río, hasta donde se estrechaba, de modo que veíamos la tierra a ambos lados del río. Pero tuvimos otra vez calma chicha hasta el 31, cuando sólo hubo dos horas de brisa...

Walter no ha tardado en decidirse. Aunque consciente de que debe dar las gracias al señor Carbert, dice que no se ha planteado trabajar en una ciudad, ni quiere un empleo entre cuatro paredes. Tiene intención de trabajar con su familia hasta que se haya instalado en alguna casa con tierra para labrar y después, cuando ya no necesiten tanto su ayuda, piensa dedicarse al comercio con los indios, como una especie de explorador. O ir a buscar oro.

—Como quieras —dice el señor Carbert. Dan varios pasos juntos, hombro con hombro—. Debo decirte que te imaginaba más serio. Por suerte no le he dicho nada a Nettie.

Sin embargo, Nettie no se ha dejado engañar en cuanto al tema de sus conversaciones. Atosiga a su padre hasta que éste se ve obligado a contarle lo sucedido, y entonces ella va en busca de Walter.

—A partir de ahora no pienso volver a hablar contigo —dice ella con una voz de adulto que él nunca ha escuchado antes—. No es porque esté enfadada, sino sólo porque si sigo hablándote, tendré que pensar todo el tiempo en que pronto nos despediremos. Pero si dejo de hablarte ahora,

ya nos habremos despedido, y todo habrá terminado antes.

Nettie dedica el tiempo que le queda a dar tranquilos paseos con su padre, ataviada con sus mejores ropas.

Walter la compadece —con esas capas y sombreros de señora parece perdida, con un aspecto aún más infantil que antes, y su afectada altivez resulta conmovedora—, pero son tantas las cosas que reclaman su atención que rara vez piensa en ella cuando no la ve.

Pasarán años hasta que ella vuelva a asomar a su memoria. Pero cuando ocurra, Walter descubrirá que Nettie es una fuente de felicidad, accesible para él hasta el final de sus días. A veces incluso jugará con la idea de lo que podía haber sucedido si hubiese aceptado el ofrecimiento. En lo más hondo de él, imaginará un radiante restablecimiento, a Nettie con un cuerpo esbelto y femenino, su vida juntos. Tan descabelladas ideas como un hombre puede cultivar en secreto.

Se nos acercaron varios barcos de la costa con pescado, ron, ovejas vivas, tabaco, etcétera, y todo lo vendían muy caro a los pasajeros. El 1 de agosto se levantó una ligera brisa y por la mañana del 2 pasamos por delante de la isla de Orleans y a eso de las seis de la mañana divisamos Quebec con tan buena salud, pienso, como cuando salimos de Escocia. Mañana zarparemos hacia Montreal en un vapor...

En la primera parte de esta carta mi hermano Walter ha escrito un largo diario que intento resumir en un pequeño cuaderno. Hemos tenido un viaje muy próspero, conservando la salud maravillosamente bien. De trescientos pasajeros, sólo han muerto tres, dos de los cuales estaban ya enfermos al dejar su tierra natal y el otro fue un niño nacido en el barco. Nuestra familia ha estado tan bien de salud a bordo como en Escocia. Aún no podemos decir nada sobre las circunstancias del país. Aquí desembarca mucha gente, pero los sueldos son buenos. No puedo aconsejar ni disuadir a la gente que venga o no. Hay mucha tierra y está poco poblada. Creo que hemos visto tierra sin cultivar y cubierta de bosque más que suficiente para todos los habitantes de Gran Bretaña. Volveremos a escribirte en cuanto nos establezcamos.

Cuando Andrew ha añadido este párrafo, convencen al Viejo James para que añada su firma a las de sus dos hijos antes de cerrar el sobre y enviar la carta a Escocia, desde Quebec. Se niega a escribir nada más aduciendo:

—¿Y a mí qué más me da? Esto no puede ser mi patria. No puede ser para mí más que la tierra donde moriré.

—Lo será para todos nosotros —dice Andrew—. Pero llegará el día en que la veremos más como nuestra tierra.

—A mí no me queda tiempo para eso.

—¿No se encuentra bien, padre?

—Sí y no.

Ahora el Pequeño James presta atención al anciano de vez en cuando, en ocasiones plantándose delante de él y mirándolo a la cara y diciéndole una palabra, con obstinada insistencia, como si eso fuera a conducir inevitablemente a una conversación.

Siempre elige la misma palabra: «llave».

—Este niño me molesta —dice el Viejo James—. No me gusta su descaro. Seguirá y seguirá y no recordará nada de Escocia, donde nació, ni del barco en que viajó. Llegará a hablar otro idioma igual que hacen los que van a Inglaterra, sólo que el suyo será peor. Y me mira con esa

cara, como diciendo que sabe que yo y mis tiempos se han acabado.

—Recordará muchas cosas —afirma Mary. Desde el baile en la cubierta y el incidente con el señor Suter, se ha vuelto más franca dentro de la familia—. Y no es su intención ser descarado —añade—. Es sólo que le interesa todo. Entiende lo que usted dice, mucho más de lo que cree. Lo capta todo y luego cavila sobre ello. Puede que algún día sea predicador.

Aunque Mary tiene un concepto rígido y distante de su religión, ése sigue siendo el oficio más distinguido que puede imaginar para un hombre.

Se le empañan los ojos de entusiasmo, pero los demás miran al niño con razonables reservas.

El Pequeño James está en medio de todos ellos, con los ojos brillantes, rubio y erguido. Un tanto ufano, algo receloso, anormalmente solemne, como si en efecto sintiera que ha recaído en él el peso del futuro.

También los adultos sienten el asombro del momento, como si en las últimas seis semanas no hubiesen sido transportados por un barco, sino por una gran ola que los ha depositado con estruendo entre semejante clamor de voces en lengua francesa y chillidos de gaviota y campanadas de iglesias papistas, todo ello una conmoción de infieles.

Mary piensa que podría coger de pronto al Pequeño James y huir a alguna parte de la extraña ciudad de Quebec y buscar trabajo de costurera (por lo que contaban en el barco, sabe que hay gran demanda de ese tipo de trabajo) y criarlo sola como si fuera su madre.

Andrew piensa en cómo sería estar allí como un hombre libre, sin una esposa ni padre ni hermana ni hijos, sin la menor carga sobre los hombros: ¿qué podrías hacer entonces? Se dice que de nada sirve siquiera pensarlo.

Agnes ha oído decir a las mujeres del barco que aquí los oficiales que se ven por la calle son sin duda los hombres más apuestos del mundo, y ahora piensa que sin duda es verdad. Con hombres así, una chica tiene que andarse con cuidado. También ha oído que aquí, en cualquier parte, son diez o veinte veces más numerosos que las mujeres. Eso implica seguramente que puedes sacarles lo que quieras. Matrimonio. El matrimonio con un hombre que tenga dinero suficiente para permitirte pasear en coche y comprar afeites para taparte cualquier mancha de nacimiento que tengas en la cara y mandar regalos a tu madre. Eso si no te has casado ya y llevas a dos niños a rastras.

Walter se dice que su hermano es fuerte y Agnes también es fuerte: ella puede ayudarlo con la tierra mientras Mary se ocupa de los niños. ¿Quién ha dicho que él tenga que ser granjero? Cuando lleguen a Montreal, se incorporará a la Hudson's Bay Company y lo destinarán a la frontera, donde encontrará tanto riquezas como aventuras.

El Viejo James se ha oído la deserción, y empieza a lamentarse abiertamente.

—¿Cómo cantaremos el himno del Señor en una tierra extraña?

Pero se ha repuesto. Helo aquí, pasado un año o poco más, en el Nuevo Mundo, en la nueva ciudad de York, que pronto pasará a llamarse Toronto. Escribe a su hijo mayor Robert.

... la gente aquí habla muy bien el inglés hay muchas de nuestras palabras escocesas no entienden lo que decimos y llevan una vida mucho más independiente que el rey Jorge... Hay una Carretera que va derecho al norte desde York a unos ochenta kilómetros y casi todas las Casas de labranza tienen Dos Pisos. En algunas hay hasta doce Vacas y cuatro o cinco caballos por los que no pagan Impuestos, o apenas cuatro ochavos, y se pasean en sus Calesas o festejan como Señores... aquí todavía no hay pastor presbiteriano, pero hay una gran Capilla inglesa y una Capilla metodista... el Pastor inglés lee todo lo que Dice y su Coadjutor Grita siempre al final de cada Frase Líbranos Señor y el metodista reza A Voz En Cuello y la gente de rodillas Grita Amén de manera que apenas se oye lo que Dice el Sacerdote y he visto a algunos Saltar como si hubiesen ido al Cielo en Cuerpo y Alma pero para ellos su Cuerpo era un Zueco sucio porque siempre volvían a caer aunque gritaban Oh Jesús Oh Jesús como si Él estuviera allí para tirar de ellos hasta las Alturas... Así que Robert no te aconsejo que Vengas Aquí de modo que puedes seguir haciendo tu propia voluntad como cuando no viniste con nosotros y no creo que Vaya a Volver a Verte... Que la buena voluntad de Aquel que Moró en el Monte descanse sobre ti... si yo hubiese pensado que nos habías abandonado, no habría venido aquí yo lo que quería era teneros a todos Cerca por eso Vine a América pero las intenciones del hombre son Vanas porque os habéis Desperdigado más pero yo ahora no Puedo evitarlo... no diré nada más pero ojalá que el Dios de Jacobo sea tu Dios y pueda ser tu guía por Siempre Jamás, ésta es la sincera plegaria de tu Padre que te Quiere hasta la Muerte...

Hay más: la carta entera fue publicada por mediación de Hogg en *Blackwoods Magazine*, donde puedo consultarla hoy.

Y mucho tiempo después escribe otra carta, dirigida al director de *The Colonial Advocate*, y publicada en ese periódico. Para entonces la familia se ha establecido en el municipio de Esquesing, en Canadá Oeste.

Los escoceses que viven aquí salen todos adelante Razonablemente bien para las cosas de este mundo, pero me temo que pocos de ellos piensan en lo que Será de su Alma cuando la Muerte ponga Fin a sus Días porque han encontrado una cosa que llaman Whisky y muchísimos de ellos se lo beben y se emborrachan hasta que acaban peor que bueyes o burros... Ahora señor podría contarle no pocas Historias pero temo que me saque en su *Colonial Advocate* y no me Gusta que me publiquen una vez escribí una carta a mi Hijo Robert en Escocia y mi amigo James Hogg el Poeta la sacó en *Blackwoods Magazine* y mi nombre ya corría por toda Norteamérica antes de que yo supiera que mi carta había llegado a Casa... Hogg el pobre hombre se ha pasado casi toda su vida inventando Mentiras y si he leído bien la Biblia creo que dice que todos los Embusteros tendrán su lugar en el Lago que Arde con Fuego del Infierno pero supongo que para ellos es una actividad Lucrativa porque creo que Hogg y Walter Scott han conseguido más dinero Mintiendo del que recibieron el viejo Boston y los Erskin por todos los sermones que escribieron...

Y sin duda yo soy una de esas embusteras de las que habla el viejo, en lo que he escrito sobre el viaje. Salvo por el diario de Walter, y las cartas, la historia es toda una invención mía.

La vista del Fife desde Castle Rock aparece mencionada por Hogg, así que debe de ser cierta.

Excepto uno, todos esos viajeros yacen bajo tierra en el cementerio de la iglesia Boston, en Esquesing, en el condado de Halton, casi a la vista, y al alcance del oído, de la Autovía 401 al norte de Milton, que en ese lugar puede que sea la carretera más transitada de Canadá.

La iglesia —construida en lo que en otro tiempo fue la granja de Andrew Laidlaw— recibe su nombre, obviamente, de Thomas Boston. Es de sillares de piedra caliza ennegrecida. La fachada principal se eleva a mayor altura que el resto del edificio —muy al estilo de las falsas fachadas

de las antiguas calles mayores— y tiene un arco en lo alto, en lugar de torre, para la campana.

Aquí está el Viejo James. De hecho, está aquí dos veces, o al menos lo está su nombre, junto con el de su esposa, de soltera Helen Scott, y enterrada en Ettrick en el año 1800. Sus nombres aparecen en la misma lápida donde constan los nombres de Andrew y Agnes. Pero, sorprendentemente, los mismos nombres están escritos en otra lápida que parece más antigua que las otras del cementerio: una losa oscurecida y manchada como las que se ven en los cementerios de las islas Británicas. Cualquiera que intente esclarecer esta circunstancia quizá se pregunte si la trajeron del otro lado del océano, con el nombre de la madre inscrito en ella, en espera de añadir el del padre, si fue una carga incómoda, envuelta en tela de arpillera y atada con un cordel recio, acarreada por Walter a la bodega del barco.

Pero ¿por qué se tomaría alguien la molestia de añadir también los nombres en la lápida más nueva sobre la tumba de Andrew y Agnes?

Parece que la muerte y el entierro de semejante padre fue un asunto digno de registrarse dos veces.

A corta distancia, cerca de las tumbas de su padre y su hermano Andrew y su cuñada Agnes, se encuentra la tumba de la Pobre Mary, casada a pesar de todo y enterrada al lado de Robert Murray, su marido. En el nuevo país las mujeres escaseaban, y por tanto se las valoraba mucho. Robert y ella no tuvieron hijos, pero después de la muerte prematura de Mary, él se casó con otra mujer y tuvo cuatro hijos de ella que yacen aquí, muertos a las edades de dos, tres, cuatro y trece años. La segunda esposa también está aquí. En su lápida dice «Madre». La de Mary dice «Esposa».

Y aquí está el Hermano James que al final no perdieron, que vino desde Nova Scotia para reunirse con ellos, primero en York y después en Esquesing, donde labró la tierra con Andrew. Trajo consigo a una esposa, o la encontró en la comunidad. Quizás ella ayudara a Agnes con sus hijos antes de tener los suyos propios. Ya que Agnes tuvo muchos embarazos, y crió a muchos hijos. En una carta escrita a sus hermanos Robert y William en Escocia contándoles la muerte de su padre en 1829 (un cáncer, sin mucho dolor hasta casi el final, pese a que «devoró gran parte de su mejilla y su mandíbula»), Andrew menciona que su mujer se siente mal desde hace tres años. Esto puede ser una manera indirecta de decir que durante esos años dio a luz a su sexto, séptimo y octavo hijos. Debió de recobrar la salud, ya que vivió más de ochenta años.

Andrew donó la tierra en la que está construida la iglesia. O acaso la vendiera. Es difícil conjugar devoción y sentido mercantil. Por lo visto, prosperó, aunque no proliferó tanto como Walter. Éste se casó con una chica americana del condado de Montgomery, en el estado de Nueva York. Tenía dieciocho años cuando se casó con él y treinta y tres cuando murió tras el parto de su noveno hijo. Walter no volvió a casarse, pero fue un pujante granjero, educó a sus hijos, especuló con la tierra y escribió cartas al Gobierno para quejarse de sus impuestos, presentando objeciones también a la participación del ayuntamiento en el proyecto del tendido de una vía férrea, cuyos beneficios, dice él, irían a manos de los capitalistas de Gran Bretaña.

No obstante, es un hecho que Andrew y él dieron apoyo al gobernador británico, sir Francis

Bond Head, que sin duda representaba a esos capitalistas, contra la rebelión encabezada por su compatriota escocés, William Lyon Mackenzie, en 1837. Escribió una carta al gobernador manifiestamente halagüeña, con el estilo grandilocuente y servil propio de la época. Tal vez algunos de sus descendientes desearon que esto no fuese cierto, pero no hay gran cosa que hacer respecto a la postura política de nuestros parientes, vivos o muertos.

Y Walter pudo realizar un viaje de regreso a Escocia, donde se fotografió envuelto en la manta escocesa y con un ramo de cardos en la mano.

En la lápida en memoria de Andrew y Agnes (y del Viejo James y Helen) aparece también el nombre de su hija Isabel, quien como su madre Agnes llegó a la vejez. Tiene un nombre de casada, pero no hay ningún otro indicio de su marido.

«Nacida en el mar».

Y aquí está asimismo el nombre del primogénito de Andrew y Agnes, el hermano mayor de Isabel. También sus fechas.

El Pequeño James murió al mes de desembarcar la familia en Quebec. Su nombre está aquí, pero probablemente no sus restos. No habían ocupado aún sus tierras cuando él murió; ni siquiera las habían visto. Es posible que fuera enterrado en algún lugar a lo largo del camino entre Montreal y York o en la propia ciudad naciente y frenética. Tal vez en un cementerio temporal que ahora está bajo el asfalto, o tal vez sin lápida, en un camposanto donde algún día otros muertos yacerían sobre él. Muerto de un triste accidente en las concurridas calles de York, o de fiebres, o de disentería: de cualquiera de las dolencias, los percances, que aniquilaban con frecuencia a los niños pequeños en esa época.

## ILLINOIS

William Laidlaw, instalado en las Tierras Altas, recibió una carta de sus hermanos en algún momento a principios de la década de 1830. Se quejaban de no saber nada de él desde hacía tres años y le comunicaban que su padre había muerto. En cuanto tuvo la certeza de que así era, no tardó mucho en iniciar los preparativos para ir a América. Solicitó, y consiguió, una carta de recomendación de su jefe, el coronel Munro (quizás uno de los numerosos terratenientes de las Tierras Altas que habían sabido sacar rendimiento económico a la cría de ovejas contratando a capataces de la zona fronteriza). Esperó a que naciera el cuarto hijo de Mary —era mi bisabuelo Thomas— y entonces cogió a su familia y se marchó. Su padre y sus hermanos habían hablado de irse a América, pero, al decirlo, se referían en realidad a Canadá. William hablaba con precisión. Había abandonado el valle de Ettrick por las Tierras Altas sin el menor pesar, y ahora estaba dispuesto a dejar atrás definitivamente el área de influencia de la bandera británica: iba rumbo a Illinois.

Se establecieron en Joliet, cerca de Chicago.

Allí, en Joliet, el 5 de enero, en 1839 o 1840, William murió de cólera, y Mary dio a luz a una niña. Todo en un mismo día.

Escribió a los hermanos establecidos en Ontario —¿qué otra cosa podía hacer?— y a finales de la primavera, cuando las carreteras estaban secas y los campos sembrados, Andrew llegó con una yunta de bueyes y una carreta para llevarlos a ella y sus hijos y sus bienes a Esquesing.

—¿Dónde está la caja de hojalata? —preguntó Mary—. La vi justo antes de irme a la cama. ¿Ya está en la carreta?

Andrew contestó que no. Acababa de cargar dos colchones enrollados, envueltos en lonas.

—¿Becky? —llamó Mary con aspereza.

Becky Johnson estaba allí mismo, meciéndose en un taburete de madera con la recién nacida en sus brazos, así que sin duda habría dicho algo si hubiese conocido el paradero de la caja. Pero estaba de mal humor, y apenas había despegado los labios en toda la mañana. Y ahora se limitó a negar con la cabeza en un gesto casi imperceptible, como si la caja y los fardos y la carga en la carreta y la marcha no significaran nada para ella.

—¿Lo entiende? —preguntó Andrew.

Becky era medio india, y él la había confundido con una criada, hasta que Mary explicó que era una vecina.

—Nosotros también tenemos —dijo él, hablando como si Becky fuese sorda—. Pero ninguno



entra en casa y se sienta así, sin más.

—Me ha ayudado más que nadie —explicó Mary para hacerlo callar—. Su padre era blanco.

—Bueno —contestó Andrew, como si dijera que eso podía interpretarse desde puntos de vista muy distintos.

—No entiendo cómo puede haber desaparecido delante de mis propias narices —dijo Mary.

Dio la espalda a su cuñado y se volvió hacia el hijo que era su mayor consuelo.

—Johnnie, ¿no habrás visto por casualidad la caja negra de hojalata?

Johnnie estaba sentado en la litera de abajo, ahora sin ropa de cama, vigilando a sus hermanos menores Robbie y Tommy, como le había pedido su madre. Había inventado un juego que consistía en dejar caer una cuchara entre los tablones del suelo de madera y ver quién de ellos la cogía primero. Naturalmente, siempre ganaba Robbie, pese a que Johnnie le había pedido que fuera más despacio y diera una oportunidad a su hermano pequeño. Tommy estaba en tal estado de excitación que no parecía importarle. En cualquier caso, siendo como era el menor de los hermanos, estaba acostumbrado a esa situación.

Johnnie negó con la cabeza, preocupado. Era lo que Mary esperaba. Pero al cabo de un momento el niño habló, como si acabara de recordar su pregunta.

—Jamie está sentado encima. En el jardín.

No sólo estaba sentado encima de la caja, vio Mary cuando salió a toda prisa, sino que la había tapado con el abrigo de su padre, el abrigo con el que Will se había casado. Debía de haberlo sacado del baúl de la ropa que ya estaba en la carreta.

—¿Qué haces? —exclamó Mary, como si no lo viera—. No puedes tocar esa caja. ¿Qué haces con el abrigo de tu padre si yo ya lo había guardado? Debería darte un bofetón.

Era consciente de que Andrew la observaba y pensaba probablemente que no era una gran reprimenda. Le había pedido a Jamie que lo ayudara a cargar el baúl y Jamie lo había hecho, a regañadientes, pero después se había escabullido en lugar de quedarse a ver en qué más podía ayudar. Y el día anterior, al llegar Andrew, el niño había fingido que sabía quién era. «Fuera en el camino hay un hombre con una carreta y una yunta de bueyes», había dicho a su madre, como si no estuvieran esperándolo, ni fuera asunto suyo.

Andrew le había preguntado a Mary si el chico estaba bien. Bien de la cabeza, quería decir.

—La muerte de su padre ha sido un duro golpe para él —respondió ella.

—Ya —dijo Andrew, pero añadió que ya iba siendo hora de superarlo.

La caja estaba bien cerrada. Mary llevaba la llave colgada del cuello. Se preguntó si Jamie, que no lo sabía, tenía intención de abrirla. Al borde de las lágrimas, sólo pudo decir:

—Vuelve a dejar el abrigo en el baúl.

En la caja estaban la pistola de Will y los papeles que Andrew necesitaba en relación a la casa y las tierras, y la carta que el coronel Munro había escrito antes de marcharse ellos de Escocia, y otra carta, que la propia Mary le había mandado a Will antes de casarse. Era en respuesta a una de él, la primera noticia que ella tenía desde que Will abandonó Ettrick, años antes. En la carta, él decía que la recordaba bien y pensaba que a esas alturas ya habría tenido que oír hablar de su boda. Ella contestó que, de haberse casado, le habría enviado una invitación.

«Pronto seré como uno de esos viejos almanaques abandonados en el estante, que nadie quiere

comprar», escribió Mary. (Pero para su vergüenza, cuando él le enseñó la carta mucho tiempo después, ella vio que había escrito «viejos» con «b». Viviendo con él, teniendo libros y revistas alrededor, había hecho maravillas con su ortografía).

Era cierto que tenía veinticinco años cuando lo escribió, pero aún se sentía segura de su físico. Ninguna mujer acomplejada en ese sentido se habría atrevido a hacer semejante comparación. Y acababa la carta invitándolo, tan claramente como podría expresarse con palabras. «Si vinieras a cortejarme —había dicho ella—, si vinieras a cortejarme una noche de luna llena, creo que te preferiría a cualquier otro».

Menudo riesgo había corrido, dijo ella cuando él se la enseñó. ¿Acaso no tenía orgullo?

«Yo tampoco», dijo él.

Antes de marcharse, llevaron a los niños a la tumba de Will para despedirse. Incluso a la pequeña Jane, que no lo recordaría pero a quien podrían decirle más tarde que había estado allí.

—Ella no se entera —dijo Becky, intentando aferrarse al bebé unos instantes más.

Pero Mary le quitó a la niña de los brazos y Becky se marchó. Salió de la casa sin despedirse siquiera. Había estado presente cuando la niña nació y había cuidado de las dos mientras Mary estaba fuera de sí, pero en ese momento no esperó para decir adiós.

Mary pidió a los niños que se despidiesen de su padre uno por uno. Incluso Tommy lo hizo, deseoso de imitar a los otros. Jamie habló con voz inexpresiva y ostensible aburrimiento, como si lo obligasen a recitar algo en el colegio.

El bebé se agitaba en los brazos de Mary, quizás echando de menos a Becky y su olor. Entre eso, y la idea de que Andrew esperaba con prisa por marcharse, y la sensación de sentirse observada, y la irritación provocada por el tono de Jamie, Mary se despidió de manera rápida y formal, sin poner el corazón en ello.

Jamie tenía una clara idea de qué habría pensado su padre al respecto. Eso de obligarlos a acercarse allí a todo correr para decir adiós a una piedra. Su padre no creía en hacer ver que una cosa era otra, y habría dicho que una piedra era una piedra y si existía una manera de hablar a un muerto, y oír su respuesta, no era ésa.

Su madre era una mentirosa. O si no mentía abiertamente, al menos sí ocultaba las cosas. Había dicho que vendría su tío, pero no había dicho —estaba seguro de que no lo había dicho— que ellos se marcharían con él. Luego, cuando la verdad salió a la luz, ella sostuvo que ya se lo había dicho. Y lo más falso aún, lo más despreciable, fue que sostuvo que eso habría deseado su padre.

Su tío lo odiaba. ¿Cómo no iba a odiarlo? Cuando su madre había dicho con un tono esperanzado y ridículo: «Éste es ahora el hombre de la casa», su tío había contestado: «Ah, sí», como diciendo que estaba apañada si eso era lo único con lo que podía contar.

Al cabo de medio día, habían dejado atrás la pradera y sus hondonadas suaves y cubiertas de maleza. Y eso a pesar de que los bueyes no avanzaban más deprisa que un hombre. Y ni la mitad de deprisa que Jamie, que se perdía de vista ante ellos y volvía a aparecer cuando doblaban un recodo y se perdía nuevamente de vista, y aun así parecía ganar terreno.

—¿No hay caballos allí donde vives? —preguntó Johnnie a su tío.

De vez en cuando los adelantaba un caballo en medio de un remolino de polvo.

—Éstos son los animales más fuertes —contestó su tío tras un momento de silencio. Y añadió —: ¿Nunca te han dicho que debes quedarte callado hasta que te den permiso para hablar?

—Es porque llevamos una carga muy grande, Johnnie —aclaró su madre con una voz que era una advertencia y a la vez un ruego—, y cuando te canses de andar, puedes subir aquí y también te llevarán a ti.

Ella ya había sentado a Tommy en su rodilla y sostenía al bebé al otro lado. Robbie la oyó y lo interpretó como una invitación, así que Johnnie lo aupó para que trepara a los sacos en la parte de atrás.

—¿Quieres subirte ahí arriba con ellos? —preguntó su tío—. Si es así, ahora es el momento de decirlo.

Johnnie negó con la cabeza, pero, al parecer, su tío no lo vio, porque a continuación dijo:

—Necesito una respuesta cuando te hablo.

—No, señor —dijo Johnnie, como le habían enseñado en la escuela.

—No, tío Andrew —corrigió su madre, para mayor confusión, porque ese tío no era tío de ella, obviamente.

El tío Andrew dejó escapar un gruñido de impaciencia.

—Johnnie siempre intenta portarse bien —dijo su madre, y aunque eso debería haber complacido a Johnnie, no fue así.

Habían entrado en un bosque de grandes robles, cuyas ramas se entrelazaban por encima de la carretera. Entre las ramas se oía y a veces se veía el vuelo de luminosas oropéhdolas, cardenales, totíes de alas negras. El zumaque había sacado sus conos de color crema, el tusilago y la aguileña estaban en flor, y el gordolobo se erguía como un soldado. Las parras silvestres envolvían algunos arbustos con su espeso follaje hasta el punto de que éstos parecían colchones de plumas o ancianas.

—¿Oíste hablar de linceos? —preguntó Mary a Andrew—. Al pasar antes por esta carretera, quiero decir.

—Si oí hablar, no presté atención —contestó Andrew—. ¿Estás pensando en el niño que va delante? Me recuerda a su padre.

Mary no contestó.

—No aguantará eternamente —dijo Andrew.

Y así fue. Al doblar el siguiente recodo, no vieron a Jamie al frente. Mary no dijo nada, por temor a que Andrew la tomara por tonta. A continuación surgió ante ellos otro largo tramo de carretera llana, y el niño no estaba allí. Tras recorrer cierta distancia, Andrew dijo:

—Vuélvete como si mirases a los pequeños en la parte de atrás, sin prestar atención a la carretera.

Mary así lo hizo, y vio una figura que los seguía. Estaba demasiado lejos para distinguirle la cara, pero supo que era Jamie, arrastrándose a paso muy lento.

—Se ha escondido entre los matorrales hasta que hemos pasado —dijo Andrew—. ¿Ahora te preocupan menos los lincees?

Al anoecer se detuvieron cerca de la frontera de Indiana, en una posada de un cruce de caminos. Allí era poco el terreno desboscado, pero sí se veían unos cuantos campos cercados, y construcciones tanto de troncos como de madera aserrada, ya fueran establos o casas. Jamie había recorrido todo el trayecto a pie, acercándose más a la carreta a medida que declinaba la luz de la tarde. Eso ocurría de prisa bajo el arco de ramas; cuando salieron al claro, los sorprendió ver que aún quedaba mucha claridad. Los niños subidos a la carreta se habían despertado —Johnnie también había ocupado su lugar allí al anoecer— y todos guardaban en silencio, interiorizando el nuevo lugar y la gente. En Joliet habían oído hablar de las posadas —en total, había tres—, pero nunca les habían dejado acercarse a ninguna.

Andrew habló con el hombre que salió. Le pidió una habitación para Mary y el bebé y los dos niños pequeños, y preparó un espacio en el porche para dormir él y los dos mayores. A continuación, ayudó a Mary a apearse y los niños bajaron de un salto, y se llevó la carreta detrás de la posada, donde, según el hombre, podía guardar sin riesgo sus pertenencias. Los bueyes podían ir al prado.

Y en medio de todos ellos estaba Jamie. Llevaba las botas colgadas del cuello.

—Jamie ha venido a pie —dijo Robbie con tono solemne.

—¿Cuánta distancia ha caminado Jamie? —preguntó Johnnie, dirigiéndose a Mary.

Mary respondió que no tenía la menor idea.

—En todo caso, de sobra para agotarse.

—Nada de eso —saltó Jamie—. Ni siquiera estoy cansado. Podría hacer el mismo camino otra vez y no me cansaría.

Johnnie quiso saber si había visto algún lince.

—No.

Todos cruzaron el porche, donde había unos cuantos hombres sentados en sillas o en la baranda, fumando.

—Buenas noches —saludó Mary.

—Buenas noches —contestaron los hombres, bajando la mirada.

Al lado de su madre, Jamie dijo:

—He visto a una persona.

—¿Quién era? —preguntó Johnnie—. ¿Era una persona mala?

Jamie no le hizo caso.

—No te burles de él, Jamie —dijo Mary. Luego, con un suspiro, añadió—: Supongo que hay que tocar esta campanilla.

Y eso hizo, y salió una mujer de un cuarto al fondo. La mujer los llevó al piso de arriba y a una habitación y dijo que subiría agua para que Mary se lavara. Los niños podían lavarse fuera, en la cisterna de la parte de atrás, añadió. Allí encontrarían toallas, en un colgador.

—Vamos —dijo Mary a Jamie—. Llévate a Johnnie. Yo me quedaré con Robbie y Tommy aquí.

—He visto a una persona que tú conoces —dijo Jamie.

El bebé llevaba los pañales empapados y habría que cambiarlo en el suelo, no en la cama. De rodillas, Mary preguntó:

—¿A quién? ¿A quién que yo conozco?

—He visto a Becky Johnson.

—¿Dónde? —quiso saber Mary, echándose atrás—. ¿Dónde? ¿A Becky Johnson? ¿Está aquí?

—La he visto entre la maleza.

—¿Adónde iba? ¿Qué ha dicho?

—No me he acercado tanto como para hablar con ella. No me ha visto.

—¿Ha sido cerca de casa? —inquirió Mary—. Piénsalo. ¿Cerca de casa o cerca de aquí?

—Cerca de aquí —respondió Jamie, pensativo—. ¿Por qué dices ahora cerca de casa si antes has dicho que nunca volveríamos?

Sin molestarle en contestar, Mary preguntó:

—¿Adónde iba?

—Venía hacia aquí. De pronto ha desaparecido. —Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n, como un anciano—. No hacfa ruido.

—Eso es propio de los indios —dijo Mary—. ¿No has intentado seguirla?

—Andaba escondiéndose de árbol en árbol, y de repente he dejado de verla. Si no, lo habrfa hecho. La habrfa seguido y le habrfa preguntado adonde se pensaba que iba.

—Ni se te ocurra —advirtió Mary—. No conoces el monte como ellos. Podrías perderte sin más, como por encanto. —Chasqueó los dedos ante él y se concentró otra vez en el bebé—. Supongo que debfa de estar ocupándose de sus asuntos —añadió—. Los indios hacen cosas de las que nosotros ni nos enteramos. No nos cuentan todo lo que se traen entre manos. Ni siquiera Becky. ¿Por qué iba a hacerlo?

La posadera entró con una gran jarra de agua.

—¿Qué te pasa? —preguntó a Jamie—. ¿Te da miedo encontrarte con niños raros ahf fuera? Son mis hijos, no te harán daño.

Ante semejante insinuaci6n, Jamie corri6 escalera abajo seguido de Johnnie. Despu6s, los dos pequeños salieron tambi6n a toda prisa.

—¡Tommy! ¡Robbie! —gritó Mary.

—Su marido está ahf fuera —dijo la mujer—. Ya los vigilará él.

Mary no se molestó en aclarar nada. No era asunto de una desconocida saber que no tenía marido.

La pequeña se durmió en su pecho, y Mary la dejó en la cama, con una almohada a cada lado por

si se caía. Bajó a cenar, con un brazo dolorido y colgando, ya felizmente libre de su carga de todo el día. Para comer había cerdo, acompañado de col y patatas hervidas. Las últimas patatas del año anterior, las últimas, y la carne tenía una buena capa de grasa. Se sació con rábanos y hortalizas frescas y pan recién hecho, muy sabroso, y bebió té cargado. Los niños comieron solos en una mesa aparte. Tan alegres estaban que ni la miraron, ni siquiera Tommy. Habría caído redonda de tan cansada como se sentía, y se preguntaba cómo conseguiría mantenerse despierta el tiempo necesario para acostarlos.

En el comedor había sólo otra mujer además de la posadera, que les servía la comida. La mujer no levantó ni una sola vez la cabeza y engulló la cena como si estuviera famélica. No se había quitado el sombrero y parecía forastera. Su marido extranjero le hablaba de vez en cuando con gruñidos adustos. Otros hombres mantenían una fluida conversación, la mayoría de ellos con el tono duro e imperioso propio de los americanos, que los hijos de Mary empezaban a imitar. Esos hombres tenían información y contradicciones a espaldas y agitaban los cubiertos en el aire. De hecho, había dos o tres conversaciones a la vez: una sobre el conflicto con México, otra sobre el destino de cierta vía de ferrocarril, y entremezclada con ésta una sobre el hallazgo de un filón de oro. Algunos hombres fumaban puros en la mesa, y si las escupideras no estaban a mano, volvían la cabeza y escupían en el suelo. El hombre sentado junto a Mary intentó entablar una conversación más apropiada para una señora, preguntándole si había asistido a la reunión del entoldado. Al principio Mary no entendió que se refería a una reunión evangélica, pero cuando cayó en la cuenta, contestó que esas cosas no iban con ella, y él se disculpó y no volvió a hablar.

Mary pensó que no debería haber hablado de manera tan cortante, sobre todo porque dependía de él para que le acercara el pan. Por otra parte, sabía que Andrew, sentado a su otro lado, prefería que no hablase. Ni con ese hombre, ni tal vez con nadie. Con la cabeza gacha, Andrew respondía con monosílabos. Igual que cuando era niño en la escuela. Nunca se sabía si actuaba así por desaprobación o sencillamente porque era tímido.

Will había sido un hombre más libre. Quizá Will habría querido saber qué ocurría en México. Siempre y cuando los hombres que hablaban supieran de qué hablaban. En opinión de Will, muy a menudo la gente no sabía lo que decía. En ese sentido, Will no era tan distinto de Andrew, tan distinto de su familia, como él se creía.

Un tema del que allí no se hablaba era la religión, si uno no contaba la reunión evangélica, y Mary no la contaba. Ninguna acalorada discusión sobre doctrina. Tampoco alusiones a fantasmas ni visitantes extraños, como en los viejos tiempos en Ettrick. Aquí era todo de carácter práctico, todo tenía que ver con lo que uno podía encontrar y hacer y comprender sobre el mundo real bajo sus pies, y Mary suponía que eso Will lo habría aprobado: ése era el mundo hacia el que creía ir.

Salió del estrecho espacio que ocupaba y, tras decir a Andrew que estaba demasiado cansada para tomar un bocado más, se dirigió hacia el vestíbulo.

En la puerta mosquitera, el último soplo de una brisa se abrió paso entre su ropa sudada y polvorienta y su piel, y ella anheló la noche cerrada y silenciosa, aunque probablemente la noche en una posada nunca era así. Además del bullicio en el comedor, Mary oía el alboroto en la cocina y, desde la puerta de atrás, el ruido de los desperdicios echados a la pocilga en medio de los chillidos de los cerdos al abalanzarse sobre ellos. Y en el patio las sonoras voces de los niños,

incluidas las de los suyos. «Listos o no, a pillaros voy yo...».

Mary dio unas palmadas y vociferó:

—¡Robbie y Tommy! Johnnie, trae a los niños.

Cuando vio que Johnnie la había oído, no esperó; se volvió y subió por la escalera.

Johnnie, arreando a sus hermanos en la entrada del vestíbulo, alzó la vista y vio a su madre en lo alto de la escalera, mirándolo con una terrible expresión de miedo, como si no lo conociera. Bajó un peldaño, tropezó y, sujetándose a la barandilla, se enderezó justo a tiempo. Levantó la cabeza y miró a Johnnie a los ojos, pero no pudo hablar. Él lanzó un grito, corrió escalera arriba y la oyó susurrar, casi sin aliento:

—El bebé...

Quería decir que el bebé había desaparecido. Las almohadas seguían intactas, también el paño colocado entre ellas, encima del edredón. Alguien había cogido al bebé con cuidado y se lo había llevado.

El grito de Johnnie atrajo de inmediato a una multitud. La noticia corrió de boca en boca. Andrew se acercó a Mary y preguntó:

—¿Estás segura?

Luego la apartó para entrar en la habitación. Thomas, con su penetrante voz de niño, anunció a voz en cuello que los perros se habían comido a su hermanita.

—Eso es mentira —gritó la posadera, como si se enfrentara a un adulto—. Estos perros no han hecho daño a nadie en su vida. No matarían ni a una marmota.

—No, no —dijo Mary.

Thomas corrió hacia ella y metió la cabeza entre sus piernas, y ella se desplomó en los peldaños.

Dijo que sabía lo que había ocurrido. Intentando respirar acompasadamente, dijo que había sido Becky Johnson.

Andrew había vuelto de la habitación después de echar un vistazo y asegurarse de que era tal como ella decía. Preguntó a Mary a qué se refería.

Ella explicó que Becky Johnson había tratado al bebé casi como si fuera su hija. Deseaba de tal modo conservar al bebé que debía de haber ido hasta allí para robarlo.

—Es india —dijo Jamie a modo de aclaración, dirigiéndose a la gente al pie de la escalera—. Hoy nos ha estado siguiendo. La he visto.

Varias personas, pero Andrew con especial insistencia, quisieron saber dónde la había visto y si estaba seguro de que era ella y por qué no había dicho nada. Jamie contestó que se lo había dicho a su madre. Luego repitió poco más o menos lo que había contado a Mary.

—Apenas le he prestado atención cuando me lo ha dicho —confirmó Mary.

Un hombre dijo que las indias tenían fama de apoderarse de las niñas blancas recién nacidas.

—Las crían como indias y luego van y las venden a uno de esos jefes por un dineral.

—No es que no vaya a cuidarla bien —dijo Mary, quizá sin oír aquello siquiera—. Becky es una india buena.

Andrew preguntó adonde podía ir Becky ahora, y Mary contestó que probablemente volvería a casa.

—Me refiero a Joliet —precisó.

El posadero advirtió que no podían seguir esa carretera de noche; nadie podía excepto los indios. Su mujer le dio la razón. Le había llevado una taza de té a Mary. En un gesto amable, dio unas palmadas en la cabeza a Tommy. Andrew anunció que iniciarían el camino de vuelta en cuanto clarease.

—Lo siento —dijo Mary.

Él dijo que había sido irremediable. Como tantas cosas en la vida, quiso dar a entender.

El hombre que había abierto el aserradero en esta comunidad tenía una vaca, que dejaba suelta por la colonia; al atardecer mandaba a su hija Susie a buscarla y ordeñarla. Susie casi siempre iba acompañada de su amiga Meggie, la hija del maestro del pueblo. Estas niñas tenían trece y doce años y las unía una intensa relación, caracterizada por una lealtad rayana en fanatismo y llena de rituales secretos y bromas peculiares. Ciertamente es que no había nadie más de quien ser amigo, puesto que eran las dos únicas niñas de su edad en la comunidad, lo que, sin embargo, no les impedía tener la sensación de que se habían elegido mutuamente entre el resto del mundo.

Una de las cosas que les gustaba hacer era llamar a la gente por otro nombre distinto del suyo. Esto a veces consistía en una simple sustitución, como cuando llamaban «Tom» a George, o «Edith» a alguien llamado Rachel. En ocasiones celebraban determinada característica —como cuando llamaban «Diente» al posadero, por el largo colmillo que le asomaba por encima del labio—, o a veces elegían todo lo contrario de lo que la persona deseaba ser, como con la mujer del posadero, que era muy maniática con la limpieza de los delantales. A ella la llamaban «Salsa grasienta».

El niño que se ocupaba de los caballos se llamaba Fergie, pero ellas lo apodaban «Pajarito». Esto lo irritaba muy satisfactoriamente. Era bajo y gordo, de pelo negro y rizado, ojos muy separados y mirada inocente. Había llegado de Irlanda hacía un año o poco más. Las perseguía cuando imitaban su manera de hablar, pero lo mejor que se les había ocurrido fue escribirle una carta de amor firmada «Rosa» —el verdadero nombre, daba la casualidad, de la hija del posadero— y dejarla en la manta de caballo con la que se tapaba para dormir en el establo. No habían caído en la cuenta de que Fergie no sabía leer. Se la enseñó a unos hombres que pasaban por la cuadra y fue motivo de broma y escándalo. Pronto mandaron a Rose de aprendiz a una sombrerería, aunque nadie sospechó que ella fuese en realidad la autora de la carta.

Nadie sospechó tampoco de Susie y Meggie.

Una consecuencia de aquello fue que el mozo de cuadra se presentó ante la puerta del padre de Meggie y exigió que le enseñara a leer.

Era Susie, la mayor, quien estaba sentada en el taburete que habían llevado, y empezó a ordeñar la vaca mientras Meggie daba vueltas por allí recogiendo y comiendo las últimas fresas silvestres. El lugar elegido por la vaca para pacer al final de ese día estaba cerca del bosque, a cierta distancia de la posada. Entre el lado de la posada y el bosque propiamente dicho había un



manzanar, y entre los últimos manzanos y los árboles del bosque se alzaba una pequeña cabaña con la puerta desgoznada. Lo llamaban «ahumadero» pese a que no se usaba con ese fin, ni con fin alguno, en esos momentos.

¿Qué llevó a Meggie a investigar dentro de esa cabaña a esa hora? Nunca lo supo. Quizá fuera porque la puerta estaba cerrada, o tan cerrada como podía estarlo. Hasta que empezó a forcejear con la puerta para abrirla no oyó el llanto de un bebé.

Lo cogió y se lo llevó a Susie, y cuando hundió los dedos en la leche fresca y ofreció uno al bebé, éste dejó de llorar y empezó a chupetear con fuerza.

—¿Lo habrá tenido alguien y lo ha escondido allí? —preguntó.

Y Susie la humilló —como hacía de vez en cuando con sus conocimientos algo superiores— diciendo que no era ni mucho menos un recién nacido: era demasiado grande. Y no iría vestido así si hubiesen querido deshacerse de él.

—Bueno, sí —respondió Meggie—. ¿Y qué vamos a hacer con él?

¿Se refería a qué era lo correcto? En cuyo caso la respuesta sería llevarlo a una de sus casas. O llevarlo a la posada, que estaba más cerca.

No se refería exactamente a eso.

No. Quería decir: ¿Qué uso podemos darle a esto? ¿Cuál es la mejor broma que podemos gastar, o cómo podemos engañar a alguien?

No había acabado de fraguar su plan. Cuando se marcharon de casa, sabía que su padre —que no estaba debajo de aquella lápida sino en el aire o caminando, invisible, por la carretera y dándole a conocer su opinión tan claramente como si conversaran—, sabía que su padre se oponía a que se marcharan. Su madre también debía saberlo, pero estaba dispuesta a ponerse en manos de aquel recién llegado que se parecía a su padre e incluso hablaba como él, pero era un absoluto farsante. Que quizá sí fuese el hermano de su padre, pero era igualmente un farsante.

Aun cuando su madre empezó a hacer las maletas, él había creído que algo la detendría; sólo al llegar el «tío Andrew» tomó conciencia de que ningún percance iba a impedirlo y todo dependía de él.

Después, cuando se cansó de intentar sacarles tanta delantera y se adentró en el bosque, empezó a imaginar que era un indio, como había hecho antes tantas veces. Era una idea que le inspiraban de manera natural los caminos que veía, o los asomos de camino, que discurrían paralelos a la carretera o se apartaban de ella. Haciendo todo lo posible por avanzar sin que lo oyeran ni lo vieran, imaginó compañeros indios y llegó al punto casi de verlos, y se acordó entonces de Becky Johnson, pensando que quizá los había seguido en busca de una ocasión para arrebatárselos al bebé que amaba tan insensatamente. Había permanecido en el bosque hasta que los otros se detuvieron frente a la posada y había visto esa cabaña, la había investigado antes de cruzar el manzanar. Esos mismos manzanos lo resguardaron cuando salió por la puerta lateral con el bebé dormido, tan ligero en sus brazos, con la respiración tan suave, apenas concebible como ser humano. Dormía con los ojos entreabiertos, apenas un resquicio entre los párpados. En la cabaña había un par de estanterías que no se habían caído, y lo dejó en la más alta, donde no lo

alcanzarían los lobos o los linces en caso de que los hubiera.

Llegó tarde a la cena, pero nadie le concedió la menor importancia. Tenía preparada la excusa, diría que había ido al retrete, pero no le preguntaron nada. Todo iba sobre ruedas, como si fuera aún un plan en su imaginación.

Después del inicial revuelo al descubrirse la desaparición del bebé, había preferido no marcharse demasiado pronto, así que casi era de noche cuando corrió bajo los árboles a echarle un vistazo a su hermana en la cabaña. Esperaba que no tuviera hambre aún, pero pensó que si la tenía, se escupiría en el dedo y la dejaría chuparlo, y quizás ella no lo distinguiría de la leche.

Ya habían planeado volver a casa, como él había previsto, y contaba con que, cuando regresaran, su madre de algún modo comprendiese que sus intentos de marcharse estaban condenados al fracaso y le dijese al «tío Andrew» que se ocupara de sus asuntos.

Como atribuía a su padre el plan y pensaba que él se lo había metido en la cabeza, suponía que su padre debía de haber previsto que era eso exactamente lo que ocurriría.

Pero había un fallo. Su padre no le había metido en la cabeza ninguna idea acerca de cómo devolver al bebé, como no fuera llevarlo en brazos todo el camino, atravesando el bosque como ya había hecho durante parte de ese día. ¿Y luego qué? Cuando resultase que Becky Johnson no lo tenía, cuando resultase que, de hecho, Becky Johnson no se había movido de casa.

Ya se le ocurriría algo. No podía ser de otro modo. Desde luego, podía cargar con el bebé, ahora ya no le quedaba más remedio. Y se mantendría a distancia suficiente para que no oyeran el llanto. Para entonces tendría hambre.

¿Podía encontrar la manera de robar un poco de leche en la posada?

No tuvo más remedio que dejar de lado este problema cuando reparó en cierto detalle.

La puerta de la cabaña estaba abierta, y él creía haberla cerrado.

No se oía llanto ni sonido alguno.

Y allí no había ningún bebé.

Casi todos los hombres alojados en la posada habían cogido una habitación, pero unos pocos, como Andrew, con sus sobrinos James y John, dormían sobre colchones en el suelo de madera del largo porche.

Andrew despertó en algún momento antes de las doce de la noche con necesidad de orinar. Se levantó y recorrió el porche, echó una ojeada a los niños para comprobar que dormían, luego bajó y decidió, por una cuestión de decoro, ir a la parte de atrás del edificio y acercarse al campo, donde vio a la luz de la luna que los caballos dormían de pie y masticaban en sueños.

James había oído los pasos de su tío y cerró los ojos, pero no se había dormido.

O bien esta vez alguien había robado realmente el bebé, o algún animal se lo había llevado a rastras y lo había desgarrado y probablemente medio devorado. No había ninguna razón para que lo relacionaran a él con el suceso, ni posibilidad alguna de que le echaran la culpa. Quizá podía considerarse culpable de algún modo a Becky Johnson, si él juraba que la había visto en el

bosque. Ella juraría que no había estado allí, pero él juraría que sí.

Porque regresarían, eso seguro. Tendrían que enterrar al bebé si encontraban lo que había quedado de él, e incluso si no lo encontraban, tendrían que celebrar un oficio fúnebre, ¿o no? Así que sus deseos se verían realizados. Pero su madre lo pasaría mal.

Tal vez se le volvería blanco el pelo de la noche a la mañana.

Si ahora ésta era la manera de ordenar u organizar las cosas elegida por su padre, desde luego era mucho más drástica de lo que hubiera podido concebir en vida.

Y si su padre procedía de manera tan cruel y antojadiza, ¿le importaría siquiera que la culpa recayese en Jamie?

Además, su madre podía darse cuenta de que él tenía algo que ver con aquello, algo que se callaba. A veces ella era capaz de eso, aunque se había tragado fácilmente la mentira sobre Becky Johnson. Si llegaba a conocer, o sospechar remotamente, la verdad, aborrecería a Jamie de por vida.

Podía rezar, por si acaso las oraciones de un mentiroso tenían algún valor. Podía rogar que a su hermana se la hubiese llevado realmente una india, aunque no Becky Johnson, y se criase en un campamento indio, y un día apareciese ante la puerta de casa vendiendo baratijas indias y fuese hermosa y su madre la reconociese en el acto y llorase de alegría y a su cara asomase la expresión que tenía antes de morir su padre.

Basta ya. ¿Cómo podían ocurrírsele semejantes tonterías?

Andrew se detuvo a orinar en la sombra proyectada por el establo. Al hacerlo, oyó un sonido tenue y extraño, como un lamento. Pensó que sería algún animal nocturno, tal vez un ratón en una trampa. Cuando se abrochó la bragueta, volvió a oírlo, y esta vez con nitidez suficiente para localizar su procedencia. Rodeó el establo, cruzó el corral y llegó a una dependencia a la que se entraba por una puerta, no por un portón para ganado. Allí el sonido era más fuerte, y Andrew, padre de varios hijos, lo reconoció.

Llamó a la puerta, dos veces, y al no recibir respuesta, probó a mover el cerrojo. No estaba atrancada, así que se abrió hacia dentro. La luz de la luna entraba por una ventana e iluminaba a un bebé. Un bebé, de eso no cabía duda. Allí acostado, en un catre estrecho con una tosca manta y una almohada casi plana que debía de ser la cama de alguien. De unos ganchos en la pared colgaban unas cuantas prendas de ropa y un farolillo. Debía de ser donde dormía el mozo de cuadra. Pero él no estaba allí. Seguía fuera, probablemente en la otra posada, más mísera, donde vendían cerveza y whisky. O se había ido de paseo con alguna chica.

En su lugar, en su cama, estaba ese bebe hambriento.

Andrew lo cogió, sin reparar en el papel que cayó de entre su ropa. Nunca se había fijado en cómo era el bebé de Mary, ni se fijó en ese momento. Era poco probable que hubiesen desaparecido dos bebés en la misma noche. Sin el menor revuelo, lo llevó confiadamente de vuelta a la posada. De todos modos, al cogerlo en brazos, había dejado de llorar.

En el porche, nadie se movió cuando subió por los peldaños y siguió escalera arriba hacia la habitación de Mary. Ella abrió la puerta antes de que él llamara, como si hubiera oído la

respiración lastimera de la pequeña, y él habló de inmediato, en un susurro, para que ella no gritara.

—¿Es éste el que has perdido?

El mozo de cuadra encontró el papel en el suelo cuando regresó. Esta vez supo leerlo.

«UN REGALITO DE UNA DE TUS NOVIAS».

Pero no había regalo por ninguna parte, ni siquiera un regalo de broma, por lo que vio.

Jamie había oído a su tío subir al porche y luego entrar en la posada. Ahora lo oyó salir, oyó sus pasos resueltos y amenazadores acercarse a él, en lugar de ir en dirección contraria. El corazón se le aceleró a cada pisada. Supo que su tío estaba allí de pie mirándolo. Movi6 la cabeza de un lado a otro y abrió los ojos de mala gana, como si despertase.

—Acabo de llevar arriba a tu hermana para dejarla con tu madre —informó su tío como si tal cosa—. He pensado quitarte un peso de encima.

Y se volvió para regresar al sitio donde dormía.

Así pues, no hubo necesidad de regresar, y por la mañana reanudaron el viaje. Andrew pensó que era mejor mantener la versión de la mujer india, y dio su opinión: la muchacha, asustada, había dejado el bebé en la cama del mozo de cuadra. No creía que el mozo hubiera tenido algo que ver, y sí creía que James había participado, pero no ahondó más en el asunto. El chico era astuto y conflictivo, pero, a juzgar por su cara la noche anterior, debía de haber aprendido la lección.

Mary se había alegrado tanto de recuperar al bebé que apenas preguntó qué había ocurrido. ¿Aún consideraba culpable a Becky? ¿O presentía las tendencias de su hijo mayor más de lo que dejaba adivinar?

Los bueyes son animales sufridos y de fiar. En realidad sólo dan un problema: cuando se les mete en la cabeza que quieren ir en una dirección, es muy difícil hacerlos cambiar de idea. Si ven una charca que les recuerda la sed que tienen y lo agradable que es el agua, vale más dejarlos ir. Y eso fue lo que ocurrió alrededor del mediodía, después de marcharse de la posada. La charca era grande y estaba cerca de la carretera, y los dos niños mayores se desnudaron y treparon a un árbol con una rama colgante y se dejaron caer una y otra vez al agua. Los pequeños chapotearon en la orilla y el bebé durmió entre la alta hierba, a la sombra, y Mary fue a buscar fresas.

Un zorro rojo de rostro afilado los observó durante un rato desde el linde del bosque. Andrew lo vio pero calló, considerando que en ese viaje ya habían tenido suficientes emociones.

Él sabía, mejor que los demás, lo que les esperaba. Carreteras peores y posadas más toscas de lo que habían visto hasta entonces, y una permanente polvareda, y los días cada vez más calurosos. El refresco de las primeras lluvias y luego el martirio del aguacero continuo, con el

lodazal de la carretera y la ropa empapada.

A esas alturas ya había visto lo suficiente de los yanquis para saber por qué Will se había sentido tentado a vivir entre ellos. Su agresividad y su ruido y su crudeza, la necesidad de subirse al carro. Aunque algunos eran buena gente y algunos, quizás algunos de los peores, eran escoceses. Algo en Will había despertado su atracción por semejante vida.

Había sido un error.

Andrew sabía, claro, que había tantas posibilidades de que un hombre muriera de cólera en el norte de Canadá como en el estado de Illinois, y que era absurdo achacar la muerte de Will a la elección de nacionalidad. No lo hizo. Y sin embargo. Y sin embargo... había algo en toda esa huida suya, en ese total desprendimiento de la familia y el pasado, había algo de precipitación y exceso de confianza en uno mismo, que acaso no fuera de gran ayuda a un hombre, que acaso lo hiciera más vulnerable a esa clase de accidente, a esa clase de destino. Pobre Will.

Y fue así como los hermanos supervivientes hablaron de él hasta el día en que murieron, y fue así como hablaron de él sus hijos. Sus hijos, naturalmente, sólo lo llamaron «padre», pero quizá también ellos, a su debido tiempo, sintieron un velo, de tristeza y predestinación, que flotaba en torno a cualquier mención de su nombre. Mary nunca hablaba de él, y sus sentimientos hacia él se convirtieron en asunto suyo y de nadie más.

## LAS AGRESTES TIERRAS DE MORRIS

Los hijos de William se criaron en Esquesing, entre sus primos. Los trataron bien. Pero el dinero no alcanzó para mandarlos al instituto o a la universidad, si es que alguno de ellos quiso ir o se lo consideró apto. Y no heredarían tierras. Así las cosas, en cuanto tuvieron edad suficiente partieron hacia otras regiones inhóspitas. Los acompañó uno de sus primos, un hijo de Andrew. Lo llamaban Gran Rob, porque tenía el mismo nombre que el tercer hijo de Will y Mary, a quien ahora llamaban Pequeño Rob. En la vejez, el Gran Rob adoptó la costumbre o el deber familiar de escribir sus memorias, para que quienes venían detrás supieran cómo habían sido las cosas.

El tercer día de noviembre de 1851 mis dos primos y yo, Thomas Laidlaw, ahora en Blyth, y su hermano John, que se marchó a British Columbia hace varios años, cargamos una caja de ropa de cama y unos cuantos utensilios de cocina en una carreta y abandonamos el condado de Halton para probar fortuna en las tierras agrestes del municipio de Morris.

El primer día sólo llegamos a Preston, ya que en Nassegaweya y Puslinch las carreteras estaban en muy mal estado. Al día siguiente llegamos a Shakespeare y la tarde del tercer día a Stratford. Las carreteras empeoraban a medida que avanzábamos hacia el oeste, así que pensamos que era mejor enviar nuestro equipaje y nuestros fardos a Clinton en diligencia. Pero la diligencia no hacía ese trayecto hasta que las carreteras se helasen, así que devolvimos los caballos y la carreta, pues otro primo nos había acompañado para llevárselos de vuelta. John Laidlaw, Thomas y yo nos echamos al hombro las hachas y nos encaminamos hacia Morris. Encontramos un sitio donde alojarnos, aunque tuvimos que dormir en el suelo, tapados con un edredón. Hacía un poco de frío, porque se acercaba el invierno, pero ya preveíamos alguna que otra privación y nos arreglamos como pudimos.

Empezamos a abrir un camino en la maleza hasta las tierras de John, ya que eran las más cercanas al lugar donde nos hospedábamos, y luego cortamos troncos para una cabaña y grandes planchas acanaladas para techarla. El dueño de la casa donde nos alojábamos tenía una yunta de bueyes y nos la prestó para arrastrar los troncos y las planchas. Después conseguimos ayuda de unos cuantos hombres para construir la cabaña, pero eran muy pocos, ya que sólo había cinco colonos en el municipio. Aun así, levantamos la cabaña sin problema y colocamos en lo alto las planchas acanaladas. Al día siguiente comenzamos a rellenar con barro las grietas entre los troncos allí donde quedaban más separados y metimos musgo en las grietas entre las planchas. La cabaña quedó bastante cómoda y, como empezábamos a cansarnos de caminar por la nieve cada noche y cada mañana y la cama era dura y fría, fuimos a Goderich para intentar conseguir trabajo durante unos días y ver si habían llegado nuestras cajas y utensilios de cocina.

No encontramos a nadie que necesitara ayuda, pese a que los tres teníamos un aspecto presentable. Encontramos a un hombre que quería que le cortáramos leña, pero no podía alojarnos, así que llegamos a la conclusión de que debíamos volver a Morris, ya que allí había mucha madera que cortar. Decidimos apañarnos por nuestra cuenta.

Compramos un tonel de pescado en Goderich y cargamos parte del contenido a las espaldas. Cuando

atravesábamos el municipio de Coulborne, compramos un poco de harina a un hombre y, como iba a Goderich, se ofreció a llevarnos el resto del pescado y un tonel de harina hasta Manchester (ahora Auburn). Nos reunimos con él allí, y el viejo señor Elkins transportó en barca el pescado y la harina al otro lado del río y tuvimos que acarrearlos desde allí. No me gustó tener que llevar a cuestas nuestras provisiones.

Fuimos a nuestra propia cabaña y buscamos unas cuantas ramas de tuya para hacer un lecho y una gran plancha de olmo para poner a modo de puerta. Un francés de Quebec le había dicho una vez a John que en las cabañas de madera el fuego se encendía en el centro. Así que John dijo que encendería el fuego en el centro de nuestra cabaña. Conseguimos cuatro postes y construimos la chimenea sobre ellos. Encima de los postes pusimos losas, como en una casa, con la intención de asegurarlas con barro, por dentro y por fuera. Antes de irnos a nuestro lecho de ramas de tuya, encendimos una gran fogata, y cuando uno de nosotros despertó en la noche, los postes se habían prendido y algunas de las planchas acanaladas también ardían con llama viva. Derribamos, pues, la chimenea y no nos costó apagar el fuego de las planchas ya que eran de madera de tilo verde. Ya no volvió a hablarse de hacer fuego en medio de la casa. En cuanto amaneció, empezamos a construir la chimenea al fondo de la casa, pero Thomas se reía a menudo de John y le hacía bromas sobre el fuego en medio de la cabaña. Pero levantamos la chimenea y cumplió su función. Nos fue mucho más fácil cortar la madera cuando despejamos los alrededores de pequeños árboles y ramas.

Y así seguimos batallando durante un tiempo, ocupándose Thomas de hornear y guisar porque a él se le daba mejor. Nunca lavábamos los platos y usábamos uno nuevo en cada comida.

Un hombre, un tal Valentine Harrison, establecido en el extremo sur de la Parcela 3, Concesión 8, nos mandó una gran piel de búfalo para taparnos con ella en el lecho. Construimos un tosco armazón de cama y, de través, tendimos tallos de sauce trenzados en lugar de cuerda, pero como los tallos se combaban mucho en el centro de la cama, cogimos dos varas y las colocamos a lo largo por debajo de las ramas de tuya para que cada uno de nosotros tuviera su lugar en la cama y no rodáramos encima del que estaba en medio. Esto fue toda una mejora en nuestra cama de solteros.

Seguimos batallando así, hasta que nuestros baúles y utensilios de cocina llegaron a Clinton, y pedimos a un hombre que nos los trajera de allí con su yunta de bueyes y su trineo. En cuanto tuvimos nuestra ropa de cama, nos sentimos en la gloria, porque llevábamos cinco o seis semanas durmiendo sobre las ramas de tuya.

Talamos un gran fresno y lo partimos en planchas, que luego labramos para hacer un suelo en nuestra cabaña, y así las cosas empezaban a cobrar forma.

Más o menos a principios de febrero, mi padre trajo a la madre y a la hermana de John y Thomas para quedarse un tiempo con nosotros. Encontraron muchas dificultades al atravesar Hullet, ya que no había puentes en ninguno de los muchos torrentes y no estaban helados. Llegaron a Kenneth Baines, donde ahora está Blyth, y mi padre dejó allí los caballos y a la tía y a la prima y salió a buscarnos para que los guiáramos el resto del camino. La carreta sólo volcó una vez antes de llegar, pero los caballos estaban muy cansados, porque la nieve era tan profunda que se detenían a cada pocos pasos. Por fin llegamos a la cabaña y pusimos los caballos bajo cubierto, y como mi padre había traído provisiones, estábamos bastante a gusto.

Mi padre quiso llevarse pescado abundante a casa, así que al día siguiente fuimos a Goderich y compramos el pescado. Un día después partió de vuelta a casa.

Regresé a Morris, donde la tía y la prima lo habían dispuesto todo con mucho estilo. Thomas quedó exento de hornear y guisar, y todos pensamos que el cambio era para mejor.

Seguimos trabajando, talando algunos de los árboles más grandes, pero no estábamos muy acostumbrados a ese trabajo y, con la nieve otra vez profunda, avanzábamos muy despacio. Hacia primeros de abril de 1852, cubría la nieve una corteza muy dura, tanto que se podía correr por encima en cualquier sitio.

Como yo tenía que buscar una parcela para un antiguo vecino, el 5 de abril salimos a ver unas cuantas parcelas desocupadas en venta. Cuando estábamos a unos ocho o diez kilómetros de nuestra cabaña, cayó una fuerte nevada, y como el viento del este cubrió las señales en los árboles, nos costó mucho encontrar el camino de regreso a casa. La tía y la prima se alegraron mucho de vernos cuando llegamos, convencidas como estaban de que nos habíamos perdido.

Ese invierno yo no hice nada en mi terreno; tampoco Thomas. John y él trabajaron juntos durante unos años. Regresé a Halton en primavera y volví a Morris en el otoño de 1852 y levanté mi propia cabaña, y una parte se vino abajo ese invierno. Mis primos y yo trabajábamos juntos siempre que hacía falta.

En otoño de 1853 me ayudaron a talar y serrar, y ya no volví a Morris hasta la primavera de 1857, cuando tenía una esposa con quien compartir mis penurias, alegrías y desdichas.

Llevo aquí (1907) sesenta años y he padecido penalidades y visto muchos cambios tanto en los habitantes como en el paisaje. Durante los primeros meses, llevábamos a cuestas nuestras provisiones a lo largo de doce kilómetros; ahora hay un tren a menos de quinientos metros.

El 5 de noviembre de 1852 talé el primer árbol de mi parcela, y si ahora tuviera los árboles que entonces había en ella, sería el hombre más rico del municipio de Morris.

James Laidlaw, el hermano mayor de John y Thomas, se trasladó a Morris en el otoño de 1852. John se ocupó de construir una cabaña para James Waldie, que más tarde sería su suegro. James y yo fuimos a ayudar a John a construirla, y cuando talamos un árbol, una de las ramas, al caer el tronco, se partió y salió lanzada hacia atrás, golpeando a James en la cabeza y matándolo en el acto.

Tuvimos que acarrear su cuerpo dos kilómetros hasta la casa más cercana, y yo me vi obligado a comunicar la triste noticia a su mujer, su madre y su hermana. Fue la misión más triste de mi vida. Me vi obligado a pedir ayuda para trasladar el cuerpo a casa, ya que había sólo un sendero a través de la maleza y la nieve era profunda y blanda. Eso ocurrió el 5 de abril de 1853.

He visto muchos vaivenes desde que vine a Morris. En esta Concesión sólo quedan tres de los primeros colonos, y los descendientes de otros cinco que fueron primeros colonos. En otras palabras, sólo viven ocho familias en las parcelas que sus padres ocuparon entre Walton y Blyth, una distancia de trece kilómetros.

El primo John, uno de los tres que vinieron aquí en 1851, dejó este mundo el 11 de abril de 1907. Los viejos Laidlaw han muerto casi todos. El primo Thomas y yo somos ahora (1907) los únicos supervivientes de los primeros que vinimos a Morris.

Y el lugar que ahora nos conoce, pronto ya no nos conocerá, porque somos seres viejos y frágiles.

James, en su día Jamie, Laidlaw murió, como su padre, en un lugar donde no existían aún registros de defunción fiables. Se cree que lo enterraron en un rincón de la parcela que él y sus hermanos y su primo habían desboscado, y en algún momento alrededor de 1900 sus restos se trasladaron al cementerio de Blyth.

El Gran Rob, que escribió este relato sobre el asentamiento en Morris, fue padre de muchos hijos e hijas. Simon, John, Duncan, Forrest, Sandy, Susan, Maggie, Annie, Lizzie. Duncan se marchó pronto de casa. (Ese nombre es correcto, pero respecto a los otros no estoy del todo segura). Se marchó a Guelph, y rara vez volvieron a verlo. Los otros se quedaron en Morris. En la casa había espacio suficiente para todos. Al principio, sus padres vivieron con ellos; luego, durante varios años, sólo estuvo su padre, y al final se quedaron solos. La gente ni siquiera recordaba que hubiesen sido jóvenes alguna vez.

Volvieron la espalda al mundo. Las mujeres se peinaban con raya en medio y el pelo muy estirado, pegado a la cabeza, pese a que la moda de la época eran los flequillos y los moños. Llevaban vestidos oscuros de falda estrecha que se confeccionaban ellas mismas. Y tenían las manos rojas porque a diario restregaban con lejía el suelo de pino de la cocina, que relucía como el terciopelo.

Eran capaces de ir a la iglesia —cosa que hacían todos los domingos— y volver a casa sin haber cruzado una palabra con nadie.

Cumplían con su observancia religiosa, pero sin poner el menor sentimiento en ello.

Los hombres tenían que hablar más que las mujeres, debido a sus transacciones en el molino o la quesería. Pero no gastaban saliva ni tiempo. Eran honrados pero inflexibles en todos sus tratos. Si ganaban dinero, nunca era con la intención de comprar maquinaria nueva o trabajar menos o



vivir con mayores comodidades. No eran crueles con sus animales, pero no los trataban con sentimentalismo.

La dieta de la familia era muy sencilla, y en las comidas bebían agua en lugar de té.

Así pues, sin presión alguna de la comunidad, ni de su religión (la fe presbiteriana seguía siendo conflictiva y retorcida, pero no asediaba al alma con la misma ferocidad que en los tiempos de Boston), se habían forjado una vida que era monástica sin apariciones milagrosas ni momentos de trascendencia.

La tarde de un domingo de otoño, Susan miró por la ventana y vio a Forrest ir de un lado al otro en el extenso campo de delante, donde quedaba sólo el rastrojo de un tragal. Pisaba con fuerza. Se detuvo y evaluó lo que hacía.

Pero ¿qué hacía? Susan no estaba dispuesta a darle la satisfacción de preguntar.

Resultó que antes de las primeras heladas debía cavar un gran hoyo. Trabajaba de día y a la luz de un farol. Llegó a una profundidad de casi dos metros, pero era un hoyo demasiado grande para ser una tumba. De hecho, sería el sótano de una casa. Sacaba la tierra con una carretilla, usando una rampa que había construido.

Arrastró grandes piedras desde la pila de piedras hasta el interior del establo, y allí, pasado el invierno, las labró con un cincel a fin de revestir las paredes del sótano. No abandonó su parte de las labores de la granja, pero trabajaba en este solitario proyecto hasta bien entrada la noche.

La primavera siguiente, en cuanto el hoyo se secó, fijó las piedras en su sitio con argamasa para construir las paredes del sótano. Colocó la tubería para el desagüe y mandó construir la cisterna; luego sentó los cimientos de piedra para su casa, dejándolos a la vista. Era evidente que ese proyecto no era para una cabaña de dos habitaciones. Era una casa auténtica y cómoda. Requeriría un camino de acceso y un canal de desagüe y ocuparía tierra de cultivo.

Al final, sus hermanos hablaron con él. Dijo que no cavaría el canal hasta el otoño, cuando se hubiese recogido la cosecha, y en cuanto al camino, no formaba parte de sus planes y suponía que podía ir hasta allí desde la casa principal por un estrecho sendero, sin privarlos de más grano del necesario.

Ellos le dijeron que, aun así, había que tener en cuenta la casa, la tierra que les quitaba la casa, y él dijo que sí, que era verdad. Pagaría una suma razonable, dijo.

¿De dónde la sacaría?

Podía calcularse en función del trabajo que ya había dedicado a la granja, deduciendo los gastos de manutención. Renunciaría asimismo a su parte de la herencia, y eso debía bastar para cubrir el valor del hoyo en el campo.

Propuso dejar de trabajar en la granja y buscar empleo en el aserradero.

Sus hermanos no podían dar crédito a lo que oían, del mismo modo que —hasta que Forrest colocó aquellas piedras enormes y permanentes— no habían podido dar crédito a lo que veían. «Muy bien», dijeron. «Si quieres ser el hazmerreír de todos, pues adelante».

Se fue a trabajar al aserradero, y en las largas horas del anochecer levantó la estructura de su casa. Tendría dos plantas, con cuatro habitaciones y una cocina de parte a parte y una despensa y

un gran salón. Las paredes serían de tablones, con revestimiento de ladrillo. Debería comprar los ladrillos, claro, pero los tablones que pensaba usar para el interior de las paredes estaban apilados en el establo, un remanente del viejo cobertizo para el ganado que sus hermanos y él habían derribado al construir el nuevo establo en pendiente. ¿Tenía derecho a emplear esos tablones? En rigor, no. Pero no se había previsto ningún otro uso para ellos, y la familia sentía cierta inquietud ante lo que pudiera pensar la gente si discutían y reñían por nimiedades. Forrest cenaba ya en una posada de Blyth a raíz de ciertos comentarios de Sandy respecto al hecho de que él comiera en la mesa familiar, de que comiera el fruto del trabajo de los demás. Le habían permitido quedarse la tierra para la casa cuando él la reclamó como suya porque no querían que anduviese por ahí criticando su mezquindad, y con esa misma actitud le dejaron quedarse los tablones.

Aquel otoño techó la casa, aunque no puso las tejas, e instaló una estufa. En ambas tareas contó con la ayuda de un hombre que trabajaba con él en el aserradero. Era la primera vez que alguien ajeno a la familia trabajaba en sus tierras, salvo por la construcción del establo en tiempos de su padre, y en aquella ocasión el padre se enfadó con las hijas porque éstas sirvieron toda la comida en mesas de caballetes en el patio y luego desaparecieron para no tener que atender a desconocidos.

El tiempo no las había vuelto más accesibles. Mientras el ayudante estuvo allí, y en realidad no era un desconocido, sino un hombre del pueblo que no iba a su misma iglesia, Lizzie y Maggie no quisieron ir al establo a pesar de que les tocaba ordeñar a ellas. Tuvo que ir Susan. Siempre era ella la que hablaba cuando tenían que entrar en una tienda a comprar algo. Y era ella quien llevaba la voz cantante ante todos los hermanos en la casa. Era ella quien había establecido la norma de que nadie debía poner en tela de juicio a Forrest durante las etapas iniciales de su empresa. Por lo visto, pensaba que abandonaría el proyecto si no despertaba interés ni había prohibición alguna. «Lo hace sólo para llamar la atención», decía ella.

Y desde luego llamó la atención. No tanto la de sus hermanos —que evitaban mirar por las ventanas de ese lado de la casa— como la de los vecinos, e incluso la gente del pueblo que, los domingos, pasaba por delante ex profeso. El hecho de que hubiese buscado trabajo fuera de casa y de que comiese en la posada pese a que nunca tomaba allí una copa, de que prácticamente hubiese abandonado a su familia, era un tema de conversación muy extendido. Implicaba una ruptura tal con respecto a lo que se sabía sobre el resto de la familia que casi resultaba escandaloso. (La marcha de Duncan por entonces ya estaba más o menos olvidada). La gente se preguntaba qué había pasado, al principio a espaldas de Forrest, y al final ante sus narices.

¿Se habían peleado? No.

«Ah, bueno. Ah». ¿Pensaba casarse?

Si aquello era una broma, él no se lo tomó como tal. No dijo ni sí ni no ni quizá.

No había un solo espejo en la casa de la familia, salvo uno pequeño y ondulado con el que se afeitaban los hombres; las hermanas podían decirse mutuamente si estaban presentables. Pero en la posada había un descomunal espejo detrás de la barra, y Forrest podría haber visto en él que era un hombre de aspecto más que aceptable cercano a los cuarenta años, alto, de cabello negro y espalda ancha. (De hecho, las hermanas eran aún más guapas que los hermanos, pero nunca las

miró nadie tan detenidamente como para reparar en ello. Tal es el efecto del estilo y la conducta).

Así pues, ¿por qué no iba a pensar en la posibilidad del matrimonio, si es que no había pensado ya en ello?

Ese invierno sólo lo separaron de las inclemencias del tiempo las paredes de madera y las tablas provisionales que tapiaban los vanos de las ventanas. Levantó los tabiques interiores y construyó la escalera y los armarios y tendió las últimas tablas de roble y pino en el suelo.

En el verano siguiente construyó la chimenea de ladrillo para sustituir el tubo de la estufa que asomaba por el tejado. Y cubrió toda la estructura con ladrillos rojos nuevos, colocados tan bien como podía haberlo hecho cualquier albañil. Encajó las ventanas, retiró las puertas de tablones e instaló puertas ya hechas en la parte de detrás y de delante. Instaló una estufa moderna, con horno para cocer y horno para calentar y la caldera para el agua. Conectó las tuberías a la chimenea nueva. La mayor tarea que quedaba era revocar las paredes interiores, y ya estaba preparado para eso cuando los días empezaron a refrescar. Primero una tosca capa de yeso, luego otra capa alisada meticulosamente. Sabía que había que colocar encima papel pintado, pero ignoraba cómo elegirlo. Entretanto, todas las habitaciones eran de una claridad magnífica, con el yeso resplandeciendo dentro y la nieve fuera.

La necesidad de amueblar lo cogió por sorpresa. En la casa donde había vivido con sus hermanos se imponían los gustos espartanos. Nada de cortinas, sólo postigos de color verde oscuro, suelos desnudos, sillas duras, nada de sofás, estantes en lugar de alacenas. La ropa colgada de ganchos detrás de las puertas en lugar de roperos, y más ropa de la que podía guardarse de esa manera se consideraba un exceso. Él no deseaba imitar por fuerza esa forma de vida, pero tenía tan poca experiencia de otras casas que no sabía qué más podía hacerse. No podía permitirse —ni quería— convertir la casa en algo parecido a la posada.

De momento pasaría con los objetos desechados que había en el establo. Una silla a la que faltaban dos travesaños, unos estantes rudimentarios, una mesa donde antes desplumaban a los pollos, un catre con mantas de caballo a modo de colchón. Todo esto lo colocó en la misma habitación que la estufa, dejando por entero vacíos los demás cuartos.

Susan había decretado, cuando vivían todos juntos, que Maggie debía ocuparse de la ropa de Sandy, Lizzie de la de Forrest, Annie de la de Simon y ella de la de John. Eso implicaba planchar y remendar y zurcir calcetines, y tejer bufandas y chalecos y confeccionar camisas nuevas en función de la necesidad. A partir del momento en que Forrest se marchó, Lizzie ya no debía seguir cuidándolo, ni mantener trato alguno con él. Pero llegó un momento —cinco o seis años después de acabar de construirse su casa— que ella decidió por su propia cuenta ir a ver cómo le iban las cosas. Para entonces, Susan estaba enferma, muy debilitada por una anemia perniciosa, así que sus normas no siempre se cumplían.

Forrest había abandonado el empleo en el aserradero. La razón era, al decir de la gente, que no soportaba las continuas pullas sobre su supuesto matrimonio. Circulaban historias sobre él, como la de que iba a Toronto en tren y se pasaba todo el día sentado en Union Station buscando a una mujer que cumpliera con sus requisitos, sin encontrarla. Corría asimismo la historia de que

escribió a una agencia de Estados Unidos y después, cuando una robusta hembra llamó a su puerta, se escondió en el sótano. Los más jóvenes del aserradero fueron especialmente crueles con él, dándole consejos absurdos.

Consiguió trabajo de portero en la iglesia presbiteriana, donde no tenía que ver a nadie excepto al pastor o algún que otro miembro oficioso del consejo, y ninguno de ellos era de esos individuos proclives a hacer comentarios personales o burdos.

Lizzie cruzó el campo una tarde de primavera y llamó a la puerta. No hubo respuesta. Pero no estaba cerrada con llave, y entró.

Forrest no dormía. Estaba tumbado en el catre, totalmente vestido, con los brazos detrás de la cabeza.

—¿Estás enfermo? —preguntó Lizzie.

Ellos nunca se acostaban de día a menos que estuvieran enfermos.

Forrest contestó que no. No le echó en cara haber entrado sin que la invitaran a pasar, pero tampoco la recibió con los brazos abiertos.

La casa olía mal. No había llegado a poner el papel pintado en las paredes y flotaba aún cierto tufo a yeso fresco. También se percibía el olor de las mantas de los caballos y de otra ropa que no se había lavado desde hacía mucho tiempo, si es que se había lavado alguna vez. Y de grasa rancia en la sartén y hojas de té amargas en la tetera (Forrest había adquirido la extravagante costumbre de beber té en lugar de agua caliente). Las ventanas se veían empañadas a la luz del sol primaveral y había moscas muertas en los alféizares.

—¿Te ha enviado Susan? —preguntó Forrest.

—No —respondió Lizzie—. Susan no está bien.

Forrest no tuvo nada que decir a eso.

—¿Ha sido Simon?

—He venido por decisión propia. —Lizzie dejó el paquete que llevaba y buscó una escoba—. En casa estamos todos bien —dijo, como si él se lo hubiese preguntado—, excepto Susan.

El paquete contenía una camisa nueva de algodón azul, además de media hogaza de pan y un trozo de mantequilla fresca. El pan que cocían las hermanas era excelente, y la mantequilla sabrosa, elaborada con leche de vacas de Jersey. Lizzie había cogido estas cosas sin permiso.

Esto fue el principio de una nueva organización en la familia. Cuando Lizzie llegó a casa, Susan se levantó el tiempo necesario para decirle que debía irse o quedarse. Lizzie contestó que se iría, pero para sorpresa de Susan, y de todos los demás, pidió su parte de los bienes familiares. Simon apartó lo que le correspondía, con severa justicia, y fue así como por fin la casa de Forrest se amuebló, aunque exiguamente. No pusieron papel pintado ni colgaron cortinas, pero todo estaba limpio y reluciente. Lizzie había pedido una vaca y media docena de gallinas y un cerdo para criarlo, y Forrest reanudó las labores de carpintería, para construir un establo con dos pesebres y un pajar. Cuando Susan murió, se descubrió que había acumulado unos ahorros considerables, y también les tocó una parte de eso. Compraron un caballo, y una calesa, en los tiempos en que los carruajes empezaban a ser habituales por aquellos caminos. Forrest dejó de ir a pie a su trabajo, y

los sábados por la noche Lizzie y él iban en coche al pueblo a comprar. Lizzie reinaba en su casa, como cualquier mujer casada.

Una noche de Halloween —y por entonces Halloween era una ocasión para gastar bromas pesadas más que para hacer regalos— alguien dejó un fardo delante de la puerta de Forrest y Lizzie. Lizzie fue la primera en abrir la puerta por la mañana. Se había olvidado de que era Halloween, fiesta a la que nadie en la familia prestaba la menor atención, y cuando vio la forma del fardo, lanzó una exclamación, más de asombro que de indignación. En medio de un rebusco de lana raída, vio la forma de un bebé, y alguna vez habría oído hablar de que se abandonaban bebés, dejándolos a la puerta de las personas que podían cuidar de ellos. Por un largo momento debió de pensar que eso acababa de ocurrirle a ella, que realmente había sido elegida para tal obsequio y obligación. Entonces se acercó Forrest desde el fondo de la casa y la vio agacharse y recoger el bulto, y él supo de inmediato qué era. También ella lo supo en cuanto lo palpó. Un haz de paja envuelto en arpillera, amarrado con cordones, para darle aspecto de bebé, y la cara dibujada con ceras en el lugar correspondiente de la arpillera, para representar toscamente la cara de un bebé.

Menos inocente que Lizzie, Forrest captó la insinuación, y le arrancó el fardo de las manos, lo hizo pedazos y metió los pedazos en la estufa.

Ella comprendió que no convenía hacer preguntas al respecto, ni mencionarlo siquiera en el futuro, y no lo hizo. Tampoco él lo mencionó, y la anécdota pervivió sólo como rumor, para ser puesta en duda y condenada por quienes la transmitían.

—Estaban muy unidos —decía mi madre, que en realidad no los había conocido, pero en general era partidaria de las relaciones fraternales, sin la mancha del sexo.

Mi padre, de niño, los había visto en la iglesia, y quizá los visitó un par de veces, acompañado de su madre. Sólo eran primos segundos de su padre y creía que nunca habían ido a la casa de sus padres.

No los admiraba, ni les reprochaba nada. Pero le causaban extrañeza.

—Y pensar en lo que hicieron sus antepasados —decía—. Las agallas que hacían falta para coger y cruzar el océano. ¿Qué fue lo que les socavó el espíritu? Y tan pronto.

## TRABAJAR PARA GANARSE LA VIDA

Cuando mi padre tenía doce años y había llegado tan lejos como podía llegar en la escuela rural, fue al pueblo para presentarse a unos exámenes. El nombre exacto era «pruebas de acceso», pero todos las llamaban «acceso». El acceso significaba, literalmente, acceso al instituto, pero significaba asimismo, de una manera vaga, el acceso al mundo. El mundo de profesiones tales como la medicina o el derecho o la ingeniería o la docencia. En los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, los chicos del campo accedían a ese mundo más fácilmente que una generación después. Eran tiempos de prosperidad en el condado de Huron y de expansión en el país. Corría el año 1913 y el país no tenía aún cincuenta años.

Mi padre superó el acceso con máximas calificaciones y pasó a la escuela de continuación en el pueblo de Blyth. Las escuelas de continuación ofrecían cuatro años de enseñanza secundaria, pero no el último año, conocido como escuela superior, o quinto curso; para eso había que ir a un pueblo más grande. Daba la impresión de que mi padre iba bien encaminado.

Durante su primera semana en la escuela de continuación oyó un poema leído por el profesor.

*Acá sol vida Mosalón Bre  
Kecon Susu Blimea saña  
enlazaré nas Deyasunón Bre  
y nuez traeré daré es Tania.*

Nos lo recitaba como una broma, pero el hecho era que, al oírlo, no lo interpretó como una broma. Más o menos por esas mismas fechas, entró en la papelería y dijo «tin tachín ná».

«Tin tachín ná».

Tinta china.

Poco después se llevó una sorpresa al ver el poema escrito en la pizarra.

*¿Acaso olvidamos al hombre  
que con su sublime hazaña  
en las arenas deja su nombre  
y nuestras heridas restaña?*

No esperaba una aclaración tan razonable, ni habría siquiera soñado con exigirla. Había estado

más que dispuesto a conceder a la gente de la escuela el derecho a tener un lenguaje o una lógica extraños. No les pedía que hablaran con sentido desde el punto de vista de él. Tenía una vena orgullosa que bien podía confundirse con humildad, lo que lo volvía asustadizo y susceptible, presto a retirarse. Lo sé muy bien. Creaba un misterio con eso, una estructura hostil de reglas y secretos, mucho más allá de todo lo existente. Sentía cerca el feroz aliento del ridículo, sobrevaloraba la competencia, y comprendió entonces la generalizada advertencia, el consejo de la sabiduría popular: no te metas.

En aquellos tiempos, por lo general, la gente del pueblo miraba por encima del hombro a los campesinos, pensando que muy posiblemente eran más cortos de entendederas, cohibidos y poco civilizados que ellos, y un tanto más dóciles a pesar de su fuerza. Y los campesinos veían a la gente del pueblo como personas con una vida fácil y poco aptas para sobrevivir en circunstancias que exigieran fortaleza, autonomía y trabajo duro. Lo creían a pesar de que las jornadas en fábricas y tiendas eran largas y los sueldos bajos, a pesar de que en el pueblo muchas casas carecían de agua corriente o inodoros con cisterna o electricidad. Pero en el pueblo la gente disponía de la tarde de los sábados o los miércoles y todos los domingos libres, y eso bastaba para que los consideraran unos blandengues. Los campesinos no tenían un solo día festivo en toda su vida. Ni siquiera los presbiterianos escoceses; las vacas no distinguían las fiestas de guardar.

Cuando los campesinos iban al pueblo a comprar o a misa, a menudo se los veía tensos y retraídos, y los del pueblo no se daban cuenta de que en realidad eso podía interpretarse como una actitud de superioridad. Una actitud con la que venían a decir: «No voy a consentir que ninguno de éstos me ponga en ridículo». No era una cuestión de dinero. Los campesinos podían mantener su orgullosa y alerta reserva ante ciudadanos a quienes compraban y vendían género.

Mi padre decía después que cuando ingresó en la escuela de continuación era demasiado joven para saber lo que hacía, y que debería haber seguido allí, debería haber llegado a ser un hombre de provecho. Pero lo decía casi por pura fórmula, no como si de verdad le importara demasiado. Y tampoco es que volviera a casa corriendo a la primera señal de que no entendía algo. Nunca dejó muy claro cuánto tiempo pasó allí. ¿Tres años y parte del cuarto? ¿Dos años y parte del tercero? Y no abandonó de repente: no es que fuera a la escuela un día y faltara al siguiente para no volver a presentarse nunca más. Simplemente empezó a pasar cada vez más tiempo en el monte y menos en la escuela, hasta que sus padres decidieron que no tenía mucho sentido plantearse mandarlo a un pueblo más grande para hacer el quinto curso, ni había grandes esperanzas de que accediese a la universidad o las profesiones. Podrían habérselo permitido —aunque no sin esfuerzo—, pero obviamente no era lo que él deseaba. Y no lo vivieron como una gran decepción. Era su único hijo. La granja sería suya.

Entonces no había más tierra inculca en el condado de Huron de la que hay ahora. Quizás hubiera menos. Las tierras de labranza se desboscaron entre 1830 y 1860, cuando se inició la colonización del Huron Tract, y se desboscaron por completo. Se dragaron muchos arroyos: lo progresista era enderezar los cauces y hacerlos discurrir como dóciles canales entre los campos. Los primeros granjeros detestaban la sola visión de un árbol y admiraban las tierras abiertas. Y la actitud masculina hacia la tierra era gerencial, dictatorial. Sólo las mujeres estaban autorizadas a preocuparse por el paisaje y no pensar siempre en su sometimiento y productividad. Mi abuela,

sin ir más lejos, era famosa por salvar una hilera de arces plateados en la orilla del camino. Estos árboles crecían al lado de un labrantío y estaban cada vez más grandes y viejos: sus raíces estorbaban el paso del arado y sus ramas daban sombra a los cultivos. Una mañana, mi abuelo y mi padre salieron y se dispusieron a talar los primeros. Pero mi abuela, viéndolos desde la ventana de la cocina, corrió hacia allí con su delantal y los sermoneó y reprendió tanto que al final tuvieron que coger las hachas y la sierra de través y marcharse. Los árboles se quedaron en su sitio y estropearon los cultivos al borde del campo hasta que el atroz invierno de 1935 acabó con ellos.

Pero en la parte de atrás de las granjas la ley obligaba a los propietarios a conservar una parcela de bosque. Allí podían talar árboles tanto para su propio uso como para la venta. Naturalmente, la madera había sido su principal fuente de explotación: el olmo de corcho se utilizaba para la construcción de barcos y el pino blanco para los mástiles, hasta que prácticamente no quedó un solo olmo de corcho ni pino blanco. Ahora se habían promulgado leyes para la protección de los álamos y los fresnos y los arces y los robles y las hayas, así como de los cedros y las tuyas que quedaban.

A través de la parcela de bosque —llamada «monte»— al fondo de la granja de mi abuelo corría el arroyo Blyth, dragado hacía mucho tiempo, en la época en que se desboscó la granja. Con la tierra extraída en aquel entonces, se formó un alto terraplén donde crecieron espesos bosquecillos de cedros. Fue allí donde mi padre empezó a poner trampas. Abandonó la escuela para iniciarse en la vida de trampero. Era capaz de seguir el arroyo Blyth durante kilómetros y kilómetros en cualquier dirección, hasta su nacimiento en el municipio de Grey o hasta su desembocadura en el río Maitland, que a su vez vierte sus aguas en el lago Huron. En algunos puntos —concretamente en la aldea de Blyth—, un trecho del arroyo pasaba a ser público, pero a lo largo de casi todo su recorrido atravesaba la porción trasera de las granjas, con monte a cada lado, y por tanto era posible seguirlo sin ver apenas las granjas ni la tierra desboscada ni las carreteras de trazado recto ni las cercas; uno podía imaginar que se hallaba en el bosque tal como era cien años antes, y centenares de años más antes de eso.

Para entonces mi padre había leído muchos libros, libros que encontró en casa y en la biblioteca de Blyth y en la biblioteca de catequesis. Había leído libros de Fenimore Cooper y había absorbido los mitos y semimitos sobre la naturaleza, desconocidos para la mayoría de los niños de su entorno rural, ya que pocos de ellos leían. Casi todos los chicos en cuyas imaginaciones prendían esos mismos conceptos vivían en las ciudades. Si sus familias tenían dinero, viajaban con ellas al norte todos los veranos, hacían excursiones en canoa y después iban a pescar y cazar. Si sus familias tenían muchísimo dinero, navegaban por los ríos del lejano norte con guías indios. La gente deseosa de esta experiencia en la naturaleza atravesaba nuestra parte del país sin fijarse en que aquí había también algo de esa naturaleza.

Pero los niños campesinos del condado de Huron, sin saber apenas nada de este extenso y profundo espacio natural del Escudo Canadiense y los ríos agrestes, se sentían igualmente atraídos —si no todos, sí al menos algunos, durante un tiempo— por las franjas de monte a orillas de los arroyos, donde pescaban y cazaban y construían balsas y tendían trampas. Incluso si no habían leído nada sobre esa clase de vida, podían llevar a cabo incursiones en ella. Aunque pronto la



abandonaban para introducirse en el verdadero y arduo trabajo de sus vidas como granjeros.

Y una de las diferencias entre los granjeros de entonces y los de ahora es que en aquellos tiempos nadie esperaba que el esparcimiento formase parte de la vida en el campo de manera regular.

Mi padre, siendo un niño de campo con esa percepción especial, esa percepción inspirada o romántica (estas palabras no le habrían gustado), con una avidez cultivada por Fenimore Cooper, no dejó de lado estas actividades juveniles a los dieciocho, diecinueve o veinte años. En lugar de renunciar al monte, se concentró en él más firme y seriamente. La gente empezó a hablar de él y a considerarlo más un trampero que un joven granjero. Y un joven solitario y un poco raro, aunque en modo alguno una persona que inspirase temor o antipatía. Se apartó de la vida de granjero tal como antes se había apartado de la idea de recibir una educación y llegar a ser un profesional. Se encaminó hacia una vida que probablemente no conseguía imaginarse con claridad, ya que debía de saber lo que no quería mucho mejor que lo que quería.

Una vida en el monte, lejos de los pueblos, en la periferia de las granjas: ¿cómo conseguirlo?

Incluso aquí, donde los hombres y las mujeres aceptaban en su mayoría lo que les deparaba la suerte, algunos lo conseguían. Incluso en medio de esta naturaleza amaestrada había unos cuantos ermitaños, unos cuantos hombres que habían heredado granjas y no las explotaban, o que no eran más que ocupantes llegados de Dios sabía dónde. Pescaban y cazaban e iban de un lado para otro, se marchaban y regresaban, se marchaban y no regresaban nunca más, a diferencia de los granjeros, que siempre abandonaban sus localidades a bordo de calesas o trineos o, en la actualidad más comúnmente en automóvil, con cometidos concretos y destinos definidos.

Él ganaba dinero con las trampas. Algunas pieles le proporcionaban el equivalente a quince jornales en una cuadrilla de trilladores. En casa, pues, no podían quejarse. Pagaba su manutención, y todavía ayudaba a su padre cuando era necesario. Su padre y él nunca entablaban una conversación. Podían pasarse la mañana entera cortando leña en el monte sin pronunciar una palabra, salvo cuando tenían que hablar sobre el trabajo. Su padre no estaba interesado en el monte salvo como parcela de bosque. Para él, era lo mismo que un campo de avena, con la diferencia de que se cosechaba leña.

Su madre sentía más curiosidad. Paseaba hasta el monte los domingos por la tarde. Era una mujer alta y erguida, de figura majestuosa, y aun así, con andares masculinos. Arremangándose la falda, pasaba diestramente por encima de una cerca. Entendía de flores silvestres y bayas y era capaz de dar el nombre de cualquier pájaro sólo con oír su canto.

Él le enseñó las trampas para atrapar peces. Eso inquietaba a su madre, porque los peces podían caer en la trampa en domingo igual que cualquier otro día. Era muy rigurosa con las normas y prácticas presbiterianas, y ese rigor tenía su propia historia. No se había criado en el credo presbiteriano, sino que había vivido una infancia y una juventud despreocupada en el seno de la Iglesia anglicana, conocida también como Iglesia de Inglaterra. No había muchos anglicanos en esa parte del país, y a veces se los consideraba casi como papistas, pero también casi como librepensadores. Desde fuera, muchos veían en esa religión poco más que las inclinaciones de cabeza y los responsorios, las homilias breves, las interpretaciones sencillas, los pastores mundanos, pompa y frivolidad. Una religión del agrado de su padre, que había sido un irlandés

campechano, un narrador de cuentos, un bebedor. Pero mi abuela, al casarse, quedó inmersa en el presbiterianismo de su marido, convertida en una practicante más acérrima que muchos de quienes se habían educado en él. Era una anglicana de nacimiento que asumió de todo corazón la competencia por la rectitud presbiteriana igual que era una marimacho de nacimiento que asumió la competencia del ama de casa rural. ¿Lo hizo por amor?, acaso se preguntara la gente.

En opinión de mi padre y quienes la conocían bien, no fue ése el motivo. Aunque no se peleaban, mi abuelo y ella fueron una pareja dispareja: él, meditabundo, callado; ella, briosa, sociable. No, si mi abuela hizo lo que hizo no fue por amor sino por orgullo. Para que nadie la superara ni criticara en modo alguno. Y para que nadie dijera de ella que lamentaba la decisión que había tomado, o que quería algo que no estaba a su alcance.

Conservó la amistad con su hijo a pesar de la pesca de los domingos, que ella se negaba a guisar. Se interesó por las pieles que él le enseñó, y supo cuánto cobraba por ellas. Le lavaba la ropa maloliente, cuyo hedor se debía tanto al cebo de la pesca que llevaba encima como al cuero y las entrañas. Su madre podía exasperarse pero era tolerante con él como con un hijo de edad mucho menor. Y quizás a ella le parecía mucho menor, con sus trampas y sus excursiones por el arroyo, y su carácter poco sociable. Nunca persiguió a las chicas, y paulatinamente perdió contacto con sus amigos de la infancia, que sí lo hacían. A ella no le importó. Acaso el comportamiento de él la ayudase a soportar la decepción por el hecho de que no hubiese estudiado, de que no fuese a ser médico o pastor. Tal vez así ella podía simular que su hijo aún estaba a tiempo de eso, que los antiguos planes —los planes de ella para él— no habían caído en el olvido, sino sólo se habían aplazado. Al menos, no se convertía en un simple granjero taciturno, una réplica de su padre.

En cuanto a mi abuelo, se abstuvo de opinar, de decir si lo aprobaba o no. Mantuvo su apariencia de disciplina e intimidad. Nacido en Morris, se había hecho a la idea ser granjero, seguidor del Partido Liberal y presbiteriano. Había nacido para oponerse a la Iglesia de Inglaterra y al Pacto de Familia y al obispo Strachan y a las tabernas; para estar a favor del sufragio universal (pero no para las mujeres), la escolaridad gratuita, el gobierno responsable, la Alianza del Día del Señor. Para vivir con severas rutinas y rechazos.

Mi abuelo disintió alguna que otra vez: aprendió a tocar el violín, se casó con la muchacha irlandesa alta y temperamental de ojos de dos colores. Hecho esto, se retiró, y durante el resto de su vida fue diligente, ordenado y silencioso. También él leía mucho. En invierno se las arreglaba para acabar todo su trabajo —y acabarlo bien— y después leía. Nunca hablaba de lo que leía, pero toda la comunidad lo sabía. Y lo respetaba por ello. Eso es extraño: también había una mujer que leía, recibía libros de la biblioteca continuamente, y nadie la respetaba en lo más mínimo. La comidilla de todos era que el polvo se acumulaba bajo sus camas y su marido nunca tenía la cena caliente en la mesa. Tal vez fuera porque leía novelas, historias, y en cambio los libros que leía mi abuelo eran de peso. Libros de peso, como recordaba todo el mundo, pero nadie recuerda los títulos. Procedían de la biblioteca, que por aquel entonces tenía libros de Blackstone, Macauley, Carlyle, Locke, *Historia de Inglaterra* de Hume. ¿Y acaso también *Investigación sobre el entendimiento humano*? ¿Y Voltaire? ¿Karl Marx? Es posible.

Ahora bien, si la mujer con borra debajo de las camas hubiese leído esos libros de peso, ¿la

habrían perdonado? Lo dudo mucho. Eran mujeres quienes la juzgaban, y las mujeres juzgaban a las mujeres con más severidad que a los hombres. Por otra parte, cabe recordar que mi abuelo primero acababa su trabajo: sus pilas de leña estaban ordenadas y su establo impecable. La lectura no afectaba a su vida desde ninguna óptica.

Otra cosa que se decía de mi abuelo era que prosperó. Pero en esa época la prosperidad no se buscaba ni se entendía como ahora. Recuerdo que mi abuela decía: «Cuando necesitábamos algo —cuando tu padre fue a la escuela en Blyth y necesitó libros y ropa y todo eso— yo le decía a tu abuelo: tenemos que criar otra ternera o lo que sea para conseguir un poco más de dinero». Parecería, pues, que si sabían cómo obtener ese poco más de dinero, bien podrían haberlo conseguido ya desde el principio.

Es decir, en su vida corriente no siempre ganaban tanto dinero como podían. No se esforzaban hasta el límite. No concebían la vida desde ese punto de vista. Ni la concebían desde el punto de vista del ahorro de al menos una parte de su energía para los buenos tiempos, como hacían algunos de sus vecinos irlandeses.

¿Cómo la concebían, pues? Sobre todo la concebían, creo, como un ritual. Estacional e inflexible, muy parecida a las tareas domésticas. Intentar ganar más dinero, para acceder a una posición social mejor o para que la vida fuera más fácil, se habría considerado indecoroso.

Un cambio de perspectiva respecto a la del hombre que fue a Illinois. Quizás una influencia residual de ese contratiempo, en sus descendientes más tímidos o reflexivos.

Ésta debía de ser la vida que esperaba a mi padre, y él lo intuyó: una vida que mi abuela, a pesar de su sumisión a ella, no lamentó del todo que él evitara.

Aquí hay una contradicción. Cuando uno escribe sobre personas reales, siempre se encuentra con contradicciones. Mi abuelo tuvo el primer coche en la Eighth Line de Morris. Era un Gray-Dorrit. Y mi padre de adolescente tuvo una radio de galena, algo que querían todos los chicos. Aunque puede que se la pagara él, claro está.

Puede que se la pagara con el dinero de las trampas.

Los animales que atrapaba mi padre eran almizcleras, visones, martas y, de vez en cuando, un lince rojo. Nutrias, comadreja, zorros. Las almizcleras las atrapaba en primavera porque su piel está en su momento óptimo hasta finales de abril. La mejor época para todos los demás era desde finales de octubre hasta entrado el invierno. La comadreja blanca no alcanza su pureza máxima hasta alrededor del 10 de diciembre. Él salía con raquetas para la nieve en los pies. Construía losetas, con un resorte en forma de cuatro, dispuesto de manera que las tablillas y las ramas caían sobre la almizclera o el visón. Clavaba trampas para comadreas en los árboles. Clavaba tablas entre sí para formar una caja cuadrada que actuaba conforme al mismo principio que la loseta, algo menos visible para los demás tramperos. Las trampas de acero para las almizcleras estaban inmovilizadas con estacas a fin de que el animal se ahogara, a menudo al final de una cerca de troncos de cedros en pendiente. Hacía falta paciencia y previsión y astucia. Para los herbívoros, colocaba apetitosos bocados de manzana y chirivía; para los carnívoros, como el visón, disponía de un delicioso cebo a base de pescado que él mismo mezclaba y dejaba en maceración en un tarro bajo tierra. Enterraba una mezcla parecida de carne en junio o julio y la desenterraba en otoño; los zorros la buscaban para revolcarse encima, deleitándose con el intenso hedor de la

descomposición.

Con el paso del tiempo, los zorros le interesaron cada vez más. Los seguía desde los arroyos hacia las pequeñas y escarpadas colinas arenosas que a veces se encontraban entre el monte y los pastizales: les encantan las colinas arenosas de noche. Aprendió a hervir las trampas en agua y corteza de arce tierna para eliminar el olor a metal. Estas trampas las colocaba en espacios abiertos cubiertos de arena.

¿Cómo se mata a un zorro atrapado? No conviene dispararle, por la herida que queda en el cuero y por el olor a sangre que estropea la trampa.

Se lo aturde de un golpe con una vara larga y resistente, y luego se le pisa el corazón.

En su medio natural, los zorros suelen ser rojos. Pero de vez en cuando aparece entre ellos un zorro negro, como una mutación espontánea. Él nunca había atrapado a ninguno. Sabía, no obstante, que algunos de éstos habían sido atrapados en otras partes y criados selectivamente para aumentar la aparición de pelo blanco en el lomo y la cola. Entonces se llamaban zorros plateados. La cría de zorros plateados estaba en sus comienzos en Canadá.

En 1925, mi padre compró un par, un zorro plateado macho y una hembra, y construyó un corral para ellos junto al establo. Al principio, debió dar la impresión de que sencillamente se criaba otra clase de animal en la granja, algo más extraño que las gallinas o los cerdos o incluso los gallos de pelea, algo poco común y llamativo como los pavos reales, interesante para las visitas. Cuando mi padre los compró y construyó el corral para ellos, quizás incluso se interpretase como señal de que tenía intención de quedarse, para ser un granjero un poco distinto de la mayoría pero, aun así, granjero.

Nació la primera camada, y construyó más corrales. Sacó una instantánea de su madre con tres pequeñas crías en brazos. Se la veía recelosa pero bien dispuesta. Dos de las crías eran machos y una hembra. Mi padre mató a los machos en otoño, cuando el pelaje estaba en su mejor momento, y vendió las pieles a un precio impresionante. El negocio de las trampas empezó a parecerle menos importante que estos animales criados en cautividad.

Vino a visitarlo una mujer joven. Una prima de la rama irlandesa de la familia: una maestra, vital, insistente y guapa, unos años mayor que él. Enseguida se interesó por los zorros, y ese interés no era fingido, como pensó su madre, para atraerlo. (Entre su madre y la visitante nació una antipatía casi inmediata, pese a que eran parientes). Procedía de una casa mucho más pobre, una granja más pobre, y había conseguido el título de maestra mediante sus propios y desesperados esfuerzos. No había pasado de ese punto por la sencilla razón de que el magisterio era la mejor opción para las mujeres que se le habían cruzado hasta ese momento. Era una maestra popular y trabajadora, pero desaprovechaba ciertas dotes que sabía que tenía. Estas dotes guardaban relación con correr riesgos y ganar dinero. Eran dotes tan fuera de lugar en la casa de mi padre como en la suya, vistas con recelo en una y en otra, aunque eran precisamente las dotes (mencionadas con menor frecuencia que el trabajo duro y la perseverancia) con las que se había levantado el país. Miró los zorros y no vio el menor vínculo romántico con la naturaleza; vio una nueva industria, la posibilidad de enriquecerse. Tenía algo de dinero ahorrado para comprar un lugar donde todo aquello pudiera ponerse en marcha en serio. Ella sería mi madre.

Cuando pienso en mis padres en la época anterior a convertirse en mis padres, después de haber tomado la decisión pero antes de que su vida la volviera —en aquellos tiempos— irrevocable, los veo no sólo conmovidos e indefensos, maravillosamente engañados, sino más atractivos que en ninguna otra época posterior. Es como si entonces nada se hubiese frustrado y la vida aún floreciera llena de posibilidades, como si ellos disfrutaran de toda clase de poder antes de inclinarse el uno hacia el otro. Naturalmente, eso no puede ser cierto; debían de estar ya impacientes, mi madre seguro que estaba impaciente, con casi treinta años y soltera. Debían de conocer ya el fracaso, puede que acudiera el uno al otro con reservas más que con el optimismo exuberante que yo imagino. Pero lo imagino, como seguramente nos complace hacer a todos, para no pensar que nacimos de un afecto siempre cicatero, o de una promesa sin gran convicción. Creo que cuando llegaron y eligieron el lugar donde vivirían el resto de sus vidas, en el río Maitland al oeste de Wingham, en el municipio de Turnberry, en el condado de Huron, viajaban en un coche que rodaba bien por carreteras secas en un día claro de primavera, y que ellos eran amables y apuestos y sanos y confiaban en su suerte.

No hace mucho iba en coche con mi marido por las carreteras secundarias del condado de Grey, que se halla al norte y al este del condado de Huron. Pasamos por delante de una tienda vacía en un cruce. Tenía escaparates anticuados, con cristales largos y estrechos. Delante había una plataforma para surtidores de gasolina que ya no estaban allí. Al lado se veía un montículo de zumaque y sofocantes enredaderas entre las que se amontonaba toda clase de basura. El zumaque desató mi memoria y volví a mirar la tienda. Tuve la impresión de que ya había estado allí, y de que el escenario estaba relacionado con una decepción o un disgusto. Sabía que nunca había pasado por allí en coche durante mi vida adulta y no creía que hubiese ido allí de niña. Se encontraba demasiado lejos de casa. La mayoría de las salidas en coche eran a casa de mis abuelos en Blyth; se habían retirado allí después de vender la granja. Y una vez cada verano íbamos al lago de Goderich. Pero aun mientras se lo explicaba a mi marido, recordé la decepción. Un helado. Entonces lo recordé todo: el viaje que hicimos mi padre y yo a Muskoka en 1941, cuando mi madre estaba ya allí, vendiendo pieles en el hotel Pine Tree al norte de Gravenhurst.

Mi padre había parado a repostar en una tienda y me había comprado un cucurucho. Aquél era un lugar perdido, y el helado debía de llevar mucho tiempo en el envase. Probablemente se había derretido parcialmente en algún momento y luego congelado de nuevo. Tenía dentro astillas de hielo, hielo puro, y el sabor se había alterado de tal modo que era incomible. Hasta la galleta del cucurucho estaba blanda y rancia.

—Pero ¿por qué iría tu padre a Muskoka por este camino? —preguntó mi marido—. ¿No habría sido más normal ir por la 9 y subir luego por la Autovía 11?

Tenía razón. Me pregunté si acaso me equivocaba. Podría haber sido otra tienda en otro cruce donde repostamos y compramos el helado.

Mientras avanzábamos hacia el oeste, cruzando las largas colinas en dirección al condado de Bruce y la Autovía 21, después de ponerse el sol y antes del anochecer, hablé de cómo solían ser los viajes largos en coche —es decir, cualquier viaje en coche de más de quince kilómetros—

para nuestra familia, de lo arduos e inciertos que eran. Expliqué a mi marido —cuya familia, más realista que la nuestra, se consideraba demasiado pobre para tener coche— que los ruidos y movimientos del coche, las sacudidas y el traqueteo, las tensiones del motor y los chirridos del cambio de marcha convertían el ascenso de cada monte y cada kilómetro recorrido en un esfuerzo que todos dentro del coche parecíamos compartir. ¿Se pincharía una rueda? ¿Se calentaría el radiador? ¿Se estropearía? Al usar esa palabra —«estropearse»—, uno tenía la sensación de que el coche era un ser frágil y asustadizo, de una misteriosa vulnerabilidad casi humana.

Lógicamente no habría sido así con un coche más nuevo, o si hubiesen podido conservarlo en buen estado, dije.

Y se me ocurrió una explicación de por qué debíamos de haber ido a Muskoka por carreteras secundarias. Al final, resultó que no me había equivocado. Por precaución, mi padre habría preferido no pasar con el coche por una población de cierto tamaño o por una carretera principal. El coche daba demasiados problemas. Ni siquiera debería haber seguido circulando. Había épocas en que mi padre no podía permitirse llevarlo al mecánico, y ésa debió de ser una de ellas. Hacía lo que podía para repararlo él mismo, para mantenerlo en funcionamiento. A veces lo ayudaba un vecino. Recuerdo que mi padre decía: «Ese hombre es un genio de la mecánica», lo que me induce a sospechar que él personalmente no era ningún genio de la mecánica.

Ahora sabía ya por qué esa sensación de riesgo e inquietud aparecía siempre unida a mis recuerdos de los caminos sin asfaltar, a veces sin grava siquiera —algunos tenían tales roderas y surcos que mi padre los llamaba «tablas de lavar»—, y los puentes de tablones de un solo carril. A medida que refrescaba la memoria, recordé que mi padre me explicó que el dinero sólo le alcanzaba para llegar al hotel donde estaba mi madre, y que si ella no tenía dinero, no sabía qué iba a hacer. No me lo contó en aquel momento, claro está. Me compró el cucurucho, me dijo que empujara el salpicadero mientras subíamos por las cuestas, y eso hice, aunque ya sólo era un ritual, una broma, porque mi fe se había esfumado hacía mucho tiempo. Él parecía divertirse.

Me habló de las circunstancias de ese viaje años más tarde, después de la muerte de mi madre, mientras recordaba algunos de los momentos que habían vivido juntos.

Las pieles que mi madre vendía a los turistas estadounidenses (siempre hablábamos de los turistas estadounidenses, como si admitiésemos que eran los únicos que podían sernos de utilidad) no eran pieles crudas, sino curtidas y adobadas. Algunas estaban cortadas y cosidas en tiras, para confeccionar capas; otras se dejaban enteras, y con ellas se hacía lo que llamábamos estolas. Una estola de zorro era una piel entera, una estola de visón se componía de dos o tres pieles. Se dejaba la cabeza del animal, añadiéndole unos brillantes ojos de cristal marrón dorado, así como una mandíbula artificial. Se cosían cierres a las garras. En el caso del visón, creo, se cosían las pieles uniendo la boca de una a la cola de la otra. La estola de zorro se cerraba pata con pata, y la capa de zorro a veces tenía la cabeza del zorro cosida fuera de sitio, en medio del lomo, a modo de adorno.

Treinta años después estas pieles llegarían a las tiendas de ropa usada y acaso se comprasen y usasen como artículos de broma. De todas las modas decadentes y grotescas del pasado, esta

utilización de pieles de animal que eran inequívocamente pieles de animal se consideraría la más asombrosa y barbárica.

Mi madre vendía las estolas de zorro por veinticinco, treinta y cinco, cuarenta o cincuenta dólares, según la cantidad de pelo blanco, o «plateado». Las capas costaban cincuenta, setenta y cinco o, a veces, cien dólares. A finales de los años treinta mi padre había empezado a criar visones además de zorros, pero mi madre no tenía apenas estolas de visón para vender y no recuerdo cuánto cobraba por ellas. Tal vez podíamos repartirlas entre los peleteros de Montreal sin sufrir pérdidas.

La colonia de corrales para los zorros ocupó buena parte del terreno de nuestra granja. Se extendía desde detrás del establo hasta lo alto del terraplén que daba a los bajíos del río. Los primeros corrales construidos por mi padre se componían de una estructura de postes de cedro con tejadillo y paredes de tela metálica. El suelo era de tierra. Los corrales construidos posteriormente incluían un suelo elevado de tela metálica. Los corrales, dispuestos uno al lado del otro, formaban una cuadrícula de «calles», como un pueblo, y una valla de protección alta circundaba dicho pueblo. Cada corral contenía una caseta, una gran caja de madera con respiraderos y un tejado o tapa en vertiente que podía levantarse. Y una rampa de madera colocada en uno de los lados del corral permitía hacer ejercicio a los zorros. Como todo aquello se había construido en distintas etapas, y no obedecía a planificación alguna, se advertían las diferencias propias de un pueblo real: había calles anchas y calles estrechas; anticuados corrales con amplio espacio y suelo de tierra y corrales modernos, más reducidos, con suelo de tela metálica, que por sus dimensiones parecían menos agradables pese a disfrutar de mejores condiciones higiénicas. Había dos largos bloques de apartamentos llamados las Naves. Las Naves Nuevas eran dos hileras de corrales, frente por frente, con tejados de madera inclinados y suelos de tela metálica en alto, y estaban comunicadas mediante una pasarela cubierta. Las Naves Viejas eran sólo una corta hilera de corrales adosados, unidos entre sí de manera rudimentaria. En las Naves Nuevas, llenas de adolescentes destinados —en su mayoría— a ser despellejados antes de cumplir el año, reinaba un ruido infernal. Las Naves Viejas eran un suburbio donde se alojaba a los animales reproductores que habían tenido un rendimiento decepcionante y no se conservarían otro año, así como a algún que otro lisiado, e incluso, durante un tiempo, una zorra roja bien dispuesta al trato con los humanos y camino de convertirse en animal de compañía. Ya fuera por eso, o por su color, todos los demás zorros la rehuían, y su nombre —ya que todos tenían nombre— era *Vieja Solterona*. No tengo ni idea de cómo llegó hasta allí. ¿Una mutación en una camada? ¿Un zorro salvaje que cavó el túnel bajo la cerca en dirección equivocada?

Cuando se cortaba el heno en nuestro campo, una parte se esparcía por encima de los corrales para proteger a los zorros del sol e impedir que el pelaje se volviera marrón. De todos modos en verano, cuando se les caía el pelo viejo y el nuevo justo empezaba a salir, ofrecían un aspecto desastrado. Allá por noviembre, en cambio, se los veía resplandecientes, con la punta de la cola nivea, el pelo del lomo largo y negro, y su capa plateada. Estaban listos para la matanza, a menos que fueran a destinarse a la cría. Las pieles se tensaban, limpiaban, mandaban a curtir y luego a

las subastas.

Hasta ese momento todo estaba bajo el control de mi padre, salvo por alguna enfermedad o los azares de la cría. Todo era obra suya: los corrales, las casetas donde los zorros podían esconderse y parir, los bebederos —hechos con latas— que se ladeaban desde fuera y se llenaban de agua limpia dos veces al día, el depósito rodante que se desplazaba lentamente por las calles transportando el agua del surtidor, la artesa en el establo donde se mezclaban la harina, el agua y la carne picada de caballo, la caja donde se introducía la cabeza del animal para matarlo mediante una ráfaga de cloroformo. Luego, cuando las pieles se secaban y limpiaban y retiraban de los marcos estiradores, ya nada estaba bajo su control. Extendidas en cajas de embalaje, se enviaban a Montreal y ya no había nada más que hacer salvo esperar a ver cómo se clasificaban y vendían en las subastas de pieles. Los ingresos de todo el año, el dinero para pagar las facturas del alimento para los animales, el dinero para pagar al banco, el dinero para devolver a su madre el préstamo que le hizo después de enviudar, todo tenía que salir de ahí. Algunos años el precio de las pieles era bastante bueno; algunos años, no muy malo; otros años, pésimo. Aunque por aquel entonces nadie podía saberlo, la verdad era que había entrado en el negocio un poco demasiado tarde, y sin capital suficiente para mantenerse a lo grande durante los primeros años cuando los beneficios eran altos. Cuando aún no se había establecido debidamente, llegó la Depresión. El efecto sobre el negocio fue irregular, y no uniformemente malo, como cabría pensar. Algunos años salió un poco mejor parado de lo que quizás habría salido con la granja, pero hubo más años malos que buenos. Las cosas no mejoraron mucho con el inicio de la guerra; de hecho, los precios de 1940 estuvieron entre los peores de todos los tiempos. Durante la Depresión los malos precios no eran tan difíciles de asumir —él podía mirar alrededor y ver que casi todo el mundo iba en el mismo barco—, pero ahora, con la aparición de los empleos generados por la guerra y la reciente prosperidad del país, era muy duro haber trabajado tanto como él y acabar con las manos casi vacías.

Dijo a mi madre que estaba planteándose alistarse en el ejército. Estaba planteándose despellejar y vender todos los animales y enrolarse en el ejército para ejercer un oficio. Para eso no era demasiado viejo, y tenía aptitudes que podían considerarse útiles. Podía ser carpintero, teniendo en cuenta todo lo que había construido en su granja. O podía ser carnicero, teniendo en cuenta todos los caballos viejos que había sacrificado y descuartizado para los zorros.

A mi madre se le ocurrió otra idea. Sugirió que conservaran las mejores pieles. En lugar de enviarlas a las subastas, las curtirían y aderezarían; es decir, las convertirían en estolas y capas, provistas de ojos y garras, y luego irían a venderlas. La gente empezaba a tener dinero. Había mujeres que tenían el dinero y la predisposición necesarios para vestirse con elegancia. Y había turistas. Estábamos muy a trasmano para los turistas, pero mi madre había oído hablar de ellos, de los muchos que se alojaban en los hoteles de Muskoka. Procedían de Detroit y Chicago, y traían dinero para gastar en porcelana inglesa, jerséis de Shetland, mantas de la bahía de Hudson. ¿Por qué no, pues, en pieles de zorro plateado?

A la hora de los cambios, las invasiones y la agitación social, hay dos clases de personas. Algunas, si se construye una autovía que pasa por su jardín, lo considerarán una afrenta, lamentarán la pérdida de intimidad, de peonías y lilas y de una dimensión de sí mismos. El otro



tipo de personas verá en ello una oportunidad: montarán un puesto de perritos calientes, conseguirán una franquicia de una cadena de comida rápida, abrirán un motel. Mi madre era de esta segunda clase. La sola idea de los turistas con su dinero americano subiendo en tropel a los bosques septentrionales la llenaba de vitalidad.

En verano, pues, el verano de 1941, se marchó a Muskoka con su baúl repleto de pieles. La madre de mi padre vino a ocuparse de la casa. Era aún una mujer hermosa y erguida, y cuando entró en el territorio de mi madre, llegó acompañada del porte imponente de la premonición. Detestaba lo que mi madre estaba haciendo. La venta ambulante. Dijo que, cuando pensaba en los turistas estadounidenses, su única esperanza era que no se le acercase ninguno. Mi madre y ella coincidieron en la casa un solo día, y durante ese tiempo mi abuela exhibió una versión hosca y reservada de sí misma. Mi madre estaba demasiado acelerada para darse cuenta. Pero mi abuela, después de llevar un día al mando de la casa, se ablandó. Decidió perdonar a mi padre su matrimonio, de momento, y también su exótica empresa y su fracaso, y mi padre decidió perdonarle a ella el humillante hecho de que le debía dinero. Ella hizo pan y tartas, y sacó buen provecho a las hortalizas del huerto, los huevos recién puestos y la cremosa leche y la nata de la vaca de Jersey. (A pesar de no tener dinero, nunca estuvimos mal alimentados). Limpió a fondo el interior de los armarios y, a restregones, eliminó el hollín de la base de las cacerolas, que habíamos creído permanente. Encontró muchas cosas que necesitaban un arreglo. Al anochecer, llevaba cubos de agua a los arriates y las tomateras. Después mi padre volvía del trabajo en el establo y los corrales de zorros y nos sentábamos todos en las sillas del jardín, bajo los frondosos árboles.

Nuestra granja de cinco hectáreas —lo que, según mi abuela, no era una granja ni por asomo— estaba situada en un lugar poco común. Al este se hallaba el pueblo, viéndose las torres de la iglesia y la torre del ayuntamiento cuando los árboles estaban deshojados, y en el par de kilómetros de carretera entre nuestra granja y la calle mayor, la densidad de casas aumentaba poco a poco, los caminos de tierra se convertían en calles con aceras, aparecía una farola solitaria, de modo que podía decirse que vivíamos en los confines del pueblo, aunque fuera del término municipal. Pero al oeste se veía sólo una granja, y muy lejos, en lo alto de una colina casi en el punto medio del horizonte occidental. Siempre nos referimos a ella como la casa de Roly Grain, pero nunca pregunté, ni imaginé, quién podía ser Roly Grain, ni cómo se llegaba a su casa. Quedaba demasiado lejos, separada de nosotros, primero, por un extenso campo sembrado de maíz o avena, luego por el bosque y los bajíos que descendían hasta el gran recodo oculto del río, y finalmente por sucesivos montes desnudos o boscosos. Rara vez se veía una extensión de territorio tan vacío, tan seductor para la imaginación, en nuestra poblada región agrícola.

Mientras contemplábamos esta vista, mi padre liaba un cigarrillo y fumaba, y mi abuela y él hablaban de los viejos tiempos en la granja, de sus antiguos vecinos y de cosas curiosas —o sea, cosas tan raras como cómicas— que habían sucedido. La ausencia de mi madre trajo una especie de paz, no sólo entre ellos, sino para todos nosotros. Había desaparecido del ambiente cierto estado de alerta y tensión. Faltaba un toque de ambición, engreimiento, tal vez insatisfacción. En aquel entonces yo no sabía qué era lo que habíamos perdido. Tampoco sabía qué privación, más que alivio, sería para mí perder eso para siempre.

Mi hermano y mi hermana, los dos menores que yo, atormentaban a mi abuela para que les dejara mirar por «su ventana». Los ojos de mi abuela eran de color avellana, pero en uno tenía una gran mancha, que abarcaba al menos una tercera parte del iris, y el color de esta gran mancha era azul. Por eso la gente decía que tenía los ojos de colores distintos, aunque no era del todo verdad. A esa mancha azul la llamábamos «su ventana». Fingía enfadarse cuando le pedían que la enseñara, agachaba la cabeza y apartaba a manotazos a quienquiera que intentase mirarla, o cerraba los ojos apretando los párpados y abría el ojo de color avellana apenas una ranura para ver si la observaban. Al final, siempre la pillaban y se rendía, sentándose quieta con los ojos muy abiertos para que la miraran. El azul era nítido, sin una sola mota de otro color, un azul aún más vivo por el contraste con el contorno amarillo parduzco, como lo es el cielo de verano por el contraste con los cúmulos de nubes.

Anochece cuando mi padre giró para entrar en el camino de acceso del hotel. Pasamos entre los postes de piedra de la verja y allí estaba, ante nosotros: un alargado edificio de piedra con mansardas y una veranda blanca. Macetas colgadas rebosantes de flores. No vimos la entrada al aparcamiento y seguimos el camino semicircular que nos llevó ante la veranda, y dejamos atrás a la gente sentada en balancines y mecedoras, sin nada que hacer salvo mirarnos, como dijo mi padre.

«Nada que hacer salvo mirarnos como papanatas».

Localizamos el cartel apenas visible y llegamos a una zona de grava al lado de la pista de tenis. Salimos del coche. Estaba cubierto de polvo y parecía un intruso desvergonzado entre los demás coches.

Habíamos hecho todo el viaje con las ventanas bajadas y el viento caliente que entraba me había enredado y secado el pelo. Mi padre vio algo raro en mi aspecto y me preguntó si tenía un peine. Volví al coche y busqué uno; lo encontré por fin metido entre el respaldo y el asiento. Estaba sucio y le faltaban púas. Lo intenté, y él lo intentó, hasta que al final dijo:

—Tal vez baste con que te lo recojas por detrás de las orejas.

Después se peinó él y, agachándose para mirarse en el retrovisor del coche, frunció el ceño. Cruzamos el aparcamiento mientras mi padre se preguntaba en voz alta si debíamos entrar por la puerta de delante o la de atrás. Parecía pensar que yo podía tener una opinión útil al respecto, cosa que nunca antes había pensado bajo ninguna circunstancia. Contesté que debíamos entrar por la puerta de delante, porque quería echar otro vistazo al estanque de nenúfares en el semicírculo de césped delimitado por el camino. Había una estatua de una chica con los hombros desnudos y los pechos ceñidos por una túnica sosteniendo una jarra en el hombro: una de las cosas más elegantes que yo había visto en la vida.

—Mantén el tipo —dijo mi padre en voz baja, y subimos por la escalinata y cruzamos la veranda pasando por delante de la gente que fingía no mirarnos.

Entramos en el vestíbulo, tan en penumbra que, a gran altura en las paredes revestidas de madera oscura y lustrosa, había luces encendidas, lamparillas con globos de cristal esmerilado. A un lado se hallaba el comedor, que se veía a través de las puertas de cristal. Estaba ya recogido

después de la cena, cada mesa con un mantel blanco. Al otro lado, unas puertas abiertas daban acceso a un salón rústico alargado, con una chimenea de piedra enorme al fondo y una piel de oso extendida en el suelo.

—Fíjate en eso —dijo mi padre—. Tu madre debe de andar por aquí cerca.

En el rincón del vestíbulo acababa de ver una vitrina de un metro de altura, y detrás del cristal una capa de zorro plateado bellamente colocada sobre lo que parecía terciopelo blanco. Encima, un rótulo de trazos fluidos, pintado en blanco y plata sobre un tablero negro, rezaba: ZORRO PLATEADO, EL LUJO CANADIENSE.

—Por aquí cerca —repitió mi padre.

Nos asomamos al salón con la chimenea. Una mujer que escribía en una mesa alzó la vista y dijo, con voz amable pero algo distante:

—Creo que si tocan la campanilla, vendrá alguien.

Me resultó extraño que se dirigiese a nosotros una persona que nunca antes habíamos visto.

Retrocedimos y cruzamos hasta la puerta del comedor. Más allá de la amplia extensión de mesas blancas con cubiertos de plata y copas boca abajo y ramos de flores y servilletas rematadas en pico como tipis, vimos dos figuras, mujeres, sentadas a una mesa cerca de la puerta de la cocina, acabando una cena tardía o tomando un té de última hora. Mi padre hizo girar el pomo y ellas alzaron la vista. Una se levantó y vino hacia nosotros por entre las mesas.

El momento que tardé en caer en la cuenta de que ésa era mi madre no fue largo, pero lo hubo. Vi a una mujer con un vestido que yo no conocía, un vestido de color crema con florecillas rojas estampadas. La falda plisada emitía un susurro al moverse y la tela, muy tersa, resplandecía igual que los manteles en el salón revestido de madera oscura. La mujer que lo lucía, una mujer morena de aspecto enérgico y elegante, llevaba el pelo peinado con raya al medio y recogido en una cuidada diadema de trenzas. E incluso cuando supe que ésa era mi madre, cuando me abrazó y me besó, despidiendo una fragancia inusual, sin su prisa y sus lamentaciones de costumbre, sin su acostumbrada insatisfacción por mi apariencia, o por mi carácter, seguí teniendo la sensación de que en cierto modo era una desconocida. Había entrado sin el menor esfuerzo, por lo visto, en el mundo del hotel, donde mi padre y yo llamábamos la atención como vagabundos o espantapájaros. Era como si ella siempre hubiese vivido allí. Al principio, sentí asombro, luego traición, luego entusiasmo y esperanza, y mis pensamientos se aceleraron hacia las ventajas que yo misma podía obtener en esta nueva situación.

La mujer con quien mi madre hablaba hacía un momento resultó ser la *maître* del comedor: una mujer bronceada, de aspecto cansado, con carmín y laca de uñas rojo oscuro, de quien después supimos que tenía muchos problemas y que se los había confiado a mi madre. Enseguida nos trató con cordialidad. Interrumpí la conversación de adultos para contar lo de las astillas de hielo y el mal sabor del helado, y ella fue a la cocina y me trajo una gran ración de helado de vainilla cubierto de chocolate fundido, coronado con una cereza.

—¿Es un *sundae*? —pregunté.

Se parecía a los *sundaes* que yo había visto en los anuncios, pero como sería el primero que probase, quería asegurarme de que se llamaba así.

—Eso creo —contestó—. Sí, un *sundae*.

Nadie me reprendió. De hecho mis padres se rieron, y a continuación la mujer trajo té recién hecho y una especie de bocadillo para mi padre.

—Ahora os dejo para que charléis —dijo, y se fue y nos dejó a los tres solos en aquel salón silencioso y magnífico.

Mis padres hablaron, pero yo apenas atendí a la conversación. Interrumpí de vez en cuando para contarle a mi madre algo sobre el viaje o sobre lo que había pasado en casa. Le enseñé dónde me había picado una abeja, en la pierna. Ninguno de los dos me mandó callar: me contestaron con buen humor y paciencia. Mi madre dijo que podíamos dormir los tres en su cabaña. Ocupaba una de las pequeñas cabañas detrás del hotel. Dijo que desayunaríamos en el comedor a la mañana siguiente.

Me dijo que cuando acabara debía ir corriendo a ver el estanque de los nenúfares.

Debió de ser una conversación feliz. Con alivio, por parte de mi padre; triunfal, por la de mi madre. Le habían ido muy bien las cosas; había vendido casi todo: la operación fue un éxito. La exoneración para ella, la salvación para todos nosotros. Mi padre se planteó seguramente qué debía hacerse primero, si llevar el coche a arreglar al taller de allí o arriesgarse una vez más a circular por carreteras secundarias y llevarlo al taller en casa, donde conocíamos al mecánico. Qué facturas debían pagarse de inmediato, y qué facturas debían pagarse sólo en parte. Y posiblemente mi madre miró más hacia el futuro, pensando cómo expandirse, en qué otros hoteles intentarlo, cuántas capas y estolas más debían confeccionar al año siguiente, y si eso podía convertirse en un negocio durante todo el año.

No podía prever que pronto los estadounidenses entrarían en la guerra, ni que eso los induciría a quedarse en casa, ni que el racionamiento de combustible reduciría la actividad turística. No podía prever la agresión contra su propio cuerpo, la destrucción que se preparaba ya dentro de ella.

Hablaría durante muchos años de sus logros de ese verano. De cómo había sabido encontrar la mejor manera de presentarse, sin presionar nunca demasiado, enseñando las pieles como si para ella fuese un gran placer, no una cuestión de dinero. Cualquiera habría dicho que vender era la última de sus preocupaciones. Era necesario demostrar a los encargados del hotel que ella no empobrecería la imagen que ellos deseaban ofrecer, que no era ni mucho menos una vendedora ambulante. Que era, por el contrario, una señora cuyos productos añadían una distinción única. Tenía que entablar amistad con la dirección del hotel y los empleados, así como con los huéspedes.

Y eso para ella era coser y cantar. Poseía un genuino talento para mezclar amistad y trabajo, el talento de todo buen vendedor. Nunca debía calcular el beneficio y actuar fríamente con ese objetivo. Todo cuanto hacía lo hacía de manera natural, y depositaba una sincera calidez allí donde residían sus intereses. Ella, que siempre había encontrado dificultades con su suegra y la familia de su marido, que pasaba por ser una estirada entre los vecinos y una prepotente entre las mujeres de la parroquia, había encontrado un mundo de desconocidos donde enseguida se sintió como en casa.

Al hacerme mayor, sentí una especie de repulsión por todo esto. Empecé a despreciar la sola idea de dedicarse a algo así, ponerse de esa manera a merced de la reacción de los demás, emplear la adulación de forma tan diestra y natural que ni siquiera se reconocía como adulación. Y todo por dinero. Tal conducta me parecía vergonzosa, como se lo parecía, lógicamente, a mi abuela. Di por sentado que mi padre era de la misma opinión, si bien él no lo exteriorizaba. Yo tenía fe —o eso pensaba— en el trabajo duro y el orgullo, no me importaba la pobreza y, de hecho, sentía un sutil desdén por quienes llevaban vidas fáciles.

Lamenté, pues, la pérdida de los zorros. No del negocio, sino de los propios animales, con sus hermosas colas y sus iracundos ojos dorados. Al hacerme mayor, y alejarme cada vez más de las costumbres del campo, de las necesidades del campo, empecé a cuestionar por primera vez su cautividad, a lamentar que los mataran, que los convirtieran en dinero. (Nunca llegué a sentir nada parecido por los visones, que me parecían malvados y me recordaban a las ratas, y merecían su destino). Sabía que sentir eso era un lujo, y cuando se lo mencioné a mi padre, años después, hablé de ello con despreocupación. Con la misma actitud, él dijo que, si no se equivocaba, había una religión en la India que sostenía que todos los animales iban al cielo. La de zorros gruñidores que iba a encontrarse allí si eso era verdad, dijo, por no hablar ya de todos los demás animales que había atrapado por su piel, o de los visones, o de la manada de caballos atronadores que había sacrificado por su carne.

Y después dijo, ya sin tanta despreocupación:

—Empiezas a meterte en algo, ya sabes, y no te das cuenta de dónde te estás metiendo.

Fue en esos años posteriores, después de la muerte de mi madre, cuando habló de la aptitud para la venta de mi madre y de cómo había salvado la situación. Reconoció que él no sabía qué habría hecho, al final de aquel viaje, si ella no hubiese conseguido ganar dinero.

—Pero lo consiguió —dijo—. Lo consiguió.

Y por el tono con que lo dijo supe que él nunca había compartido las reservas de mi abuela y mías. O que había tomado la firme determinación de dejar de lado tal vergüenza, si alguna vez la había sentido.

Una vergüenza que ha trazado el círculo completo y al final me ha parecido vergonzosa en sí misma.

Una noche de primavera de 1949 —la última primavera, de hecho la última estación completa que yo viviría en casa—, iba en bicicleta a la fundición para darle un recado a mi padre. Ya rara vez montaba en bicicleta. Durante un tiempo, quizá durante toda la década de los cincuenta, se consideraba una excentricidad que una chica montara en bicicleta a partir de cierta edad: pongamos, cuando empezaba a usar sujetador. Pero para llegar a la fundición, podía ir por caminos secundarios, y no tenía que atravesar el pueblo.

Mi padre había empezado a trabajar en la fundición en 1947. El año anterior había quedado claro que toda la industria peletera, y no sólo nuestro criadero de zorros, iba cuesta abajo a

marchas forzadas. Quizás el visón nos habría sacado del apuro si nos hubiésemos dedicado más en serio a él, o si no hubiésemos debido aún tanto dinero a los proveedores de alimento para los animales, a mi abuela, al banco. Así las cosas, el visón no podía salvarnos. Mi padre había cometido el mismo error que muchos otros criadores de zorros en esa época. Muchos creyeron que una nueva clase de zorro más claro, llamado «platino», sería la salvación, y mi padre, con dinero prestado, había adquirido dos machos para la reproducción, un platino noruego de un blanco casi puro y otro llamado «platino perla», de un precioso gris azulado. La gente estaba harta de los zorros plateados, pero sin duda el mercado se reactivaría con esas otras pieles tan hermosas.

Con un macho nuevo, naturalmente, siempre existe un grado de riesgo, respecto a su rendimiento y al número de descendientes que heredarán el color del padre. Creo que hubo problemas en los dos frentes, aunque mi madre no aceptaba preguntas ni conversaciones domésticas sobre estos asuntos. Me parece que uno de los machos tenía un carácter huraño y el otro engendró básicamente camadas de pelaje oscuro. Tampoco importó mucho, porque las pieles de pelo largo pasaron de moda por completo.

Cuando mi padre empezó a buscar trabajo, necesitaba un empleo nocturno, porque debía dedicar el día a cerrar el negocio. Tuvo que despellejar a los animales y vender las pieles por lo que le dieran y echar abajo la cerca de protección, las Naves Viejas y las Naves Nuevas y todos los corrales. Supongo que no había por qué hacerlo de manera inmediata, pero seguramente deseaba eliminar todo rastro de la empresa.

Consiguió un empleo de vigilante nocturno en la fundición, desde las cinco de la tarde hasta las diez de la noche. Era poco el dinero que ganaba un vigilante nocturno, pero lo bueno era que le permitía ocuparse de otro trabajo simultáneamente. Ese otro trabajo consistía en «desprender lechos». Nunca lo acababa antes de concluir su turno de vigilante, y a veces llegaba a casa pasadas las doce.

El recado que llevaba a mi padre no era un recado importante, pero sí era importante en el ámbito de nuestra vida familiar. Sólo debía decirle que no se olvidara de pasar por casa de mi abuela después del trabajo, por tarde que fuera. La abuela se había trasladado a nuestro pueblo con su hermana para poder sernos útil. Hacía tartas y bollos y nos remendaba la ropa y zurcía los calcetines de mi padre y mi hermano. Mi padre tenía que pasar por casa de la abuela en el pueblo después de trabajar, para recoger todo eso y tomar una taza de té con ella, pero a menudo se olvidaba. La abuela se sentaba a hacer punto, adormilándose bajo la luz, escuchando la radio, hasta que las emisoras canadienses anunciaban el cierre de la programación a las doce de la noche y ella acababa buscando noticiarios lejanos, jazz estadounidense. Esperaba y esperaba y mi padre no aparecía. Eso había ocurrido la noche anterior, así que esa noche a la hora de la cena la abuela telefoneó y, con forzado miramiento, preguntó:

—¿Era esta noche o ayer cuando tenía que venir tu padre?

—No lo sé —contesté.

Siempre que oía la voz de mi abuela, tenía la sensación de que algo no se había hecho bien, o no se había hecho en absoluto. Tenía la sensación de que la familia le había fallado. Era todavía una mujer enérgica, cuidaba de la casa y el jardín, aún podía subir sillones al piso de arriba, y

tenía la compañía de mi tía abuela; pero necesitaba algo más: más gratitud, más sumisión, de la que recibía.

—Pues anoche me quedé esperándolo, pero no vino.

—Entonces seguro que irá esta noche.

No quería perder el tiempo hablando con ella, porque estaba preparando mis exámenes de tercero, de los que dependía todo mi futuro. (Aun ahora, en las noches frescas y claras de primavera, con las hojas recién salidas en los árboles, siento el nerviosismo de la expectación relacionada con ese crucial y lejano acontecimiento, mi ambición excitada y trémula como un brote reciente para afrontarlo).

Le dije a mi madre el motivo de la llamada y ella contestó:

—Ah, vale más que te acerques y se lo recuerdes a tu padre, o se armará.

Cada vez que había que abordar el problema de la susceptibilidad de la abuela, mi madre se animaba, como si hubiese recuperado cierta competencia o importancia en la familia. Tenía la enfermedad de Parkinson. Había estado aflorando poco a poco durante un tiempo con síntomas erráticos, pero recientemente se la habían diagnosticado y declarado incurable. La evolución de la dolencia le reclamaba cada vez mayor atención. Ya no podía caminar ni comer ni hablar con normalidad: perdía el control de su cuerpo conforme se extendía la rigidez. Pero aún le quedaba mucho tiempo de vida.

Cuando decía algo así sobre la situación con mi abuela, cuando decía cualquier cosa que reflejase conciencia de otras personas, o incluso del trabajo en la casa, me enternecía. Pero cuando concluía con una alusión a sí misma, como en esta ocasión («y eso me alterará»), me endurecía otra vez, enfadada con ella por su abdicación, harta de su ensimismamiento, que parecía tan flagrante, tan impropio de una madre.

Nunca había ido a la fundición en los dos años que mi padre llevaba trabajando allí, y no sabía dónde buscarlo. Las chicas de mi edad no frecuentaban los lugares de trabajo de los hombres. Si lo hacían, si daban largos paseos solas junto a la vía del tren o a la orilla del río, o si iban en bicicleta solas por las carreteras rurales (yo hacía estas últimas dos cosas), a veces se decía que «se la estaban buscando».

En todo caso, no me interesaba mucho el trabajo de mi padre en la fundición. Nunca había esperado que fuéramos a enriquecernos con la cría de zorros, pero al menos nos diferenciaba de los demás y nos proporcionaba independencia. Cuando pensaba en mi padre empleado en la fundición, sentía que había padecido una gran derrota. Mi madre sentía lo mismo. «Tu padre se merece algo mejor que eso», decía. Pero yo, en vez de darle la razón, se lo discutía, insinuando que a ella no le gustaba ser la mujer de un simple obrero y que era una esnob.

Lo que más disgustaba a mi madre era recibir el lote de Navidad de la fundición con fruta, frutos secos y caramelos. No soportaba ser quien recibía esas cosas en lugar de quien las repartía, y la primera vez que ocurrió tuvimos que poner la cesta en el coche e ir hasta la casa de una familia que ella había considerado los receptores idóneos. La Navidad siguiente, su autoridad se había debilitado, y yo abrí la cesta, declarando que necesitábamos un capricho tanto como cualquier otro. Ella se enjugó las lágrimas que le provocó la severidad de mis palabras, y yo me comí el chocolate, pasado, quebradizo y medio gris.

No vi luz en los edificios de la fundición. Las ventanas estaban pintadas de azul por dentro: quizá la luz no las traspasaba. La oficina era una vieja construcción de obra vista al final del alargado edificio principal, y allí vi una luz a través de las persianas, y pensé que el gerente o algún administrativo debía de haberse quedado a trabajar hasta tarde. Si llamaba a la puerta, me dirían dónde encontrar a mi padre. Pero cuando miré a través de la ventanilla de la puerta, lo vi allí. Estaba solo, fregando el suelo.

Yo no sabía que fregar suelos cada noche formara parte de las obligaciones de un vigilante. (Eso no significaba que mi padre se lo hubiera llamado a propósito; es posible que yo no lo hubiera oído). Me sorprendió, porque nunca lo había visto hacer esa clase de tareas. Tareas domésticas. Ahora que mi madre estaba enferma, esa responsabilidad recaía en mí. Él nunca tenía tiempo. Además, había trabajo de hombres y trabajo de mujeres. Yo lo creía, y lo creía también toda la gente a la que yo conocía.

El artefacto de fregar de mi padre no se parecía en nada a lo que solía haber en las casas. Tenía dos cubos en una plataforma, sobre ruedas, con soportes a cada lado para sujetar varias fregonas y escobas. Restregaba con vigor y diligencia, sin ese ritmo resignado y ritualista propio de una mujer. Se lo veía de buen humor.

Tuvo que venir y abrirme la puerta para dejarme pasar.

Se le demudó el rostro cuando vio que era yo.

—No habrá pasado nada en casa, ¿verdad?

Dije que no, y se relajó.

—Creía que eras Tom.

Tom era el gerente de la fábrica. Todos lo llamaban por su nombre de pila.

—¿Y bien? ¿Has venido para ver si hago bien mi trabajo?

Le di el recado y él meneó la cabeza.

—Lo sé. Me olvidé.

Me senté en un ángulo de la mesa y levanté las piernas para no estorbarle. Dijo que casi había terminado, y que si quería esperar, me enseñaría la fundición. Respondí que esperaría.

Cuando digo que él estaba de buen humor allí, no pretendo dar a entender que en casa estuviera de mal humor, que estuviera hosco e irascible. Pero allí mostraba una alegría que en casa habría podido parecer inapropiada. Daba la impresión, de hecho, de que se hubiera quitado un peso de encima.

Cuando quedó enteramente satisfecho con la limpieza del suelo, enganchó la fregona a un lado del carrito y lo empujó por una pasarela en pendiente que comunicaba la oficina con el edificio principal. Abrió una puerta que tenía un rótulo: MANTENIMIENTO.

—Mis dominios.

Vació el agua de los cubos en una bañera de hierro, los enjuagó y volvió a vaciar, y dejó correr el agua para limpiar la bañera. En un estante encima de la bañera, entre las herramientas y la manguera y los plomos y los cristales de repuesto para las ventanas, estaba su fiamblera, que yo le preparaba cada día cuando llegaba a casa de la escuela. Le llenaba el termo con té solo y cargado y ponía un bollo de salvado con mantequilla y mermelada y un trozo de tarta y tres gruesos sándwiches de carne frita con ketchup. La carne eran puntas de paletilla de cerdo o



salchichas ahumadas, la carne más barata que se encontraba entonces.

Me guió por el edificio principal. Allí las luces parecían farolas; es decir, iluminaban los cruces de los pasillos, pero no todo el interior del edificio, que era tan amplio y alto que tuve la sensación de hallarme en un espeso bosque rodeada de árboles grandes y oscuros, o en una ciudad con edificios altos y uniformes. Mi padre encendió alguna que otra luz y las cosas menguaron un poco. Ahora se veían las paredes de obra vista, ennegrecidas, y las ventanas no sólo pintadas, sino además cubiertas de tela metálica negra. Lo que se alineaba en los pasillos eran contenedores apilados, uno encima de otro hasta una altura superior a mi cabeza, y elaboradas bandejas metálicas, todas idénticas.

Fuimos a dar a un espacio abierto donde se alzaba un montón de trozos de metal en el suelo, todos deformados a causa de ciertas adherencias semejantes a verrugas o percebes.

—Piezas fundidas —explicó mi padre—. Aún no las han limpiado. Las meten en un aparato llamado granalladora que dispara partículas de metal a presión para eliminar todos los bultos.

Luego una pila de polvo negro, o fina arena negra.

—Eso parece polvo de carbón, pero ¿sabes cómo lo llaman? Arena verde.

—¿Arena verde?

—La usan para el moldeado. Es arena con un agente aglutinante, como la arcilla. O a veces aceite de linaza. ¿De verdad te interesa esto?

Dije que sí, en parte por orgullo. No quería quedar como una niña tonta. Y me interesaba, pero no tanto las explicaciones concretas que mi padre empezó a darme como los efectos generales: la penumbra, el polvillo en el aire, la idea de que existían lugares como ése por todo el país, en cada pueblo y ciudad, lugares con las ventanas pintadas. Uno pasaba por delante en coche o en tren y ni se planteaba qué ocurría dentro. Algo que ocupaba la vida entera de muchas personas. Un proceso interminable, repetitivo, que consumía la atención, que consumía la vida.

—Esto parece una tumba —dijo mi padre, como si hubiese leído parte de mis pensamientos.

Pero se refería a otra cosa.

—En comparación con el día. El estruendo que hay a esas horas..., ni te lo imaginas. Intentan convencerlos de que usen tapones para los oídos, pero no quieren.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Son muy independientes. Tampoco usan delantales ignífugos. Fíjate aquí. Eso es lo que llaman la «cúpula».

Se refería a una inmensa tubería negra con una cúpula en lo alto. Me enseñó el sitio donde encendían el fuego y los cazos empleados para acarrear el metal fundido y verterlo en los moldes. Me enseñó fragmentos de metal que eran como grotescos muñones, y me dijo que eso eran las formas de los huecos en las piezas fundidas. El aire en los huecos; es decir, solidificado. Me lo explicó todo con una prolongada satisfacción en la voz, como si lo que revelaba le proporcionase un placer fiable.

Doblamos por una esquina y nos topamos con dos hombres que trabajaban en pantalón y camiseta.

—He aquí a un par de buenos trabajadores —dijo mi padre—. ¿Conoces a Ferg? ¿Conoces a Geordie?

Sí los conocía, o al menos sabía quiénes eran. Geordie Hall repartía el pan, pero necesitaba trabajar en la fundición por la noche para ganar un poco más porque tenía muchos hijos. Corría la broma de que su mujer lo obligaba a trabajar para mantenerlo a distancia de ella. Ferg era más joven, y siempre se lo veía rondando por el pueblo. Como tenía una mancha de nacimiento en la cara, no encontraba a ninguna chica.

—Ha venido a ver cómo vivimos los trabajadores —dijo mi padre con un tono de disculpa humorística.

Se disculpaba por mí ante ellos, y ante mí por ellos: pequeñas disculpas por todas partes. Era muy propio de él.

Trabajando conjuntamente con sumo cuidado, valiéndose de unos ganchos largos y recios, los dos hombres extrajeron una pesada pieza fundida de una caja de arena.

—Eso está muy caliente —informó mi padre—. Se ha fundido hoy. Ahora tienen que preparar la arena y dejarla lista para la siguiente fundición. Y luego vuelta a empezar. Es un trabajo a destajo, ¿sabes? Pagan por pieza.

Nos alejamos.

—Los dos llevan juntos un tiempo —explicó—. Siempre trabajan juntos. Yo hago eso mismo solo. El trabajo más pesado que hay por aquí. Me llevó un tiempo acostumbrarme, pero ahora ya no me pesa.

Gran parte de lo que vi esa noche pronto desaparecería. La cúpula, los cazos transportados a mano, el polvo mortífero. (Era realmente mortífero: en el pueblo, en los porches de las casitas limpias, había siempre unos cuantos hombres estoicos de cara amarillenta tomando el aire. Todo el mundo sabía y aceptaba que morían de «la enfermedad de la fundición», el polvo en los pulmones). Muchos oficios y peligros concretos iban a extinguirse. Un gran número de riesgos cotidianos, junto con mucho orgullo temerario, mucha inventiva e improvisación al azar. Los procesos que vi probablemente se acercaban más a los de la Edad Media que a los de hoy día.

Y supongo que el carácter especial de los hombres que trabajaban en la fundición iba a cambiar, como cambiaron los procesos de trabajo. No se diferenciarían tanto de los hombres que trabajaban en las fábricas o en otros empleos. Hasta la época de la que hablo, parecían más fuertes y resistentes que los demás trabajadores; tenían más orgullo y eran quizá más propensos a exhibir el dramatismo de su vida que los hombres con un empleo menos sucio o peligroso. Eran demasiado orgullosos para pedir protección ante cualquiera de los peligros que debían afrontar, y de hecho, como había dicho mi padre, despreciaban toda la protección que se les ofrecía. Se decía que eran demasiado orgullosos para tomarse la molestia de formar un sindicato.

En lugar de eso, robaban a la fundición.

—Te contaré una anécdota sobre Geordie —dijo mi padre mientras caminábamos. Ahora estaba «haciendo la ronda», y tenía que fichar en los relojes de varias partes del edificio. Luego bajaría a «desprender lechos» también él—. Geordie es aficionado a llevarse un poco de leña y cosas por el estilo. Unas cuantas cajas de embalar o lo que sea. Todo aquello que podría resultarle útil para alguna reparación en la casa o para construir un cobertizo. Así que la otra noche cogió un montón de material, salió cuando ya había oscurecido y lo puso en la parte de atrás de su coche para tenerlo ya allí al acabar la jornada. Y no lo sabía, pero Tom estaba en el despacho y,

casualmente, junto a la ventana, observándolo. Tom no había traído el coche, el coche lo tenía su mujer, que se había ido a algún sitio, y Tom había venido a pie para ocuparse de alguna tarea pendiente o coger algo que había olvidado. Pues bien, vio lo que Geordie se traía entre manos y esperó hasta que lo vio salir y entonces se acercó y dijo: «Oye —dijo—. Oye, ¿te importaría llevarme a casa? Mi mujer me ha dejado sin coche», dijo. Así que subieron al coche de Geordie mientras los demás observaban enmudecidos y Geordie sudaba la gota gorda, y Tom no pronunció palabra. Se quedó allí sentado, silbando, mientras Geordie intentaba meter la llave en el contacto. Dejó que Geordie lo llevara a su casa y no pronunció ni una sola palabra. En ningún momento volvió la cabeza ni miró la parte de atrás. No era su intención. Sólo quería hacerlo sudar. Y que se lo contara a todos al día siguiente.

Sería fácil sacar demasiadas conclusiones de esta anécdota y suponer que entre la dirección y los obreros existía una familiaridad relajada, una tolerancia, incluso una percepción de los dilemas ajenos. Y sí había algo de eso, lo cual no significaba que no hubiese asimismo mucho rencor y crueldad, y por supuesto engaños. Pero las bromas eran importantes. Los hombres que trabajaban por la noche se reunían en la pequeña habitación de mi padre, el cuarto de mantenimiento, hiciera el tiempo que hiciera —pero delante de la puerta principal en las noches calurosas— y fumaban y charlaban mientras se tomaban su descanso no autorizado. Contaban bromas que se habían gastado recientemente y en años pasados. Contaban bromas gastadas por personas muertas hacía ya mucho tiempo. A veces también hablaban en serio. Discutían sobre si existían los fantasmas, y hablaban de quién afirmaba haber visto uno. Hablaban de dinero: quién lo tenía, quién lo había perdido, quién lo había esperado y no lo tenía, y dónde lo guardaba la gente. Mi padre me contó estas conversaciones años más tarde.

Una noche alguien preguntó: ¿Cuál es la mejor época en la vida de un hombre?

Alguien contestó: Es cuando eres niño y puedes hacer el tonto a todas horas y bajar al río en verano y jugar al hockey en la carretera en invierno, y eso es lo único que tienes en la cabeza: hacer el tonto y pasarlo bien.

Cuando eres joven y sales y no tienes responsabilidades.

O cuando estás recién casado y le tienes cariño a tu mujer y también un poco después, cuando los niños son pequeños y corretean alrededor y aún no se les ve el lado malo.

Mi padre intervino: «Ahora. Creo que quizá sea ahora».

Le preguntaron por qué.

Porque aún no eran viejos, contestó, aún no tenían achaques aquí y allá, pero sí edad suficiente para saber que muchas de las cosas que habrían deseado en la vida ya nunca las tendrían. Era difícil explicar cómo se podía ser feliz en esa situación, pero a veces él pensaba que así era.

Mientras me contaba esto, dijo:

—Creo que era la compañía lo que más disfrutaba. Hasta entonces había pasado mucho tiempo solo. Posiblemente no eran la flor y nata, pero había allí algunas de las mejores personas que he conocido.

También me contó que una noche, no mucho después de empezar a trabajar en la fundición, salió de allí a eso de las doce y se encontró en plena ventisca. Las carreteras estaban cortadas y la nieve caía con tal fuerza y tan deprisa que las máquinas quitanieves no saldrían hasta la mañana.

Tuvo que dejar el coche donde estaba; aun si lo desenterraba con una pala, no conseguiría hacerse a la carretera. Decidió ir a pie a casa. Eran una distancia de poco más de tres kilómetros. Costaba andar a través de la nieve recién caída, y con el viento oeste de cara. Esa noche había desprendido varios lechos, y empezaba a acostumbrarse al trabajo. Llevaba un grueso abrigo, uno del ejército, que le había dado un vecino al no encontrarle utilidad cuando volvió de la guerra. Mi padre tampoco se lo ponía a menudo. Por lo general, llevaba un anorak. Debí de ponérselo esa noche porque la temperatura había bajado aún más de lo habitual en invierno, y el coche no tenía calefacción.

Mientras se abría paso a través de la ventisca, se sintió atraído hacia el suelo, y a unos quinientos metros de casa descubrió que no avanzaba. Se hallaba en una poza de nieve movediza, con las piernas inmovilizadas. Apenas podía mantenerse en pie contra el viento. Estaba agotado. Pensó que tal vez le fallaría el corazón. Pensó en la muerte.

Al morir, dejaría a una mujer inválida y enferma que no podía cuidar siquiera de sí misma, a una madre anciana llena de decepciones, a una hija menor que siempre había tenido una salud delicada, a una hija mayor que era fuerte e inteligente pero que a menudo parecía ensimismada y misteriosamente incompetente, a un hijo que prometía ser listo y fiable pero que aún era una criatura. Moriría con deudas y antes incluso de acabar de desmontar los corrales. Éstos se quedarían allí —la tela metálica colgando de los troncos de cedro que había talado en el pantano de Austins en el verano de 1927—, en señal del fracaso de su empresa.

—¿Sólo pensaste en eso? —pregunté cuando me lo contó.

—¿No te parece bastante? —dijo.

A continuación me contó cómo sacó una pierna de la nieve y luego la otra: salió de la poza y después ya no encontró más nieve movediza tan profunda, y pronto se refugió en el rompevientos de pinos que él mismo había plantado el año en que nació. Al final, llegó a casa.

Pero yo me refería a si no había pensado en él mismo, en el niño que había tendido trampas en el arroyo Blyth y que entró en la papelería y pidió «Tin tachín na». ¿No luchó por sí mismo? Es decir, ¿era ahora su vida algo que sólo servía a otra gente?

Mi padre siempre decía que en realidad no se hizo mayor hasta que empezó a trabajar en la fundición. Nunca quiso hablar del criadero de zorros ni del negocio de las pieles, hasta que llegó a la vejez y pudo hablar tranquilamente casi de cualquier cosa. En cambio mi madre, encerrada entre cuatro paredes por su creciente parálisis, siempre estaba dispuesta a recordar el hotel Pine Tree, los amigos que allí hizo y el dinero que ganó.

Y a mi padre, como se vio, le esperaba otra ocupación. No hablo de la cría de pavos, que llegó después del trabajo en la fundición y le duró hasta los setenta años o más, y que tal vez le provocó una lesión en el corazón, ya que tenía que arrastrar de un lado a otro, forcejeando, aves de veinticinco o treinta kilos. Cuando dejó ese trabajo, se dedicó a escribir. Empezó a escribir sus reminiscencias y a convertir alguna de ellas en relatos, que se publicaron en una revista local

excelente pero no muy duradera. Y no mucho antes de su muerte terminó una novela sobre la vida de los pioneros, titulada *Los Macgregor*.

Me dijo que escribirla le había sorprendido. Le sorprendió ser capaz de algo así, y le sorprendió que hacerlo le proporcionara tal felicidad. Como si hubiera un porvenir en ello.

He aquí parte de un relato titulado «Abuelos», parte de lo que mi padre escribió sobre su propio abuelo Thomas Laidlaw, el mismo Thomas que había venido a Morris a los diecisiete años y al que se habían asignado las labores de cocina en la cabaña.

Era un viejo frágil y canoso, con el pelo ralo y más bien largo y la piel pálida, muy pálida, porque era anémico. Tomaba Vita-Ore, un medicamento del que se hacía mucha publicidad y se vendía sin receta. Debió de ayudarlo, porque vivió hasta los ochenta y tantos... Cuando yo tomé conciencia de él por primera vez, se había retirado al pueblo y había arrendado la granja a mi padre. Visitaba la granja, o a mí, como yo creía, y yo lo visitaba a él. Íbamos a pasear. Tenía una sensación de seguridad. Él hablaba con mucha mayor soltura que mi padre, pero no recuerdo que mantuviéramos largas conversaciones. Explicaba las cosas casi como si a la vez las descubriera él mismo. Quizás en cierto modo miraba el mundo desde el punto de vista de un niño.

Nunca me habló con brusquedad, nunca dijo: «Bájate de esa cerca» o «Cuidado con ese charco». Prefería que la naturaleza siguiera su curso para que así yo aprendiera. La libertad de acción inspiraba cierta cautela. No me mostraba una compasión indebida cuando me hacía daño.

Dábamos paseos lentos y tranquilos porque él no podía caminar muy deprisa. Recogíamos piedras con fósiles de criaturas extrañas de otra era, pues el terreno era pedregoso y se encontraba esa clase de piedras. Los dos teníamos nuestras respectivas colecciones. Yo heredé la suya cuando murió y guardé las dos durante muchos años. Representaban un lazo con él que yo era reacio a romper.

Paseábamos junto a la cercana vía del ferrocarril hasta el enorme terraplén que permitía el paso de la vía por encima de otro ferrocarril y un gran arroyo. Éstos discurrían por debajo de una roca gigantesca y un gran arco de cemento. Desde allí se veía, a decenas de metros más abajo, la otra vía. Volví allí hace no mucho. El terraplén se ha encogido extrañamente; el ferrocarril ya no pasa por allí. La vía de Canadian Pacific Railway sigue allí abajo, pero no tan abajo, y el arroyo es mucho más pequeño...

Íbamos al aserradero cercano y veíamos girar y rechinar las sierras. Aquéllos eran los tiempos en que se utilizaban llamativas tallas de madera para adornar los aleros de las casas, los porches o cualquier lugar que pudiera decorarse. Había toda clase de trozos desechados, con dibujos interesantes, que uno podía llevarse a casa.

Por la noche, íbamos a la estación, al viejo Gran Baúl, o la Mantequilla con Huevos, como se la conocía en Londres. Uno podía apoyar el oído en el raíl y oír el retumbo del tren a lo lejos. Luego un silbido lejano, y en el aire se percibía la tensa expectación. Los silbidos se acercaban y se oían cada vez más y al final el tren aparecía repentinamente. La tierra temblaba, el cielo casi se abría y el enorme monstruo se deslizaba con un chirrido de frenos forzados hasta detenerse...

Allí comprábamos el periódico vespertino. Había dos periódicos de Londres, el *Free Press* y el *Tiser (Advertiser)*. El *Tiser* era liberal y el *Free Press* era conservador.

A ese respecto no había término medio. O tenías razón o estabas equivocado. Mi abuelo era un liberal de la antigua escuela de George Brown y leía el *Tiser*, así que yo también me he convertido en un liberal y he seguido siéndolo hasta ahora... Y así pues, en éste el mejor de los sistemas, los gobiernos se elegían conforme al número de pequeños liberales o pequeños conservadores que tenían edad para votar...

El maquinista se sujetaba al tirador junto a la escalerilla de la locomotora. Gritaba: «¡Al tren!» y agitaba la mano. El vapor salía a chorros, las ruedas tableteaban y gemían y avanzaban, más y más rápido, dejando atrás las básculas, los corrales, pasando por encima de los arcos y haciéndose cada vez más pequeño como una galaxia en retroceso hasta que el tren desaparecía en el mundo desconocido del norte...

En una ocasión vino un visitante, mi tocayo de Toronto, un primo del abuelo. Se decía que el gran hombre era millonario, pero fue decepcionante, no impresionaba en absoluto; no era más que una versión de mi abuelo un poco más desenvuelta y pulida. Los dos viejos se sentaron bajo los arcos delante de casa y charlaron.

Probablemente hablaron del pasado, como hacen los viejos. Yo me quedé discretamente en segundo plano. El abuelo no decía a las claras pero sí insinuaba con delicadeza que los niños debían verse y no oírse.

A veces hablaban con el cerrado acento escocés del distrito del que provenían. No era el escocés de las erres arrastradas que oíamos a los cantantes y los cómicos, sino una forma más suave y quejumbrosa, con un dejo cercano al galés o el sueco.

Aquí es donde considero oportuno dejarlos: a mi padre de niño, sin atreverse a acercarse demasiado, y a los ancianos sentados durante toda una tarde de verano en sillas de madera colocadas bajo uno de los grandes y benévulos olmos que resguardaban la casa de mis abuelos. Allí hablaban el dialecto de su infancia —abandonado al hacerse hombres— que ninguno de sus descendientes entendía.

SEGUNDA PARTE

MI CASA

## PADRES

En las zonas rurales, allá por primavera, se oía un sonido que pronto desaparecería. Quizás habría desaparecido ya a no ser por la guerra. Debido a la guerra, quienes tenían dinero para comprar tractores no encontraban ninguno que comprar, y los pocos que ya tenían tractores no siempre conseguían combustible para usarlos. Así que, para la labranza de primavera, los granjeros salían a los campos con sus caballos, y de vez en cuando, cerca y lejos, se los oía vocear sus órdenes, en las que se traslucían distintos grados de aliento, o impaciencia, o advertencia. No se oían las palabras exactas, como tampoco era posible entender lo que decían las gaviotas en su vuelo tierra adentro, ni seguir las discusiones de los cuervos. Por el tono de voz, no obstante, se sabía en general qué palabras eran juramentos.

Con cierto hombre en particular, todo eran juramentos. Daba igual qué palabras utilizara. Habría podido decir «mantequilla y huevos» o «té de las cinco», y el espíritu irradiado era el mismo. Como si bullese a fuego lento en rabia y desprecio.

Se llamaba Bunt Newcombe. Tenía la primera de las granjas situadas a lo largo de la carretera del condado que salía del pueblo hacia el sudoeste. Bunt, o *Testarazo*, era probablemente el apodo que le pusieron en la escuela por ir siempre con la cabeza gacha, dispuesto a embestir y apartar de un empujón a cualquiera. Un mote propio de niño, una secuela, y de hecho poco apropiado para describir su comportamiento o su reputación en la vida adulta.

A veces la gente se preguntaba qué problema tenía. No era pobre: poseía ochenta hectáreas de buena tierra, y un establo en pendiente de dos niveles con un silo rematado en punta, y un cobertizo para el ganado y una casa de ladrillo cuadrada y bien construida. (Aunque la casa, como el propio hombre, parecía malhumorada. Tenía las persianas de color verde oscuro, siempre bajadas casi del todo, o del todo, ninguna cortina a la vista, y una cicatriz a lo largo de la fachada donde habían derribado el porche. La puerta de entrada que en su día debía de dar al porche, ahora daba a un metro por encima de hierbajos y escombros). Y cuidadoso con el dinero como era, no bebía ni jugaba. Era ruin en todos los sentidos de la palabra. Maltrataba a sus caballos, y huelga decir que maltrataba a su familia.

En invierno llevaba sus lecheras al pueblo en un trineo tirado por caballos (por entonces escaseaban las máquinas quitanieves para las carreteras rurales, igual que los tractores). Era a la hora de la mañana en que todos los niños iban a pie a la escuela, y él, a diferencia de otros granjeros, jamás aminoraba la velocidad para dejarlos subir de un salto al trineo y llevarlos. En lugar de eso, blandía el látigo.



La señora Newcombe nunca lo acompañaba, ni en el trineo ni en el coche. Iba a pie al pueblo, calzada con unos anticuados chanclos de goma incluso cuando hacía calor, envuelta en un abrigo largo y mortecino y tocada con un pañuelo. Farfullaba un saludo sin levantar la vista, o a veces volvía la cabeza, sin mediar palabra. Creo que le faltaban unos cuantos dientes. Eso era más habitual entonces que ahora, y también era más habitual que la gente exteriorizase a las claras su estado de ánimo mediante sus palabras y su indumentaria y sus gestos, de manera que todo en ellos decía: «Sé qué aspecto debería tener y cómo debería comportarme, y si no lo hago, es cosa mía», o: «Me da igual, las cosas ya se me han escapado de las manos, piensen lo que quieran».

Hoy día la señora Newcombe quizá se considerase un caso clínico, una depresiva crónica, y su marido, con su brutalidad, quizá causase preocupación y lástima. «Esta gente necesita ayuda». En aquel entonces los aceptaban como eran y les dejaban vivir su vida sin que nadie se planteara siquiera intervenir. De hecho, eran una fuente de interés y diversión. Podía decirse —se decía— que nadie tenía trato con él y que ella era digna de compasión. Pero en el fondo se pensaba que cierta gente nacía para hacer sufrir a los demás y algunos se prestaban a que los hicieran sufrir. Era una cuestión de destino y no podía hacerse nada al respecto.

Los Newcombe habían tenido cinco hijas, y luego un hijo varón. Las chicas se llamaban April, Corinne, Gloria, Susannah y Dahlia. Los nombres me parecían originales y encantadores, y me habría gustado que el aspecto de las hijas estuviera en consonancia con ellos, como si fueran las hijas de un ogro en un cuento de hadas.

April y Corinne se habían marchado de casa hacía un tiempo, y por tanto no tenía forma de saber cómo eran. Gloria y Susannah vivían en el pueblo. Gloria estaba casada y se había perdido de vista como ocurría con las chicas casadas. Susannah trabajaba en la ferretería, y era una chica robusta, un poco bizca, nada guapa, pero de aspecto muy normal (siendo la bizquera en aquella época una variante de la normalidad y no una desgracia, no algo a lo que poner remedio, como tampoco se le pondría a una manera de ser). No parecía en absoluto cohibida como su madre, ni brutal como su padre. Y Dahlia era un par de años mayor que yo, la primera de la familia que fue al instituto. Tampoco ella era una belleza con esos ojos separados y ese cabello crespo propios de la hija de un ogro, pero era guapa y fornida, de pelo espeso y rubio, hombros fuertes, pechos firmes y turgentes. Sacaba notas más que honrosas y se le daban bien los deportes, en particular el baloncesto.

Durante mis primeros meses en el instituto, sin proponérmelo me vi haciendo con ella parte del camino al colegio. Ella iba por la carretera del condado y cruzaba el puente hasta el pueblo. Yo vivía al final de la carretera de un kilómetro paralela a esa otra, en la orilla norte del río. Hasta entonces, ella y yo habíamos vivido a tiro de piedra, por así decirlo, pero los distritos escolares estaban divididos de tal modo que yo siempre había ido a la escuela del pueblo, mientras que a los Newcombe les correspondía una escuela rural en la carretera del condado, más lejos de allí. Los primeros dos años de Dahlia en el instituto, cuando yo estudiaba aún en el colegio, debimos de recorrer la misma ruta, aunque no juntas: eso no se hacía, los alumnos del instituto y los del colegio no caminaban juntos. Pero ahora que íbamos las dos al instituto,

solíamos encontrarnos en el cruce de carreteras, y si una de las dos veía acercarse a la otra, la esperaba.

Así fue durante mi primer otoño en el instituto. El hecho de caminar juntas no significaba que fuéramos amigas exactamente. Era sólo que habría resultado extraño ir cada una por su lado ahora que las dos estudiábamos en el instituto y recorríamos el mismo camino. No sé de qué hablábamos. Tengo la impresión de que se producían largos silencios, debido a la dignidad de Dahlia en cuanto alumna de un curso superior, así como a su sentido práctico de la vida, que excluía la conversación banal. Pero no recuerdo que estos silencios me resultaran incómodos.

Una mañana no apareció, y yo seguí adelante. En el guardarropa del instituto, me dijo:

—En adelante ya no vendré por ese camino, porque ahora vivo en el pueblo, vivo en casa de Gloria.

Y ya rara vez volvimos a hablar hasta un día de principios de primavera: esa época de la que he hablado, con los árboles deshojados pero rojizos, y los cuervos y las gaviotas en continuo movimiento y los granjeros gritando a sus caballos. Se acercó a mí cuando salía del instituto.

—¿Vas directa a casa? —preguntó.

Yo dije que sí, y empezó a caminar a mi lado.

Le pregunté si vivía otra vez en su casa y me contestó:

—No. Sigo con Gloria. —Después de recorrer un trecho más, añadió—: Sólo quiero pasar un momento por allí para ver cómo van las cosas.

Lo dijo de una manera directa, sin la menor confidencialidad. Pero supe que «por allí» se refería a su casa, y que ese «cómo van las cosas», pese a su vaguedad, no auguraba nada bueno.

El pasado invierno Dahlia había afianzado su prestigio en el instituto al perfilarse como la mejor jugadora del equipo de baloncesto. El equipo casi había ganado el campeonato del condado. Para mí, era un honor caminar con ella y recibir cualquier información que tuviera a bien facilitarme. Aunque no lo recuerdo con absoluta certeza, creo que cuando empezó a ir al instituto arrastraba ya todo el asunto de su familia. Era un pueblo relativamente pequeño donde todos empezábamos así, con elementos favorables que nos exigían dar la talla o con una sombra que había que superar. Pero ahora ella, en gran medida, había tenido ocasión de liberarse. La independencia de espíritu, la fe en el propio cuerpo que hay que tener para convertirse en atleta, granjeaba respeto y disuadía a cualquiera de desdeñarla. Además, vestía con gusto: tenía poca ropa, pero la que tenía estaba bien, no como esos trapos de matrona heredados que acostumbraban llevar las chicas de campo, o los conjuntos hechos en casa que mi madre me confeccionaba. Recuerdo un jersey rojo en pico que se ponía a menudo y una falda escocesa plisada. Tal vez Gloria y Susannah la veían como el orgullo y la más digna representante de la familia y habían hecho un fondo común con sus recursos para vestirla.

Ya habíamos salido del pueblo cuando volvió a hablar.

—Tengo que estar al tanto de lo que se trae entre manos mi viejo —dijo—. Más le vale no andar pegándole a Raymond.

Raymond. Era el hermano.

—¿Crees que sería capaz? —pregunté.

Tuve que fingir que sabía menos acerca de la familia de lo que yo —y todo el mundo— en realidad sabía.

—Sí —dijo, pensativa—. Sí. Sería capaz. En general, Raymond salía mejor parado que los demás, pero ahora es el único que queda en casa, y tengo mis dudas.

—¿A ti te pegaba?

Se lo pregunté casi como de pasada, procurando no demostrar más que un moderado interés, sin horrorizarme en absoluto.

Dejó escapar un resoplido.

—¿Estás de broma? La última vez, antes de marcharme de casa, intentó partirme la crisma con una pala.

Seguimos caminando, y al cabo de un rato continuó:

—Sí, y yo le dije, adelante. Venga, a ver si me matas. A ver, mátame, y así te ahorcarán. Pero me escapé, porque pensé, sí, ya, pero luego no tendré la satisfacción de verlo. De verlo colgado.

Se echó a reír.

—¿Lo odias? —pregunté, incitándola a seguir.

—Claro que lo odio —respondió, sin mayor expresividad que si hubiera dicho que detestaba las salchichas—. Si alguien me dijera que mi padre está ahogándose en el río, me plantaría en la orilla y aplaudiría.

Ante esto, no había comentario posible. Aun así, dije:

—¿Y si ahora la emprende contigo?

—No me verá. Sólo voy a espiarlo.

Cuando llegamos a donde se bifurcaban nuestros caminos, dijo casi jovialmente:

—¿Quieres acompañarme? ¿Quieres ver cómo espío?

Cruzamos el puente con las cabezas sobriamente agachadas, mirando el río crecido a través de las rendijas entre las tablas. Yo estaba alarmada y llena de admiración.

—En invierno venía aquí —dijo—. Me acercaba a las ventanas de la cocina cuando fuera estaba ya oscuro. Ahora hay luz hasta muy tarde. Y pensaba: verá las huellas de las botas en la nieve y sabrá que alguien ha estado espiándolo y se pondrá como loco.

Le pregunté si su padre tenía escopeta.

—Claro —contestó—. ¿Y qué pasará si sale y me pega un tiro? Si me pega un tiro, lo colgarán e irá al infierno. No te preocupes; no nos verá.

Antes de aparecer a la vista la casa y las dependencias de los Newcombe, subimos por un terraplén en el lado opuesto de la carretera, donde un espeso matorral de zumaque bordeaba un rompevientos de píceas. Cuando Dahlia empezó a caminar agachada, delante de mí, la imité. Y cuando se detuvo, me detuve.

Allí estaba el establo, y el corral, lleno de vacas. En cuanto cesó nuestro propio ruido entre las ramas, advertí que ya veníamos oyendo desde hacía rato el chacoloteo y los berridos de las vacas. A diferencia de la mayoría de las granjas, la de los Newcombe no tenía camino de acceso. La casa y el establo y el corral estaban a pie de carretera.

Aún no había hierba fresca para que las vacas salieran a pastar —en su mayor parte, las

hondonadas de los prados seguían bajo el agua—, pero las sacaban del establo para hacer ejercicio antes de ordeñarlas por la noche. Desde detrás de nuestra cortina de zumaque, podíamos observar el lado opuesto de la carretera y verlas allí abajo mientras se empujaban unas a otras y se movían pesadamente por el barro, incómodas y quejumbrosas por las ubres llenas. Aun si partíamos una rama o hablábamos en voz diáfana, había allí demasiada actividad para que nos oyeran.

Raymond, un niño de unos diez años, apareció por una esquina del establo. Llevaba una vara, pero daba sólo ligeros azotes en las ancas a las vacas, a la vez que, con parsimonia, las empujaba y decía «¡Sus! ¡Sus!», instándolas a dirigirse hacia la puerta del establo. Era el tipo de rebaño de distintas razas que podía verse en la mayoría de las granjas por aquel entonces. Una vaca negra, una vaca de color rojo herrumbre, una bonita vaca dorada que debía de ser en parte de Jersey, otras con manchas marrones y blancas y negras y blancas en las más diversas combinaciones. Conservaban los cuernos, y eso les daba un aspecto de dignidad y ferocidad que las vacas de ahora han perdido.

Procedente del establo, se oyó una voz de hombre, la voz de Bunt Newcombe.

—Date prisa. ¿Por qué te cuesta tanto? ¿Te crees que tienes toda la noche?

—Ya va, ya va —replicó Raymond.

No deduje nada de su tono de voz, salvo que no parecía asustado. Pero Dahlia dijo en voz baja:

—Bien, le planta cara. Bravo por él.

Bunt Newcombe salió por otra puerta del establo. Llevaba un peto y un blusón grasiento, en lugar del abrigo de piel de búfalo que yo consideraba su indumentaria natural, y caminaba ladeando una pierna de una manera extraña.

—Tiene la pierna tocada —dijo Dahlia, con la misma voz baja pero intensamente satisfecha—. Me he enterado de que *Belle* le dio una coz, pero pensé que era demasiado bueno para ser verdad. Lástima que no le diera en la cabeza.

Bunt Newcombe empuñaba una horca. Pero no parecía albergar la menor intención de agredir a Raymond. Sólo usó la horca para apartar el estiércol de esa puerta mientras las vacas entraban por la otra.

¿Acaso el hijo le despertaba menos aversión que las hijas?

—Si tuviese un arma, podría cargármelo en este mismo momento —dijo Dahlia—. Debería hacerlo ahora que todavía soy joven, y así no seré yo la que acabe ahorcada.

—Irías a la cárcel —advertí.

—¿Y qué? Esa casa también es una cárcel. Puede que no llegaran a cogerme. Puede que ni siquiera se enterasen de que había sido yo.

No podía hablar en serio. Si tenía tales intenciones, ¿no era un disparate hacérmelas saber? Yo podía delatarla. Aunque no lo hiciese por propia iniciativa, alguien podía sonsacármelo. Debido a la guerra, a menudo pensaba qué se sentiría al ser torturado. ¿Cuánto aguantaría yo? En el dentista, cuando me tocó un nervio, había pensado: si un dolor así fuera a prolongarse hasta que revelase el escondite de mi padre con la Resistencia, ¿qué haría?

Cuando todas las vacas estaban dentro y Raymond y su padre habían cerrado las puertas del

establo, retrocedimos, todavía agachadas, a través de las matas de zumaque y cuando ya no podían vernos, bajamos a la carretera. Pensé que quizá Dahlia diría entonces que lo de los tiros era broma, pero no fue así. Me extrañó que no hubiera dicho nada sobre la madre, que su madre no la preocupase como Raymond. Pensé que probablemente despreciaba a su madre, por lo que había tolerado y por la clase de persona en que se había convertido. Había que tener redaños para estar a la altura de las expectativas de Dahlia. No habría querido que supiera que las vacas con cuernos me daban miedo.

Debimos de despedirnos cuando ella cogió la carretera de vuelta al pueblo, hacia la casa de Gloria, y yo doblé hacia nuestra carretera sin salida. Pero quizá se limitó a seguir adelante y me dejó. Una y otra vez me pregunté si de verdad sería capaz de matar a su padre. Se me ocurrió la extraña idea de que era demasiado joven para eso, como si matar a alguien fuese comparable a conducir un coche o votar o casarse: había que tener cierta edad para hacerlo. También sospechaba —aunque entonces no supiese expresarlo— que matar no le habría reportado el menor alivio, porque su odio hacia él se había convertido en un hábito arraigado. Comprendí que Dahlia no me había dejado acompañarla porque quisiera confiarse a mí, ni porque fuéramos amigas íntimas ni mucho menos; simplemente quería que alguien viera cómo lo odiaba.

En nuestra carretera, tiempo atrás, hubo diez o doce casas. En su mayoría, eran casas de alquiler pequeñas y baratas, hasta que se llegaba a la nuestra, que se parecía más a una casa de labranza corriente en una granja de reducido tamaño. Algunas se hallaban en las tierras aluviales, pero hace unos años, durante la Depresión, estaban todas habitadas. Más tarde, los empleos generados por la guerra, toda clase de empleos, habían arrastrado a esas familias a otros lugares. Algunas de las casas se transportaron a otros sitios para usarse como garajes o gallineros. Quedaron un par vacías, y el resto las ocuparon ancianos: el viejo solterón que iba a pie al pueblo diariamente para atender su herrería; el viejo matrimonio que tenía una tienda de alimentación y conservaba aún el cartel del refresco Orange Crush en el escaparate; otra pareja de viejos que se dedicaba al contrabando de alcohol y, según se decía, enterraba las ganancias en tarros herméticos en su jardín trasero. También las viejas que se quedaron solas. La señora Currie. La señora Horne. Bessie Stewart.

La señora Currie criaba perros, y éstos se pasaban el día entero corriendo de un lado a otro en un corral vallado y ladrando como locos, y por la noche los entraba en la casa, que estaba empotrada parcialmente en la ladera de un monte, y debía de ser muy oscura y oler mal. La señora Horne cultivaba flores, y en verano su casita y su jardín parecían un dechado: clemátides, rosas de Siria, toda clase de rosas y polemonios y delfinios. Bessie Stewart vestía con elegancia e iba al pueblo por las tardes a fumar y tomar café en el restaurante Paragon. Aunque soltera, tenía un Amigo, según contaban.

Una tal señora Eddy había ocupado antiguamente una de las casas ahora vacías, y seguía siendo la dueña. Durante un breve periodo, hacía años —es decir, cuatro o cinco años antes de que yo conociese siquiera a Dahlia, lo que era mucho tiempo en mi vida—, había vivido allí una familia llamada Wainwright. Eran parientes de la señora Eddy, y ella les dejaba la casa pero no

vivía con ellos. A la señora Eddy se la habían llevado a donde quiera que se la hubieran llevado, un sitio llamado «residencia».

Los señores Wainwright eran de Chicago, donde los dos habían trabajado como decoradores de escaparates para unos grandes almacenes. La tienda había cerrado o decidido que ya no necesitaba decorar tantos escaparates; fuera como fuese, los Wainwright se habían quedado sin empleo y se habían trasladado aquí, a vivir en casa de la señora Eddy e intentar montar un negocio de colocación de papel pintado.

Tenían una hija, Frances, un año menor que yo. Era menuda y delgada, y enseguida se quedaba sin aliento, porque tenía asma. Mi primer día en quinto curso, la señora Wainwright salió y me paró en la carretera, con Francis rezagada detrás de ella. Me pidió que llevara a Frances al colegio y le enseñara dónde estaba el aula de cuarto, y que fuera amiga suya, porque todavía no conocía a nadie ni sabía dónde estaba nada.

La señora Wainwright se plantó allí a hablar conmigo, en medio de la carretera, con una sedosa bata de color celeste. Frances, engalanada como una muñeca, lucía un vestido de algodón a cuadros, muy corto, con un volante alrededor de la falda y una cinta a juego en el pelo.

Pronto se dio por sobreentendido que yo acompañaría a Frances a la escuela y a casa después de clase. Las dos llevábamos el almuerzo a la escuela, pero no se me había pedido expresamente que comiera con ella, así que nunca lo hice.

En la escuela había otra niña que, por lo lejos que vivía, tenía que llevarse el almuerzo. Se llamaba Wanda Louise Palmer, y sus padres eran los dueños del salón de baile, al sur del pueblo, y vivían en el local. Ella y yo siempre habíamos comido juntas, pero nunca nos habíamos considerado amigas. A partir de aquel momento, sin embargo, se formó entre nosotras una especie de amistad. Se basaba en eludir a Frances. Wanda y yo comíamos en el sótano de las chicas, detrás de una barricada de pupitres viejos y rotos amontonados en un rincón. En cuanto acabábamos, salíamos a hurtadillas y abandonábamos el recinto de la escuela para pasear por las calles cercanas o ir al centro del pueblo y mirar escaparates. Viviendo en el salón de baile, Wanda debería haber sido una compañera interesante, pero tenía tal propensión a perder el hilo cuando me contaba algo (pese a que no paraba de hablar) que resultaba aburridísima. Sólo nos unía nuestro vínculo contra Frances, y nuestras desesperadas y contenidas risas cuando escudriñábamos a través de los pupitres y la veíamos buscarnos.

Al cabo de un tiempo dejó de hacerlo, y desde entonces comía en el guardarropa, ella sola.

Me gustaría pensar que fue Wanda quien señaló a Frances, cuando estábamos en fila listas para entrar en el aula, como la niña a quien siempre debíamos evitar. Pero es posible que fuera yo, y desde luego le seguí la corriente, y me alegré de hallarme del lado de aquellos que mantenían viva la tradición de enarcar las cejas y morderse los labios y contener —pero no del todo— la risa. Al vivir al final de aquella carretera, y abochornarme fácilmente, y ser sin embargo, pese a no tener razones para serlo, una engreída, nunca fui capaz de salir en defensa de alguien víctima de una humillación. Nunca pude sobreponerme a la sensación de alivio por no estar en su lugar.

Las cintas del pelo formaron parte del juego. Para encontrar una fuente de placer duradero,

bastaba con acercarnos a Frances y decirle: «Me encanta tu cinta para el pelo, ¿dónde la has comprado?», y ella contestaba, con inocente perplejidad: «En Chicago». Durante un tiempo «En Chicago», o simplemente «Chicago», se convirtió en la respuesta a todo.

—¿Dónde estuviste ayer después de clase?

—En Chicago.

—¿Dónde se hizo tu hermana la permanente?

—Ah, en Chicago.

Algunas niñas, sólo con oír la palabra, se tapaban la boca y se les agitaba el pecho, o fingían tener hipo hasta medio marearse.

Yo no eludí la compañía de Frances al volver a casa, aunque desde luego dejé claro que no era elección mía, sino que lo hacía sólo porque su madre me lo había pedido. Ignoro en qué medida ella era consciente de esta peculiar persecución tan femenina. Es posible que pensara que las niñas de mi clase iban a comer a algún sitio concreto y que yo simplemente había seguido yendo allí. Puede que nunca entendiera a qué venían las risas. Nunca lo preguntó. Intentaba cogerme de la mano, al cruzar la calle, pero yo la apartaba y le decía que no lo hiciera.

Decía que siempre le cogía la mano a Sadie, cuando Sadie la acompañaba al colegio en Chicago.

—Pero eso era distinto —decía yo—. Aquí no hay tranvías.

Un día me ofreció una galleta que le sobró de la comida. La rechacé, para no sentir después hacia ella ninguna obligación molesta.

—Cógela —insistió—. Mi madre la ha puesto para ti.

Entonces lo entendí. Su madre ponía esa galleta de más, esa golosina, para que Frances me la diera cuando comíamos juntas. Nunca le había dicho a su madre que yo desaparecía a la hora de comer, y que no me encontraba. Debía de comerse ella la galleta de más, pero ahora el engaño la perturbaba. Así que a partir de entonces me la ofrecía a diario, casi en el último minuto, como si se avergonzara, y yo la aceptaba siempre.

Empezamos a mantener una breve conversación, iniciándola cuando prácticamente habíamos salido del pueblo. A las dos nos interesaban los actores de cine. Ella había visto muchas más películas que yo; en Chicago, se podía ir al cine todas las tardes, y la llevaba Sadie. Pero yo pasaba por delante de nuestro cine y miraba los fotogramas cada vez que cambiaban la película, así que algo sabía. Y en casa tenía una revista de cine, que había dejado una prima en una visita. Salían fotos de la boda de Deanna Durbin, y hablamos de eso, y de cómo queríamos que fueran nuestras bodas: los vestidos de novia y los vestidos de las damas de honor y las flores y los conjuntos para después de la boda. La misma prima me había hecho un regalo: un álbum de recortes de las Chicas Ziegfield. Frances había visto la película de las Chicas Ziegfield y hablamos de qué Chica Ziegfield nos gustaría ser. Ella eligió a Judy Garland, porque sabía cantar, y yo elegí a Hedy Lamarr, porque era la más guapa.

—Mis padres cantaban en la Sociedad de Amigos de la Opereta —dijo—. Cantaban en *Los piratas de Penzance*.

«Sociedad de Amigos de la Opereta». «*Los piratas de Penzance*». Archivé estas palabras, pero no pregunté qué significaban. Si Frances las hubiera pronunciado en la escuela, delante de

las demás, habrían sido una munición irresistible.

Cuando su madre salía a saludarnos —recibiendo a Frances con un beso tal como la había despedido—, me preguntaba a veces si podía entrar a jugar. Yo siempre contestaba que debía volver a casa sin entretenerme.

Poco antes de Navidad, la señora Wainwright me preguntó si podía ir a cenar el domingo siguiente. Dijo que sería una pequeña fiesta de agradecimiento y una fiesta de despedida, ya que se marchaban. Estuve a punto de responder que seguramente mi madre no me dejaría, pero cuando oí la palabra «despedida» vi la invitación bajo otra luz. Me libraría de la carga de Frances, ya no tendría más obligaciones ni se me impondría una relación íntima. La señora Wainwright dijo que había escrito una nota a mi madre, porque no tenían teléfono.

Aunque mi madre habría preferido que me invitaran a la casa de una niña del pueblo, me dio permiso para ir. También ella tuvo en cuenta que los Wainwright se marchaban.

—No sé en qué estarían pensando cuando vinieron aquí —comentó—. Cualquiera que pueda permitirse el precio del papel pintado, se lo pondrá él mismo.

—¿Adónde os vais? —pregunté a Frances.

—A Burlington.

—¿Y eso dónde está?

—También está en Canadá. Viviremos en casa de mis tíos, pero tendremos nuestro propio aseo en el piso de arriba y nuestro fregadero y un hornillo. Mi padre conseguirá un empleo mejor.

—¿De qué?

—No lo sé.

El árbol de Navidad estaba en un rincón. El salón tenía sólo una ventana, y si hubiesen puesto el árbol allí, habría tapado la luz. No era un árbol grande ni de forma bien proporcionada, pero lo habían cubierto de espumillón y cuentas doradas y plateadas y hermosos e intrincados adornos. En otro rincón del salón había una estufa, de leña, y daba la impresión de que acababan de encender el fuego. El aire aún se notaba frío, e impregnado del olor a bosque del árbol.

Ni el señor ni la señora Wainwright mostraban gran seguridad en el manejo de la estufa. Fueron repetidas veces, primero el uno y luego el otro, a manipular el regulador de tiro e introducir audazmente el atizador y palpar el tubo de la chimenea para ver si se calentaba, o si por ventura estaba demasiado caliente. Ese día soplaban un intenso viento, que en ocasiones impulsaba el humo chimenea abajo.

A Frances y a mí eso nos traía sin cuidado. Sobre una mesa de juego colocada en medio del salón había un tablero de damas chinas preparado para dos personas y una pila de revistas de cine. Nada más verlas me abalancé sobre ellas. Nunca había imaginado semejante festín. Me daba igual que no fueran nuevas y que algunas estuviesen tan manoseadas que casi se caían las hojas. Frances, de pie junto a mi silla, enturbiaba mi placer adelantándome lo que venía a continuación y lo que salía en otras revistas que aún no había abierto. Obviamente, lo de las revistas había sido



idea suya, y debía tomármelo con paciencia: eran de su propiedad, y si se le hubiese metido en la cabeza guardarlas, me habría llevado un disgusto aun mayor que cuando mi padre ahogó a nuestros gatitos.

Frances lucía un modelo que habría podido verse en una de esas revistas: un vestido de fiesta de terciopelo rojo oscuro con cuello de encaje blanco y una cinta negra entretejida en el encaje, como el que podría llevar una niña prodigio del cine. El vestido de su madre era exactamente igual, y las dos iban peinadas de la misma manera: el cabello ahuecado sobre la frente y largo por detrás. Frances tenía el pelo fino y ralo, y con tanta excitación y tanto brinco para enseñarme las cosas, ya tenía el peinado medio deshecho.

El salón estaba cada vez más en penumbra. Asomaban cables del techo, pero no había bombillas. La señora Wainwright trajo una lámpara con un cable largo, que enchufó a la toma de la pared. La bombilla resplandeció a través de una falda de mujer plasmada en el cristal verde pálido de la pantalla.

—Ésa es Scarlett O'Hara —dijo Frances—. Papá y yo se la regalamos a mi madre para su cumpleaños.

Finalmente, no jugamos a las damas chinas y, al cabo de un rato, quitaron el tablero. Bajamos las revistas al suelo. Cubrieron la mesa con un retazo de encaje, no un auténtico mantel. A continuación, pusieron los platos. Saltaba a la vista que Frances y yo comeríamos allí, solas. Sus padres pusieron la mesa entre los dos, la señora Wainwright con un elegante delantal encima del terciopelo rojo y el señor Wainwright en mangas de camisa y chaleco con la espalda de seda.

Cuando estaba todo listo, nos llamaron a la mesa. Creí que el señor Wainwright dejaría servir la comida a su mujer —de hecho, me había sorprendido mucho verlo trajinar con cuchillos y tenedores—, pero nos apartó las sillas y anunció que él era nuestro camarero. Teniéndolo tan cerca, me llegó su olor y lo oí respirar. Era una respiración anhelante, como la de un perro, y olía a talco y loción, lo que me recordaba a pañales limpios y me hacía pensar en una intimidad repulsiva.

—Y ahora, encantadoras damiselas —dijo—, voy a traerles un poco de champán.

Trajo una jarra de limonada y nos llenó los vasos. Me alarmé, hasta que lo probé (sabía que el champán era una bebida alcohólica). En casa nunca teníamos esa clase de bebidas, ni las tenía nadie que yo conociese. El señor Wainwright me observó probarla y pareció adivinarme el pensamiento.

—¿Está bien así? ¿Se queda más tranquila? —preguntó—. ¿Todo a satisfacción de la señorita? —Hizo una reverencia—. Y ahora, ¿qué les apetece comer?

Recitó una lista de platos que me eran ajenos; sólo reconocí el «venado», y por supuesto no lo había probado nunca. La lista concluyó con «lechecillas». Frances se echó a reír y dijo:

—Tomaremos las lechecillas, por favor. Y patatas.

Yo esperaba que las lechecillas, en consonancia con su nombre, fueran una especie de bollo de leche con nata o algo así, pero no entendía por qué se servían acompañadas de patatas. Sin embargo, llegaron unos taquitos de carne envueltos en beicon crujiente, y unas cuantas patatas pequeñas con piel untadas de mantequilla derretida y doradas en la sartén. También zanahorias cortadas en tiras finas con un ligero sabor acaramelado. Habría podido prescindir de las

zanahorias, pero nunca había probado unas patatas tan deliciosas ni una carne tan tierna. Tan sólo habría deseado que el señor Wainwright se quedara en la cocina en lugar de revolotear en torno a nosotras sirviéndonos limonada y preguntando si todo era de nuestro agrado.

El postre fue otra maravilla: un pudín de vainilla caramelizado, con una especie de capa de azúcar moreno dorado. Lo acompañaban unos pastelitos, totalmente recubiertos con un baño de chocolate muy oscuro y espeso.

Me quedé saciada, sin dejar ni una migaja, ni una gota, de nada. Miré el árbol de cuento de hadas con los adornos que habrían podido ser castillos en miniatura, o ángeles. Por la ventana entraba aire y movía un poco las ramas, agitando las tiras de espumillón y haciendo girar lentamente los adornos, que mostraban nuevos puntos de luz. Ahíta de esa comida exquisita y delicada, me pareció haber entrado en un sueño en el que todo lo que veía era poderoso y benigno.

Una de las cosas que vi fue la luz de la lumbre, un resplandor herrumbroso y apagado en el tubo de la chimenea. Sin alarma, dije a Frances:

—Creo que el tubo se está incendiando.

En un tono de entusiasmo festivo, repitió a pleno pulmón:

—El tubo se está incendiando.

Y acto seguido entraron el señor Wainwright, que por fin se había retirado a la cocina, y la señora Wainwright pisándole los talones.

—¡Dios mío, Billy! —exclamó la señora Wainwright—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Cerrar el tiro, supongo —contestó el señor Wainwright, con voz chillona y asustada, impropia de un padre.

Eso hizo. Y a continuación dejó escapar un alarido y sacudió la mano, que debía de haberse quemado. Los dos se quedaron inmóviles contemplando el tubo rojo, y ella dijo con voz trémula:

—Sé que hay que echar algo. ¿Qué era? ¡Bicarbonato de sodio! —Se fue corriendo a la cocina y regresó con la caja de bicarbonato, medio llorando—. ¡Directo a las llamas! —gritó.

Como el señor Wainwright seguía frotándose la mano en el pantalón, ella se envolvió la mano con el delantal y, tras retirar la tapa de la estufa, espolvoreó las llamas con bicarbonato. Se oyó un chisporroteo mientras el fuego se extinguía y la habitación se llenaba de humo.

—Niñas —dijo—. Niñas. Mejor será que salgáis.

Para entonces lloraba de verdad.

Recordé algo de una crisis parecida en casa.

—Pueden envolver el tubo con toallas mojadas —dije.

—Toallas mojadas —dijo ella—. Parece buena idea. Sí.

Corrió a la cocina, donde la oímos bombear agua. El señor Wainwright la siguió, sacudiendo la mano quemada, y los dos volvieron con toallas chorreantes. Envolvieron el tubo, y en cuanto las toallas empezaron a calentarse y secarse, las cambiaron por otras. La habitación se llenaba de humo cada vez más. Frances empezó a toser.

—Sal a tomar el aire —dijo el señor Wainwright.

Con la mano ilesa, forcejeó un poco hasta lograr abrir la puerta delantera en desuso, haciendo volar los periódicos viejos y los trapos podridos con que habían rellenado los resquicios. Fuera nevaba, y una ola blanca lamió el salón.

—Echa nieve al fuego —dijo Frances, todavía exultante entre tos y tos, y ella y yo cogimos nieve a puñados y la arrojamos a la estufa.

Parte alcanzó lo que quedaba de fuego, y la parte que no dio en el blanco se derritió y fue a sumarse a los charcos que el goteo de las toallas había formado ya en el suelo. En casa jamás me habrían permitido ensuciar de esa manera.

En medio de los charcos, una vez pasado el peligro y con el salón cada vez más gélido, los señores Wainwright, abrazados, se reían y se compadecían mutuamente.

—Ay, pobre, tu mano —dijo la señora Wainwright—. Y yo no te he hecho ningún caso. Tenía tanto miedo de que se quemara la casa...

Intentó besarle la mano, y él dijo:

—Ay, ay.

También a él se le saltaban las lágrimas, por el humo o por el dolor.

Su mujer le dio palmadas en los brazos y en los hombros, y más abajo, incluso en las nalgas, diciendo «Pobrecito, pobrecito», y cosas por el estilo, mientras él hacía mohines y la besaba ruidosamente en la boca. Luego, con la mano ilesa, le pellizcó el trasero.

Tuve la impresión de que esas caricias podían prolongarse durante un rato.

—Cerrad la puerta, hace un frío que pela —gritó Frances, roja de toser y de la emoción.

Si se lo decía a sus padres, no se dieron por aludidos, sino que continuaron con aquel comportamiento bochornoso que no parecía avergonzarla, ni merecer su atención siquiera. Las dos agarramos la puerta y la empujamos contra el viento que levantaba la nieve y la traía al interior de la casa.

No conté nada de esto a mi familia, a pesar de que la comida y los adornos y el fuego habían sido muy interesantes. Estaba todo lo demás que no podía describir y que me causaba confusión, y cierto malestar, de modo que por algún motivo no me gustaba la idea de mencionarlo. La manera en que los dos adultos se pusieron al servicio de dos niñas. La farsa del señor Wainwright como camarero, sus manos gruesas y blancas como la leche y la cara pálida y los alerones de pelo castaño claro, ralo y reluciente. La insistencia —la excesiva proximidad— de sus blandas pisadas con las gruesas zapatillas a cuadros escoceses. Luego las risas, tan inapropiadas en adultos, después de estar al borde de un desastre. Las manos desvergonzadas y el beso ruidoso. En todo aquello percibía una amenaza espeluznante, empezando por la falsedad de acorralarme para hacer el papel de «amiguita» —los dos me habían llamado así—, cuando yo no lo era ni remotamente. De tratarme como una niña buena e inocente cuando yo no era ni lo uno ni lo otro.

¿Cuál era esa amenaza? ¿Era sólo la del amor, o el cariño? Si era eso, habría que decir que lo conocí demasiado tarde. Semejante derroche de atenciones me llevó a sentirme arrinconada y humillada, casi como si alguien hubiera mirado debajo de mis bragas. En mi memoria, recelaba incluso de aquellos deliciosos manjares, desconocidos para mí. Sólo las revistas de cine escaparon a esa mancha.

Al final de las vacaciones de Navidad, la casa de los Wainwright quedó vacía. Ese año nevó tanto que el tejado de la cocina se vino abajo. Ni siquiera después de eso se molestó nadie en

demoler la casa ni en poner el cartel de prohibido el paso, y durante años los niños —yo incluida— hurgaron entre los peligrosos escombros sólo por ver qué encontraban. En aquellos tiempos a nadie parecían preocuparle los daños personales o la responsabilidad civil.

No apareció ninguna revista de cine.

Sí conté lo de Dahlia. Para entonces, desde mi punto de vista, yo era una persona muy distinta de la niña que había estado en casa de los Wainwright. En los primeros años de mi adolescencia me había convertido en la animadora de la casa. No es que siempre intentara hacer reír a la familia —aunque eso también lo hacía—, sino que transmitía noticias y chismes. Contaba cosas que habían ocurrido en la escuela, pero también cosas que habían ocurrido en el pueblo. O simplemente describía el aspecto o la manera de hablar de alguien que había visto en la calle. Había aprendido a hacerlo de un modo que no me acarreaba reprimendas por ser sarcástica o vulgar, ni el reproche de que era más lista de lo que me convenía. Había llegado a dominar un estilo inexpresivo, e incluso recatado, con el que la gente se reía incluso cuando consideraba que no debía, y así costaba más saber si yo era inocente o maliciosa.

Fue así como conté la incursión de Dahlia entre los zumaques para espiar a su padre, lo de su odio hacia él y su alusión al asesinato. Y así era como debía contarse, en general, cualquier historia sobre los Newcombe, y no sólo como debía contarla yo. Cualquier historia sobre ellos debía confirmar, a entera satisfacción de todo el mundo, con qué precisión y fidelidad representaban sus papeles. Y ahora también Dahlia aparecía integrada en ese panorama. El espionaje, las amenazas, el melodrama. La persecución de su padre con la pala. La idea de que si él la hubiese matado, habrían acabado en la horca. Y que a ella, por ser aún menor de edad, no podían ahorcarla si lo mataba.

Mi padre estuvo de acuerdo.

—Sería difícil que un tribunal de por aquí la condenara.

Mi madre dijo que era una vergüenza lo que un hombre como ése había hecho de su hija.

Ahora me asombra que mantuviésemos esa conversación tan fácilmente, sin que se nos pasara por la cabeza en ningún momento que mi padre me había pegado a mí, a veces, y que yo, a grito limpio, había dicho, no que deseaba matarlo, pero sí que deseaba morirme, y que eso había ocurrido, tres o cuatro veces, no hacía mucho tiempo. Diría que alrededor de la época en que tenía once o doce años. Pasó entre el momento en que conocí a Frances y el momento en que conocí a Dahlia. En aquella época me castigaban por alguna agarrada con mi madre, por contestarle mal o por desfachatez o intransigencia. Ella iba a buscar a mi padre y lo apartaba de su trabajo en la granja para que viniera a meterme en vereda, y yo me quedaba esperándolo, primero presa de una rabia contenida, luego de una desesperación desquiciante. Sentía que era mi propio ser lo que perseguían, y en cierto modo así era. La parte de mi ser engreída y pugnaz que había que someter a palos. Cuando mi padre empezaba a quitarse el cinturón —con eso me pegaba—, yo empezaba a gritar «¡No, no!», y defendía incoherentemente mi inocencia, de tal modo que parecía despertar su desprecio hacia mí. Y sin duda mi comportamiento de entonces generaba desprecio, no dejaba entrever orgullo ni amor propio. Me daba igual. Y cuando el cinturón estaba en alto —en el

segundo antes de iniciar el descenso—, se producía un instante de atroz revelación. Reinaba la injusticia. Nunca tenía ocasión de exponer mi versión de los hechos, el aborrecimiento de mi padre hacia mí era infinito. ¿Cómo no iba yo a berrear ante semejante distorsión de la naturaleza?

Si mi padre aún viviera, seguro que diría que exagero, que la humillación que pretendía infligirme no era tan grande, y que mis ofensas eran desconcertantes, ¿y cómo, si no, podía tratarse a los niños? Yo le ocasionaba complicaciones a él y dolor a mi madre, y había que persuadirme de cambiar de actitud.

Y cambié. Me hice mayor. Empecé a ser útil en la casa. Aprendí a no plantar cara. Encontré maneras de mostrarme agradable.

Y cuando estaba con Dahlia, escuchándola, cuando volvía a casa sola, cuando conté la historia a mi familia, ni por un momento se me ocurrió comparar mi situación con la suya. Por supuesto que no. Nosotros éramos personas decentes. Mi madre, aunque a veces dolida por el comportamiento de su familia, no iba al pueblo con el pelo greñado, ni llevaba chanclos de goma. Mi padre no decía tacos. Era un hombre honorable y competente, con sentido del humor, y era el progenitor al que yo deseaba a toda costa complacer. No lo odiaba, no podía plantearme siquiera odiarlo. En lugar de eso, veía lo que él odiaba en mí. Una arrogancia vacilante en mi carácter, una actitud descarada y sin embargo cobarde, que desataba su cólera.

Vergüenza. La vergüenza de recibir una paliza, y la vergüenza de encogerse por el miedo a la paliza. Una vergüenza a perpetuidad. Vulnerabilidad. Y de algún modo esto se relaciona, tal como lo siento ahora, con la vergüenza, el malestar, que me invadió al oír los pasos amortiguados del señor Wainwright en zapatillas y su respiración. Advertía exigencias que se me antojaban indecentes, advertía intromisiones horrendas, tanto furtivas como manifiestas. Algunas contra las que podía revestirme de un caparazón, otras que me dejaban la piel en carne viva. Todo ello en los peligros de la vida en la infancia.

Y como reza el dicho, por lo que se refiere a lo que nos moldea o deforma, si no es una cosa es la otra. O al menos eso decían mis mayores por aquel entonces. Con misterio, sin consuelo, sin acusaciones.

El viernes pasado por la mañana Harvey Ryan Newcombe, conocido granjero del municipio de Shelby, perdió la vida electrocutado. Era el querido esposo de Dorothy (Morris) Newcombe, y llorarán la pérdida sus hijas April, señora de Joseph McConachie, de Sarnia; Corinne, señora de Evan Wilson, de Kaslo, British Columbia; Gloria, señora de Hugh Whitehead, del pueblo; las señoritas Susannah y Dahlia, también del pueblo, y un hijo, Raymond, aún en la casa paterna, así como sus siete nietos. Las honras fúnebres se celebraron el lunes por la tarde en la funeraria de los hermanos Reavie y el sepelio tuvo lugar en el cementerio de Bethel.

Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso.

Es imposible que Dahlia Newcombe tuviera nada que ver con el accidente de su padre. Sucedió en el establo de un vecino cuando, de pie en el suelo mojado, alargó el brazo para encender la bombilla de un portalámparas metálico colgante. Había llevado una de sus vacas para que la inseminara el toro, y en ese momento discutía sobre la tarifa. Por alguna razón inexplicable no calzaba sus botas de goma, que, según la opinión general, podrían haberle salvado la vida.

## BAJO EL MANZANO

Al otro lado del pueblo vivía una mujer llamada Miriam McAlpin, que cuidaba caballos. Los caballos no eran suyos: los tenía en sus cuadras y los sacaba a hacer ejercicio por encargo de sus dueños, que se dedicaban a las carreras de trotones. Ella vivía en lo que había sido la casa de labranza original de la granja, cerca de los establos, con sus ancianos padres, que rara vez salían. Más allá de la casa y los establos, se hallaba la pista oval donde se veía de vez en cuando a Miriam o a su mozo de cuadra, o a veces a los propios dueños de los animales, en el asiento bajo de un sulky de aspecto endeble, corriendo como flechas y levantando el polvo.

En uno de los pastizales para los caballos, contiguo a la calle del pueblo, había tres manzanos, vestigio de un antiguo vergel. Dos de ellos eran pequeños y estaban encorvados, pero uno era bastante grande, casi como un arce crecido. Nunca los podaban ni fumigaban, y daban unas manzanas roñosas, que no valía la pena robar, pero casi todos los años florecían copiosamente y se veían flores de manzano suspendidas por todas partes, hasta tal punto que, a cierta distancia, las ramas parecían cuajadas de nieve.

Yo había heredado una bicicleta, o al menos tenía derecho a usarla. La había dejado en casa un antiguo empleado, contratado a tiempo parcial, cuando se marchó para trabajar en la fábrica aeronáutica. Era una bicicleta de hombre, claro, ligera y de sillín alto, de una marca extraña desaparecida hacía ya mucho.

—No pensarás ir a la escuela con eso, ¿no? —dijo mi hermana cuando empecé a hacer prácticas con ella camino arriba, camino abajo.

Mi hermana era menor que yo, pero a veces se angustiaba por mí, quizá comprendiendo antes que yo las diversas maneras en que era capaz de arriesgarme al ridículo. No sólo pensaba en el aspecto de la bicicleta, sino también en la circunstancia de que yo tenía ya trece años y cursaba mi primer año de instituto, y que ése era un año decisivo por lo que se refería a las niñas que iban al colegio en bicicleta. Todas las niñas interesadas en dejar patente su feminidad debían renunciar a la bicicleta. Las chicas que seguían usándolas o bien vivían en el campo demasiado lejos para ir a pie —y sus padres no podían pagarles la media pensión en el pueblo—, o bien eran excéntricas e incapaces de tomar en consideración ciertas reglas tácitas pero de gran alcance. Nosotras vivíamos poco más allá del término municipal, así que si yo aparecía en bicicleta, y en especial en aquella bicicleta, me incorporaría ipso facto a la segunda categoría: aquellas que calzaban

zapatos con cordones y sin tacón y calcetines de hilo de Escocia y se recogían el pelo.

—A la escuela no —contesté.

Pero sí empecé a usar la bicicleta por carreteras secundarias en mis salidas al campo de los domingos por la tarde. En aquel tiempo era muy poco probable encontrarse con conocidos, y a veces no me cruzaba con nadie en absoluto.

Me gustaba hacerlo porque, en secreto, era una entusiasta de la naturaleza. Ese sentimiento, al principio, partió de los libros. Partió de los cuentos para niñas del escritor L. M. Montgomery, que a menudo insertaba descripciones de un campo nevado bajo la luz de la luna o un pinar o un estanque de aguas quietas donde se reflejaba el cielo del atardecer. Más tarde se fundió con otra pasión privada, que era la poesía. Entraba a saco en mis libros de texto para descubrir los versos antes de que se leyeran y despreciaran en clase.

Si hubiese revelado cualquiera de estas adicciones, en casa o en la escuela, me habría puesto en una situación de permanente vulnerabilidad. Aunque en realidad ya creía estarlo, en cierta medida. Bastaba con que alguien dijera, empleando determinado tono, «No cabía esperar menos de ti» o «Qué propio de ti», y sentía la pulla, la actitud aleccionadora, los límites trazados. Pero ahora que tenía la bicicleta, los domingos por la tarde podía adentrarme en un territorio que parecía estar esperando la clase de homenaje que yo ardía en deseos de ofrecer. Allí estaban las láminas de agua de los arroyos desbordados resplandeciendo sobre la tierra, y allí estaban los cúmulos de lirios bajo los árboles de capullos rojos. Y los ciruelos, los cerezos silvestres, en los campos sin cultivar, irrumpiendo en tiernos asomos de floración antes de que apareciera en ellos una sola hoja.

Las flores de cerezo me llevaron a pensar en los árboles del campo de Miriam McAlpin. Quería verlos cuando florecieran. Y no sólo verlos —como podía hacerse desde la calle—, sino ponerme bajo las ramas, tumbarme boca arriba con la cabeza apoyada en el tronco del árbol y ver cómo se elevaba, igual que si naciera de mi cráneo, ascendiera y se perdiera en un mar de flores vuelto del revés. Y comprobar asimismo si había retazos de cielo en los huecos, para poder entrecerrar los ojos y, forzando la mirada, verlos en primer plano y no de fondo, fragmentos de vivo color azul en ese vaporoso mar blanco. En esta idea existía una formalidad que yo anhelaba. Era casi como arrodillarse en la iglesia, cosa que no se hacía en la nuestra. Yo lo había hecho una vez, cuando era amiga de Delia Cavanaugh y su madre nos llevó a la iglesia católica un domingo para arreglar las flores. Me santigüé y arrodillé en un banco, y Delia dijo, apenas en un susurro: «¿Y eso por qué lo haces? Tú no puedes hacerlo. Sólo nosotros».

Dejé la bicicleta tirada en la hierba. Era última hora de la tarde. Había cruzado el pueblo por calles secundarias. No había nadie en el corral ni en las inmediaciones de la casa. Salté la cerca. Apretando el paso tanto como pude pero sin correr, atravesé el campo donde los caballos habían pastado los primeros brotes de hierba. Me agaché bajo las ramas del gran árbol y seguí adelante, encorvada y a trompicones, a veces sintiendo en la cara el roce de las flores, hasta que llegué al tronco y pude hacer lo que había ido a hacer.

Me tendí de espaldas. Una raíz del árbol formaba un saliente duro debajo de mí, y tuve que

desplazarme a un lado. Y allí estaban las manzanas del año anterior, oscuras como pedazos de carne seca, que tuve que apartar para acomodarme.

Aun así, cuando acabé de colocarme, me di cuenta de que estaba en una postura extraña y poco natural. Y cuando alcé la vista y vi allí suspendidos todos los pétalos perlados con su tenue coloración rosada, todos los ramilletes ya previamente ordenados, no me vi arrastrada hacia el estado de ánimo, de veneración, que esperaba. Era un día un poco nublado, y lo que veía del cielo me recordaba a trozos de porcelana deslucida.

No es que no mereciera la pena hacerlo. Al menos —como empecé a entender al levantarme y salir a rastras de debajo del árbol—, merecía la pena haberlo hecho. Lo importante, más que la propia experiencia, era el reconocimiento de mi propio deseo. Crucé apresuradamente el campo y salté la cerca; recuperé la bicicleta, y empezaba a alejarme cuando oí un potente silbido y mi nombre.

—Eh, tú. Sí, tú.

Era Miriam McAlpin.

—Ven aquí un momento.

Di la vuelta. Allí, en el camino entre la vieja casa y las cuadras, Miriam hablaba con dos hombres, que debían de haber llegado en el coche estacionado junto a la carretera. Llevaban camisas blancas, chalecos y pantalones: tal como cualquier hombre que trabajara tras un escritorio o un mostrador desde el momento en que se vestía por la mañana hasta que se desvestía para irse a dormir. A su lado, Miriam, con su pantalón de trabajo y su holgada camisa a cuadros, parecía un niño descarado de doce años, a pesar de ser una mujer de entre veinticinco y treinta. Parecía eso, o un jockey. El pelo muy corto, los hombros encorvados, la piel blanca. Me lanzó una mirada amenazadora y a la vez burlona.

—Te he visto —dijo—. Allí, en nuestro campo.

No dije nada. Sabía cuál sería la siguiente pregunta e intentaba pensar en la respuesta.

—¿Y bien? ¿Qué hacías allí?

—Buscaba una cosa —contesté.

—Buscabas una cosa. Ya. ¿Qué cosa?

—Una pulsera.

No había tenido una pulsera en mi vida.

—Ya. ¿Y por qué has pensado que podía estar allí?

—Creía que la había perdido.

—Ya. Allí. ¿Y eso?

—Estuve allí el otro día buscando colmenillas —dije, titubeando—. La llevaba puesta entonces y pensé que se me podía haber caído.

Era cierto que en primavera la gente buscaba colmenillas bajo los manzanos viejos. Aunque dudo que llevaran pulseras mientras lo hacían.

—Ajá —dijo Miriam—. ¿Y has encontrado alguna cosa de esas? ¿Cómo dices que se llaman? ¿Colmenillas?

Contesté que no.

—Menos mal. Porque serían mías.



Me miró de arriba abajo y dijo lo que pretendía decir desde el principio.

—Empiezas pronto, ¿eh?

Uno de los hombres tenía la mirada fija en el suelo, pero me pareció que sonreía. El otro me miraba directamente, con las cejas un tanto enarcadas en una expresión de irónico reproche. Si hubiesen sido hombres que me conocían, hombres que conocían a mi padre, probablemente no se habrían permitido miradas tan expresivas.

Lo entendí. Ella pensó —todos pensaron— que yo había estado debajo del árbol, la noche de antes o alguna otra noche, con un hombre o un chico.

—Vete a casa —dijo Miriam—. Vete a casa con tus pulseras y no quiero volver a verte tontear en mis tierras nunca más. Vete.

Miriam McAlpin era famosa por los rapapolvos que echaba a la gente. Una vez la había oído en la tienda de alimentación, despotricando a gritos por unos melocotones magullados. La manera en que me trató era previsible, y sus sospechas sobre mí parecieron suscitar un sentimiento inequívoco en ella —pura aversión— que no me sorprendió.

Fueron los hombres quienes me dieron asco. Las miradas que me lanzaron, con la debida desaprobación, unida a una evaluación furtiva. El gradual reblandecimiento y pastosidad de sus facciones, conforme crecía el cenagal en su mente.

En el ínterin, había salido el mozo de cuadra. Tiraba de un caballo que pertenecía a uno de los hombres o a los dos. Se detuvo en el corral, sin acercarse. No parecía mirar a su jefa, ni a los dueños del caballo, ni a mí, ni interesarse por la escena. Debía de estar acostumbrado a las broncas de Miriam.

La idea que la gente pudiera formarse sobre mí, no sólo la clase de idea que pudieran haberse hecho aquellos hombres o Miriam —siendo en ambos casos una idea un tanto peligrosa, cada una a su manera—, sino cualquier idea en general, se me antojaba una amenaza misteriosa, una burda impertinencia. No soportaba oír a alguien decir siquiera algo relativamente inocuo sobre mí.

«El otro día te vi por la calle. Parecías en las nubes».

Juicios y especulaciones, todos como un enjambre de bichos intentando meterse en mi boca y en mis ojos. Podría haberlos espantado a manotazos, podría haberlos escupido.

—Te has ensuciado —susurró mi hermana cuando llegué a casa—. Te has ensuciado la espalda de la blusa.

Me miró mientras me la quitaba en el cuarto de baño y la restregaba con una pastilla de jabón. No teníamos agua caliente más que en invierno, así que se ofreció a traerme un poco del hervidor. No me preguntó cómo me había ensuciado; sólo quería eliminar las pruebas, ahorrarme problemas.

Los sábados por la noche la calle principal estaba siempre muy concurrida. Por aquel entonces no había nada parecido a un centro comercial en todo el condado, y la gran noche de las compras no pasó al viernes hasta varios años después de la guerra. Me refiero al año 1944, cuando aún

teníamos cartillas de racionamiento y eran muchas las cosas que no podían comprarse, como coches nuevos y medias de seda. Pero los granjeros venían al pueblo con un poco de dinero en el bolsillo, y las tiendas se habían animado después del bache de la Depresión y todo permanecía abierto hasta las diez de la noche.

Casi todos los habitantes del pueblo hacían las compras durante la semana y de día. A menos que trabajaran en las tiendas o los restaurantes, evitaban salir la noche del sábado, quedándose en casa a jugar a cartas con los vecinos o a escuchar la radio. Los recién casados, los prometidos, las parejas que salían, se acurrucaban en el cine, o iban en coche, si conseguían cupones para gasolina, a uno de los salones de baile a la orilla del lago. Era la gente del campo la que invadía la calle, y los hombres del campo y las chicas sueltas quienes iban al Night Owl de Neddy, donde la pista era una tarima sobre un suelo de tierra y cada baile costaba diez centavos.

Yo me colocaba cerca de la tarima con unas cuantas amigas de mi edad. Nadie venía a pagar los diez centavos por ninguna de nosotras. No me extraña.

Nos reíamos a carcajadas, criticábamos a los bailarines, los peinados, la ropa. A veces decíamos que una chica era una puta o un hombre un mariposón, pese a que no teníamos una definición exacta para ninguna de esas palabras.

El propio Neddy, que vendía los boletos, era muy capaz de volverse y decirnos: «¿No os vendría bien un poco de aire fresco, chicas?». Y nosotras nos marchábamos con la cabeza muy alta. O bien nos aburríamos y nos íbamos por propia iniciativa. Comprábamos cucuruchos e intercambiábamos lametones para probar los distintos sabores de los helados, y paseábamos por la calle muy altivas, circundando los corrillos de gente que charlaba y atravesando los enjambres de niños que se tiraban agua desde la fuente. Nadie era digno de nuestra atención.

Las chicas que intervenían en este desfile no eran la flor y nata, como habría dicho mi madre con un tonillo nostálgico y un tanto sarcástico. Ninguna de ellas tenía jardín de invierno en su casa ni un padre que se pusiera traje, aparte de los domingos. Esas otras chicas estaban en su casa o en casa de alguna amiga a esas horas, jugando al Monopoly o haciendo caramelo o probando peinados. Mi madre lamentaba que no se me aceptara en ese grupo.

Pero a mí ya me venía bien. Así podía ser una cabecilla y una bocazas. Si era un disfraz, lo llevaba con gran desenvoltura. O puede que no fuera un disfraz, sino sólo una de las varias personalidades totalmente desarticuladas y dispares de las que yo parecía estar compuesta.

Unos cuantos miembros del Ejército de Salvación habían instalado su puesto en un solar en el extremo norte del pueblo. Lo componían un predicador y un pequeño coro para cantar los himnos y un chico gordo al tambor; también un chico alto que tocaba el trombón, una chica con un clarinete, y unos niños a medio crecer provistos de panderetas.

Los del Ejército de Salvación estaban aún más lejos de la flor y nata que las chicas con las que yo salía. El hombre que predicaba era el carbonero. Sin duda se había lavado, pero en su rostro se advertía aún una sombra gris. El sudor le corría por la cara a causa del esfuerzo de predicar, y parecía que su sudor tuviera que ser también gris. Algunos coches, al pasar, hacían sonar la bocina para ahogar su voz. (Pese al derroche de gasolina, circulaban algunos coches, conducidos por jóvenes, calle arriba hacia el extremo norte y calle abajo hacia el extremo sur, una y otra vez). La mayoría de la gente pasaba a pie con expresión inquieta pero respetuosa, pero

algunos se paraban a mirar. Como hicimos nosotras, con la esperanza de encontrar algo de qué reírnos.

Alzaron los instrumentos dispuestos a interpretar un himno, y vi que el chico que levantó el trombón era el mozo de cuadra que estaba en el corral mientras Miriam McAlpin me llamaba a capítulo. Me sonrió con la mirada cuando empezó a tocar, y daba la impresión de que no sonreía por el recuerdo de mi humillación sino con incontenible placer, como si al verme evocase algo muy distinto de aquella escena, una felicidad natural.

«Hay fuerza, fuerza, fuerza, fuerza, fuerza, en la sangre», cantaba el coro. Los intérpretes agitaban las panderetas por encima de las cabezas. Contagiaron a los espectadores su júbilo y animación, hasta el punto de que la mayoría de la gente sumó sus voces con alegre ironía. Y nosotras nos permitimos cantar con los demás.

El oficio concluyó poco después. Las tiendas estaban cerrando, y nos marchamos cada una por su lado. Yo iba por un atajo, un puente peatonal que atravesaba el río. Cuando ya casi había llegado al final, oí a mis espaldas unas pisadas rápidas y sonoras, y algo más, como un aporreo. Las tablas temblaron bajo mis pies. Me volví de medio lado y me aparté hacia la barandilla, un poco asustada pero procurando disimularlo. No había luces cerca del puente y ya era noche cerrada.

Cuando se acercó, vi que era el trombonista con su grueso uniforme oscuro. El aporreo se debía al estuche del trombón, que golpeteaba contra la balaustrada.

—Tranquila —dijo, sin aliento—. Soy yo. Sólo quería alcanzarte.

—¿Cómo sabías que era yo? —pregunté.

—Veía un poco. Sabía que vivías por aquí. Me he dado cuenta de que eras tú por la manera de andar.

—¿Cómo? —quise saber.

Ante la mayoría de la gente, tal presunción me habría encolerizado tanto que ni lo habría preguntado.

—No lo sé. Sencillamente es tu manera de andar.

Se llamaba Russell Craik. Su familia era del Ejército de Salvación: su padre era concretamente el predicador y carbonero, y su madre, una de las cantantes de himnos. Como había trabajado con su padre en el reparto del carbón y estaba acostumbrado a los caballos, Miriam McAlpin lo había contratado en cuanto dejó la escuela. Eso fue al acabar octavo. En aquellos tiempos eso no era raro entre los chicos. A causa de la guerra, había muchos empleos para ellos mientras esperaban, como era su caso, a tener edad para incorporarse a filas. Él tendría edad en septiembre.

Si Russell Craik hubiese querido invitarme a salir de la manera habitual, llevarme al cine o a bailar, no habría tenido la menor posibilidad. Mi madre habría dictaminado que yo era demasiado joven. Probablemente habría considerado que no hacía falta decir que él trabajaba de mozo de cuadra y su padre era carbonero y toda su familia vestía el uniforme del Ejército de Salvación y proclamaba su fe habitualmente en las calles. Llegado el caso de exhibirlo en público como mi novio, también yo habría tenido en cuenta esas consideraciones. Lo habría tenido en cuenta al

menos hasta que se alistara en el ejército y pasara a ser presentable. Pero, así las cosas, no tenía siquiera que plantearme nada de eso. Russell no podía llevarme al cine ni a bailar porque su religión le prohibía esas actividades. A mí el arreglo al que llegamos me pareció cómodo, casi natural, porque en algunos sentidos —no todos— se acercaba a la clase de emparejamiento pasajero, despreocupado y apenas reconocido de los chicos y chicas de mi edad, no de la suya.

Para empezar, íbamos en bicicleta. Russell no tenía coche propio ni acceso a ninguno, aunque sabía conducir: conducía el camión del establo. Nunca venía a casa a buscarme, y yo nunca se lo sugerí. Salíamos del pueblo por separado los domingos por la tarde y nos encontrábamos siempre en el mismo sitio, en una escuela de un cruce de carreteras a cuatro o cinco kilómetros del pueblo. Todas las escuelas rurales se conocían por un nombre, no por el número oficial labrado encima de la puerta. Nunca E. S. n.º 11, o E. S. n.º 5, sino Escuela de los Corderos, Escuela de los Cervecedores, Escuela de Ladrillo Rojo, Escuela de Piedra. La que elegimos, que yo ya conocía, se llamaba Escuela del Manantial. Un hilo de agua fluía continuamente de un caño en un rincón del jardín de la escuela, lo que explicaba su nombre.

Alrededor de ese jardín, cuyo césped se cortaba incluso en las vacaciones de verano, había arces crecidos que proyectaban manchas de sombra casi negras. En un ángulo se alzaba una pila de piedras entre las que brotaba hierba larga, y detrás escondíamos las bicicletas.

La carretera frente al jardín del colegio era de gravilla y se conservaba en buen estado, pero la carretera lateral, una cuesta, no era mucho más que una senda en medio de un campo, o una pista de tierra. A un lado se extendía un prado, salpicado de espinos y enebro, y al otro un bosquecillo de robles y pinos, con una hondonada entre los árboles y la vera del camino. En esta hondonada había un vertedero, no el vertedero oficial del municipio, sino un vertedero informal que había creado la gente del campo. Despertaba mucho interés en Russell, y cada vez que pasábamos por allí tenía que asomarse y escudriñar la hondonada para ver si había algo nuevo. Nunca lo había —probablemente el vertedero no se utilizaba desde hacía años—, pero muy a menudo descubría algo en lo que no había reparado antes.

«¿Lo ves? Eso es la calandra de un V-8».

«¿Ves eso debajo de la rueda de calesa? Es una batería vieja de radio».

Yo había recorrido ese camino sola muchas veces y nunca me había dado cuenta de que estaba allí el vertedero, pero sabía otras cosas. Sabía que cuando llegáramos a lo alto de la cuesta, los robles y pinos, así como el sinuoso prado, serían engullidos por píceas y alerces y cedros, y sólo veríamos, a lo largo de un buen trecho, vegetación de ciénaga a ambos lados, con algún que otro arándano de gran altura al que nadie podía acceder, y flores carmesí de una forma perfecta cuyo nombre no sabía con certeza: creía que se llamaban vellosillas. Alguien había colgado de la rama de un cedro el cráneo de un animal pequeño, y Russell se fijaba en él, preguntándose cada vez si era un hurón o una comadreja o un visón.

En cualquier caso, decía, era prueba de que alguien había pasado por ese camino antes. Probablemente a pie, probablemente no en coche: los cedros estrechaban demasiado el paso, y el puente de tablas que cruzaba el arroyo en el punto más bajo de la ciénaga era un artilugio muy primitivo, que oscilaba bajo nuestros pies y no tenía barandas. Más allá, el terreno ascendía lentamente, y el lodazal quedaba atrás y finalmente aparecían campos de labranza a los dos lados,

vistos a través de enormes hayas. Los árboles tenían los troncos tan gruesos y era tal el número que su tenue luz gris parecía alterar realmente el aire, enfriándolo como si uno hubiera entrado en un salón de techo alto o en una iglesia.

Y el camino terminaba al cabo de dos kilómetros, la medida habitual de una parcela destinada a la explotación agrícola, confluyendo con otro camino de grava. Nos dábamos media vuelta y volvíamos sobre nuestros pasos.

En el tórrido mediodía apenas se oían los pájaros, y no se veía ninguno, y apenas había mosquitos, porque las charcas en el terreno bajo estaban prácticamente secas. Pero sobre el arroyo volaban libélulas y, a menudo, nubes de mariposas muy pequeñas, de un verde tan pálido que casi parecía, más que su color real, el reflejo de las hojas en ellas.

Lo que sí se oía en todos los tramos del camino era la voz parsimoniosa y ufana de Russell. Hablaba de su familia: tenía dos hermanas mayores que ya se habían marchado de casa y un hermano menor y otras dos hermanas menores, y todos eran músicos, todos tocaban algún instrumento. El hermano menor se llamaba Jackie y estudiaba trombón, para ocupar el lugar de Russell. Las hermanas todavía en casa eran Mavis y Annie y las ya crecidas eran Iona e Isabel. Iona estaba casada con un hombre que trabajaba en las líneas de alta tensión de la compañía eléctrica, e Isabel era camarera en un gran hotel. Otra hermana, Edna, había muerto de polio en un pulmón de acero a los doce años después de estar enferma sólo dos días. Era la única rubia de la familia. El hermano, Jackie, también había estado a punto de morir, de envenenamiento de la sangre por pisar una tabla con un clavo oxidado. El propio Russell tenía antes las plantas de los pies curtidas de ir descalzo en verano. Era capaz de caminar por la grava o entre los cardos o el rastrojo sin hacerse una sola herida.

En octavo curso había dado un estirón, alcanzando casi su actual altura, y obtuvo el papel de Alí Babá en la opereta de la escuela. Fue porque, además de su estatura, cantaba bien.

Había aprendido a conducir el coche de su tío cuando éste vino de Port Huron. Su tío se dedicaba a la fontanería y se cambiaba de coche cada dos años. Dejó conducir a Russell antes de tener edad para sacarse el carné. Miriam McAlpin, en cambio, no le permitió conducir su camión hasta que lo tuvo. Ahora sí lo conducía, con o sin el remolque para caballos enganchado. Había ido a Elmira, a Hamilton y, en una ocasión, a Peterborough. Era difícil conducirlo porque el remolque de caballos podía volcar. A veces ella lo acompañaba, pero lo dejaba conducir a él.

Cuando hablaba de Miriam McAlpin, le cambiaba la voz. Destilaba recelo, cierto desdén, cierta sorna. Era una mujer de armas tomar, decía. Pero no estaba mal si sabías manejarla. Le gustaban más los caballos que los humanos. Ya estaría casada si hubiese podido casarse con un caballo.

Yo no hablaba mucho de mí y tampoco lo escuchaba muy atentamente. Su conversación era como una cortina de lluvia suave entre los árboles, la luz y las sombras del camino, el arroyo de aguas cristalinas, las mariposas y yo, y toda esa parte de mí que se habría fijado en esas cosas si hubiese estado sola. Gran parte de mí permanecía oculta, como con mis amigas los sábados por la noche. Pero ahora el cambio no era tan deliberado y voluntario. Me hallaba medio hipnotizada, no sólo por el sonido de su voz, sino por la anchura de sus hombros bajo la camisa limpia de manga corta, por su cuello bronceado y sus gruesos brazos. Se había lavado con jabón Lifebuoy —yo

conocía su olor como todo el mundo—, pero en aquellos tiempos los hombres no iban más allá de lavarse, sin preocuparse por el sudor que se acumularía en un futuro cercano. Así que también eso lo olía. Y, muy tenuemente, el olor de los caballos, las bridas, los establos y el heno.

Cuando no estaba con él, intentaba recordar: ¿era guapo o no? Tenía un cuerpo bastante esbelto, pero la cara un tanto carnosa y un mohín autoritario en los labios, y sus ojos de color azul claro, siempre muy abiertos, revelaban una especie de obstinada ingenuidad, un engreimiento inocente. Todo aquello que en otro no me habría gustado.

—Me rechinan los dientes por la noche —dijo—. Nunca me despierto, pero el ruido despierta a Jackie y se pone hecho una furia. Me da un puntapié y yo, dormido, me doy la vuelta, y problema resuelto. Porque sólo lo hago cuando duermo boca arriba.

»¿Tú me darías un puntapié? —preguntó.

Alargando el brazo, salvó la distancia que nos separaba, algo más de un palmo de aire colmado de sol, y me cogió la mano. Dijo que tenía tanto calor en la cama que apartaba las mantas a patadas, y Jackie también por eso se ponía hecho una furia.

Quise preguntarle si usaba sólo la chaqueta del pijama o sólo el pantalón, o las dos cosas, o nada, pero ante la última posibilidad me sentí demasiado débil para abrir la boca. Nuestros dedos se toqueteaban, por propia iniciativa, hasta que, ya sudorosos, lo dejaban y se separaban.

Sólo cuando volvíamos al jardín del colegio y nos disponíamos a recoger las bicicletas y regresar al pueblo —por separado—, el motivo de nuestro paseo, el único motivo que yo veía, recibía toda nuestra atención. Él me llevaba a la sombra, me rodeaba con los brazos y empezaba a besarme. Ocultos a la vista de la carretera, me apretaba contra el tronco de un árbol y nos besábamos, al principio castamente y luego con más ardor, y nos entrelazábamos —todavía de pie— con trémulo apremio. Y después de... no sé... cinco o diez minutos, nos separábamos y cogíamos las bicicletas y nos despedíamos. Me escocían los labios de la fricción y tenía las mejillas y la barbilla irritadas por la barba que asomaba en su cara. Me dolía la espalda de estar comprimida contra el árbol, y la parte delantera del cuerpo por la presión de él. Mi vientre, aunque bastante plano, poseía cierta elasticidad; advertí que el suyo, en cambio, no. Creía que los hombres debían de tener una firmeza e incluso una protuberancia en sus vientres que no notabas hasta que te estrechaban contra ellos.

Resulta muy extraño que, sabiendo tanto como sabía, no me diese cuenta de a qué se debía esa presión. Tenía una idea bastante precisa de la anatomía de un hombre, pero por alguna razón se me había escapado el detalle de que se producía ese cambio de estado y tamaño. Por lo visto, pensaba que un pene conservaba siempre su tamaño máximo y su forma clásica, pero, a pesar de eso, quedaba suspendido hacia abajo dentro de la pernera del pantalón, no izado para presionar contra otro cuerpo de esa manera. Había oído muchos chistes, y había visto animales aparearse, pero por alguna razón, cuando la educación es informal, a veces quedan lagunas.

De vez en cuando Russell hablaba de Dios. En tales ocasiones empleaba un tono firme y objetivo, como si Dios fuera un oficial de rango superior, un tono a veces de indulgencia pero a menudo inflexible e impaciente, de una manera muy masculina. Cuando la guerra acabase y él abandonase

el ejército («Si no me matan», decía alegremente), allí seguirían los mandamientos de Dios y *su* ejército.

—Tendré que hacer lo que Dios me exija.

Eso me llamó la atención. ¡Qué extrema docilidad exigía ser creyente!

O —si pensábamos en la guerra y el ejército corriente— el mero hecho de ser hombre.

Es posible que pensara en su futuro porque habíamos visto, en el tronco de un haya —esos árboles cuya corteza gris es ideal para los mensajes—, una cara y una fecha grabadas. El año era 1909. En el tiempo transcurrido desde entonces, el árbol había crecido, el tronco se había ensanchado, y los contornos de la cara, por tanto, se habían dilatado lateralmente hasta convertirse en borrones mayores que la propia cara. El resto de la fecha había desaparecido por completo, y los números del año pronto serían también ilegibles.

—Eso fue antes de la Primera Guerra Mundial —dije—. Quienquiera que lo hiciese quizá ya esté muerto. Puede que lo mataran en la guerra. —Y me apresuré a añadir—: O puede que haya muerto sin más.

Fue ese día, creo, que pasamos tanto calor en el camino de regreso que nos descalzamos y nos descolgamos de las tablas del puente para sumergirnos hasta la rodilla en el agua del arroyo. Nos mojamos los brazos y la cara.

—¿Te acuerdas de cuando me pillaron al salir de debajo del manzano? —pregunté, para mi propia sorpresa.

—Sí.

—Dije que estaba buscando una pulsera, pero no era verdad. Fui allí por otra razón.

—¿Ah, sí?

Me arrepentía ya de haber empezado.

—Quería colocarme debajo del gran árbol cuando estaba florido y contemplarlo desde debajo.

Se echó a reír.

—¿Qué curioso! —dijo—. Yo también quise hacerlo. Nunca lo hice, pero lo pensé.

Me sorprendió, y en cierto modo me disgustó, saber que habíamos tenido ese impulso en común. Pero ¿se lo habría contado si no lo hubiese creído capaz de comprenderlo?

—Ven a casa a cenar —propuso.

—¿No tienes que pedir permiso a tu madre?

—No le importa.

A mi madre sí le habría importado, de haberlo sabido. Pero no lo supo, porque mentí y dije que iba a casa de mi amiga Clara. Desde que mi padre tenía que estar en la fundición a las cinco —incluso los domingos, porque era el vigilante— y mi madre se sentía mal tan a menudo, nuestras cenas no tenían orden ni concierto. Si cocinaba yo, hacía las cosas que me gustaban. Una era rebanadas de pan con queso remojadas en leche y huevo batido, y todo ello pasado por el horno. Otra, también al horno, era un redondo de carne en lata bañado en azúcar moreno. O pilas de patata cruda cortada en rodajas que freía hasta que quedaban crujientes. Si mis hermanos tenían que prepararse ellos la cena, se hacían cosas como sardinas con galletas saladas o mantequilla de cacahuete con obleas de vainilla. La erosión de las costumbres regulares en casa facilitó mi

engaño.

Quizá mi madre, de haberlo sabido, habría encontrado la manera de advertirme que en cuanto entrabas en ciertas casas como igual o como amigo —y esto era cierto incluso si se trataba de casas perfectamente respetables—, mostrabas que el valor que te atribuías no era muy alto, y después de eso los demás te valorarían en consonancia. Yo se lo habría discutido, naturalmente, y con tanta mayor vehemencia porque habría sabido que era verdad lo que decía, en lo que se refería a la vida en el pueblo. Al fin y al cabo, era yo quien inventaba cualquier excusa para no pasar con mis amigas por la esquina donde Russell y su familia se instalaban los sábados por la noche.

A veces, esperanzada, pensaba en el momento en que Russell apartaría el uniforme azul marino ribeteado de rojo, un tanto cómico, y lo sustituiría por el caqui. Me parecía que, en cuanto se vistiera de soldado, cambiaría mucho más que el uniforme, que la propia identidad mudaría y aparecería debajo una nueva, una incuestionable.

Los Craik vivían en una calle estrecha, en diagonal, de una sola manzana, no muy lejos de los establos. Nunca antes había tenido motivos para pasar por aquella calle. Las casas estaban casi pegadas a la acera y tan cerca unas de otras que no había sitio para caminos de acceso ni para jardines laterales. Los que tenían coche debían de aparcarlos en parte junto al bordillo y en parte en las franjas de césped que hacían las veces de jardín delantero. La gran casa de madera de los Craik estaba pintada de amarillo —Russell me había dicho que buscara la casa amarilla—, pero la pintura había perdido el color y se descascarillaba.

Igual que la pintura marrón que en otro tiempo, con poco acierto, se había usado para cubrir los ladrillos rojos de la casa donde yo vivía. En cuanto a dinero contante y sonante, nuestras dos familias no andaban muy lejos. No andaban nada lejos.

Había dos niñas sentadas en el peldaño de la entrada, tal vez apostadas allí por si yo había olvidado la descripción de la casa.

No obstante, se levantaron de un salto, sin mediar palabra, y entraron a toda prisa en la casa como si las persiguiera un lince. La puerta mosquitera me golpeó en la cara y me quedé mirando un largo pasillo vacío. Oí un ahogado alboroto al fondo de la casa, quizá para decidir a quién correspondía salir a recibirme. Y entonces el propio Russell bajó por la escalera, con el pelo recién mojado, y me hizo pasar.

—Veo que has llegado bien —dijo.

Retrocedió para no tocarme.

En casa, los señores Craik no llevaban el uniforme del Ejército de Salvación. No sé por qué pensé que sí lo llevarían. El padre, cuyos sermones callejeros tendían a furibundos, coléricos incluso al expresar la esperanza de misericordia y salvación, y cuya expresión cuando se sentaba encorvado en el carronato del carbón era siempre hosca, se presentó ante mí limpio y aseado, con una calva reluciente, y me saludó como si de verdad se alegrara de verme en su casa. La madre era alta, como Russell, de huesos grandes y pecho plano, el pelo cano recortado por encima de las orejas. Russell tuvo que decirle mi nombre dos veces, por el estrépito que ella misma armaba



preparando un puré de patatas, hasta que consiguió que se diera la vuelta. Se limpió la mano con el delantal, como en ademán de ofrecérmela, pero no lo hizo. Dijo que estaba encantada de conocerme. Cuando cantaba los himnos en la esquina de la calle, lo hacía con voz potente y dulce, pero ahora, al hablar, se le quebró de vergüenza como a un adolescente.

El padre de Russell se dispuso a llenar el vacío. Me preguntó si tenía experiencia con las gallinas bantam. Contesté que no, y él dijo que había pensado que sí tendría, habiéndome criado en una granja.

—Las gallinas son mi pasatiempo —añadió—. Ven a verlas.

Las dos niñas habían vuelto a aparecer y rondaban por el recibidor. Iban a seguirnos a su padre, a Russell y a mí al jardín trasero, pero su madre las llamó.

—¡Annieymavis! Quedaos aquí y poned la mesa.

El gallo bantam se llamaba *Rey Jorge*.

—Es una broma —explicó el señor Craik—. Es porque yo me llamo George.

Las gallinas tenían nombres como *Mae West* y *Tugboat Annie* y *Daisy Mae* y otros personajes del cine o las tiras cómicas o el folclore popular. Me sorprendió por el hecho de que esa familia no podía ver películas y en los sermones de los domingos señalaban las salas de cine como lugares que debían aborrecerse especialmente. Habría pensado que las tiras cómicas también eran territorio prohibido. Tal vez no había nada de malo en poner esos nombres a gallinas tontas. O acaso los Craik no habían pertenecido siempre al Ejército de Salvación.

—¿Cómo distinguen a unas de otras? —pregunté.

No estaba muy despierta, o de lo contrario habría visto que todas estaban claramente marcadas, tenían su propio dibujo de plumas rojas y marrones y doradas y de color óxido.

El hermano de Russell había salido de algún sitio. Dejó escapar una risita.

—Ah, eso es algo que vas aprendiendo —contestó el padre.

Empezó a identificarlas una por una, pero las gallinas se alborotaron debido a tanta atención y se dispersaron por el jardín, así que no pudo acabar. El gallo era atrevido y me picoteó el zapato.

—No te asustes —dijo el padre de Russell—. Está fanfarroneando.

—¿Ponen huevos? —fue mi siguiente pregunta absurda.

—Huy, sí, claro que sí, pero no es muy habitual. No. Ni siquiera ponen los suficientes para nuestra mesa. No, no. Son una raza ornamental, eso son. Una raza ornamental.

—Te vas a llevar un pescozón —dijo Russell a su hermano, a mis espaldas.

En la cena, el padre hizo una seña a Russell para que bendijera él la mesa, y Russell obedeció. Allí, las bendiciones eran pausadas y se improvisaban conforme a la ocasión, nada que ver con el «Bendice Señor estos alimentos para nuestro uso y a nosotros para tu servicio», que se pronunciaba entre dientes en casa cuando comíamos a la mesa en familia. Russell habló despacio, muy seguro de sí mismo, y mencionó los nombres de todos los sentados en torno a la mesa, incluida yo, pidiéndole a Dios que me acogiera. Me asaltó la escalofriante idea de que tal vez la guerra no lo rescatara por completo, de que cuando acabara para él, regresara al otro ejército y se pusiera el antiguo uniforme, o incluso que tuviera un don y el deseo de predicar en público.

No tenían platitos para el pan y la mantequilla. Había que poner la rebanada en el hule o en el borde del plato. Y tuvimos que rebañar el plato con un trozo de pan antes de que se sirviera la

tarta.

El gallo apareció en la puerta, pero el señor Craik le ordenó que se fuera, desatando las risas de Mavis y Annie, que se taparon la boca.

—Si os atragantáis con la comida, os lo tendréis bien merecido —dijo Russell.

La señora Craik evitaba pronunciar mi nombre —con voz ronca, susurraba a Russell: «Pásale los tomates»—, pero parecía deberse a una extrema timidez, no a mala voluntad. El señor Craik siguió mostrando un imperturbable sentido de la ocasión social, y me preguntó cómo estaba mi madre de salud, y qué horario hacía mi padre en la fundición y si le gustaba el empleo, ¿lo consideraba un cambio después de haber sido su propio jefe? Me hablaba de una manera más propia de un maestro o un tendero o incluso un profesional del pueblo que la de un carbonero subido siempre en el carromato del reparto. Y parecía dar por sentado que nuestras familias estaban en pie igualdad y mantenían una fluida relación. Eso se acercaba a la verdad en lo que se refería al pie de igualdad, y también en el sentido de que mi padre mantenía una relación fluida con casi todo el mundo. Aun así, me incomodó, incluso me avergonzó un poco, porque yo estaba engañando a esa familia y a la mía propia. Me había sentado a esa mesa dando una falsa apariencia.

Pero entonces tuve la impresión de que Russell y yo habríamos dado una falsa apariencia en cualquier cena familiar en la que tuviéramos que simular que sólo nos interesaban la comida y la conversación que nos ofrecían. Cuando en realidad estábamos contando los minutos, pues no era allí donde se satisfacerían nuestras necesidades más apremiantes, y nuestro único interés era llegar a la piel del otro.

Jamás se me pasó por la cabeza que ése fuera realmente el lugar que correspondía a una joven pareja en nuestra situación, que hubiéramos entrado en la primera etapa de una vida que nos convertiría, antes de lo que parecía, en el Padre y la Madre. Los padres de Russell debían de saberlo, y es posible que en el fondo estuvieran horrorizados, pero razonablemente esperanzados o resignados. En la familia, Russell era ya una fuerza sobre la que no tenían control. Y Russell lo sabía, si es que en esos momentos era capaz de pensar con tanta antelación. Apenas me miraba, pero cuando lo hacía era una mirada firme, con la que reivindicaba un derecho, y que me golpeaba y resonaba dentro de mí como si yo fuera un tambor.

Se acercaba el final del verano y anochece ya antes. La luz estaba encendida en la cocina cuando fregamos los platos. Después de calentar el agua en el hornillo, habían dejado la palangana en la mesa, que era tal como lo hacíamos en mi casa cuando yo fregaba los platos. La madre lavaba, las hermanas y yo secábamos. Tal vez aliviada porque se había acabado la cena y pronto me marcharía, la madre de Russell se permitió unos cuantos comentarios.

«Siempre hacen falta más platos de los que uno se piensa para preparar una comida».

«No te molestes con las cazuelas, ya las pondré yo sobre los fogones».

«Parece que ya hemos acabado».

Esta última frase sonó a agradecimiento, como si no fuese capaz de dar las gracias de otro modo.

Tan cerca de mí y de su madre, Mavis y Annie no se atrevieron a soltar una sola risita. Cuando nos estorbábamos en el escurridor, decían en voz baja: «Perdón».

Russell volvió de ayudar a su padre a llevar las bantam al gallinero. Dijo: «Supongo que es hora de acompañarte a casa», como si acompañarme a casa fuera sólo otra tarea nocturna más, en lugar de nuestro anhelado primer paseo juntos en la oscuridad. Calladamente, exquisitamente, anhelado por mi parte, mientras la sola idea cobraba fuerza dentro de mí durante todo el proceso del secado de platos e incluso lo transformaba en un ritual femenino misteriosamente relacionado con lo que vendría a continuación.

No estaba tan oscuro como yo esperaba. Para llegar a mi casa teníamos que cruzar el pueblo, de este a oeste, y casi con toda seguridad nos verían.

Pero no era allí adonde íbamos. Al final de la corta calle, Russell me apoyó la mano en la espalda: una presión rápida y funcional, para dirigirme no hacia casa, sino hacia el establo de Miriam McAlpin.

Me volví para ver si alguien nos espiaba.

—¿Y si nos siguen tus hermanos?

—No lo harán —respondió—. Los mataría.

El establo estaba pintado de rojo, el color visible aún en la penumbra. Las puertas de las cuadras se encontraban en el nivel inferior, al fondo. En las puertas del nivel superior, que daban a la calle, se veía el emblema: dos caballos blancos encabritados. Una pasarela de piedras y tierra ascendía hasta esas puertas: por ahí entraban las pacas de heno. Una de esas grandes puertas del nivel superior contenía una puerta de tamaño normal, perfectamente encajada para que apenas se viera, ocupando los cascos y parte de las patas traseras del caballo. Estaba cerrada con llave, pero Russell tenía la llave.

Entró y tiró de mí para que lo siguiera. Y en cuanto cerró la puerta, quedamos en lo que al principio fue una oscuridad absoluta. Alrededor, casi asfixiante, flotaba el olor del heno nuevo de ese verano. Russell me llevó de la mano con la misma seguridad que si viese. Tenía la mano más caliente que la mía.

Al cabo de un momento yo misma empecé a ver. Balas de heno apiladas como ladrillos gigantes. Estábamos en una especie de pajar, encima de las cuadras. Allí percibía un fuerte olor a caballo, además del heno, y oía en los compartimentos un continuo piafar y mascar y golpetear. En esa época del año, la mayoría de los caballos pasaban toda la noche fuera, en el prado, pero probablemente éstos eran demasiado valiosos para dejarlos fuera a oscuras.

Russell me llevó de la mano hasta el peldaño de una escalerilla, por la cual podíamos trepar hasta lo alto de las pacas de heno.

—¿Quieres que suba yo antes o después de ti? —preguntó en susurros.

¿Por qué en susurros? ¿Molestaríamos a los caballos? ¿O sencillamente en la oscuridad resulta más natural hablar en susurros? O cuando te flojean las piernas pero sientes anhelo y determinación en otra parte del cuerpo.

De pronto ocurrió algo. Por un momento pensé que era una explosión. La caída de un rayo. O incluso un terremoto. Tuve la sensación de que el establo entero se estremecía a la vez que se llenaba de luz. Por supuesto, nunca había estado ni remotamente cerca de una explosión o a menos

de dos kilómetros del lugar donde había caído un rayo, y nunca había sentido el temblor de un terremoto. Había oído detonaciones de armas, pero siempre al aire libre y a cierta distancia. Nunca había oído el disparo de una escopeta en un espacio cerrado bajo un techo alto.

Eso era lo que acababa de oír. Miriam McAlpin había disparado su escopeta, la había disparado contra el heno, y acto seguido encendió todas las luces del establo. Los caballos, enloquecidos, relinchaban y embestían y coceaban los flancos de los compartimentos, pero aun así se oían los gritos de Miriam.

—Sé que estás ahí. Sé que estás ahí.

—Vete a casa —me susurró Russell al oído con un siseo perentorio. Me obligó a volverme hacia la puerta—. Vete a casa —repitió con ira, o al menos con un apremio parecido a la ira. Como si yo fuera un perro que lo seguía, o una de sus hermanas pequeñas, que no tenía derecho a estar allí.

Puede que lo dijera también en un susurro, puede que no. Con el ruido conjunto de los caballos y Miriam, no habría importado. Me dio un empujón, violento, sin la menor ternura, y luego se volvió hacia el establo y vociferó:

—No dispares, soy yo... Eh, Miriam, soy yo.

—Sé que estás ahí...

—Soy yo. Russ.

Había corrido hacia la parte delantera de la pila de heno.

—¿Quién está ahí? ¿Russ? ¿Eres tú? ¿Russ?

Debía de haber una escalerilla para bajar a las cuadras. Oí la voz de Russell mientras descendía, resuelta pero trémula, como si temiese que Miriam empezara a disparar otra vez.

—Soy yo. He entrado por arriba.

—He oído a alguien —dijo Miriam, incrédula.

—Lo sé. Era yo. He venido a ver a *Lou*. A ver cómo está de la pata.

—¿Eras tú?

—Sí, ya te lo he dicho.

—Estabas en el pajar.

—He entrado por la puerta de arriba.

Se notaba que ya había recuperado el control. Fue capaz de hacer él mismo una pregunta.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Acabo de entrar. Estaba en la casa y de pronto he tenido el palpito de que pasaba algo en el establo.

—¿Por qué has disparado? Podrías haberme matado.

—Si había alguien aquí, quería asustarlo.

—Podrías haber esperado. Podrías haber dado una voz antes. Podrías haberme matado.

—Ni se me ha pasado por la cabeza que pudieras ser tú.

De repente Miriam McAlpin volvió a gritar, como si acabara de detectar la presencia de otro intruso.

—Podría haberte matado. Ay, Russ. No lo había pensado. Podría haberte pegado un tiro.

—Bueno, cálmate —dijo Russell—. Podrías, pero no ha pasado nada.

—Ahora podrías estar muerto, y te habría matado yo.

—No me has matado.

—Pero ¿y si lo hubiese hecho? Dios mío, Dios mío. ¿Y si lo hubiese hecho?

Lloraba y repetía algo parecido una y otra vez, pero con voz ahogada, como si tuviera algo en la boca.

O como si la abrazaran, como si la estrecharan contra algo, contra alguien, que la consolaba y apaciguaba.

La voz de Russell, henchida de dominio, balsámica.

—Bueno, ya está. Ya ha pasado, cariño. Ya ha pasado.

Fue lo último que oí. Qué palabra tan extraña para dirigírsela a Miriam McAlpin. «Cariño». La palabra que había empleado conmigo, en nuestros besuqueos. Una palabra corriente, pero entonces me había parecido algo que podía engullir, un bocado dulce como la miel. ¿Por qué la dijo en ese momento, cuando yo no estaba cerca de él? Y exactamente de la misma manera. Exactamente igual.

Entre el pelo, al oído, de Miriam McAlpin.

Yo me había quedado junto a la puerta, temerosa de que, al abrirla, se oyera abajo el ruido, pese al alboroto que seguían armando los caballos. O bien no había entendido realmente que mi presencia allí sobraba, que mi papel había concluido. Tenía que salir ya, y me dio igual si me oían o no. Pero dudo que me oyesen. Cerré la puerta, corrí primero pasarela abajo y luego por la calle. Habría seguido corriendo, pero caí en la cuenta de que alguien podía verme y preguntarse qué ocurría. Tendría que conformarme con caminar a paso muy rápido. Me costó detenerme un momento, incluso para cruzar la carretera que era también la calle principal del pueblo.

No volví a ver a Russell. Al final sí se incorporó a filas. No murió en la guerra, y dudo que continuara en el Ejército de Salvación. El verano posterior a todo esto, una tarde, vi a su esposa, una chica a la que conocía de vista del instituto. Iba un par de cursos por delante del mío, y había dejado los estudios para trabajar en una lechería. Estaba con la señora Craik, y visiblemente embarazada. Hurgaban en un cajón de gangas frente a la tienda de Stedman. Se la veía desconsolada y poco agraciada, esto último quizá por efecto del embarazo, aunque antes yo ya la consideraba poco agraciada. O al menos insignificante y tímida. Todavía se la notaba tímida, aunque en modo alguno insignificante. Su cuerpo parecía abyecto pero asombroso, grotesco. Y me recorrió un estremecimiento de envidia sexual, de anhelo, al verla y pensar en cómo había llegado a ese estado. A tal sumisión, a tal necesidad.

En algún momento tras volver de la guerra, Russell empezó a dedicarse a la carpintería y a través de este oficio llegó a ser contratista y a construir casas para las urbanizaciones de los alrededores de Toronto, cada vez más numerosas. Lo sé porque apareció en una reunión del instituto, al parecer muy próspero, bromeando porque no tenía derecho a estar allí, ya que ni siquiera había ido al instituto. Esto me lo contó Clara, que se mantuvo en contacto conmigo.

Clara comentó que ahora su mujer era rubia, tirando a gorda, y lucía un vestido de verano sin espalda. Un moño de pelo rubio asomaba por una abertura en la copa de su sombrero. Clara no

había hablado con ellos, y por tanto no estaba del todo segura de si era la misma esposa u otra.

Probablemente no era la misma, aunque podría haberlo sido. Clara y yo comentamos que en esas reuniones se comprobaba a veces que la vida había tratado mal o degradado a quienes en su día aparentaron mayor seguridad, y que, en cambio, quienes antes estaban en la periferia, quienes parecían agachar la cabeza y pedir perdón, habían alcanzado la plenitud. Es posible, pues, que hubiera sucedido eso con la chica que yo había visto frente a la tienda de Stedman.

Miriam McAlpin siguió en el establo hasta que se incendió. Desconozco la razón. Quizá fuese la habitual: heno húmedo, combustión espontánea. Se salvaron todos los caballos, pero Miriam resultó herida, y después de eso vivió de una pensión de incapacidad permanente.

Esa noche, cuando llegué a casa, todo estaba como siempre. Era el verano en que mis hermanos habían aprendido a jugar al solitario, y lo jugaban a la menor ocasión. Estaban sentados a los extremos de la mesa del comedor, a sus nueve y diez años, serios como una pareja de ancianos, con las cartas extendidas ante ellos. Mi madre ya se había ido a la cama. Pasaba muchas horas en la cama, pero nunca parecía dormir como todo el mundo; simplemente se adormecía durante breves periodos del día y de la noche, y quizá se levantaba y se tomaba un té u ordenaba un cajón. Su vida había dejado de tener una conexión segura con cualquier aspecto de la vida familiar.

Me llamó desde la cama para preguntar qué tal había ido la cena en casa de Clara y qué había comido de postre.

—Pudin —contesté.

Pensé que si decía cualquier parte de la verdad, si decía «tarta», me delataría de inmediato. A ella le daba igual; sólo quería un poco de conversación, pero yo no era capaz de dársela. Le remetí el edredón alrededor de los pies, como ella me pidió, y bajé al salón, donde me senté en un taburete bajo, delante de la estantería, y saqué un libro. Me quedé allí sentada, con los ojos entornados y la mirada fija en la letra impresa a la tenue luz que todavía entraba por la ventana junto a mí, hasta que tuve que levantarme y encender la lámpara. Ni siquiera entonces me senté en un sillón para estar cómoda, sino que continué encorvada en el taburete, llenándome la mente de una frase tras otra, metiéndomelas en la cabeza para no tener que pensar en lo sucedido.

No sé qué libro cogí. Ya los había leído todos, todas las novelas de la estantería. No había muchas. *Bajo el ardiente sol*, *Lo que el viento se llevó*, *La túnica sagrada*, *Descanse en paz*, *¡Hijo mío!*, *¡hijo mío!*, *Cumbres borrascosas*, *Los últimos días de Pompeya*. La selección no reflejaba ningún gusto concreto, y de hecho mis padres a menudo no habrían sabido decir cómo determinado libro había llegado hasta allí, si lo habían comprado o cogido prestado, o si alguien se lo había olvidado.

Aun así, por algo debí de coger un libro en ese preciso momento de mi vida. Porque era en los libros donde yo encontraría, durante los siguientes años, a mis amantes. Eran hombres, no muchachos. Eran dueños de sí mismos e irónicos, con una vena feroz en ellos, con una melancolía residual. No Edgar Linton, ni Ashley Wilkes. Ni uno solo de ellos era cordial ni amable.

No es que hubiera renunciado a la pasión. De hecho, la pasión, ferviente, incluso la pasión destructiva, era lo que yo buscaba. Exigencia y sumisión. No excluía cierto grado de brutalidad.

Pero nada de confusión, nada de doble juego, nada de sorpresas ni humillaciones sórdidas. Podía esperar, y ya me llegaría el momento, pensé, cuando llegara a mi pleno desarrollo.

## AYUDA DOMÉSTICA

La señora Montjoy me estaba enseñando dónde guardar las ollas y las sartenes. Yo me había equivocado de sitio al colocarlas.

Nada detestaba más en el mundo, dijo, que un armario manga por hombro.

—Pierdes más tiempo —explicó—. Pierdes más tiempo buscando algo porque no está donde estaba la última vez.

—Eso pasaba con nuestra ayuda doméstica —dije—. Los primeros días siempre guardaban las cosas donde no había manera de encontrarlas. —Y añadí—: Ayuda doméstica, así llamábamos a las criadas. Así las llamábamos, en casa.

—¿Ah, sí? —preguntó. Se produjo un silencio—. Y el colador en ese gancho de allí.

¿Por qué tuve que decir lo que había dicho? ¿Por qué sentí la necesidad de mencionar que teníamos ayuda doméstica en casa?

La razón saltaba a la vista. Para ponerme más cerca de su nivel. Como si eso fuera posible. Como si algo de lo que yo tuviera que decir de mí misma o de la casa de la que procedía pudiera interesarle o impresionarle.

No obstante, lo de la ayuda doméstica era verdad. En mis primeros años de vida, hubo una procesión. Estuvo Olive, una chica blanda y perezosa a la que yo no le caía bien porque la llamaba «Olive Oyl». Incluso cuando me obligaron a pedirle perdón, seguí sin caerle bien. Tal vez ninguno de nosotros le caía demasiado bien, porque ella pertenecía a la Iglesia de los Cristianos de la Biblia, y eso la convertía en una persona recelosa y reservada. Acostumbraba cantar mientras fregaba y secaba los platos. «Hay un bálsamo en Judea...». Si yo intentaba cantar con ella, se interrumpía.

Después vino Jeanie, que me caía bien, porque era guapa y me ponía rulos en el pelo por la noche cuando se los ponía ella. Llevaba una lista de los chicos con los que salía y trazaba unos peculiares signos al lado de sus nombres: x x x o o \* \*. No duró mucho.

Tampoco duró Dorothy, que colgaba la ropa en el tendedero de una manera extraña —prendida del cuello, o de una manga, o de una pernera— y, al barrer, apartaba el polvo hasta un rincón y dejaba la escoba apoyada encima para esconderlo.

Y cuando yo rondaba los diez años, la ayuda doméstica era ya agua pasada. No sé si se debió a que éramos más pobres, o si consideraron que yo tenía ya edad para ayudar de manera regular.



Tan verdad era lo uno como lo otro.

Tenía diecisiete años y ya estaba capacitada para convertirme yo misma en ayuda doméstica, aunque sólo en verano porque todavía me quedaba un año de instituto. Mi hermana, con doce, podía ocuparse de las tareas de la casa.

La señora Montjoy me había ido a recoger a la estación de tren en Pointe au Baril y llevado a la isla en una lancha fueraborda. Me había recomendado para el empleo la mujer de la tienda de Pointe au Baril, una vieja amiga de mi madre; habían dado clases en el mismo colegio. La señora Montjoy le había preguntado si conocía a una chica de campo, acostumbrada al trabajo doméstico, que estuviera disponible para el verano, y la mujer había pensado que era un trabajo idóneo para mí. Eso mismo pensé yo; ansiaba ver más mundo.

La señora Montjoy vestía un pantalón corto caqui y una camisa remetida. Llevaba el pelo corto, recogido detrás de las orejas, y aclarado por el sol. Saltó a bordo de la lancha como un chico, arrancó el motor de un violento tirón, y salimos lanzadas hacia las encrespadas aguas vespertinas de Georgian Bay. Durante treinta o cuarenta minutos sorteamos islas escarpadas y boscosas con cabañas solitarias y embarcaciones meciéndose junto a los muelles. Los pinos sobresalían en ángulos extraños, igual que en los cuadros.

Yo me sujetaba a los lados de la lancha y, sin más abrigo que mi vaporoso vestido, me estremecía de frío.

—¿Estás un poco mareada? —preguntó la señora Montjoy con la sonrisa más parca posible.

Era como la señal de una sonrisa, cuando la ocasión no justificaba una de verdad. Tenía unos dientes grandes y blancos en un rostro alargado y moreno, y su expresión natural parecía ser de impaciencia apenas contenida. Probablemente se había dado cuenta de que lo mío era miedo, no mareo, y dejó caer la pregunta para que yo no tuviera que avergonzarme, y ella tampoco.

Ésa era ya una diferencia respecto al mundo al que yo estaba acostumbrada. En ese mundo, el miedo era corriente, al menos para las mujeres. Podías tener miedo a las serpientes, a las tormentas, a las aguas profundas, a las alturas, a la oscuridad, al toro y al camino solitario a través de la ciénaga, y no por eso los demás se formaban peor imagen de ti. En el mundo de la señora Montjoy, en cambio, el miedo era vergonzoso y debía vencerse siempre.

La isla hacia la que nos dirigíamos, nuestro destino, tenía nombre: Nausícaa. El nombre estaba escrito en una tabla al final del embarcadero. Lo pronuncié en voz alta para aparentar una actitud relajada y de callada admiración, y la señora Montjoy, un poco sorprendida, dijo:

—Ah, sí. Ya se llamaba así cuando mi padre la compró. Viene de un personaje de Shakespeare.

Abrí la boca para decir que no, que no era Shakespeare, y para explicar que Nausícaa era la muchacha de la playa que, mientras jugaba a la pelota con sus amigas, se vio sorprendida por Ulises cuando despertó de su siesta. Para entonces yo había descubierto que a la mayoría de la gente entre la que vivía no le gustaba esa clase de información, y probablemente me habría callado incluso si el profesor nos lo hubiera preguntado en el colegio, pero creía que la gente del mundo exterior —el mundo real— sería distinta. Reconocí justo a tiempo la brusquedad del tono

de la señora Montjoy cuando dijo «un personaje de Shakespeare», la insinuación de que Nausícaa y Shakespeare, así como cualquier observación mía, eran cosas de las que ella podía prescindir perfectamente.

El vestido que llevaba puesto al llegar lo había hecho yo misma, con algodón a rayas rosa y blanco. La tela me había salido barata, porque en realidad no era para un vestido, sino para una blusa o camión, y el estilo elegido —la falda de vuelo ancho y talle estrecho que se llevaba entonces— fue un error. Cuando caminaba, la tela se hinchaba entre mis piernas y tenía que arreglármela a tirones una y otra vez. Lo estrenaba aquel mismo día, y aún pensaba que ése sería un problema pasajero: con un tirón firme, la tela caería debidamente. Pero cuando me quité el cinturón vi que el calor del día y el sofocante viaje en tren habían ocasionado un problema peor. El cinturón era ancho y elástico, de color burdeos, y el tinte se había corrido. El vestido presentaba un círculo teñido de fresa en la cintura.

Lo descubrí cuando me desvestía en la buhardilla de la caseta del embarcadero, que compartiría con Mary Anne, la hija de diez años de la señora Montjoy.

—¿Qué te ha pasado en el vestido? —preguntó Mary Anne—. ¿Sudas mucho? Es una lástima.

Contesté que de todos modos era un vestido viejo y que había preferido no ponerme nada bueno para el tren.

Mary Anne era rubia y pecosa, de cara alargada como su madre. Pero en su semblante no se advertía la propensión al juicio precipitado de su madre, siempre a punto para abalanzarse sobre uno. Su expresión era benévola y seria, y llevaba unas gafas de lentes gruesas incluso en la cama. No tardaría en contarme que la habían operado para mejorarle la vista, pero, a pesar de eso, veía mal.

—He heredado la vista de mi padre —dijo—. También soy tan inteligente como él, así que es una lástima que no sea chico.

Otra diferencia. En el lugar de donde yo procedía, generalmente se consideraba que la inteligencia era un atributo más sospechoso en los chicos que en las chicas, aunque no resultaba una especial ventaja para unos ni para otros. Las chicas podían dedicarse a la enseñanza, y eso estaba bien —aunque muy a menudo acababan solteras—, pero a los chicos, si continuaban yendo al colegio, se los tomaba por mariquitas.

Durante toda la noche se oyó el agua que lamía las tablas de la caseta del embarcadero. Amaneció temprano. Me pregunté si estábamos tanto más al norte como para que el sol saliera antes. Me levanté y me asomé por la ventana delantera. Vi el agua aterciopelada, oscura en las profundidades pero con la luz del cielo reflejada en la superficie. La orilla rocosa de la pequeña cala, los veleros fondeados, el canal abierto más allá, y la prominencia de otro par de islas, orillas y canales aún más lejos. Pensé que nunca encontraría la manera de volver, por mis propios medios, a tierra firme.

Aún no había entendido que las criadas no tenían que encontrar la manera de volver a ningún sitio. Se quedaban donde estaban, donde encontraban trabajo. Eran las personas que creaban ese trabajo quienes iban y venían.

La ventana de la parte trasera daba a un peñasco gris que era como un muro inclinado, con salientes y grietas donde habían prendido pequeños pinos, cedros y arándanos. Al pie de este

muro discurría un sendero —por el que yo iría más tarde— a través del bosque, hasta la casa de la señora Montjoy. A este lado de la caseta todo seguía húmedo y casi oscuro, aunque al estirar el cuello vi trozos de cielo, cada vez más blancos, por entre los árboles en lo alto de la roca. Casi todos los árboles eran coníferas fragantes y de aspecto severo, con gruesas ramas que no permitían que creciera mucha vegetación debajo: ningún tumulto de enredaderas ni zarzales ni árboles pequeños como los que estaba acostumbrada a ver en los bosques madereros. El día anterior, cuando miraba desde el tren, me había fijado precisamente en eso, en que lo que nosotros llamábamos «monte» se convertía aquí en el bosque de apariencia más auténtica, que había eliminado toda exuberancia y confusión y cambio estacional. Me dio por pensar que este bosque de verdad pertenecía a ricos —aunque lóbrego, era su propio patio de recreo— y a indios, que hacían de guías y sirvientes exóticos para los ricos, viviendo sin dejarse ver y sin llamar la atención en algún lugar al que no llegaba el tren.

Sin embargo, esa mañana miré por la ventana, con sincero interés, con avidez, como si aquél fuera un lugar donde me quedaría a vivir y donde todo acabaría siéndome familiar. Y todo acabó siéndome familiar, al menos en los lugares donde hacía mi trabajo y a donde debía ir. Pero se había levantado una barrera. Tal vez «barrera» sea una palabra excesiva; no era tanto una advertencia como un destello en el aire, un recordatorio indolente. «Esto no es para ti». No era algo que necesitara expresarse. O anunciarse en un cartel.

«Esto no es para ti». Y aunque percibí esa barrera, me negué a admitir su existencia. Me negué a admitir que alguna vez llegué a sentirme humillada o sola, o que era una auténtica criada. Pero dejé de pensar en apartarme del sendero, en explorar entre los árboles. Si me veían, tendría que explicar qué hacía, y no les gustaría o, más concretamente, no le gustaría a la señora Montjoy.

Y a decir verdad, en ese sentido no había gran diferencia respecto de cómo eran las cosas en casa, donde prestar una atención no práctica al mundo exterior, o rumiar fantasiosamente sobre la naturaleza —incluso usar esa palabra, naturaleza— podía convertirte en el hazmerreír de la gente.

A Mary Anne le gustaba hablar cuando estábamos acostadas en nuestros camastros. Me dijo que su libro favorito era *Kon-tiki* y que no creía en Dios ni en el cielo.

—Mi hermana murió —dijo—. Y no creo que ande flotando por ahí en camisón blanco. Sencillamente está muerta, sencillamente no es nada.

»Mi hermana era guapa. O al menos, en comparación conmigo. Mi madre nunca ha sido guapa y mi padre es feísimo. La tía Margaret antes era guapa y ahora está gorda, y la abuela antes era guapa y ahora está vieja. Mi amiga Helen es guapa, pero mi amiga Susan no. Tú eres guapa, pero eso no cuenta porque eres la criada. ¿Te duele que te lo diga?

Contesté que no.

—Cuando estoy aquí, soy sólo la criada.

No es que yo fuera la única sirvienta de la isla. Los otros sirvientes eran un matrimonio, Henry y Corrie. No se sentían degradados por su trabajo: lo agradecían. Habían venido a Canadá desde Holanda hacía unos años y los habían contratado los señores Foley, que eran los padres de la señora Montjoy. Los dueños de la isla eran los señores Foley y vivían en el gran bungalow

blanco, con sus toldos y verandas, que coronaba el punto más alto de Nausícaa. Henry cortaba el césped, cuidaba la pista de tenis, repintaba las hamacas del jardín, y ayudaba al señor Foley con los barcos y a quitar la mala hierba de los caminos y a reparar el embarcadero. Corrie se ocupaba de las tareas de la casa y cocinaba y cuidaba a la señora Foley.

La señora Foley pasaba las mañanas soleadas en una tumbona al aire libre, con las piernas extendidas para tomar el sol y un toldillo acoplado a la tumbona para protegerle la cabeza. Corrie salía y la iba desplazando conforme se movía el sol, y la llevaba al cuarto de baño, y le servía tazas de té y vasos de café con hielo. Yo misma la veía hacerlo cuando subía a casa de los Foley desde la casa de los Montjoy para hacer un recado, o para poner o sacar algo de la nevera. En esa época las neveras eran aún una novedad y un lujo, y los Montjoy no tenían una en su casa.

—No debe usted chupar los cubitos de hielo —oí que decía Corrie a la señora Foley. Por lo visto, la señora Foley no le hizo caso y empezó a chupar un cubito, y Corrie la reprendió—: Mala. No. Escúpalo. Escúpalo ahora mismo en la mano de Corrie. Mala. No ha hecho lo que Corrie le ha mandado.

—Les he dicho que podría atragantarse y morir —me explicó al alcanzarme de camino a la casa—. Pero el señor Foley siempre contesta: dale los cubitos, quiere beber como todo el mundo. Así que se lo digo y se lo digo. No chupe los cubitos. Pero no me hace caso.

A veces me enviaban a ayudar a Corrie a sacar brillo a los muebles o encerar los suelos. Era una mujer muy exigente. No se limitaba a pasar un trapo por las encimeras de la cocina; ella las restregaba. En cada uno de sus movimientos se observaba la energía y la concentración de alguien que remaba en un bote contra corriente y cada una de sus palabras parecía lanzada en un clima hostil. Cuando escurría un trapo habría podido estar retorciéndole el cuello a un pollo. Me pareció que podía ser interesante inducirla a hablar de la guerra, pero ella contaba sólo que todo el mundo pasaba mucha hambre y que guardaban las mondas de patata para preparar caldo.

—No es bueno —decía—. No es bueno hablar de eso.

Prefería el futuro. Henry y ella estaban ahorrando para montar un negocio. Querían abrir una residencia de ancianos.

—Hay mucha gente como ella —dijo Corrie mientras trabajaba, señalando con la cabeza a la señora Foley, que estaba fuera en el jardín—. Y habrá cada vez más. Porque les dan medicinas, y así tardan más en morir. ¿Quién cuidará de ellos?

Un día la señora Foley me llamó mientras atravesaba el jardín.

—¿Y adónde vas tú con tantas prisas? —preguntó—. Ven a sentarte a mi lado y descansa un rato.

Tenía el cabello blanco, recogido bajo un sombrero de paja flexible, y cuando se inclinaba, el sol traspasaba los orificios de la paja, salpicando de granos de luz las manchas rosadas y parduzcas de su cara. Sus ojos eran de un color tan apagado que fui incapaz de distinguirlo y su cuerpo presentaba una forma anómala: el pecho plano y estrecho y el vientre hinchado bajo capas de ropa suelta y clara. En las piernas estiradas bajo el sol, le brillaba la piel, descolorida y un tanto agrietada.

—Perdona que no me haya puesto las medias —dijo—. Sintiéndolo mucho, hoy estoy un poco vaga. ¡Qué valor el tuyo, hay que ver! Mira que venir tú sola hasta aquí. ¿Te ha ayudado Henry a

traer la compra desde el embarcadero?

La señora Montjoy nos saludó con la mano. Iba de camino a la pista de tenis, para dar a Mary Anne su clase. Cada mañana daba a Mary Anne una clase, y en la comida hablaban de los fallos de Mary Anne.

—Ahí está esa mujer que viene a jugar al tenis —dijo la señora Foley de su hija—. Viene todos los días, así que supongo que no hay inconveniente. Bien está que use la pista si ella no tiene la suya propia.

Después la señora Montjoy me preguntó:

—¿Te ha pedido la señora Foley que te sentaras en la hierba a su lado?

Contesté que sí.

—Me ha confundido con alguien que traía la compra.

—Creo que antes venía en barco una chica de la tienda de ultramarinos. Hace años que no nos traen la compra. De vez en cuando a la señora Foley se le cruzan los cables.

—Ha dicho que usted era una mujer que venía a jugar al tenis.

—¿Ah, sí? —preguntó la señora Montjoy.

El trabajo que debía hacer no me resultaba arduo. Sabía cocinar y planchar y limpiar un horno. Nadie traía barro del corral a la cocina y no tenía que escurrir con rodillo la gruesa ropa de trabajo de los hombres. Estaba sólo el pequeño detalle de tener que colocarlo todo perfectamente en su sitio y pasarme horas sacando brillo: sacar brillo a los bordes de los quemadores de la cocina siempre después de usarlos, sacar brillo a los grifos, sacar brillo a la puerta de cristal de la terraza hasta que el cristal es invisible y la gente corre el peligro de romperse la cara contra él.

La casa de los Montjoy era moderna, con el tejado plano y una terraza que se extendía por encima del agua y muchos ventanales, que a la señora Montjoy le habría gustado tener tan invisibles como la puerta de cristal.

—Pero tengo que ser realista —dijo—. Sé que si te dedicaras a eso, apenas te quedaría tiempo para nada más.

No era en absoluto una negrera. Conmigo empleaba un tono firme y un poco irascible, pero era el mismo que empleaba con todo el mundo. Siempre estaba atenta al menor asomo de desatención o incompetencia, faltas que aborrecía. «Dejada» era una de sus palabras de condena preferidas. Otras expresiones eran «ni fu ni fa» e «innecesario». Muchas cosas que hacía la gente eran «innecesarias», y algunas de éstas eran, además, «ni fu ni fa». Otras personas habrían empleado las palabras «pseudoartístico» o «intelectual» o «permisivo». A la señora Montjoy todas esas matizaciones la traían sin cuidado.

Yo comía sola, mientras servía a quienquiera que comiese en la terraza o en el comedor. A este respecto, estuve a punto de cometer un error garrafal. Cuando, en el primer almuerzo, la señora Montjoy me sorprendió camino de la terraza con tres platos —sostenidos en un exhibicionista estilo de camarera—, dijo: «¿Llevas tres platos? Ah, sí, dos para la terraza y el tuyo aquí, ¿no?».

Leía mientras comía. Había encontrado un montón de revistas viejas —*Life*, *Look*, *Time*,

*Collier's*— al fondo del armario de la limpieza. Me di cuenta de que a la señora Montjoy no le gustaba la idea de que yo leyera esas revistas mientras comía, pero no sabía bien por qué. ¿Sería porque era de mala educación leer mientras se comía, o porque no había pedido permiso? Más probablemente vio mi interés en cosas que no tenían nada que ver con mi trabajo como una forma sutil de insolencia. Innecesario.

Se limitó a decir: «Esas revistas viejas deben de estar repletas de polvo».

Contesté que siempre las limpiaba.

A veces tenían una invitada a comer, una amiga que venía de una de las islas cercanas. Oí decir a la señora Montjoy:

—... hay que tener contentas a las chicas o se van al hotel, se van al puerto. Allí encuentran trabajo con mucha facilidad. Ya no es como antes.

—Muy cierto —respondió la otra mujer.

—Así que haces concesiones —dijo la señora Montjoy—. Las tratas lo mejor que puedes.

Tardé un tiempo en darme cuenta de quiénes hablaban. De mí. Las «chicas» eran las chicas como yo. Me pregunté, pues, qué hacían exactamente para tenerme contenta. ¿Darme alguna que otra vez aquel alarmante paseo en barco cuando la señora Montjoy iba a hacer la compra? ¿Permitirme llevar pantalón corto con blusa, o un vestido sin espalda, en lugar de uniforme con cuello y puños blancos?

¿Y qué hotel era aquél? ¿Qué puerto?

—¿Qué se te da mejor? —preguntó Mary Anne—. ¿Qué deporte?

Tras pensarlo un momento, contesté:

—El balonvolea.

En la escuela jugábamos al balonvolea. No se me daba muy bien, pero era el mejor porque era el único.

—Ah, no me refiero a los deportes de equipo —aclaró Mary Anne—. Me refiero a qué se te da mejor a ti. Como, por ejemplo, el tenis. O nadar, o montar a caballo, ¿o qué? A mí lo que se me da mejor es montar a caballo, porque no depende tanto de la vista. A la tía Margaret se le daba mejor el tenis y a la abuela también el tenis, y el abuelo siempre navegaba, y a mi padre la natación, supongo, y al tío Stewart el golf y la vela y a mi madre el golf y la natación y la vela y el tenis y todo, pero quizás el tenis un poco más. Si mi hermana Jane no hubiese muerto, no sé qué se le habría dado mejor a ella, pero quizá la natación, porque ya sabía nadar y sólo tenía tres años.

Yo nunca había pisado una pista de tenis, y la sola idea de salir a navegar en un velero o montar a caballo me aterrorizaba. Sabía nadar, pero no muy bien. Para mí, el golf era algo que hacían hombres con cara de tonto en los dibujos animados. Los adultos que conocía nunca jugaban, a nada que implicase actividad física. Se sentaban y descansaban cuando no estaban trabajando, cosa que no ocurría con frecuencia. Aunque las noches de invierno podían jugar a las cartas. Al «euchre». Al «heredero perdido». No la clase de juegos de naipes a que jugaría la señora Montjoy.

—La gente que yo conozco trabaja demasiado para practicar deportes —dije—. En el pueblo

ni siquiera hay pista de tenis; tampoco campo de golf. —De hecho en otro tiempo sí hubo tanto lo uno como lo otro, pero durante la Depresión no alcanzó el dinero para su mantenimiento y después ya no se recuperaron—. No conozco a nadie que tenga un velero.

No mencioné que en mi pueblo sí había una pista de hockey y un campo de béisbol.

—¿En serio? —preguntó Mary Anne, pensativa—. ¿Y entonces qué hacen?

—Trabajar. Y nunca tienen dinero, en toda su vida.

A continuación le conté que la mayoría de la gente que yo conocía nunca había visto un váter con cisterna salvo en un edificio público, y que a veces los viejos (es decir, gente demasiado vieja para trabajar) tenían que quedarse en la cama todo el invierno para no pasar frío. Los niños iban descalzos hasta que llegaban las primeras heladas para ahorrar el cuero de las suelas, y morían de dolores de estómago que en realidad eran apendicitis porque sus padres no tenían dinero para un médico. A veces la gente cenaba hojas de diente de león, y nada más.

Ni una sola de estas afirmaciones —ni siquiera la de las hojas de diente león— era totalmente falsa. Yo había oído contar cosas así. Lo de las cisternas de váter quizás era lo que más se acercaba a la verdad, pero era válido para la gente del campo, no para los del pueblo, y la mayoría de aquellos para quienes era válido pertenecían a la generación anterior a la mía. Pero mientras hablaba con Mary Anne todos los incidentes aislados y las historias extrañas que había oído se propagaron por mi mente, de manera que casi llegué a creerme que yo misma había caminado descalza por el barro frío, con los pies amoratados... yo que me había beneficiado del aceite del hígado de bacalao y de las vacunas y salía camino de la escuela abrigada hasta el borde de la asfixia, y sólo me había ido a dormir con el estómago vacío por negarme a comer cosas como leche cuajada o pudín de pan o hígado frito. Y esa falsa impresión que estaba dando parecía justificada, ya que mis exageraciones o mentiras relativas sustituían algo que yo no podía precisar.

Cómo precisar, por ejemplo, la diferencia entre la cocina de los Montjoy y la de nuestra casa. No podía hacerse sólo mencionando los suelos impolutos y relucientes de una y el linóleo gastado de la otra, o el hecho de que el agua blanda bombeada desde un depósito hasta el fregadero contrastaba con el agua fría y caliente suministrada por unos grifos. Habría que decir que teníamos, por un lado, una cocina que se ajustaba con todo rigor a la idea actual de lo que debía ser una cocina y, por el otro, una cocina que de vez en cuando, con el uso y la improvisación, cambiaba un poco, pero en muchos sentidos nunca cambiaba, y pertenecía por completo a una familia y a los años y décadas de vida de esa familia. Y cuando pensaba en esa cocina, con el contrachapado y el fogón eléctrico que yo limpiaba utilizando los envoltorios de papel encerado del pan, con las viejas latas de especias de bordes oxidados guardadas año tras año en los armarios, con la ropa del establo colgada detrás de la puerta, me sentía obligada a protegerla del desprecio, tal como si tuviera que proteger del desprecio toda una forma de vida preciada e íntima aunque no precisamente grata. El desprecio, imaginaba yo, era lo que siempre estaba a la espera, balanceándose en un cable de alta tensión, debajo mismo de la piel y oculto tras las percepciones de personas como los Montjoy.

—Eso no es justo —dijo Mary Anne—. Es horrible. No sabía que la gente comía hojas de diente de león. —Pero de pronto se le iluminó la expresión—. ¿Y por qué no van a pescar?

—La gente que no necesita el pescado va y se lo lleva todo. Los ricos. Por pura diversión.

Naturalmente, algunos sí iban a pescar cuando tenían tiempo; en cambio otros, incluida yo, considerábamos que el pescado de nuestro río tenía demasiadas espinas. Pero pensé que así haría callar a Mary Anne, sobre todo porque sabía que el señor Montjoy iba de pesca con sus amigos.

Mary Anne seguía dando vueltas al problema.

—¿Y no pueden acudir al Ejército de Salvación?

—Son demasiado orgullosos.

—Pues me dan pena —dijo—. Me dan mucha pena, pero creo que es una tontería. ¿Y qué pasa con los bebés y los niños? Deberían pensar en ellos. ¿También los niños son demasiado orgullosos?

—Todo el mundo es orgulloso.

Cuando el señor Montjoy venía a la isla los fines de semana, siempre había mucho ruido y actividad. En parte se debía a que venían visitas en barco a nadar y tomar copas y ver las regatas. Pero en gran medida lo generaba el propio señor Montjoy. Tenía una voz atronadora, estridente, el cuerpo recio, y una piel que nunca se bronceaba. Cada fin de semana se ponía rojo por el sol, y durante la semana la piel quemada se le pelaba y quedaba de un color rosado y manchada de pecas, lista para volver a quemarse. Cuando se quitaba las gafas, se veía que tenía un ojo bizco y saltarín y el otro de un azul vivo pero de aspecto desvalido, como si hubiera caído en una trampa.

Cuando vociferaba, era a menudo por cosas que había extraviado, o se le habían caído, o con las que había tropezado. «¿Dónde diantres está...?», decía, o: «¿No habréis visto el...?». De modo que daba la impresión de que había extraviado hasta el propio nombre del objeto que buscaba, o no lo encontraba ya de buen comienzo. A modo de consuelo, a veces cogía un puñado de cacahuets o pretzels o lo que tuviera a mano, y comía un puñado tras otro hasta que se los acababa. Entonces fijaba la mirada en el cuenco vacío como si también eso lo asombrara.

Una mañana lo oí decir:

—¿Dónde diantres está aquel...?

Iba dando tumbos por la terraza.

—¿Tu libro? —preguntó la señora Montjoy con un brioso tono de control.

Estaba tomando su café de media mañana.

—Pensaba que lo tenía aquí fuera —dijo—. Lo estaba leyendo.

—¿El libro del mes? —preguntó ella—. Creo que lo dejaste en el salón.

Tenía razón. Yo estaba pasando la aspiradora por el salón, y poco antes había recogido un libro parcialmente oculto bajo el sofá. Se llamaba *Siete cuentos góticos*. El título me incitó a abrirlo, e incluso mientras oía la conversación de los Montjoy, seguí leyendo, sosteniendo el libro abierto con una mano y dirigiendo la aspiradora con la otra. Desde la terraza no me veían.

—No, hablo con el corazón en la mano —dijo Mira—. Hace tiempo que intento entender a Dios. Ahora me he hecho amiga de él. Para amarlo sinceramente hay que amar el cambio, y hay que amar las bromas, siendo éstas las genuinas inclinaciones de su propio corazón.

—Ahí está —dijo el señor Montjoy, que asombrosamente había entrado en el salón sin sus



trastazos y topetazos de costumbre, o al menos yo no los había oído—. Buena chica, has encontrado mi libro. Ahora me acuerdo. Anoche estuve leyendo en el sofá.

—Estaba en el suelo —dije—. Acabo de cogerlo.

Debió de verme leerlo.

—Es un libro un tanto raro —comentó—, pero a veces apetece leer un libro distinto de los demás.

—Yo no le vi pies ni cabeza —intervino la señora Montjoy, que entraba con la bandeja del café—. Tendremos que salir de en medio y dejarla que siga pasando la aspiradora.

El señor Montjoy regresó a tierra firme y a la ciudad esa tarde. Era director de banco. Eso no significaba, por lo visto, que trabajara en un banco. Al día siguiente de irse, busqué por todas partes. Busqué debajo de las sillas y detrás de las cortinas, por si acaso se había dejado el libro. Pero no lo encontré.

—Siempre pensé que sería agradable vivir aquí todo el año, como hacéis vosotros —dijo la señora Foley.

Debió de atribuirme otra vez el papel de la chica de la tienda de ultramarinos. Algunos días decía: «Ya sé quién eres. Eres la chica nueva que ayuda a la holandesa en la cocina. Pero, perdona, me es imposible recordar tu nombre». Y otro día me dejaba pasar de largo sin saludarme ni mostrar el menor interés.

—Antes veníamos aquí en invierno —explicó—. La bahía se helaba y había un camino en el hielo. Nos calzábamos raquetas para recorrerlo. Eso ahora ya no se usa, ¿verdad? ¿Las raquetas?

No esperó a que yo contestara. Se inclinó hacia mí.

—¿Puedes decirme una cosa? —preguntó con cierto bochorno, hablando casi en un susurro—. ¿Puedes decirme dónde está Jane? No la veo corretear por aquí desde hace muchísimo tiempo.

Contesté que no lo sabía. Sonrió como si le tomase el pelo, y alargó una mano para tocarme la cara. Yo me había agachado para escucharla, pero me enderecé de pronto, y su mano me rozó el pecho en lugar de la cara. Era un día caluroso y yo llevaba el vestido sin espalda, por lo que me tocó la piel. Tenía la mano ligera y seca, como viruta de madera, pero me arañó con la uña.

—Seguro que no pasa nada —dijo.

Después de eso, si me hablaba, me limitaba a saludarla con la mano y apretaba el paso.

La tarde de un sábado a finales de agosto los Montjoy ofrecieron un cóctel. La fiesta era en honor de los amigos que pasaban ese fin de semana con ellos en la casa, los señores Hammond. Como había que sacar brillo a muchísimos cubiertos pequeños de plata durante la preparación del acontecimiento, la señora Montjoy decidió aprovechar la ocasión para abrillantar al mismo tiempo toda la plata. Yo le sacaba brillo, y ella, a mi lado, la inspeccionaba.

El día de la fiesta, la gente llegó en barcos de vela y de motor. Algunos fueron a nadar y luego se sentaron en las rocas en bañador o se echaron a tomar el sol en la terraza. Otros subieron inmediatamente a la casa y empezaron a beber y charlar en el salón o en la terraza. Algunos niños

acompañaban a sus padres, y los chicos mayores habían venido solos en sus propios barcos. No eran niños de la edad de Mary Anne; a Mary Anne la habían mandado a casa de su amiga Susan, en otra isla. Algunos, muy pequeños, habían venido provistos de cunas plegables y parques, pero en su mayoría eran más o menos de mi edad. Chicos y chicas de quince o dieciséis años. Pasaron casi toda la tarde en el agua, gritando y zambulléndose y haciendo carreras hasta la plataforma.

La señora Montjoy y yo habíamos estado ocupadas toda la mañana, preparando toda clase de cosas para comer, que ahora dispusimos en bandejas y ofrecimos a la gente. Prepararlas había sido un trabajo laborioso y exasperante. Hubo que llenar cabezas de champiñones con diversas mezclas y poner una pequeña rodaja de algo encima de una pequeña rodaja de otra cosa encima de un fragmento de tostada o pan cortado con total precisión. Todas las formas tenían que ser perfectas: triángulos perfectos, redondeles y cuadrados perfectos, rombos perfectos.

La señora Hammond entró en la cocina varias veces y admiró nuestro trabajo.

—Está quedando todo estupendo —dijo—. Ya os habréis fijado en que no me ofrezco a ayudar. Soy una absoluta inepta para estas cosas.

Me gustó cómo lo dijo. «Soy una absoluta inepta». Admiré su voz ronca, su tono hastiado y jovial, y la manera en que pareció insinuar que esos trocitos geométricos de comida no eran del todo necesarios, o incluso podían ser un tanto absurdos. Deseé ser ella, con un elegante bañador negro, la piel bronceada de un tono parecido al de una tostada, el pelo oscuro y lacio hasta los hombros, el carmín de color orquídea.

No es que se la viera precisamente feliz. Pero su aspecto melancólico y un tanto lastimero me fascinaba, y la indistinta insinuación de drama me parecía envidiable. Su marido y ella pertenecían a una clase de ricos muy diferente de la de los señores Montjoy. Se parecían más a la gente sobre la que yo había leído en relatos de revistas y en libros como *The Hucksters*: gente que bebía mucho, tenía aventuras amorosas e iba al psiquiatra.

Ella se llamaba Carol, y su marido, Ivan. Yo ya pensaba en ellos por sus nombres de pila, tentación que en ningún momento había sentido con los Montjoy.

La señora Montjoy me había pedido que me pusiera un vestido, así que llevaba el de algodón a rayas rosa y blanco, con la tela manchada en la cintura remetida por debajo del cinturón elástico. Casi todos los demás iban en pantalón corto o traje de baño. Yo pasaba entre ellos ofreciendo comida. No sabía muy bien cómo hacerlo. A veces la gente se reía o hablaba con tanto vigor que no se fijaba en mí, y a mí me daba miedo que, en uno de sus gestos, la comida saliera volando. Así que decía: «Disculpen, ¿les apetece uno de éstos?», en voz tan alta que parecía muy resuelta o incluso recriminatoria. Entonces me miraban, risueños y sobresaltados, y yo tenía la sensación de que mi interrupción se había convertido en otra broma.

—Puedes dejar de pasar la bandeja de momento —dijo la señora Montjoy. Recogió unas cuantas copas y me pidió que las lavara—. La gente siempre pierde el rastro de la suya —comentó—. Es más fácil lavarlas y traerlas limpias. Y ya es hora de sacar las albóndigas de la nevera y calentarlas. ¿Puedes ocuparte tú? Vigila el horno; no tardará.

Mientras trajinaba en la cocina, oí a la señora Hammond llamar a su marido.

—¡Ivan! ¡Ivan!

Vagaba por las habitaciones del fondo de la casa. Pero el señor Hammond había entrado en la

cocina por la puerta que daba al bosque. Se quedó allí, sin contestarle. Se acercó a la encimera y se sirvió ginebra en su vaso.

—Ah, Ivan, estás aquí —dijo la señora Hammond a la vez que entraba desde el salón.

—Aquí estoy —respondió el señor Hammond.

—Yo también —dijo ella.

Empujó su vaso por encima de la encimera.

Él no lo cogió. Le acercó la ginebra y me habló a mí.

—¿Te lo estás pasando bien, Minnie?

La señora Hammond soltó una estridente carcajada.

—¿Minnie? ¿De dónde has sacado tú que se llama Minnie?

—Minnie —dijo el señor Hammond. Ivan. Habló con voz artificial y ensoñadora—. ¿Te lo estás pasando bien, Minnie?

—Sí, claro —contesté, con una voz tan pretendidamente artificial como la suya.

Estaba sacando las diminutas albóndigas suecas del horno y no quería que los Hammond estuvieran delante por si se me caía alguna. Lo encontrarían muy gracioso y probablemente se lo contarían a la señora Montjoy, que me obligaría a tirar las albóndigas caídas y se enfadaría por el derroche. Si yo estaba sola cuando eso ocurriera, bastaría con recogerlas del suelo.

—Bien —dijo el señor Hammond.

—He nadado hasta más allá de la punta —comentó la señora Hammond—. Estoy entrenándome para dar la vuelta a toda la isla a nado.

—Enhorabuena —dijo el señor Hammond con el mismo tono con el que había dicho «Bien».

Me arrepentí de haber hablado de una manera tan desenfadada y tonta. Habría querido imitar su tono profundamente escéptico y sofisticado.

—Bien, pues —dijo la señora Hammond. Carol—. Te dejo con lo tuyo.

Yo había empezado a ensartar las albóndigas en palillos y a distribuirlas en una bandeja.

—¿Quieres que te ayude? —propuso Ivan, e intentó hacer lo mismo, pero no acertaba con los palillos y las albóndigas salían despedidas por la encimera.

—En fin —dijo, pero pareció perder el hilo de sus pensamientos y, dándose la vuelta, bebió otro sorbo—. En fin, Minnie.

Yo sabía algo sobre él. Sabía que los Hammond habían ido allí a pasar el fin de semana por unas circunstancias muy especiales: el señor Hammond se había quedado sin trabajo. Me lo había contado Mary Anne. «Está muy deprimido a causa de eso —me había dicho—. Pero no serán pobres. La tía Carol es rica».

A mí no me pareció deprimido. Me pareció impaciente —sobre todo con la señora Hammond —, pero en general bastante satisfecho de sí mismo. Era alto y delgado, tenía el cabello oscuro, peinado hacia atrás, y el bigote era un trazo irónico sobre el labio superior. Al hablarme, se inclinaba hacia mí, como le había visto hacer antes cuando hablaba a las mujeres en el salón. En ese momento había pensado que la palabra para definirlo era «distinguido».

—¿Adónde vas a nadar, Minnie? ¿Vas a nadar?

—Sí —contesté—. Al lado de la caseta del embarcadero.

Decidí que lo de llamarme Minnie era una broma especial entre él y yo.

—¿Es buen sitio?

—Sí.

Lo era para mí, que me gustaba estar cerca del embarcadero. Nunca antes, hasta ese verano, había nadado en aguas que me cubrieran.

—¿Te metes alguna vez en el agua sin bañador?

—No —contesté.

—Deberías probarlo.

La señora Montjoy entró por la puerta del salón, preguntando si las albóndigas estaban listas.

—Estos invitados están muertos de hambre —dijo—. Es de tanto nadar. ¿Cómo va, Ivan? Carol te estaba buscando hace un momento.

—Ha estado aquí —contestó el señor Hammond.

La señora Montjoy esparció perejil aquí y allá entre las albóndigas.

—Bien —me dijo—, creo que ya has hecho todo lo que había que hacer aquí. Me parece que ya puedo arreglármelas sola. ¿Por qué no te preparas un bocadillo y te vas a la caseta del embarcadero?

Respondí que no tenía apetito. El señor Hammond se había servido más ginebra y cubitos y se había ido al salón.

—Bueno, pero mejor será que te lleves algo —insistió la señora Montjoy—. Más tarde te vendrá el hambre.

Pretendía darme a entender que no volviera.

De camino a la caseta del embarcadero me crucé con un par de invitadas, chicas de mi edad, descalzas y con el bañador mojado, sin aliento de tanto reírse. Probablemente habían rodeado parte de la isla a nado y salido del agua ante la caseta del embarcadero. Ahora volvían a hurtadillas para sorprender a alguien. Se hicieron a un lado cortésmente para no salpicarme, pero no pararon de reír. Dejaron paso a mi cuerpo sin mirarme siquiera a la cara.

Era la clase de niñas que habrían chillado y hecho aspavientos si yo hubiese sido un perro o un gato.

El ruido de la fiesta fue en aumento. Me acosté en mi camastro sin quitarme el vestido. Llevaba en marcha desde primera hora de la mañana y estaba cansada. Pero no conseguía relajarme.

Al cabo de un rato, me levanté, me puse el bañador y bajé a nadar. Descendí por la escalerilla hasta el agua con mi cautela habitual —creía que, si saltaba, me iría derecha al fondo y nunca volvería a salir— y nadé en las sombras. El agua que me acariciaba los brazos y las piernas me recordó lo que el señor Hammond había dicho y me bajé los tirantes del bañador, para sacar al final un brazo y luego el otro y dejar que mis pechos flotaran libremente. Nadé así, cortando dulcemente el agua con mis pezones...

Pensé que no era imposible que el señor Hammond viniera a buscarme. Lo imaginé tocándome. (No supe exactamente cómo se habría metido en el agua; no me apetecía pensar en él quitándose la ropa). Quizá se acuclillaría en el embarcadero y yo nadaría hacia él. Sus dedos me acariciarían la piel desnuda como cintas de luz. La idea de que me tocara y me deseara un hombre

de esa edad —¿cuarenta, cuarenta y cinco años?— me resultaba en cierto modo repulsiva, pero sabía que me proporcionaría placer, del mismo modo que una podía obtener placer al ser acariciada por un amoroso cocodrilo amaestrado. La piel del señor Hammond —de Ivan— podía ser suave, pero la edad y el conocimiento y la corrupción estarían presentes en él como verrugas y escamas invisibles.

Me atreví a alzarme parcialmente del agua, sujetándome con una mano al embarcadero. Tomando impulso con un balanceo, me elevé en el aire como una sirena. Resplandeciente, sin que nadie me viera.

De pronto oí unos pasos. Oí que alguien se acercaba. Me sumergí en el agua y permanecí inmóvil.

Por un momento creí que era el señor Hammond, y que en efecto yo había entrado en el mundo de las señales secretas, en las súbitas y tácitas incursiones del deseo. En lugar de taparme, me acurruqué contra el embarcadero, momentáneamente paralizada por el horror y el sometimiento.

Se encendió la luz de la caseta del embarcadero, y me volví sigilosamente en el agua y vi que era el viejo señor Foley, todavía con su traje de fiesta, compuesto de pantalón blanco y americana y gorra de marino. Había ido a la casa a tomar un par de copas y explicado a todo el mundo que la señora Foley no estaba de humor para sobrellevar la tensión de ver a tanta gente, pero mandaba recuerdos a todos.

Movía cosas en el estante de las herramientas. No tardó en encontrar lo que buscaba o dejó en su sitio lo que había ido a dejar, apagó la luz y se fue. No llegó a saber que yo estaba allí.

Me arreglé el bañador, salí del agua y subí por la escalera. El cuerpo me pesaba tanto que llegué a lo alto sin aliento.

El ruido de la fiesta seguía y seguía. Tenía que hacer algo para aislarme, así que empecé una carta para Dawna, mi mejor amiga por aquel entonces. Le describí la fiesta en términos escabrosos: la gente que vomitaba por encima de la barandilla de la terraza; una mujer que se desmayó, y al desplomarse en el sofá se le deslizó parte del vestido y dejó a la vista un pecho viejo con el pezón morado (yo lo llamé «panzón» en lugar de pezón). Hablé del señor Hammond, presentándolo como un sátiro, aunque añadí que era muy atractivo. Dije que me había acariciado en la cocina mientras tenía las manos ocupadas con las albóndigas y que luego me había seguido hasta la caseta y me había agarrado en la escalera. Pero yo le había dado un puntapié allí donde no lo olvidaría y él había retrocedido. «Salió por piernas», escribí.

«Así que prepárate para el próximo capítulo —concluí—. Titulado: “Las sórdidas aventuras de una criada de cocina”. O “Biolada en las rocas de Georgian Bay”».

Cuando vi que había escrito «biolada» en lugar de «violada», pensé que podía dejarlo así, porque Dawna no se daría cuenta de la falta. Pero fui consciente de que me había excedido en la parte sobre el señor Hammond, incluso para una carta de esas características, y de pronto todo ello me provocó vergüenza y una sensación de mi propio fracaso y soledad. Arrugué el papel. Escribir esa carta no tenía otra función que convencerme de que había entablado cierto contacto con el mundo y de que me sucedían cosas emocionantes, cosas sexuales. Y no lo había entablado. Ni me sucedía nada.

—La señora Foley me preguntó dónde estaba Jane —dije mientras la señora Montjoy y yo sacábamos brillo a la plata, o mejor dicho, mientras ella me vigilaba y yo sacaba brillo a la plata—. ¿Jane era una de las chicas que trabajaron aquí en verano?

Pensé por un momento que quizá la señora Montjoy no me contestaría, pero sí lo hizo.

—Jane era mi otra hija. Era la hermana de Mary Anne. Murió.

—Ah, no lo sabía —dije—. Lo siento. —Y a continuación añadí—: ¿Murió de polio?

Lo pregunté porque no tenía el sentido común o, digamos, la decencia, de dejarlo estar. Y en esa época los niños aún morían de polio todos los veranos.

—No —contestó la señora Montjoy—. Murió un día que mi marido movió el armario en nuestro dormitorio. Buscaba algo, y pensó que podía haberse caído detrás. No se dio cuenta de que Jane estaba en medio. Una ruedecilla se trabó en la alfombra y el mueble entero se cayó encima de ella.

Yo ya conocía todos los pormenores de la historia. Me la había contado Mary Anne. Me la había contado incluso antes de que la señora Foley me preguntara dónde estaba Jane y me arañara el pecho.

—¡Qué horror! —dije.

—En fin, son cosas que pasan.

Se me revolvió el estómago por recurrir a ese engaño y se me cayó un tenedor al suelo.

La señora Montjoy lo recogió.

—Acuérdate de lavarlo otra vez.

Es extraño que yo no pusiera en duda mi derecho a hurgar, a irrumpir y sacar eso a la superficie. La razón debió de ser, en parte, que en el mundo del que yo procedía las cosas como ésa nunca se enterraban para siempre, sino que se resucitaban de manera ritual, y tales horrores eran como una insignia que la gente exhibía —o exhibían, sobre todo, las mujeres— durante toda su vida.

También pudo ser porque, a la hora de exigir intimidación, o al menos algún tipo de igualdad, incluso con una persona que no me inspiraba simpatía, yo nunca era capaz de desistir.

La crueldad era un rasgo que no podía reconocer en mí misma. A ese respecto, y en cualquier trato con esa familia, me consideraba libre de toda culpa. Todo porque yo era joven, y pobre, y sabía quién era Nausícaa. Carecía del refinamiento o la fortaleza para ser una criada.

El último domingo estuve sola en la caseta del embarcadero, haciendo la maleta que había traído: la misma maleta que mis padres habían llevado en el viaje de novios y la única que teníamos en casa. Cuando la saqué de debajo del camastro y la abrí, olía a mi casa, al armario al final del pasillo del piso de arriba, donde solía estar al lado de los abrigos con naftalina y el protector utilizado en otro tiempo en las camas de los niños. En cambio, cuando la sacabas en casa, siempre olía un poco a trenes y fuego de carbón y ciudades: a viajes.

Oí pasos en el sendero, un tropezón en la entrada de la caseta, un golpeo en la pared. Era el señor Montjoy.

—¿Estás ahí? ¿Estás ahí arriba?

Habló con voz estentórea, jovial, la misma que la había oído otras veces cuando bebía. Y sin duda había estado bebiendo, ya que una vez más tenían gente de visita, celebrando el final del verano. Me acerqué a lo alto de la escalera. El señor Montjoy apoyaba una mano en la pared para mantener el equilibrio: acababa de pasar una lancha por el canal y las olas que levantó chocaron contra la caseta.

—Mira —dijo el señor Montjoy, alzando la vista hacia mí con semblante ceñudo de concentración—. Mira, he pensado que podía traértelo y dártelo antes de que se me olvide. —Y añadió—: Este libro.

Sostenía *Los siete cuentos góticos*.

—Porque aquel día te vi hojeándolo —explicó—. Me pareció que te interesaba. Así que ahora que lo he acabado, he pensado que bien podía pasártelo. Se me ha ocurrido pasártelo. He pensado que tal vez te gustaría.

—Gracias —dije.

—No creo que vuelva a leerlo, aunque lo he encontrado muy interesante. Muy poco común.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. He pensado que te gustaría.

—Ya —dije.

—Bien, pues. Espero que así sea.

—Gracias.

—Bien, pues —repitió—. Adiós.

—Gracias. Adiós —dije.

¿Por qué nos decíamos adiós cuando los dos sabíamos que volveríamos a vernos antes de marcharnos de la isla, y antes de subirme yo al tren? Acaso significara que ese incidente, el hecho de que él me diera el libro, debía cerrarse y yo no debía contarle ni aludir a él. Cosa que no hice. O acaso se debiera sencillamente a que él estaba bebido y no cayó en la cuenta de que me vería más tarde. Bebido o no, ahora lo veo, apoyado contra la pared de la caseta, albergando las intenciones más puras. Veo a una persona que pudo considerarme digna de ese regalo. De ese libro.

Pero en ese momento no me sentí especialmente contenta, ni agradecida, pese a darle las gracias repetidas veces. Estaba atónita, y en cierto modo avergonzada. La idea de que un asomo de mí saliera a la luz, y fuera entendido realmente, activó una alarma, del mismo modo que el hecho de que no se fijaran en mí despertaba resentimiento. Y el señor Montjoy probablemente era la persona que menos me interesaba, cuyo respeto significaba menos para mí, entre todas las que había conocido ese verano.

Se fue de la caseta y oí sus ruidosas pisadas por el camino, regresando junto a su esposa e invitados. Aparté la maleta y me senté en el camastro. Abrí el libro por cualquier página, como había hecho la primera vez, y empecé a leer.

Las paredes de la habitación en su día habían estado pintadas de carmesí, pero con el tiempo el color se había diluido en muy diversos tonos, como un jarrón de rosas marchitas... Un popurrí ardía en la alta estufa, a cuyos lados Neptuno, con un tridente, espoleaba su tiro de caballos entre las grandes olas...

Me olvidé del señor Montjoy casi de inmediato. Al momento tuve la convicción de que ese regalo siempre había sido mío.



## EL PLAN

A veces sueño con mi abuela y su hermana, mi tía Charlie, que, por supuesto, no era mi tía, sino mi tía abuela. Sueño que todavía viven en la casa donde vivieron durante unos veinte años, hasta que murió mi abuela y la tía Charlie fue trasladada a una residencia de ancianos, cosa que sucedió poco después. Me llevo una sorpresa cuando descubro que siguen vivas y me asombro, me avergüenzo, al pensar que no he ido a verlas, que no me he acercado a ellas en todo este tiempo. Cuarenta años o más. Su casa sigue igual, aunque bañada de luz crepuscular, y ellas están casi idénticas: llevan el mismo tipo de vestidos y delantales y peinados de siempre. El cabello acaracolado y mustio que no frecuenta la peluquería, vestidos oscuros de rayón o algodón estampados de florecillas o dibujos geométricos: nada de trajes pantalón, ni camisetas con eslóganes llamativos, ni tejidos de color turquesa o con ranúnculos o peonías.

Pero se las ve lánguidas, casi inmóviles, y les cuesta usar la voz. Les pregunto cómo se las apañan. ¿Cómo hacen la compra, por ejemplo? ¿Y ven la televisión? ¿Están enteradas de lo que pasa en el mundo? Dicen que se las arreglan bien, que no debo preocuparme. Pero han estado esperando todos los días, esperando a ver si yo iba.

Alabado sea Dios. Todos los días. E incluso ahora tengo prisa, no puedo quedarme. Les digo que estoy muy ocupada, pero volveré pronto. Ellas dicen sí, sí, claro. Pronto.

En Navidad iba a casarme, y después viviría en Vancouver. Corría el año 1951. Mi abuela y la tía Charlie —una más joven y la otra mayor de lo que yo soy ahora— llenaban los baúles que debía llevarme. Uno era un baúl recio, de tapa curva, que pertenecía a la familia desde hacía mucho tiempo. Me pregunté en voz alta si habría cruzado el Atlántico con ellos desde Escocia.

«¿Quién sabe?», contestó mi abuela.

Ella no veía con buenos ojos la sed de historia, ni siquiera la de historia familiar. Esas cosas eran caprichos, una pérdida de tiempo, como seguir una noticia en el periódico. Cosa que ella hacía, pero deploraba igualmente.

El otro baúl, nuevo, con cantoneras metálicas, adquirido para la ocasión, era un regalo de la tía Charlie: ella percibía unas rentas mayores que las de mi abuela, aunque eso no significaba que fueran muy cuantiosas. Sólo lo justo para poder estirarlas de vez en cuando en una compra imprevista. Un sillón para la sala de estar, tapizado de brocado color salmón (protegido, a menos que hubiera visita, con una funda de plástico). Una lámpara de lectura (la pantalla también

envuelta en plástico). Mi baúl nupcial.

«¿Eso es su regalo de boda? —preguntaría mi marido más tarde—. ¿Un baúl?». Porque en su familia un baúl era la clase de objeto que uno salía a comprar cuando lo necesitaba. No se ofrecía como regalo.

El baúl de tapa curva contenía objetos frágiles, envueltos en cosas irrompibles. Platos, vasos, jarras, jarrones, envueltos en papel de periódico y, para mayor protección, en paños de cocina, toallas, tapetes de ganchillo y chales de punto, manteles individuales bordados. El baúl grande de tapa plana contenía sobre todo sábanas, manteles (uno de ellos también de ganchillo), edredones, fundas de almohada, y algún objeto frágil, grande y plano, como un cuadro pintado por Marian, la hermana de mi abuela y la tía Charlie, que había muerto joven. Mostraba un águila posada en una rama solitaria, y abajo, a lo lejos, un mar azul y árboles de follaje etéreo. Marian, a los catorce años, lo copió de un calendario, y al verano siguiente murió de tifus.

Algunos de esos objetos eran regalos de boda, de algún pariente, entregados antes de tiempo, pero en su mayoría los habían hecho especialmente para mí, y con ellos debía montar mi nueva casa. Los edredones, los chales, las piezas de ganchillo, las fundas de almohada con bordados que raspaban las mejillas. Si bien yo no había preparado nada, mi abuela y la tía Charlie habían trabajado con afán, pese a que durante un tiempo mis perspectivas no habían sido muy prometedoras. Y mi madre había apartado unas elegantes copas de agua, cucharillas de té, una fuente de porcelana azul, todo ello del breve y vertiginoso periodo en que se dedicó a la compraventa de antigüedades, antes de que la rigidez y el temblor en las extremidades la incapacitase para cualquier clase de negocio... y para conducir, para caminar, finalmente incluso para hablar.

Los regalos de la familia de mi marido se embalaron en las tiendas donde los habían comprado y fueron enviados a Vancouver. Fuentes de plata, tupidos manteles de hilo, media docena de copas de vino. La clase de artículos del hogar a la que mi familia política y sus amigos estaban acostumbrados.

Como se vio, en mis baúles nada estaba a la altura. Las copas de mi madre eran de cristal prensado y la fuente de porcelana azul resultó ser de loza barata. Esas cosas no se pusieron de moda hasta años después, y para algunos nunca. Las seis cucharillas de té del siglo XIX no eran de plata; los edredones eran para una cama anticuada, más estrechos que la cama que mi marido había comprado para nosotros. Los mantones y los tapetes y las fundas de almohada y —ni qué decir tiene— el cuadro copiado de un calendario rayaban en el ridículo.

Pero mi marido sí reconoció que el embalado había sido de primera: no se había roto nada. Aunque abochornado, procuró ser amable. Después, cuando pretendí poner esas cosas en sitios donde pudiera verlas todo aquel que viniese a casa, no le quedó más remedio que hablar sin tapujos. Y yo lo entendí.

Yo tenía diecinueve años cuando me prometí en matrimonio y veinte el día en que me casé. Mi marido fue mi primer novio. El panorama no había sido halagüeño. Durante ese mismo otoño, mi padre y mi hermano estaban reparando la tapa del pozo en nuestro jardín lateral, y mi hermano

dijo: «Más vale que lo arreglemos bien. Porque si se cae dentro ese tío, jamás encontrará a otro».

Y eso se convirtió en una de las bromas preferidas de la familia. Yo también me reí, por supuesto. Pero lo que preocupaba a quienes me rodeaban fue también una preocupación para mí, al menos de manera intermitente. ¿Qué me pasaba? Mi presencia física no era el problema. Era otra cosa. Otra cosa, clara como el timbre de una alarma, ahuyentaba a los posibles novios y maridos potenciales. Pero yo tenía fe en que eso, fuera lo que fuese, desapareciera en cuanto me marchara de casa y de aquel pueblo.

Y así fue. Sucedió de pronto, de manera abrumadora. Michael se había enamorado de mí y estaba decidido a casarse conmigo. Un hombre joven, ambicioso, inteligente, moreno, fuerte, alto y apuesto, había cifrado sus esperanzas en mí. Me había regalado un anillo de diamantes. Había encontrado un empleo en Vancouver que sin duda lo llevaría a otros mejores y se había comprometido a mantenernos a mí y a nuestros hijos durante el resto de su vida. Nada lo haría más feliz.

Eso dijo. Y yo creí que era verdad.

La mayor parte del tiempo apenas daba crédito a mi suerte. Me escribía para decirme que me amaba; yo, a vuelta de correo, le contestaba que lo amaba a él. Pensaba en lo guapo que era, y lo inteligente y lo digno de confianza. Justo antes de marcharse nos acostamos —mejor dicho, tuvimos relaciones sexuales, bajo un sauce a la orilla de un río, en el suelo desigual— y creímos que eso era tan serio como una ceremonia matrimonial, porque en modo alguno podíamos, ya, hacer lo mismo con ninguna otra persona.

Aquél fue el primer otoño, desde los cinco años de edad, que no pasé los días laborables en las aulas. Me quedaba en casa y me ocupaba de las tareas del hogar. Allí era muy necesaria. Mi madre ya no era capaz de sujetar el mango de una escoba o estirar las mantas de una cama. Habría que buscar a alguien para ayudar, cuando yo me marchara, pero de momento me hice cargo de todo.

La rutina me absorbió, y pronto me costó creer que un año antes yo estaba sentada a la mesa de una biblioteca los lunes por la mañana, en lugar de levantarme temprano a fin de calentar el agua en los fogones para llenar la lavadora y después pasar la ropa mojada por el escurridor y finalmente colgarla en el tendedero. O que un año antes había cenado un bocadillo en la barra de una cafetería, un bocadillo preparado por otra persona.

Enceraba el linóleo gastado. Planchaba los paños de cocina y los pijamas, así como las camisas y las blusas; restregaba las ollas y sartenes abolladas y aplicaba el estropajo de acero a los estantes de metal ennegrecidos detrás de los fogones. Por entonces ésas eran las cosas importantes en las casas de los pobres. Nadie se planteaba sustituir lo que había, sino sólo mantenerlo todo en un estado decente, el mayor tiempo posible, y un poco más. Dichos esfuerzos marcaban una frontera entre el esfuerzo respetable y la vil derrota. Y eso fue preocupándome cada vez más a medida que se acercaba el momento de convertirme en desertora.

Los partes sobre las tareas domésticas quedaron recogidos en mis cartas a Michael, para irritación suya. Durante su breve visita a mi casa, había visto muchas cosas que lo sorprendieron

de manera poco grata y redoblaron su determinación de rescatarme. Y ahora, como yo no tenía nada más que contar y como quería ofrecer una explicación a la forzosa brevedad de mis cartas, se veía obligado a leer cómo me sumergía en las labores cotidianas en el mismo lugar, la misma vida, que supuestamente debía apresurarme en abandonar.

A su modo de ver, yo tendría que haber estado muerta de ganas de limpiarme de las suelas la mugre de mi casa. De concentrarme en la vida, en el hogar, que formaríamos juntos.

Sí me tomaba un par de horas libres cada tarde, aunque lo que hacía entonces, si se lo hubiese contado en mis cartas, no lo habría complacido mucho más. Le remetía las mantas a mi madre para su segunda siesta del día, daba el último repaso a las encimeras de la cocina e iba a pie desde casa hasta la calle principal, en la otra punta del pueblo. Allí hacía una pequeña compra y pasaba por la biblioteca a devolver un libro y sacar otro. No había dejado de leer, si bien los libros que leía ahora no eran tan áridos ni difíciles como los que leía un año antes. Leí los relatos de A. E. Coppard: uno de ellos tenía un título que siempre me resultó seductor, pese a que no recuerdo nada del contenido. «Ruth, la de la piel atezada». Y leí una novela corta de John Galsworthy, con un epígrafe en la portadilla que me fascinaba: «El manzano, el canto y el oro...».

Concluidos mis recados en la calle principal, iba a ver a mi abuela y la tía Charlie. A veces —la mayoría de las veces— habría preferido pasear sola, pero sentía que no podía desatenderlas, cuando hacían tanto por ayudarme. Además, me era imposible pasear por allí en un estado de ensoñación, como habría podido hacer en la ciudad donde estudiaba la carrera. En esa época nadie en el pueblo salía de paseo, salvo unos cuantos viejos que, creyéndose amos y señores del lugar, deambulaban observando y criticando cualquier proyecto municipal. La gente sin duda te señalaría si te veía en una parte del pueblo donde no tenías especial razón para estar. Luego alguien diría: «Te vimos el otro día», y una se sentía obligada a dar explicaciones.

Y sin embargo el pueblo me atraía, se me antojaba un mundo de ensueño en esos días de otoño. Parecía hechizado con aquella luz melancólica sobre los muros de ladrillos amarillos o grises, y aquel peculiar silencio ahora que los pájaros se habían ido al sur y las cosechadoras en los campos alrededor estaban calladas. Un día, cuando repechaba la cuesta de Christena Street en dirección a la casa de mi abuela, oí unas frases en mi cabeza, el principio de un relato.

«Por todo el pueblo caían las hojas. Blanda, silenciosamente, las hojas amarillas caían: era otoño».

Y de hecho llegué a escribir un relato, entonces o poco después, que empezaba así. No recuerdo de qué trataba, pero sí que alguien me señaló que se caía de su peso que era otoño, y que resultaba estúpido y presuntuosamente poético decirlo: ¿por qué, si no, iban a caerse las hojas, a menos que alguna plaga afectase a los árboles del pueblo?

Cuando mi abuela era joven, alguien le puso su nombre a un caballo. Esto, teóricamente, era un honor. El nombre del caballo, y el de mi abuela, era Selina. Contaban que *Selina* —una yegua, claro está—, era una «braceadora», lo que significaba que era vivaz, enérgica y propensa a andar por ahí brincando a su aire. Así que también mi abuela debía de ser una braceadora. Por aquellos tiempos había muchos bailes en los que podía exhibirse esta propensión: la cuadrilla, la polca, el

schottisches. Y en todo caso mi abuela era una joven que llamaba la atención: alta, de talle estrecho y buena delantera, piernas largas y fuertes, pelo rojizo oscuro, muy rizado. Y esa audaz mancha azul celeste en el iris de uno de sus ojos de color avellana.

Todos esos rasgos se veían realzados por cierto aspecto de su personalidad, aspecto realzado a su vez por ellos, y sin duda fue eso lo que el hombre pretendía dar a entender cuando hizo a mi abuela el cumplido de ponerle *Selina* a su yegua.

Éste no era el hombre que, según decían, estaba enamorado de ella (ni el hombre de quien ella, según decían, estaba enamorada). Sólo era un admirador del vecindario.

El hombre de quien estaba enamorada tampoco era el hombre con quien se casó. No era mi abuelo. Pero era alguien a quien ella conocía desde siempre, y de hecho yo lo vi una vez. Quizá más de una vez, cuando era niña, pero una vez que yo recuerde.

Yo pasaba unos días con mi abuela en su casa de Downey. Y eso ocurrió después de enviudar ella pero antes de enviudar la tía Charlie. Ya viudas las dos, se trasladaron juntas al pueblo en cuyos alrededores vivíamos nosotros.

Por lo general, yo me quedaba con mi abuela en Downey en verano, pero esto sucedió un día invernal, y nevaba un poco. Era a principios del invierno, porque apenas había nieve en el suelo. Yo tendría cinco o seis años. Mis padres debieron de dejarme allí a pasar el día. A lo mejor tenían que ir a un entierro, o llevar a mi hermana pequeña, delicada de salud y diabética, a ver a un médico en la ciudad.

Por la tarde, cruzamos la calle para entrar en los jardines de la casa donde vivía Henrietta Sharples. Era la casa más grande que había visto en mi vida y la finca se extendía de una calle a la otra. A mí me hacía ilusión ir allí, porque me dejaban corretear y mirar todo lo que me apeteciera, y Henrietta siempre tenía un cuenco lleno de *toffees* envueltos en papel rojo o verde o dorado o violeta. Si hubiese sido por Henrietta, podría habérmelos comido todos, pero mi abuela me vigilaba y ponía un límite.

Ese día dimos un rodeo. En lugar de ir a la puerta trasera de la casa de Henrietta, nos dirigimos hacia una cabaña en la misma finca, a un lado de la casa. La mujer que abrió la puerta tenía una mata de pelo blanco, piel rosada reluciente y una amplia barriga, envuelta en la clase de delantal con peto que llevaban entonces casi todas las mujeres en casa. Me dijeron que la llamara tía Mabel. Nos sentamos en su cocina, donde hacía mucho calor, pero no nos quitamos los abrigos porque iba a ser una visita corta. Mi abuela llevaba algo en un recipiente, tapado con una servilleta, y se lo dio a la tía Mabel; tal vez fueran bollos recién salidos del horno, o pastas de té, o una compota de manzana caliente. Y el hecho de que lo llevásemos no significaba que la tía Mabel necesitara especial caridad. Si una mujer había estado guisando, cuando iba a casa de una vecina, solía aparecer con una ofrenda. Muy posiblemente la tía Mabel se quejó de esta muestra de generosidad, como era la costumbre, y luego, al aceptar, hizo grandes alharacas sobre lo bien que olía y lo bueno que sin duda estaría lo que quiera que fuese.

A continuación, casi con toda seguridad, se afaná en ofrecer algo también ella, insistiendo en preparar como mínimo un té, y aún me parece oír a mi abuela decir que no, no, que sólo nos quedaríamos unos minutos. Tal vez explicara asimismo que habíamos parado allí de camino a casa de Henrietta Sharples. Quizá no dijera el nombre, ni que nuestra intención era hacer una visita en

toda regla. Posiblemente sólo dijera que no podíamos entretenernos, que teníamos que pasar un momento por la casa de enfrente. Como si estuviéramos haciendo recados. Cuando íbamos a ver a Henrietta, siempre decía que íbamos a la casa de enfrente, para no dar la impresión de que alardeaba de esa amistad. Nada de fanfarronadas.

Se oyó un ruido en la leñera adosada a la cabaña y poco después entró un hombre, enrojecido a causa del frío o el ejercicio físico, y dijo hola a mi abuela y a mí me estrechó la mano. Yo detestaba que los viejos me saludaran hincándome un dedo en el abdomen o haciéndome cosquillas en las axilas, pero éste me dio un apretón cordial y correcto.

En realidad, fue eso lo único que me llamó la atención en él, aparte de que era alto y, a diferencia de la tía Mabel, conservaba el vientre plano, aunque, como ella, tenía el pelo blanco y espeso. Se llamaba tío Leo. Noté su mano fría, probablemente de cortar leña para las chimeneas de Henrietta, o de poner bolsas alrededor de los arbustos para protegerlos de las heladas.

Pero no me enteré hasta más tarde de que realizaba esas tareas para Henrietta. Se encargaba de los trabajos de exterior en invierno: quitar la nieve y romper los carámbanos y abastecerla de leña. Y podar los setos y cortar el césped en verano. A cambio, la tía Mabel y él disponían de la cabaña exenta de alquiler, y quizás él, además, cobraba algo. Lo hizo durante un par de años, hasta su muerte. Murió de pulmonía, o de un paro cardíaco, cualquiera de los males por los que suele morir la gente a esa edad.

Me dijeron que lo llamara «tío», de la misma manera que me habían dicho que llamara «tía» a su mujer, y yo no lo cuestioné ni me pregunté qué parentesco nos unía. No era la primera vez que adoptaba a una tía o un tío misterioso y marginal.

No debía de hacer mucho tiempo que los tíos Leo y Mabel vivían allí, ocupando el tío Leo aquel puesto, cuando mi abuela y yo fuimos a verlos. En visitas anteriores a Henrietta, nunca nos habíamos fijado en la cabaña ni en quiénes vivían allí. Es probable, pues, que fuese mi abuela quien propuso el acuerdo a Henrietta, quien «medió por ellos», como diría la gente. ¿Que mediara por ellos porque el tío Leo «estaba en las últimas»?

No lo sé. Nunca se lo pregunté a nadie. Pronto acabó la visita y mi abuela y yo cruzamos el camino de grava y llamamos a la puerta de atrás y Henrietta, a grito pelado, dijo por el ojo de la cerradura:

—Largo de aquí, te veo, ¿qué vendes hoy? —A renglón seguido abrió la puerta, me estrechó entre sus brazos huesudos y exclamó—: Granujilla, ¿por qué no has dicho que eras tú? ¿Quién es esta vieja gitana que has traído?

Mi abuela veía mal que las mujeres fumasen, y que cualquiera, hombre o mujer, bebiese.

Henrietta fumaba y bebía.

Mi abuela opinaba que, en las mujeres, los pantalones eran abominables y las gafas de sol una afectación. Henrietta llevaba lo uno y lo otro.

Mi abuela jugaba al euchre, pero opinaba que el bridge era propio de gente estirada. Henrietta jugaba al bridge.

La lista podría alargarse interminablemente. Henrietta no era una mujer fuera de lo común para

sus tiempos, pero era una mujer fuera de lo común para aquel pueblo.

Mi abuela y ella se sentaban delante del fuego en el salón del fondo y charlaban y reían toda la tarde mientras yo deambulaba por allí, examinando a mis anchas el inodoro de flores azules en el cuarto de baño o mirando la porcelana a través del cristal de color rubí de la alacena. Henrietta tenía una voz sonora, y la oía hablar sobre todo a ella. En la conversación se intercalaban carcajadas, la clase de risa que yo ahora reconocería como parte del discurso de una mujer mientras confesaba una locura descomunal o relataba la historia de una perfidia (¿perfidia masculina?) increíble.

Más tarde oíría anécdotas sobre Henrietta, sobre el hombre al que había abandonado y el hombre del que estaba enamorada —un hombre casado al que continuó viendo toda su vida—, y no me cabe duda de que durante aquellas visitas nuestras hablaba de eso, y de otras cosas que desconozco, y probablemente mi abuela hablaba de su propia vida, quizá no con la misma libertad, ni de manera tan estridente, pero aun así en la misma línea, como si contara una historia que la asombraba, que le costaba aceptar como propia. Porque tengo la impresión de que mi abuela hablaba en esa casa como no hablaba —o ya no hablaba— en ninguna otra parte. Pero nunca llegué a preguntar a Henrietta qué confidencias escuchó, qué se contaron, porque murió en un accidente de coche —siempre fue una conductora temeraria— un tiempo antes de la muerte de mi abuela. En cualquier caso, dudo que me lo hubiera dicho.

Ésta es la historia, o todo lo que yo sé al respecto.

Mi abuela, el hombre a quien amaba —Leo— y el hombre con quien se casó —mi abuelo— vivían todos en un área de pocos kilómetros a la redonda. Ella debía de haber ido al colegio con Leo, que le llevaba sólo tres o cuatro años, pero no con mi abuelo, que era diez años mayor. Ellos dos eran primos y tenían el mismo apellido. No se parecían físicamente, aunque ambos eran apuestos, por lo que yo sé. En el retrato de boda, mi abuelo aparece erguido; es sólo un poco más alto que mi abuela, que se había comprimido la cintura hasta los sesenta centímetros para la ocasión, y en su vestido blanco con volantes parecía pura y recatada. Él, ancho de hombros, recio, sin sonreír, tiene una expresión seria e inteligente y se lo ve orgulloso, comprometido con todo aquello que se espera de él. Y en la instantánea ampliada que guardo de él, tomada cuando contaba alrededor de sesenta años, no ha cambiado mucho. Un hombre que conserva su fortaleza, sus facultades, la cantidad necesaria de jovialidad y una gran reserva, un hombre respetado por buenas razones y no más decepcionado, a su edad, de lo que podría esperarse de cualquier persona.

Mis recuerdos de él son del año que pasó en cama, el año antes de morir, o como podría decirse, el año de su agonía. Tenía setenta y cinco años y le fallaba el corazón, poco a poco. Mi padre, a esa misma edad, y con la misma dolencia, optó por operarse, y murió pocos días después sin recobrar el conocimiento. Mi abuelo no tuvo esa opción.

Recuerdo que su cama estaba en el piso de abajo, en el comedor, que tenía una bolsa de caramelos de menta bajo la almohada —supuestamente escondidos de mi abuela— y me los ofrecía cuando ella trajinaba en otra parte. Desprendía un agradable olor a jabón de afeitar y

tabaco (yo recelaba del olor de los viejos, y sentía alivio cuando era inofensivo), y conmigo se mostraba amable pero no indiscreto.

Al final murió, y fui a su entierro con mis padres. No quise verlo, y no lo vi. Mi abuela tenía los ojos enrojecidos, y la piel arrugada alrededor. No me prestó gran atención, así que salí y rodé por la hierba pendiente abajo entre la casa y la acera. Ése había sido uno de mis entretenimientos preferidos cuando pasaba una temporada allí, y nunca nadie me había puesto la menor pega. Pero en esa ocasión mi madre me llamó y me sacó las briznas de hierba del vestido. Se hallaba en ese estado de exasperación que significaba que, a causa de mi comportamiento, acabaría cargando ella con la culpa.

¿Qué pensó mi abuelo, de joven, del hecho de que mi abuela, de joven, estuviera enamorada de su primo Leo? ¿Le había echado ya el ojo entonces? ¿Albergaba alguna esperanza respecto a ella? ¿Se vieron truncadas sus esperanzas por el apasionado noviazgo que se desplegaba ante sus ojos? Porque fue apasionado: un sonado idilio salpicado de discusiones y reconciliaciones que por fuerza conocía prácticamente todo el mundo en la comunidad. Si la chica era respetable, ¿cómo podía desarrollarse un idilio en aquellos tiempos si no era públicamente? Los paseos por el bosque estaban descartados, igual que escaparse de los bailes. Las visitas a la casa de la chica implicaban la presencia de toda la familia, al menos hasta el compromiso de la pareja. Los paseos en calesa abierta eran observados desde las ventanas de todas las cocinas de la calle, y si se las ingeniaban para dar un paseo en coche después del anochecer, debían atenerse a un desalentador límite de tiempo.

No obstante, el trato íntimo era posible. Las hermanas menores de mi abuela, Charlie y Marian, eran enviadas como carabinas, pero a veces las engañaban y sobornaban.

«Estaban tan locos el uno por el otro como puede estarlo una pareja —dijo la tía Charlie cuando me lo contó—. Eran demonios».

Esta conversación tuvo lugar durante el otoño anterior a mi boda, la época de la preparación de los baúles. Debido a su flebitis, mi abuela se había visto obligada a hacer un descanso y estaba arriba en la cama. Desde hacía años llevaba vendas elásticas para la compresión de sus abultadas varices. Tan feas, a su juicio —tanto las vendas como las varices—, que no quería que nadie se las viese. La tía Charlie me contó en confianza que las varices se enroscaban en torno a sus piernas como grandes serpientes negras. Cada diez o doce años se le inflamaba una vena, y entonces tenía que guardar cama, por miedo a que un coágulo de sangre se desprendiese y le llegase al corazón.

Durante los tres o cuatro días que mi abuela guardó cama, la tía Charlie encontró serias dificultades para seguir llenando los baúles. Estaba acostumbrada a que mi abuela tomara las decisiones.

«Selina es la jefa —decía sin resentimiento—. Sin Selina, no sé lo que me hago.» (Y resultó ser cierto: después de la muerte de mi abuela, la tía Charlie perdió de inmediato el control de la vida cotidiana, y tuvieron que llevársela a una residencia de ancianos, donde murió a los noventa y ocho años, después de un largo silencio).

En lugar de afrontar el trabajo juntas, nos sentamos a la mesa de la cocina y tomamos café y charlamos. O cuchicheamos. La tía Charlie tenía por costumbre cuchichear. En este caso, podía



haber una razón —mi abuela, con su finísimo oído, estaba justo encima de nosotras—, pero en general no la había. Al parecer, la única finalidad de sus cuchicheos era ejercer su encanto —casi todo el mundo la consideraba encantadora—, arrastrarte hacia un tipo de conversación más íntimo, más significativo, aunque las palabras que pronunciaba sólo hicieran referencia al tiempo y no —como ahora— a la tempestuosa juventud de mi abuela.

¿Qué pasó? Yo medio esperaba y medio temía enterarme de que mi abuela, en aquellos tiempos en que no había concebido siquiera la posibilidad de ser mi abuela, hubiera quedado embarazada.

Por grande que fuera su desenfreno, y por astuta que una se vuelva por efecto del amor, no fue eso lo que le ocurrió.

Pero a otra chica sí. A otra mujer, podríamos decir, porque tenía ocho años más que el hombre acusado de la paternidad.

Leo.

La mujer trabajaba en una tienda de confección del pueblo.

—Y su reputación no era precisamente de una pureza intachable —dijo la tía Charlie, como si se tratase de una triste revelación hecha a regañadientes.

Había habido otras chicas, otras mujeres. Ése había sido el motivo de las discusiones. Ése había sido el motivo por el que mi abuela le había asestado un puntapié en la espinilla a su pretendiente y lo había echado a empujones de su propia calesa y había vuelto a casa sola con el caballo de él. Ése había sido el motivo por el que le había tirado a la cara una caja de bombones. Y luego los había pisoteado, para que no se pudieran recoger y saborear, por si él, en su descaro y glotonería, lo intentaba.

Pero esta vez estaba tan serena como un iceberg.

Lo que dijo fue: «Pues tendrás que casarte con ella, ¿no crees?».

Él dijo que no estaba del todo seguro de que el niño fuera suyo.

Y ella contestó: «Pero no estás seguro de que no lo sea».

Él dijo que todo podía resolverse si accedía a pagar el mantenimiento. Dijo que tenía la certeza de que eso era lo que ella pretendía.

«Pero no es lo que pretendo yo», declaró Selina. A continuación añadió que ella lo que pretendía era que él actuase como era debido.

Y ganó. Poco tiempo después él y la mujer de la tienda de confección se casaron. Y no mucho después mi abuela —Selina— se casó también, con mi abuelo. Eligió el mismo momento que yo —pleno invierno— para la boda.

El bebé de Leo —si era suyo, y probablemente lo era— nació a finales de la primavera, y cuando vino al mundo, ya estaba muerto. Su madre no duró más de una hora.

Pronto llegó una carta, dirigida a Charlie. Pero no era para ella. Dentro había otra carta, que debía entregar a Selina.

Selina la leyó y se echó a reír. «Dile que estoy como un establo de grande», dijo. Aunque apenas se le notaba todavía, y así fue cómo Charlie se enteró de que estaba preñada.

«Y dile que lo último que necesito es más cartas estúpidas de alguien como él».

El hijo que esperaba entonces era mi padre, nacido diez meses después de la boda con

bastantes dificultades para la madre. Fue el único hijo que tuvieron mis abuelos. Le pregunté a la tía Charlie por qué. ¿Sufrió alguna lesión mi abuela, o tenía algún problema congénito por el que el parto era demasiado arriesgado? Obviamente no era porque tuviese dificultades para quedarse encinta, dije, ya que mi padre debió de ser concebido un mes después de la boda.

Un silencio, y luego la tía Charlie dijo:

—De eso no tengo ni idea.

No cuchicheó, sino que habló con una voz normal y algo distante, una voz algo dolida o con cierto grado de reproche.

¿Por qué esa retirada? ¿Qué la había herido? Creo que fue el tono clínico de mi pregunta, el hecho de usar una palabra como «concebido». Aunque fuera el año 1951 y yo estuviera a punto de casarme, y ella acabara de contarme la historia de una pasión y una concepción desventurada. Aun así, no debía de ser correcto, no lo era, que una joven —que ninguna mujer— hablase tan fríamente, con tanto conocimiento, tan desvergonzadamente, de esas cosas. «Concebido», sin duda fue eso.

Puede que la reacción de mi tía obedeciera también a otro motivo, que en aquel momento no se me ocurrió. La tía Charlie y el tío Cyril no habían tenido hijos. Por lo que sé, nunca se produjo siquiera un embarazo. Así que es posible que me hubiera adentrado en un terreno espinoso.

Por un segundo pensé que la tía Charlie no iba a seguir con su historia. Parecía haber decidido que yo no lo merecía. Pero al cabo de un rato no pudo contenerse.

Así pues, Leo se marchó, se fue por esos mundos. Trabajó con una cuadrilla de leñadores en el norte de Ontario. Fue recolector itinerante y acabó de jornalero en el oeste. Cuando volvió, al cabo de unos años, tenía una esposa y en algún lugar había aprendido el oficio de carpintero y techador, así que se dedicó a eso. La mujer, que había sido maestra, era una persona agradable. En algún momento tuvo un hijo, pero murió, como el otro. Ella y Leo vivían en el pueblo, y no iban a la iglesia: ella pertenecía a una religión extraña, de esas que hay en el oeste. Nadie llegó a conocerla bien, pues. Ni siquiera se supo que tenía leucemia hasta poco antes de su muerte. Era el primer caso de leucemia del que se tenía noticia en esta parte del país.

Leo se quedó, encontró trabajo. Empezó a visitar más a sus parientes. Consiguió un coche, y lo usaba para ir a verlos. Corrió la voz de que pensaba casarse una tercera vez, y de que ella era una viuda de algún lugar cerca de Stratford.

Pero antes se presentó en la casa de mi abuela una tarde de entre semana. Era la época del año —después de las primeras heladas pero antes de las nevadas intensas— en que mi abuelo y mi padre, que para entonces ya había abandonado los estudios, traían leña del monte. Debieron de ver el coche pero siguieron con lo suyo. Mi abuelo no se acercó a la casa para saludar a su primo.

Y de todos modos Leo y mi abuela no se quedaron en la casa, que habrían tenido para ellos solos. Mi abuela consideró oportuno ponerse el abrigo, y los dos fueron al coche. Y tampoco se quedaron allí inmóviles, sino que recorrieron el camino y luego la calle hasta la carretera, donde dieron media vuelta y regresaron. Lo repitieron varias veces, a la vista de todo aquel que estuviera mirando por la ventana de cualquier granja a lo largo de la calle. Y para entonces todo el mundo en la calle conocía el coche de Leo.

Durante ese paseo, Leo pidió a mi abuela que se fuera con él. Le dijo que aún era libre, que no

se había comprometido con la viuda. Y mencionó, cabe suponer, que seguía enamorado. De ella. De mi abuela. De Selina.

Mi abuela le recordó que ella, por su parte, no era libre, al margen de lo que fuera él, y por tanto sus propios sentimientos eran irrelevantes.

—Y cuanto mayor era la dureza con que hablaba... —dijo la tía Charlie, moviendo la cabeza en un par de secos gestos de asentimiento—, en fin, cuanto mayor era la dureza con que le hablaba, más se le partía el corazón. Eso te lo aseguro.

Leo la llevó a casa. Se casó con la viuda. La que me habían dicho que llamara tía Mabel.

—Si Selina supiera que te he contado algo de esto, caería en desgracia —dijo la tía Charlie.

En esta primera etapa de mi vida tuve tres matrimonios para someter a estudio, los tres muy de cerca. El matrimonio de mis padres, que era, podría decirse, el más cercano, de hecho era, en cierto modo, el más misterioso y remoto, por mi dificultad infantil para pensar que entre mis padres pudiera existir conexión alguna aparte de la que tenían por mediación mía. Mis padres, como la mayoría de los padres que conocía, se llamaban el uno al otro «papá» y «mamá». Lo hacían incluso en conversaciones que no tenían nada que ver con sus hijos. Parecían haber olvidado sus nombres respectivos. Y como jamás se plantearon el divorcio o la separación —yo no sabía de ningunos padres, ni de ninguna pareja, que lo hubiesen hecho—, no tenía que andar calibrando sus sentimientos ni vivir pendiente, con el alma en vilo, del clima entre ellos, como a menudo ocurre a los niños hoy día. En lo que a mí se refería, eran sobre todo cuidadores: de la casa, de la granja, de los animales y de nosotros los niños.

Cuando mi madre enfermó —enfermó permanentemente, no cuando se veía sólo aquejada de síntomas extraños—, se alteró el equilibrio. Eso sucedió cuando yo tenía doce o trece años. A partir de ese momento, ella, un lastre para la familia, nos arrastraba hacia abajo con su peso, mientras que nosotros —mi padre, mi hermano, mi hermana y yo—, por nuestro lado, intentábamos compensarlo mediante cierta normalidad. Así que el lugar de mi padre parecía estar más a nuestro lado que con ella. En todo caso, ella era tres años mayor que él, nacida en el siglo XIX, mientras que él nació en el XX, y a medida que evolucionó el prolongado asedio, ella empezó a parecer más su madre que su mujer, y para nosotros más una pariente anciana a nuestro cargo que una madre.

Yo no sabía que la edad de mi madre era una de las cosas que mi abuela había considerado inadecuadas en ella desde el principio. Pronto surgieron otras pegas: el hecho de que mi madre aprendiera a conducir, de que su manera de vestir rayara en la originalidad, de que se afiliara al Instituto de la Mujer, una organización laica, en lugar de a la Sociedad Misionera de la Iglesia Unida, y lo peor de todo, que fuera de un lado a otro vendiendo estolas y capas confeccionadas con los zorros criados por mi padre, y que empezara a dedicarse a las antigüedades cuando su salud empezó a deteriorarse. Y pese a todo, mi abuela, por injusto que fuera pensarlo —y sabiendo ella misma lo injusto que era—, no pudo evitar ver esa enfermedad que tardó tanto en ser diagnosticada, y que era infrecuente a la edad de mi madre, como otra muestra más de empesamiento, otra llamada de atención.

Nunca llegué a ver el matrimonio de mis abuelos en acción, pero oí hablar. A mi madre, que apreciaba tan poco a mi abuela como mi abuela a ella, y cuando crecí, también a otras personas, personas imparciales. Vecinos que, en su infancia, se dejaban caer por allí de camino a casa después de clase me hablaron de los malvaviscos caseros de mi abuela y de sus bromas y risas; mi abuelo, en cambio, les daba un poco de miedo. No es que tuviera mal genio o que fuera malvado, sólo que apenas hablaba. La gente lo respetaba mucho; estuvo años en el consejo municipal y se le conocía como la persona a quien acudir siempre que se necesitaba ayuda para rellenar un documento, o para escribir una carta comercial, o se necesitaba una explicación de alguna nueva medida del Gobierno. Era un granjero eficaz, un excelente administrador, pero el objetivo de su administración no era ganar más dinero: era disponer de más tiempo de ocio para la lectura. Sus silencios incomodaban a la gente, y pensaban que no era una gran compañía para una mujer como mi abuela. Según decían, eran tan distintos como si vinieran de lados opuestos de la luna.

Mi padre, que se crió en esa casa de silencio, nunca dijo que la encontrara especialmente incómoda. En una granja siempre hay mucho que hacer. Llevar a cabo el trabajo estacional era lo que creaba el contenido de una vida —o al menos lo creaba entonces—, y a eso se reducían la mayoría de los matrimonios.

Pero sí notó que su madre se convertía en una persona distinta, que estallaba de alegría, cuando tenían visitas.

En el salón había un violín, y cuando mi padre era casi un hombre, se enteró de por qué estaba allí: supo que pertenecía a su padre y que antes él lo tocaba.

Mi madre decía que su suegro había sido un caballero distinguido, digno e inteligente, y que no le sorprendía su silencio porque mi abuela siempre se enfadaba con él a la mínima.

En caso de haber preguntado sin rodeos a la tía Charlie si mis abuelos habían sido felices juntos o no, ella habría adoptado otra vez una actitud de reproche. Sí le pregunté cómo era mi abuelo, aparte de callado. Dije que en realidad no lo recordaba.

—Era muy listo. Y muy justo. Aunque no convenía que se enfadara contigo.

—Según mi madre, la abuela siempre estaba enojada con él.

—No sé de dónde habrá sacado tu madre algo así.

Si alguien miraba la fotografía de la familia tomada cuando eran jóvenes, y antes de la muerte de su hermana Marian, habría dicho que mi abuela, con su estatura, su pose orgullosa, su magnífico pelo, había acaparado la belleza de la familia. No sólo sonríe para el fotógrafo: parece estar conteniendo la risa. ¡Qué vitalidad, qué seguridad en sí misma! Y nunca perdió la pose, ni más de medio centímetro de estatura. Pero en la época que estoy recordando (una época, como he dicho, en que las dos tenían poco más o menos mi edad actual), era la tía Charlie quien, al decir de la gente, era una anciana de aspecto agraciado. Tenía esos ojos azul claro, del color de las flores de achicoria, y una elegancia imperante en los movimientos, un bonito sesgo en la cabeza.

«Adorable», sería la palabra.

El matrimonio de la tía Charlie fue el que tuve ocasión de observar mejor, porque el tío Cyril murió cuando yo tenía ya doce años.

Era un hombre de constitución robusta y cabeza grande, tanto más aún por su espeso cabello rizado. Llevaba gafas, con una lente de cristal de ámbar oscuro que escondía el ojo que se había herido de niño. No sé si estaba del todo ciego de ese ojo. Nunca se lo vi, y me daba asco pensar en él: imaginaba un bulto de gelatina oscuro y trémulo. Podía conducir, en todo caso, y conducía muy mal. Recuerdo que mi madre volvió un día a casa y dijo que los había visto a él y a la tía Charlie en el pueblo, y que él había hecho tal cambio de sentido en plena calle que no se explicaba cómo le permitían hacer algo así y quedar impune.

«Charlie arriesga la vida cada vez que se sube a ese coche».

Hacía esas cosas y quedaba impune, supongo, porque era una persona importante en la zona, muy conocido y apreciado, sociable y seguro de sí mismo. Al igual que mi abuelo, era granjero, pero no dedicaba mucho tiempo a la granja. Era notario y secretario del municipio donde vivía, además de elemento destacado en el Partido Liberal. Había algo de dinero que no procedía de la granja. De hipotecas, quizá; la gente hablaba de ciertas inversiones. La tía Charlie y él tenían unas cuantas vacas, pero ése era todo su ganado. Recuerdo verlo en el establo, haciendo girar la descremadora, en camisa y chaleco, con la pluma estilográfica y el lápiz de mina prendidos del bolsillo del chaleco. No lo recuerdo ordeñando las vacas. ¿Lo hacía todo la tía Charlie, o tenían a alguien contratado?

Si a la tía Charlie la alarmaba su manera de conducir, nunca dio señales de ello. El afecto entre ambos era legendario. La palabra «amor» no se utilizaba. Según decían, «se tenían cariño». Mi padre me comentó, un tiempo después de la muerte del tío Cyril, que éste y la tía Charlie se tenían verdadero cariño. No sé por qué salió el tema a la conversación; en ese momento íbamos en coche y tal vez había surgido algún comentario, algún chiste, sobre la manera de conducir del tío Cyril. Mi padre puso especial énfasis en la palabra «verdadero», como si admitiese que eso era lo que en teoría debían sentir las personas casadas, y que algunas quizás incluso dijeran que lo sentían, pero en realidad esa situación no se daba muy a menudo.

Para empezar, el tío Cyril y la tía Charlie se llamaban el uno al otro por su nombre de pila. No «mamá» y «papá». Así que el hecho de ser una pareja sin hijos los diferenciaba y los unía no por una función, sino por ellos mismos. (Incluso mis abuelos se referían el uno al otro, al menos delante de mí, como el «abuelo» y la «abuela», elevando un grado la función). El tío Cyril y la tía Charlie nunca empleaban términos cariñosos o apodos, y nunca los vi tocarse. Ahora creo que existía entre ellos armonía, una corriente de satisfacción, que iluminaba el aire alrededor de modo que incluso una niña egocéntrica lo percibía. Pero quizá lo que creo recordar es lo que me han contado. No obstante, estoy segura de que los demás sentimientos que recuerdo —la sensación de obligación y exigencia que crecía monstruosamente en torno a mi padre y mi madre, y el ambiente cargado de irritabilidad, de tensión arraigada, que envolvía a mis padres— no estaban presentes en ese otro matrimonio, y que eso se veía como algo digno de comentarse, como un día perfecto en medio de una estación inestable.

Ni mi abuela ni la tía Charlie mencionaban apenas a sus difuntos maridos. Ahora mi abuela llamaba al suyo por su nombre: Will. Hablaba sin rencor ni tristeza, como de un conocido del colegio. La tía Charlie podía hablar de vez en cuando de «tu tío Cyril», dirigiéndose sólo a mí cuando mi abuela no estaba presente. Lo que decía era que nunca llevaba calcetines de lana, o que sus galletas preferidas eran las de avena rellenas de dátiles, o que le gustaba tomar un té nada más levantarse. Normalmente empleaba su cuchicheo confidencial: se apreciaba la insinuación de que hablábamos de una persona eminente que habíamos conocido las dos, y que cuando decía «tío», me concedía el honor de estar emparentada con él.

Michael me telefoneó. Me llevé una sorpresa. Él era ahorrativo con el dinero, consciente de las responsabilidades que se le echaban encima, y por aquel entonces la gente ahorrativa no ponía conferencias a menos que hubiese una noticia especial y, por lo general, solemne.

Teníamos el teléfono en la cocina. Michael llamó a eso de las doce del mediodía, un sábado, cuando mi familia estaba sentada a unos pasos de distancia, comiendo. Claro que en Vancouver eran sólo las nueve de la mañana.

—No he podido dormir en toda la noche —dijo Michael—. Estaba muy preocupado porque no sabía nada de ti. ¿Qué pasa?

—Nada —contesté. Intenté acordarme de cuándo le había escrito por última vez. Sin duda no hacía más de una semana—. He estado ocupada. He tenido mucho trabajo.

Unos días antes habíamos llenado la tolva de serrín. Eso era lo que quemábamos en la caldera; era el combustible más barato que podía comprarse. Pero cuando se cargaba la tolva por primera vez, se levantaban nubes de un polvo muy fino que se posaba por todas partes, incluso en las colchas. Y por mucho que intentara evitarse, era imposible no entrarlo en la casa con los zapatos. Había que barrer y sacudir mucho para eliminarlo.

—Eso suponía —dijo, pese a que yo aún no le había escrito nada sobre el problema con el serrín—. ¿Por qué haces tú todo el trabajo? ¿Por qué no buscan a una empleada? ¿Acaso no tendrán que hacerlo cuando te vayas?

—Muy bien —dije—. Espero que te guste mi vestido. ¿Te he dicho ya que la tía Charlie me está haciendo el vestido de novia?

—¿No puedes hablar?

—Pues no, la verdad.

—Bueno, vale. Escíbeme.

—Lo haré. Hoy mismo.

—Estoy pintando la cocina.

Antes él vivía en una habitación abuhardillada con un calentaplatos, pero recientemente había encontrado un apartamento de una habitación donde podríamos iniciar nuestra vida en común.

—¿Ni siquiera te interesa el color? Te lo diré de todos modos. Amarillo con la carpintería blanca. Armarios blancos. Para que haya más claridad.

—Seguro que quedará muy bien —dije.

Cuando colgué, mi padre preguntó:

—¿No habrá sido una discusión de novios, espero?

Lo dijo de una manera afectada, burlona, sólo para romper el silencio en la habitación. Aun así, me incomodó.

Mi hermano ahogó una risita.

Yo ya sabía qué pensaban de Michael. Pensaban que tenía una sonrisa demasiado radiante, que iba demasiado bien afeitado y con los zapatos demasiado lustrosos, que era demasiado educado y efusivamente cortés. Incapaz de limpiar un establo o reparar una cerca. Tenían una costumbre propia de pobres —quizás especialmente de los pobres lastrados con una mayor inteligencia de la que suele atribuírseles por su posición social—, la costumbre o necesidad de convertir en caricaturas a las personas superiores a ellos, a las personas que, sospechaban, se consideraban superiores a ellos.

Mi madre no era así. Ella daba su aprobación a Michael. Y él la trataba con cortesía, aunque se lo veía incómodo en su presencia, por su hablar confuso y desesperado y sus brazos temblorosos y la manera en que se le descontrolaban los ojos y los ponía en blanco. No estaba acostumbrado a los enfermos. Ni a los pobres. Pero había hecho todo lo posible, durante una visita que debió de horrorizarlo, que debió de antojársele una cautividad deprimente.

De la que anhelaba rescatarme.

Esa gente sentada a la mesa —excepto mi madre— me consideraba en cierto modo una traidora por no permanecer en el lugar que me correspondía, en esa forma de vida. Aunque tampoco me querían allí. Para ellos era un alivio que alguien quisiera quedarse conmigo. Tal vez lamentaran o les avergonzara un poco que no fuera un chico del lugar, pero entendían por qué eso ya no era posible y que, de todas todas, esta opción sería la mejor para mí. Querían hacerme bromas mordaces sobre Michael (habrían dicho que sólo era una broma), pero en conjunto opinaban que no debía dejarlo escapar.

Y yo no estaba dispuesta a dejarlo escapar. Deseaba que comprendiesen que él tenía sentido del humor, que no era tan grandilocuente como pensaban, y que no le asustaba el trabajo. Del mismo modo que quería que él comprendiese que mi vida aquí no era tan triste ni sórdida como le parecía.

Yo no estaba dispuesta a dejarlos escapar ni a él ni a mi familia. Pensaba que estaría siempre unida a ellos, mientras viviese, y que él no podía avergonzarse ni convencerme de que me alejase de ellos.

Y creía que lo amaba. El amor y el matrimonio. Eso era una habitación clara y agradable en la que una entraba, donde una estaba a salvo. Los amantes que había imaginado, los depredadores con plumas de vivos colores, no habían aparecido, quizá no existían, y en todo caso yo no podía considerarme a su altura.

Él se merecía algo mejor que yo, Michael. Se merecía un corazón sin escisiones.

Esa tarde fui al pueblo, como siempre. Los baúles estaban casi llenos. Mi abuela, recuperada ya de su flebitis, acababa en ese momento de bordar una funda de almohada, una de un par que quería añadir a mi ajuar. La tía Charlie se dedicaba ahora por entero a mi vestido de novia. Había

instalado la máquina de coser en la parte delantera de la sala de estar, separada por unas puertas correderas de roble de la parte trasera, donde estaban los baúles. La confección era su especialidad: en eso mi abuela no la igualaba ni se entrometía.

Me casaría con un vestido de terciopelo de color burdeos, largo hasta las rodillas, de falda fruncida, talle estrecho y lo que se llamaba escote corazón, y mangas abombadas. Ahora soy consciente de que se notaba que era de confección casera, no por ningún defecto en la labor de costura de la tía Charlie, sino simplemente por el patrón, que a su manera era muy favorecedor, pero destilaba cierta candidez, una caída suave, falta de reafirmación en el estilo. Yo estaba tan acostumbrada a la ropa hecha en casa que no me di cuenta de esto.

Después de probarme el vestido y volver a ponerme la ropa de diario, mi abuela nos llamó a la cocina para tomar un café. Si ella y la tía Charlie hubieran estado solas, habrían tomado té, pero, en atención a mí, habían empezado a comprar Nescafé. La iniciadora de este hábito fue la tía Charlie cuando mi abuela guardaba cama.

La tía Charlie dijo que enseguida vendría: estaba quitando unos hilvanos.

Mientras estaba sola con mi abuela, le pregunté cómo se había sentido antes de su boda.

—Esto tiene un sabor demasiado fuerte —comentó, refiriéndose al Nescafé, y se puso en pie con el obligado gruñido que acompañaba ahora cualquier movimiento repentino. Puso el hervidor para calentar más agua. Pensé que no iba a responderme, pero dijo—: No recuerdo haber sentido nada en particular. Recuerdo que no comía, porque tenía que reducir la cintura para caber en el vestido. Así que supongo que tenía hambre.

—¿Nunca te dio miedo...?

Iba a decir «Vivir tu vida con esa otra persona». Pero ella, sin dejarme seguir, contestó secamente:

—Esas cosas se resuelven con el tiempo, no te preocupes.

Pensó que hablaba del sexo, lo único en lo que yo no creía necesitar instrucción ni comentarios tranquilizadores.

Y por su tono deduje que quizás había algo de mal gusto en el hecho de que yo hubiera sacado el tema, y que ella no tenía la menor intención de darme una respuesta más completa.

Como la tía Charlie entró en ese momento, probablemente en ningún caso habría añadido nada más.

—Sigo preocupada por las mangas —dijo la tía Charlie—. Me pregunto si no debería alcorzarlas un par de dedos.

Después de tomarse el café, volvió y lo hizo, hilvanando sólo una manga para ver cómo me quedaba. Me llamó para que me probara el vestido otra vez, y cuando me lo puse, vi, sorprendida, que me miraba fijamente a la cara en lugar del brazo. Tenía algo en la mano cerrada, que quería darme. Tendí la mano y ella susurró:

—Toma.

Cuatro billetes de cincuenta dólares.

—Si cambias de idea —dijo, todavía en un susurro trémulo y apremiante—. Si no quieres casarte, necesitarás dinero para escapar.

Cuando dijo «Si cambias de idea», pensé que me tomaba el pelo, pero cuando llegó a



«necesitarás dinero para escapar», supe que hablaba en serio. Me quedé estupefacta, enfundada en mi vestido de terciopelo, con un dolor en las sienes, como si tuviera la boca llena de algo demasiado frío o demasiado dulce.

Alarmada por lo que acababa de decir, sus ojos habían palidecido. Y por lo que aún no había dicho y se disponía a decir, con mayor hincapié, pese a que le temblaban los labios.

—Es posible que ese hombre no sea un buen plan para ti.

Nunca la había oído emplear la palabra «plan» en ese sentido: daba la impresión de que intentaba hablar como hablaría una mujer más joven. Como pensaba que hablaría yo, pero no a ella.

Oímos los pesados zapatones de mi abuela en el pasillo.

Negué con la cabeza y metí el dinero debajo de un retal de la tela del vestido de novia que estaba en la máquina de coser. Ni siquiera me parecía real: no estaba acostumbrada a ver billetes de cincuenta dólares.

No podía permitir que nadie viese dentro de mí, y menos aún una persona tan simple como la tía Charlie.

El dolor y la claridad en la sala y en mis sienes remitieron. El momento de peligro había pasado como un ataque de hipo.

—Bien, pues —dijo la tía Charlie con una voz en apariencia animada, apresurándose a coger la manga—. Quizá quedaban mejor tal como estaban antes.

Eso fue para que lo oyera mi abuela. Para mí, un cuchicheo quebrado:

—En ese caso, debes ser... debes prometerlo... debes ser una buena esposa.

—Por supuesto —respondí, como si no hubiera necesidad de cuchicheos.

Y mi abuela, tras entrar en la sala, apoyó una mano en mi brazo.

—Quítale ese vestido antes de que lo estropee —dijo—. Está sudando a mares.

## MI CASA

Vuelvo a casa como he hecho varias veces en el último año, viajando en tres autobuses. El primer autobús es grande, rápido, cómodo, con aire acondicionado. Los pasajeros no se prestan mucha atención unos a otros. Contemplan el tráfico de la autovía, que el autobús sorteas con suprema facilidad.

Nos dirigimos hacia el oeste de la ciudad y luego hacia el norte, y después de ochenta kilómetros poco más o menos, llegamos a un próspero pueblo industrial y comercial. Aquí, junto con los pasajeros que van en mi misma dirección, hago traspaso a un autobús más pequeño. Ya está bastante lleno de gente cuyo viaje a casa comienza en este pueblo: granjeros ya demasiado viejos para conducir y esposas de granjeros de todas las edades; estudiantes de enfermería y estudiantes de ingeniería agrónoma que vuelven a sus casas a pasar el fin de semana; niños enviados de casa de sus padres a casa de sus abuelos. Ésta es una zona con una numerosa población de colonos alemanes y holandeses, y algunos de los más ancianos hablan entre sí en una de esas dos lenguas. En esta etapa del viaje es posible que el autobús se detenga para entregar una cesta o un paquete a alguien que espera ante la verja de una granja.

El trayecto de cincuenta kilómetros hasta el pueblo donde se hace el último traspaso lleva el mismo tiempo, o más, que los ochenta kilómetros desde la ciudad. Cuando llegamos a ese pueblo, los descendientes corpulentos y animosos de los alemanes, y los más recientes holandeses, se han apeado todos, ha anochecido y refrescado, las granjas se ven menos cuidadas y el terreno es más ondulado. Cruzo la calle con uno o dos supervivientes del primer autobús y dos o tres del segundo; aquí nos sonreímos, reconociendo una camaradería o incluso una afinidad que no habríamos percibido tan claramente en los lugares de los que partimos. Nos subimos al pequeño autobús que espera delante de la gasolinera. Aquí no hay estación de autobuses.

Éste es un viejo autobús escolar, con asientos muy incómodos que no pueden ajustarse de ninguna manera, y ventanillas con marcos metálicos horizontales. Eso te obliga a repantigarte en el asiento o a sentarte muy erguida y estirar el cuello a fin de disfrutar de una vista sin obstáculos. A mí me resulta irritante, porque éste es el paisaje que más deseo ver: los bosques otoñales cada vez más rojos y los campos de rastrojo secos y las vacas apiñadas bajo los aleros de los establos. Siempre pensé que escenas tan corrientes, en esta parte del país, son lo último que habría querido ver en la vida.

Y se me ocurre que es posible que así sea, y antes de lo que me esperaba, ya que el autobús circula a lo que parece una velocidad temeraria, con botes y bruscos virajes, a lo largo de los treinta kilómetros restantes de carretera mal asfaltada.

Ésta es una buena zona para los accidentes. Chicos demasiado jóvenes para tener el carné de conducir acaban mal por ir a ciento cuarenta por caminos de grava con poca visibilidad. Conductores en plena celebración atraviesan ruidosamente los pueblos a altas horas de la noche con los faros apagados, y la mayoría de los adultos varones han sobrevivido, por lo visto, al menos a un choque frontal con un poste de teléfonos y una caída en una cuneta con vuelta de campana.

Puede que mi padre y mi madrastra me hablen de estas bajas cuando llegue a casa. Mi padre se limita a mencionar algún terrible accidente. Mi madrastra va más lejos. Decapitación, un volante hundido en el pecho, la cara de alguien hecha pulpa por los cristales de la botella de la que bebía.

—Qué imbéciles —digo con tono cortante.

No es sólo que no siento la menor simpatía por quienes conducen a toda velocidad por caminos de grava o borrachos como cubas. Lo que pasa es que pienso que esta conversación, la ampliación y el regodeo de mi madrastra, puede violentar a mi padre. Más adelante comprenderé que seguramente no es así.

—Ésa es la palabra que mejor los describe —conviene mi madrastra—. Imbéciles. Ellos son los únicos culpables.

Sentada con mi padre y mi madrastra —que se llama Irlma— a la mesa de la cocina, bebo whisky. Su perro, *Buster*, está tumbado a los pies de Irlma. Mi padre sirve whisky de centeno en tres vasos de zumo, tres cuartas partes de cada vaso, y luego añade agua hasta arriba. Cuando vivía mi madre, nunca hubo una botella de alcohol en esta casa, ni siquiera una botella de cerveza o vino. Antes de casarse, ella arrancó a mi padre la promesa de que nunca tomaría una copa. No fue porque hubiera sufrido las consecuencias de las borracheras de los hombres en su propia casa; era sólo la promesa que por aquel entonces exigían muchas mujeres con sentido de la dignidad antes de entregarse a un hombre.

La mesa de madera de la cocina en la que comíamos siempre y las sillas donde nos sentábamos han sido trasladadas al establo. Las sillas no hacían juego. Eran muy viejas, y un par de ellas procedían supuestamente de lo que se llamaba la fábrica de sillas —no debía de ser más que un taller— de Sunshine, un pueblo que dejó de existir a finales del siglo XIX. Mi padre está dispuesto a venderlas por casi nada, o regalarlas si alguien las quiere. Nunca ha entendido la admiración por lo que él considera trastos viejos, y piensa que la gente que la profesa es pretenciosa. Irlma y él han comprado una mesa nueva con la superficie de plástico, que presenta un vago parecido con la madera y no se raya, y cuatro sillas con el asiento tapizado en plástico que tienen un estampado de flores amarillas y son, a decir verdad, mucho más cómodas que las viejas sillas de madera.

Ahora que vivo a sólo ciento sesenta kilómetros, vengo más o menos cada dos meses. Antes, durante mucho tiempo, vivía a más de mil quinientos kilómetros y pasaba años sin ver esta casa.

Entonces pensaba en ella como un lugar que quizá nunca volvería a ver y su recuerdo me conmovía enormemente. Recorría sus habitaciones mentalmente. Todas esas habitaciones son pequeñas, y como suele ocurrir en las viejas granjas, no están concebidas para aprovechar el exterior, sino para, si es posible, olvidar su existencia. Puede que la gente no quisiera pasar su tiempo de descanso o resguardarse mirando los campos en los que habían trabajado, o la nieve amontonada que tendrían que quitar a paladas para dar de comer al ganado. Se consideraba que la gente que admiraba abiertamente la naturaleza —o que incluso llegaban al punto de usar esa palabra, «naturaleza»— estaba un poco mal de la cabeza.

En mi mente, cuando me encontraba lejos de allí, también veía el techo de la cocina, de tablas machihembradas, estrechas y manchadas de hollín, y el marco de la ventana roído por un perro que habían dejado encerrado allí antes de nacer yo. El papel de las paredes presentaba manchas pálidas por una gotera en la chimenea, y el linóleo había sido repintado por mi madre, mientras pudo, cada primavera. Lo pintaba de un color oscuro —marrón o verde o azul marino—, y luego, usando una esponja, añadía un dibujo, con motas de vivo color amarillo o rojo.

Ahora el techo queda oculto detrás de placas cuadradas blancas y un nuevo marco metálico ha sustituido el marco roído de madera de la ventana. El cristal de la ventana también es nuevo, y no aporta extrañas ondas o volutas a lo que puede verse a través de él. Y lo que se ve, de todos modos, no es el bosque de resplandor dorado que rara vez se despejaba y que abarcaba los dos cuarterones inferiores de la ventana, ni el vergel de manzanos roñosos y los dos perales que, al estar tan al norte, apenas daban fruto. Ahora hay sólo un establo de pavos alargado y gris, sin ventanas, y un corral de pavos, para los que mi padre vendió una franja de tierra.

En las habitaciones delanteras han puesto papel pintado nuevo —un papel blanco con un dibujo rojo en relieve, alegre pero formal— y moqueta de color verde musgo. Y como tanto mi padre como Irlma se criaron y vivieron parte de su vida adulta en casas iluminadas con candiles, hay luz por todas partes: plafones y lámparas, largos tubos deslumbrantes y bombillas de cien vatios.

Incluso el exterior de la casa, el ladrillo rojo cuya argamasa desmenuzada permitía el paso del viento del este, va a cubrirse con un revestimiento metálico blanco. Mi padre está pensando en colocarlo él mismo. Así que parece que esta casa peculiar —la parte de la cocina se construyó en la década de 1860— puede disolverse, en cierto modo, y perderse, dentro de una casa cómoda y corriente de nuestros tiempos.

No lamento esta pérdida como la habría lamentado en su día. Sí pienso que el ladrillo rojo tiene un color suave precioso, y que he oído de gente (gente de la ciudad) que paga un alto precio por esos ladrillos viejos, pero lo digo sobre todo porque creo que es lo que espera mi padre. A sus ojos, ahora soy una persona de ciudad, ¿y cuándo he tenido yo sentido práctico? (Ahora eso ya no se considera un defecto tan grave como antes, porque me he abierto camino, contra todo pronóstico, entre personas que probablemente tienen tan poco sentido práctico como yo). Y le complace volver a explicar lo del viento este y el coste del combustible y la dificultad de las reparaciones. Sé que todo lo que dice es verdad, y sé que la casa que se está perdiendo tampoco era una buena casa ni tenía encanto alguno. Era una casa de gente pobre, siempre lo fue, con la escalera que subía entre paredes, y dormitorios comunicados entre sí. Una casa donde se había

vivido sólo con lo indispensable durante más de cien años. Así que si Irlma y mi padre querían estar cómodos combinando sus pensiones de jubilación, lo que los hacía más ricos de lo que habían sido en toda su vida, si deseaban ser (usan esta palabra sin comillas, de una manera muy llana y positiva) «modernos», ¿quién soy yo para quejarme por la pérdida de unos cuantos ladrillos rosados, de una pared que se desmorona?

Pero también es cierto que mi padre quiere oír alguna objeción, alguna tontería de mi parte. Y me siento obligada a ocultarle el hecho de que la casa ya no significa tanto para mí como antes, y en realidad ahora no me importa qué cambios hace.

—Sé el cariño que le tienes a esta casa —me dice en un tono de disculpa pero con satisfacción.

Y yo no le digo que ya no sé si tengo cariño a ninguna casa, y que me parece que aquello por lo que sentía cariño era la persona que yo fui cuando vivía aquí: una persona que dejé atrás para siempre, y en buena hora.

Ahora no voy al salón, a hurgar en el banco del piano en busca de fotografías y partituras viejas. No voy a buscar mis viejos libros de texto del instituto, mi poesía en latín, *Maria Chapdelaine*. O los éxitos de ventas de algún año de la década de los cuarenta, cuando mi madre era socia del Club del Libro del Mes: un gran año para las novelas sobre las esposas de Enrique VIII, y para las escritoras de nombres compuestos, y para los ensayos sobre la Unión Soviética. No abro los «clásicos» encuadernados en tapa blanda con piel de imitación, comprados por mi madre antes de casarse, sólo para ver su nombre de soltera escrito con la elegante y convencional letra de maestra en la guarda marmolada, después de la nota del editor: «Hombre, te acompañaré y seré tu guía, y cuando la necesidad te apremie a tu lado estaré».

Los recordatorios de mi madre en esta casa no son tan fáciles de encontrar, pese a que la dominó durante tanto tiempo con lo que nos parecían sus bochornosas ambiciones, y después con sus quejas igual de bochornosas aunque justificadas. La enfermedad que la aquejaba era tan poco conocida entonces, y de efectos tan extraños, que ciertamente parecía justo la clase de mal que ella habría sido capaz de inventar, por morbosa tozudez y una verdadera necesidad de atención, de ampliar las dimensiones de su vida. Una atención que su familia llegó a darle por fuerza, no del todo a regañadientes pero de una manera tan rutinaria que parecía —a veces lo era— fría, impaciente, desprovista de ternura. Para ella nunca era suficiente, nunca.

Los libros que había antes por la casa, debajo de las camas y encima de las mesas, habían sido acorralados por Irlma, perseguidos y encajonados en la librería del salón, encerrados detrás de las puertas de cristal. Mi padre, leal a su esposa, cuenta que ya apenas lee, que está demasiado ocupado. (Aunque le gusta hojear el *Atlas histórico* que le mandé). A Irlma le desagrade ver leer a la gente porque no es una actividad sociable y, a fin de cuentas, ¿para qué sirve? Cree que la gente está mejor jugando a las cartas, o haciendo cosas. Los hombres pueden dedicarse a la carpintería, las mujeres a confeccionar edredones y tejer alfombras o hacer ganchillo o bordar. Siempre hay muchas cosas que hacer.

Contrariamente, Irlma concede un gran valor a la afición a escribir que mi padre ha desarrollado en la vejez. «Escribe muy bien excepto cuando se cansa demasiado —me dijo—. En cualquier caso, escribe mejor que tú».

Tardé un poco en caer en la cuenta de que se refería a mi caligrafía. Eso es lo que siempre había significado por aquí «escribir». La otra actividad se llamaba, o se llama, «inventar cosas». Para ella están unidas de alguna manera y no tiene nada que objetar. Ni a lo uno ni a lo otro.

«Así mantiene la cabeza activa», dice.

Jugar a las cartas, en su opinión, serviría para lo mismo. Pero no siempre tiene el tiempo para sentarse a eso durante el día.

Mi padre me habla acerca del revestimiento de la casa. «Necesito un trabajo así para volver a estar tan en forma como hace un par de años».

Hace unos quince meses tuvo un ataque al corazón muy grave.

Irlma saca tazas de café, una bandeja de galletas saladas, queso y mantequilla, bollos de salvado, pastas de levadura, pastel de fruta con glaseado hervido.

—No hay gran cosa —dice—. Con la edad, me estoy volviendo perezosa.

Digo que eso nunca ocurrirá, nunca se volverá perezosa.

—Incluso el pastel es de sobre, me avergüenza decir. La próxima vez será comprado.

—Está muy bueno —aseguro—. Algunos pasteles de sobre salen buenísimos.

—Eso es verdad —coincide Irlma.

Harry Crofton —que trabaja media jornada en el criadero de pavos donde antes trabajaba mi padre— pasa por casa a la hora de comer al día siguiente y, después de las necesarias y previsibles protestas, se deja convencer y se queda. Comemos a las doce. Hay filete redondo machacado y enharinado y guisado al horno, puré de patatas con salsa, chirivías cocidas, ensalada de col, pan tostado, galletas de pasas, compota de manzana silvestre, tarta de calabaza con un baño de malvavisco. También hay pan y mantequilla, varios adobos, café instantáneo, té.

Harry transmite el recado de que Joe Thoms, que vive en una caravana río arriba, sin teléfono, le agradecería a mi padre que se pasara por allí con un saco de patatas. Las pagaría, por supuesto. Vendría a buscarlas él mismo si pudiera, pero no puede.

—Sí, ya, seguro que no puede —dice Irlma.

Mi padre camufla la pulla aclarándome:

—Se ha quedado prácticamente ciego.

—Apenas encuentra el camino a la licorería —añade Harry.

Todos ríen.

—Encontraría el camino hasta allí por el olfato —dice Irlma. Y se repite, con regodeo, como tiene por costumbre—. Encontraría el camino por el olfato.

Irlma es una mujer fornida y rubicunda, con rizos teñidos de color caramelo, ojos castaños en los que aún brilla una chispa, una expresión de emotividad, de estar siempre al borde de la risa. O al borde de la impaciencia que da paso a la indignación. Le gusta hacer reír a la gente, y reírse ella. En otras ocasiones se planta en jarras y echa la cabeza al frente y deja caer algún comentario áspero, como con la esperanza de provocar una pelea. Relaciona esta conducta con su origen irlandés y el hecho de haber nacido a bordo de un tren.

«Soy irlandesa, ¿sabes? Soy una irlandesa de pura cepa. Y nací en un tren en marcha. No pude

esperar. En el puerto del Caballo Coceador, ¿qué te parece? Si naces a lomos de un caballo coceador, sabes valerte por ti misma, y eso es un hecho». A continuación, tanto si sus interlocutores le siguen la corriente en su respuesta como si se encogen en un silencio de desconcierto, ella lanza una risa de desafío.

—¿Joe vive aún con esa Peggy? —pregunta a Harry.

Yo no sé quién es Peggy, así que lo pregunto.

—¿No conoces a Peggy? —dice Harry con tono de reproche. Y a Irlma—: Claro que sí.

Harry trabajaba para nosotros cuando yo era pequeña y mi padre tenía el criadero de zorros. Me daba palos de regaliz, que sacaba de entre la pelusa de las profundidades de sus bolsillos, e intentaba enseñarme a conducir el camión y me hacía cosquillas hasta el elástico de las bragas.

—¿A Peggy Goring? —insiste Harry—. ¿La que vivía con sus hermanos al lado de la vía a este lado de Canada Packers, la central cárnica? Medio india. Hugh y Bud Goring. ¿Y Hugh, el que trabajaba en la lechería?

—Bud era el vigilante del ayuntamiento —interviene mi padre.

—¿Te acuerdas ahora? —pregunta Irlma con cierta aspereza.

Aquí el olvido de nombres y hechos locales puede considerarse intencionado, grosero.

Contesto que sí, aunque no es verdad.

—Hugh se marchó y no volvió nunca más —cuenta Irlma—. Bud cerró la casa. Sólo ocupa la habitación del fondo. Ahora recibe una pensión pero, como es tan avaro, no quiere calentar toda la casa.

—Se ha vuelto un poco raro —dice mi padre—. Como todos nosotros.

—¿Y Peggy? —pregunta Harry, que conoce y siempre ha conocido todas las anécdotas, los rumores, las desgracias y posibles paternidades en muchos kilómetros a la redonda—. Peggy andaba con Joe. Hace años. Pero de pronto se marchó y se casó con otro y se quedó a vivir en el norte. Al cabo de un tiempo, Joe se fue también allí, y vivía con ella pero tuvieron una pelea de aúpa y él se marchó al oeste.

Ríe como siempre ha hecho, calladamente, con una gran sorna íntima que parece hallarse dentro de él y asomar en forma de estremecimiento en el pecho y los hombros.

—Así les iban las cosas —dice Irlma—. Así se llevaban.

—Entonces Peggy se fue al oeste detrás de él —prosigue Harry—, y acabaron viviendo juntos allí y, por lo que se ve, él la molía a palos cada dos por tres, hasta que al final ella cogió el tren y volvió aquí. Antes de coger el tren, él le arreó tal paliza que pensaron que tendrían que parar y llevarla al hospital.

—Ya me gustaría a mí ver al hombre capaz de ponerme la mano encima —dice Irlma—. Ya me gustaría a mí verlo, ya.

—Sí, claro —prosigue Harry—. Pero ella debió de conseguir dinero o quizás obligó a Bud a pagarle una parte de la casa, porque se compró la caravana. Tal vez pensó que viajaría. Pero Joe volvió a aparecer e instalaron la caravana junto al río y cogieron y se casaron. Su otro marido debió de morir.

—Eso de que están casados lo dicen ellos —matiza Irlma.

—No lo sé —dice Harry—. Cuentan que todavía le arrea de lo lindo cuando le da la venada.

—Si a mí alguien me pone la mano encima —repite Irlma—, se la devuelvo. Se la devuelvo donde más duele.

—Calma, calma —interviene mi padre con fingida consternación.

—El hecho de que ella sea medio india puede que tenga algo que ver —continúa Harry—. Dicen que los indios sacuden a sus mujeres de vez en cuando, y así ellas los quieren más.

Me siento obligada a decir:

—Bah, ésas son las cosas que la gente anda diciendo de los indios.

E Irlma, con el olfato siempre alerta a la prepotencia o la superioridad, señala que hay mucho de cierto en lo que dice la gente de los indios, eso tenlo por seguro.

—Bueno, esta conversación es demasiado estimulante para un viejo como yo —dice mi padre—. Creo que me voy a tumbar un rato.

—No está bien —dice Irlma tras oír los lentos pasos de mi padre escalera arriba—. Desde hace un par de días, se encuentra mal.

—¿Ah, sí? —digo, sintiéndome culpable por no haberme dado cuenta.

Yo lo he visto como siempre lo veo desde que mis visitas nos juntan a Irlma y a mí: sólo un poco tembloroso y aprensivo, como si tuviera que mantenerse en guardia, como si la necesidad de dar explicaciones y defendernos, a una de la otra, le exigiera cierta energía.

—No se encuentra bien —insiste Irlma—. Lo noto.

Se vuelve hacia Harry, que se ha puesto la chaqueta.

—Dime una cosa antes de salir por esa puerta —dice ella, interponiéndose entre la puerta y él para cortarle el paso—. Dime, ¿cuánta cuerda hace falta para atar a una mujer?

Harry finge pensárselo.

—¿Sería una mujer grande o una mujer pequeña?

—Una mujer de cualquier tamaño.

—Pues no sabría decirte. No, no lo sé.

—Dos bolas y quince centímetros —exclama Irlma, y nos llega un borboteo lejano, surgido del subterráneo deleite de Harry.

—Irlma, eres una fiera.

—Lo soy. Soy una fiera vieja. Lo soy.

Acompaño a mi padre en el coche a llevar las patatas a Joe Thoms.

—¿No te encuentras bien?

—No estoy en mi mejor momento.

—¿Y qué te pasa exactamente?

—No lo sé. No puedo dormir. No me extrañaría que hubiese pillado una gripe.

—¿Llamarás al médico?

—Si no mejoro, lo llamaré. Llamarlo ahora sería hacerle perder el tiempo.

Joe Thoms, unos diez años mayor que yo, es un hombre alarmantemente frágil y vacilante, de



brazos largos y fibrosos, rostro atractivo, estropeado, sin afeitarse, ojos grises apagados. No me explico cómo es capaz de pegar a nadie. Se acerca a tientas a recibirnos y, tras coger el saco de patatas, nos invita con insistencia a entrar en la caravana llena de humo.

—Pienso pagártelas —dice—. Dime cuánto es.

—Venga, venga —responde mi padre.

Delante de la cocina, una mujer enorme revuelve algo en una cazuela.

—Peggy, te presento a mi hija —dice mi padre—. Qué bien huele, lo que sea que guisas ahí.

Ella no contesta, y Joe Thoms dice:

—Es sólo un conejo que nos regalaron. Es inútil hablarle, con el oído de este lado no oye nada. Ella está sorda y yo ciego. ¿No es mala suerte? Es sólo conejo, pero no nos importa comerlo. El conejo lleva una alimentación sana.

Ahora veo que la mujer no es en realidad tan enorme. La parte superior del brazo, hinchada como un bejín, no guarda proporción con el resto del cuerpo. La manga ha sido arrancada del vestido, dejando la sisa deshilachada, con las hebras colgando, y la gran hinchazón de la carne visible y reluciente en medio del humo y la penumbra de la caravana.

—Puede quedar muy rico, el conejo —comenta mi padre.

—Siento no ofrecerte un trago —dice Joe—. Pero no tenemos nada en casa. Ya no bebemos.

—Tampoco me apetece, para serte sincero.

—No hay nada en la casa desde que vamos al Tabernáculo. Los dos, Peggy y yo. ¿Sabías que ahora vamos allí?

—No, Joe. No lo sabía.

—Pues sí. Y es un consuelo para nosotros.

—Me parece bien.

—Ahora me doy cuenta de que he ido por el mal camino la mayor parte de mi vida. También Peggy se da cuenta.

—Ajá —dice mi padre.

—Me digo que es lógico que el Señor me haya castigado con la ceguera. Me ha castigado con la ceguera, pero yo veo su intención. Veo la intención del Señor. Aquí no hay una sola gota de alcohol desde el fin de semana del primero de julio. Ésa fue la última vez. El primero de julio.

Acerca la cara a la de mi padre.

—¿Y tú ves la intención del Señor?

—En fin, Joe... —dice mi padre con un suspiro—. Para mí, Joe, todo eso no son más que paparruchas.

Su respuesta me sorprende, porque habitualmente mi padre es un hombre de una gran diplomacia, de amables evasivas. Siempre me ha hablado, casi en tono de advertencia, de la necesidad de «avenirse», de no irritar a la gente.

Joe Thoms se sorprende aún más que yo.

—No hablas en serio. Lo dices por decir. No sabes lo que dices.

—Lo sé muy bien.

—Pues deberías leer la Biblia. Deberías ver lo que dice la Biblia.

Mi padre se da una palmada en las rodillas en un gesto de nerviosismo e impaciencia.

—Una persona puede estar de acuerdo o no con la Biblia, Joe. La Biblia no es más que un libro como cualquier otro.

—Decir eso es pecado. El Señor escribió la Biblia y Él planeó y creó el mundo y a todos los que aquí estamos.

Otra palmada.

—No sé qué decirte, Joe. No sé. En cuanto a lo de planear el mundo, ¿quién sabe si se planeó siquiera?

—Y entonces, ¿quién lo creó?

—No tengo respuesta a eso. Y me trae sin cuidado.

Veo que la expresión de mi padre no es la de costumbre, que no es agradable (que ha sido la más habitual en él) y tampoco malhumorada. Es una cara de obstinación, pero no desafiante, sino sencillamente abstraída en un hastío inflexible. Algo se ha cerrado en él, se ha parado en seco.

De camino al hospital, conduce él mismo. Yo voy sentada a su lado con una lata limpia en las rodillas, lista para tendérsela por si tiene que detenerse en el arcén y vomitar otra vez. Ha estado en vela toda la noche, arrojando con frecuencia. Entremedias se sentaba a la mesa de la cocina a hojear el *Atlas histórico*. Él, que rara vez ha salido de la provincia de Ontario, conoce los ríos de Asia y las antiguas fronteras de Oriente Medio. Sabe dónde está la fosa marina más profunda en el lecho oceánico. Conoce la ruta de Alejandro Magno, y la de Napoleón, y sabe que los jázaros tenían su capital en la desembocadura del Volga en el mar Caspio.

Dijo que tenía un dolor en los hombros, en la espalda. Y lo que llamó su viejo enemigo, el dolor de vientre.

A eso de las ocho, subió a su habitación para intentar dormir, e Irlma y yo pasamos la mañana charlando y fumando en la cocina, con la esperanza de que él hubiera conciliado el sueño.

Irlma recordó el efecto que ella solía causar en los hombres. Empezó pronto. Un hombre intentó seducirla cuando ella miraba un desfile, con sólo nueve años. Y un día, durante la etapa inicial de su primer matrimonio, iba por una calle de Toronto, buscando un sitio del que había oído hablar, que vendía recambios de aspiradora, y un absoluto desconocido le dijo: «Si me permite un consejo, señorita, no se pasee por la ciudad con una sonrisa así en la cara. La gente podría interpretarla mal».

—Yo no sabía cómo sonreía. No pretendía nada malo. Siempre he preferido sonreír a arrugar la frente. Me quedé de una pieza. «No se pasee por la ciudad con una sonrisa así en la cara». —Se reclina en la silla, abre los brazos en un gesto de impotencia, se ríe—. Era un bombón. Y yo ni lo sabía.

Me cuenta lo que mi padre ha dicho de ella. Ha dicho que ojalá hubiera sido siempre ella su mujer, y no mi madre.

—Eso dijo. Dijo que yo era la mujer ideal para él. Que tenía que haberme encontrado a mí la primera vez.

«Y es verdad», dice.

Cuando mi padre bajó, dijo que se sentía mejor, que había dormido un poco y el dolor se le había pasado, o al menos tenía la sensación de que se le estaba pasando. Podía intentar comer algo. Irlma le ofreció un bocadillo, huevos revueltos, compota de manzana, té. Mi padre probó a tomar una taza de té, y luego vomitó y siguió vomitando bilis.

Pero antes de ir al hospital, tuvo que llevarme al establo y enseñarme dónde estaba el heno, cómo echárselo a las ovejas. Irlma y él tienen unas dos docenas de ovejas. No sé por qué. Dudo que el dinero que obtienen con las ovejas compense el trabajo que les dan. Quizá sea sólo porque la presencia de animales en casa les resulta reconfortante. Tienen a *Buster*, claro, pero no es exactamente un animal de granja. Las ovejas generan tareas, trabajo de granja que hacer, la clase de trabajo que han conocido durante toda su vida.

Las ovejas aún están pastando, pero la hierba que encuentran ha perdido parte de su valor nutritivo —ha habido un par de heladas—, así que también hay que darles heno.

En el coche voy sentada a su lado sosteniendo la lata y recorremos lentamente el camino de costumbre al hospital: Spencer Street, Church Street, Wexford Street, Ladysmith Street. El pueblo, a diferencia de la casa, sigue casi igual que siempre: nadie está reformándolo ni cambiándolo. Sin embargo, para mí sí ha cambiado. He escrito sobre él y lo he agotado. Aquí están poco más o menos los mismos bancos y ferreterías y tiendas de alimentación, y la barbería y la torre del ayuntamiento, pero para mí todos sus mensajes secretos, pródigos, se han consumido.

No para mi padre. Él ha vivido aquí y sólo aquí. No ha escapado de las cosas dándoles el mismo uso que yo.

Cuando ingreso a mi padre en el hospital, ocurren dos cosas un tanto extrañas. Me preguntan su edad, y yo contesto de inmediato: «Cincuenta y dos», que es la edad del hombre del que estoy enamorada. Luego me echo a reír y me disculpo y corro hasta la cama de la sala de urgencias donde está acostado y le pregunto si tiene setenta y dos o setenta y tres años. Me mira como si la pregunta lo desconcertara también a él. «Perdón, ¿cómo dices?», responde de una manera formal, para ganar tiempo, y luego consigue contestar: setenta y dos. Le tiembla un poco todo el cuerpo, pero el mentón le tiembla claramente, tal como le pasaba a mi madre. En el breve espacio de tiempo desde su ingreso en el hospital ha experimentado una especie de renuncia. Él ya lo veía venir, naturalmente, y por eso lo retrasaba. Se acerca la enfermera para tomarle la presión y él intenta arremangarse pero no puede: tiene que hacerlo ella por él.

—Usted puede sentarse fuera en la sala —me indica la enfermera—. Allí estará más cómoda.

La segunda cosa extraña: resulta que el doctor Parakulam, el médico de mi padre —conocido en el pueblo como el doctor Hin-Dú—, es el médico de guardia. Llega poco después y oigo que mi padre hace un esfuerzo por saludarlo con tono afable. Oigo cómo corren las cortinas alrededor de la cama. Después del reconocimiento, el doctor Parakulam sale y habla con la enfermera, que ahora está ocupada en el mostrador de la sala donde yo espero.

—De acuerdo. Ingrésele. Arriba.

Se sienta frente a mí mientras la enfermera llama por teléfono.

—¿Ah, no? —dice ella por el auricular—. Pues él lo quiere ahí arriba. No. De acuerdo. Se lo diré.

—Dicen que tendrá que ir a la Tres-C. No hay camas.

—No lo quiero con los crónicos —dice el médico. Tal vez le habla con un tono más autoritario, más ofendido, del que emplearía un médico natural de este país—. Lo quiero en intensivos. Lo quiero arriba.

—Pues en ese caso quizá debería hablar usted con ellos —sugiere la enfermera—. ¿Quiere hablar con ellos?

Es una mujer alta y delgada, con cierto aire de marimacho de mediana edad, alegre y estridente. Con él, emplea un tono menos discreto, menos correcto y deferente del que cabría esperar en una enfermera para con un médico. Acaso él sea un médico que no sabe ganarse el respeto. O acaso se deba sólo a que las mujeres de campo y de pueblos pequeños, generalmente de opiniones conservadoras, acostumbran a ser marimandonas y no se dejan intimidar.

El doctor Parakulam coge el auricular.

—No lo quiero con los crónicos. Lo quiero arriba. Vale, pero ¿no pueden...? Sí, lo sé. Pero ¿no pueden? Es un caso... Lo sé. Pero quiero decir que... Sí. Sí, de acuerdo. De acuerdo. Lo entiendo.

Cuelga y dice a la enfermera:

—Llévelo a la Tres.

Ella coge el teléfono para ordenar el traslado.

—Pero usted lo quiere en cuidados intensivos —digo, pensando que tiene que existir una manera de que prevalezcan las necesidades de mi padre.

—Sí. Lo quiero allí, pero no puedo hacer nada al respecto.

El médico me mira a los ojos por primera vez, y quizás ahora soy yo su enemigo, y no la persona al otro lado de la línea. Es un hombre bajo, moreno, elegante, de ojos grandes y vidriosos.

—He hecho lo que he podido —dice—. ¿Qué más cree que puedo hacer? ¿Qué es un médico? Hoy en día un médico ya no es nada.

No sé quién cree que tiene la culpa —las enfermeras, el hospital, el Gobierno—, pero no estoy acostumbrada a ver a médicos estallar así y lo último que quiero de él es una confesión de impotencia. Me parece un mal augurio para mi padre.

—Yo no lo culpo a usted... —digo.

—Muy bien, pues. No me culpe.

La enfermera ha acabado de hablar por teléfono. Me dice que tendré que ir a Ingresos y rellenar unos formularios.

—¿Tiene su cartilla? —pregunta, y al médico—: Traen a alguien que ha tenido un accidente de coche en la carretera de Lucknow. Por lo que he podido deducir, no es muy grave.

—De acuerdo. De acuerdo.

—Hoy está usted de suerte.

Han puesto a mi padre en una habitación de cuatro camas. Una cama está vacía. En la cama contigua, al lado de la ventana, hay un anciano que tiene que permanecer en posición horizontal, boca arriba, y recibir oxígeno, pero puede entablar conversación. Durante los dos últimos años, dice, lo han operado nueve veces. Ha pasado casi todo el año anterior en el Hospital de Veteranos de la ciudad.

—Me sacaron todo lo que podían sacarme y luego me atracaron de píldoras y me mandaron a morir a casa.

Lo dice como si fuese una ocurrencia que ha contado con éxito muchas veces.

Tiene una radio, sintonizada en una emisora de rock. Tal vez es la única que ha encontrado. O tal vez le gusta.

Enfrente de mi padre está la cama de otro anciano, a quien han levantado y colocado en una silla de ruedas. Tiene el pelo blanco, cortado al cepillo, todavía espeso, y la cabeza grande y el cuerpo frágil de un niño enfermizo. Lleva un camisón de hospital corto y está sentado en la silla de ruedas con las piernas separadas, mostrando un nido de huevos secos y parduzcos. Hay una bandeja cruzada en la parte delantera de su silla, como la bandeja de una sillita de niño. Le han dado un paño con el que jugar. Lo enrolla y lo golpea tres veces con el puño. Luego lo desenrolla y lo vuelve a enrollar, cuidadosamente, y lo golpea de nuevo. Siempre lo golpea tres veces, una vez en cada extremo y otra en medio. El procedimiento continúa y el ritmo no varía.

—Dave Ellers —susurra mi padre.

—¿Lo conoces?

—Sí, claro. Es un viejo ferroviario.

El viejo ferroviario nos lanza una breve mirada, sin interrumpir su rutina.

—Ja —dice con tono de advertencia.

—Ha ido cuesta abajo —explica mi padre, aparentemente sin ironía.

—Pues tú eres el hombre más apuesto de la habitación —digo—. Y también el mejor vestido.

Entonces sí sonrío, débilmente y por cumplir. Le han dejado ponerse el pijama a rayas de color granate y gris que Irlma sacó de su paquete para él. Un regalo de Navidad.

—¿Te parece que tengo un poco de fiebre?

Le toco la frente, que le arde.

—Quizás un poco. Ya te darán algo. —Me inclino y susurro—: Creo que también les llevas ventaja en lo intelectual.

—¿Cómo? —pregunta. Mira alrededor—. Puede que no la conserve mucho tiempo.

En el mismo momento en que lo dice, me lanza la mirada de impotencia y desesperación que hoy he aprendido a interpretar, y cojo la palangana, colocada en el soporte al lado de la cama, y se la sostengo.

Mientras mi padre hace arcadas, el hombre de las nueve operaciones sube el volumen de la radio.

*Sitting on the ceiling  
Looking upside down  
Watching all the people  
Goin' roun' and roun'*

Regreso a casa y ceno con Irlma. Volveré al hospital después de la cena. Irlma irá mañana. Mi padre ha dicho que era mejor que ella no fuese esta noche.

—Espera a que me tengan bajo control —dijo él—. No quiero asustarla.

—*Buster* anda por ahí suelto —dice Irlma—. No responde a mis llamadas. Y si no viene cuando lo llamo yo, no vendrá lo llame quien lo llame.

En realidad *Buster* es el perro de Irlma. Es el perro que trajo cuando se casó con mi padre. Medio pastor alemán, medio collie, está muy viejo, huele mal y en general se lo ve alicaído. Irlma tiene razón: sólo confía en ella.

Durante la comida se levanta a intervalos y lo llama desde la puerta de la cocina.

—*Buster*, ven. *Buster*, *Buster*, ven a casa.

—¿Quieres que vaya a llamarlo?

—Sería inútil. No te haría caso.

Tengo la impresión de que habla con voz más débil y con mayor desánimo cuando llama a *Buster* de lo que se permite cuando se dirige a otra persona. Lo llama con un silbido, tan fuerte como puede, pero también es un silbido sin vigor.

—Te apuesto a que sé adónde ha ido —dice—. Ha bajado al río.

Estoy pensando que, diga lo que diga, tendré que calzarme las botas de goma de mi padre e ir a buscarlo. Luego, ante ruidos que yo no oigo, Irlma levanta la cabeza y corre hasta la puerta y llama:

—Ven, *Buster*, guapo. Allí está. Allí está. Ven para acá. Vamos, *Buster*. Muy bien, guapetón.

»¿Dónde te habías metido? —pregunta, agachándose y abrazándolo—. ¿Dónde te habías metido, viejo sinvergüenza? Ya lo sé. Ya lo sé. Has ido a mojarte en el río.

*Buster* huele a podredumbre y a plantas de río. Se tumba en la alfombra entre el sofá y el televisor.

—Vuelve a tener su problema intestinal, eso es. Por eso se ha metido en el agua. Como le quema y le quema, se va al agua para buscar alivio. Pero no consigue alivio de verdad hasta que lo expulsa. Claro que no —dice, abrazándolo con la toalla que emplea para secarlo—. Pobrecito.

Me explica, como ha hecho otras veces, la causa del problema intestinal de *Buster*: hurga en el criadero de pavos y se come todo lo que encuentra.

—Carne de pavo muerto. Con plumas y todo. Se las traga y no las puede digerir ya como las digeriría un perro más joven. No puede con ellas. Se le amontonan en los intestinos y se le atascan y no puede expulsarlas y sufre horrores. Escúchalo.

Y *Buster*, en efecto, gruñe y gime. Se levanta. Gruñidos.

—Estará toda la noche así, a lo mejor. No lo sé. A lo mejor no consigue expulsarlo. Eso es lo que me da miedo. Si lo llevo al veterinario, sé que no servirá de nada. Se limitará a decirme que

está demasiado viejo y querrá sacrificarlo.

Gruñidos.

—¿Es que nadie va a venir a acostarme? —dice el señor Ellers, el ferroviario.

Está en la cama, recostado. Habla con voz ronca y fuerte, pero no despierta a mi padre.

A mi padre le tiemblan los párpados. Como le han quitado la dentadura postiza, la boca se le hunde en las comisuras, los labios casi han desaparecido. En su cara dormida asoma la decepción más inalterable.

—Basta ya de armar jaleo ahí fuera, callaos —dice el señor Ellers al pasillo en silencio—. Callaos si no queréis que os ponga una multa de ciento ochenta dólares.

—Cállate tú, viejo chiflado —dice el hombre de la radio, y sube el volumen.

—Ciento ochenta dólares.

Mi padre abre los ojos, intenta incorporarse, se desploma, y me dice con un tono un tanto apremiante:

—¿Cómo podemos decir que el producto final es el hombre?

*Get yo 'hans outa my pocket...*

—La evolución —dice mi padre—. Es posible que eso lo hayamos entendido mal. Que esté pasando algo de lo que no sabemos absolutamente nada.

Le toco la cabeza. Está tan caliente como siempre.

—¿Tú qué opinas?

—No lo sé, papá.

Porque no pienso, no pienso en cosas así. Lo hice en su día, pero ya no. Ahora pienso en mi trabajo, y en los hombres.

Se le agota ya la energía para conversar.

—Puede que esté por venir... una nueva Edad de las Tinieblas.

—¿Tú crees?

—Irlma nos lleva ventaja a ti y a mí.

Su voz me suena afectuosa, aunque atribulada. Luego sonrío débilmente. La palabra que creo que dice es... «maravilla».

—*Buster* ya lo ha superado —anuncia Irlma a modo de saludo cuando llego a casa.

Por su cara se ha propagado un resplandor de alivio y triunfo.

—Vaya. Estupendo.

—Nada más irte tú al hospital, se ha puesto manos a la obra. Enseguida te traigo un café.

Enchufa el hervidor. En la mesa ha servido unos sándwiches de jamón, encurtidos con mostaza, queso, galletas, miel clara y oscura. Sólo hace un par de horas que hemos cenado.

—Ha empezado a gruñir y a dar vueltas y a estar incómodo en la alfombra. Se lo veía como loco del sufrimiento, y yo no podía hacer nada. De pronto, a eso de las siete y cuarto, he oído el cambio. Lo distingo por el ruido que hace cuando ha conseguido desplazarlo a una posición mejor

para apretar. Queda un poco de tarta, no nos la hemos acabado, ¿prefieres la tarta?

—No gracias, con esto es suficiente.

Cojo un sándwich de jamón.

—Así que he abierto la puerta y he intentado convencerlo para que saliera y lo echara.

El hervidor silba. Vierte el agua en mi café instantáneo.

—Espera un momento, te traeré un poco de nata auténtica... Pero ya era tarde. Lo ha echado justo ahí, en la alfombra. Un cagarro así de grande. —Me muestra los dos puños apretados y juntos—. Y duro como mala cosa. Tendrías que haberlo visto. Como una piedra.

»Y tenía razón —añade—. Estaba lleno de plumas a más no poder.

Revuelvo el café marrón.

—Y después, zuum, afuera la parte blanda. Has reventado la presa, eh. —Se lo dice a *Buster*, que ha levantado la cabeza—. Has atufado la casa de lo lindo, eh. Pero casi todo ha ido a parar a la alfombra, así que la he sacado y la he limpiado con la manguera —dice, volviéndose hacia mí—. Luego he cogido el jabón y el cepillo, y al acabar, otro buen manguerazo. Después he fregado el suelo con lejía y he dejado la puerta abierta. Aquí ya no huele, ¿verdad?

—No.

—No sabes cómo me he alegrado al ver su alivio. Pobrecito. Si fuera humano, tendría noventa y cuatro años.

En la primera visita que hice a mi padre e Irlma después de romper mi matrimonio y marcharme al este, dormí en la habitación que antes era la de mis padres. (Mi padre e Irlma ahora duermen en la que antes era la mía). Soñé que acababa de entrar en la habitación donde dormía realmente y encontraba a mi madre de rodillas. Estaba pintando el zócalo de color amarillo. «¿Es que no sabes —dije— que Irlma va a pintar esta habitación de azul y blanco?». «Sí, lo sé —dijo mi madre—, pero he pensado que si me daba prisa y lo hacía, ella lo dejaría estar, no se tomaría la molestia de volver a pintar encima. Pero tendrás que ayudarme —dijo—. Tendrás que ayudarme a pintar, porque tengo que hacerlo mientras duerme».

Y era muy propio de ella, en los viejos tiempos: empezaba algo en un gran arranque de energía y luego, por un repentino ataque de fatiga e impotencia, reclutaba a todo el mundo para ayudarla.

—Estoy muerta, ¿sabes? —decía a modo de explicación—. Así que tengo que hacerlo mientras duerme.

«Irlma nos lleva ventaja a ti y a mí».

¿A qué se refería mi padre con eso?

¿A que ella sólo sabe las cosas que le son útiles, pero las sabe muy bien? ¿A que se puede contar con que cogerá lo que necesite, casi en cualquier circunstancia? Como es una persona que no pone en duda sus necesidades, no pone en duda que tiene la razón en todo lo que siente, dice o hace.

Al describirla a una amiga, dije: «Es una persona que le quitaría las botas a un muerto en la



calle». Y luego, naturalmente, añadí: «¿Qué tiene eso de malo?».

«... maravilla».

«Irlma es una maravilla».

Ocurrió algo de lo que me avergüenzo. Cuando Irlma me contó eso de que mi padre, según él mismo, lamentaba no haber vivido siempre con ella, que la prefería a mi madre, yo le contesté con un tono frío y sensato —ese tono educado que por sí mismo tiene la capacidad de herir— que no me cabía duda que él lo hubiera dicho. (Y así es. Mi padre y yo compartimos la costumbre —no muy digna de elogio— de decir a la gente más o menos lo que creemos que le gustaría oír). Dije que no me cabía duda que él lo hubiera dicho, pero añadí que, en mi opinión, ella había tenido poco tacto al contármelo. «Poco tacto», sí. Ésas fueron las palabras que empleé.

Irlma se sorprendió de que alguien pretendiera aguarle la fiesta de esa manera, con lo ufana, lo exultante, que ella se sentía. Dijo que si algo no soportaba era a la gente que la interpretaba mal, a la gente susceptible. Y se le humedecieron los ojos. Pero en ese instante bajó mi padre, y ella olvidó su propio agravio —o al menos lo olvidó temporalmente— en su preocupación por cuidar de él, por darle algo de comer.

¿En su preocupación? En su amor, podría decir. Su expresión se suavizó por completo, se volvió tierna, rebosante de amor, y su piel adquirió un color rosado.

Hablo con el doctor Parakulam por teléfono.

—¿Por qué cree que le ha subido tanto la fiebre?

—Tiene una infección en algún sitio.

«Obviamente» es lo que no dice.

—¿Está tomando...? Bueno, supongo que estará tomando antibióticos para eso.

—Está tomando de todo.

Un silencio.

—¿Y la infección dónde cree que...?

—Hoy he pedido unas pruebas. Análisis de sangre. Otro electrocardiograma.

—¿Cree que es el corazón?

—Sí, creo que fundamentalmente es eso. Ése es el problema principal. El corazón.

El lunes por la tarde Irlma va al hospital. Iba a llevarla yo —ella no conduce—, pero ha aparecido Harry Crofton en su camión y ha decidido ir con él, para que yo pueda quedarme en la granja. Tanto mi padre como ella se ponen nerviosos cuando «no hay nadie en casa».

Salgo al establo. Bajo una bala de heno y corto el cordel y separo el heno y lo extiendo.

Cuando vengo aquí, suelo quedarme desde el viernes por la noche hasta el domingo por la noche, no más, y ahora que he prolongado mi estancia a la semana siguiente, tengo la impresión de que algo en mi vida ha escapado a mi control. Ya no estoy tan segura de que sea sólo una visita.

Ya no me siento tan conectada con los autobuses que van de un lugar a otro.

Llevo unas sandalias abiertas, unas sandalias baratas de piel de búfalo. Muchas mujeres que conozco usan este tipo de calzado, y se lo considera indicio de cierta preferencia por la vida rústica, cierta fe en lo que es simple y natural. No es práctico cuando se hace la clase de trabajo que estoy haciendo yo ahora. Trozos de heno y cagarrutas de oveja, que parecen grandes pasas negras, se me meten, aplastadas, entre los dedos.

Las ovejas se apiñan alrededor. Desde que las esquilaron en verano, ha vuelto a crecerles la lana, pero aún no la tienen muy larga. Justo después del esquila, de lejos presentan un asombroso parecido con las cabras, y ni siquiera entonces se las ve suaves y pesadas. Les sobresalen los huesos de la cadera, tienen las frentes protuberantes. Les hablo un tanto cohibida mientras extiende el heno. Echo avena en el largo pesebre.

Conozco a gente que piensa que éste es un trabajo reparador y que posee una dignidad característica, pero yo lo conozco desde que nací y tengo una opinión distinta. El tiempo y el espacio pueden estrecharse en torno a mí; es muy fácil que me asalte la sensación de que nunca me he marchado, de que me he quedado aquí toda la vida. Como si mi vida adulta fuera una especie de sueño que nunca se hizo realidad. No me veo como Harry e Irlma, quienes en cierto modo han florecido en esta vida, ni como mi padre, que se ha acomodado a ella, sino más bien como uno de esos inadaptados, cautivos —casi inútiles, célibes, oxidados—, que deberían haberse ido pero no lo hicieron, no pudieron, y ahora no encajan en ningún lugar. Estoy pensando en un hombre que dejó morir sus vacas de hambre un invierno después de la muerte de su madre, no porque lo paralizase el dolor, sino porque no podía tomarse la molestia de salir al establo a darles de comer, ni había nadie para recordarle que debía hacerlo. Eso es algo que puedo creer, que puedo imaginar. Me veo a mí misma como una hija de mediana edad que cumplió su deber, se quedó en casa, pensando que algún día llegaría su oportunidad, hasta que despertó y supo que nunca llegaría. Ahora lee toda la noche y no atiende la puerta y, en un esquivo estado de trance, sale a esparcir el heno para las ovejas.

Cuando estoy acabando con las ovejas, entra en coche en el corral la sobrina de Irlma, Connie. Ha pasado a recoger a su hijo menor por el instituto y viene a ver cómo va todo.

Connie es una viuda con dos hijos y una granja poco rentable a unos kilómetros de distancia. Trabaja como auxiliar de enfermera en el hospital. Además de ser la sobrina de Irlma, es prima segunda mía; a través de ella, según creo, mi padre conoció a Irlma. Tiene los ojos castaños y brillantes, como los de Irlma, pero su mirada es más reflexiva, menos exigente. Tiene un cuerpo capaz, la piel seca, los brazos duros y musculosos, el pelo oscuro corto y canoso. Se percibe un encanto intermitente en su voz y su expresión y todavía se mueve como una buena bailarina. Se pinta los labios y se maquilla los ojos antes de ir a trabajar, y de nuevo al final de la jornada; rebotante de lo que podría describirse inadecuadamente como ánimo o buen humor o bondad humana, aflora a la superficie de una vida que no le ha dado muchas posibilidades de elegir, en la que no ha abundado la suerte.

Manda a su hijo a cerrar la verja por mí —podría haberlo hecho yo— para evitar que las

ovejas se vayan al campo de abajo.

Dice que ha pasado a ver a mi padre en el hospital y que hoy se lo ve mucho mejor: le ha bajado la fiebre y ha comido todo el almuerzo.

—Debes de tener ganas de seguir con tu vida —dice, como si eso fuera lo más natural del mundo y exactamente lo que ella querría hacer en mi lugar.

No puede saber nada de mi vida, que vivo sentada en una habitación, escribiendo, y salgo de vez en cuando a ver a una amiga o a un amante, pero si lo supiera, probablemente diría que tengo derecho a ello.

—Los chicos y yo podemos acercarnos y hacer lo que sea necesario para la tía Irlma. Uno puede quedarse con ella si no quiere estar sola. En cualquier caso, de momento podemos arreglarnos. Puedes ir telefoneando para ver cómo van las cosas. Podrías volver el fin de semana. ¿Qué te parece?

—¿Seguro que no habría inconveniente?

—No creo que sea una situación tan extrema —comenta—. Normalmente, pasas por unos cuantos sustos antes de... ya sabes, antes de que baje el telón. O al menos, eso es lo más corriente.

Creo que puedo llegar aquí en poco tiempo si hace falta. Siempre está la posibilidad de alquilar un coche.

—Yo puedo pasar a verlo todos los días —dice—. Él y yo somos amigos, me habla. Ten la seguridad de que te tendré informada de todo. De cualquier cambio o lo que sea.

Y ésa parece ser la manera en que vamos a organizarlo.

Recuerdo que una vez mi padre me dijo: «Ella me devolvió la fe en las mujeres».

La fe en el instinto de las mujeres, su instinto natural, algo cálido y activo y directo. Algo de lo que yo carezco, pensé, molesta. Pero ahora, hablando con Connie, entiendo mejor a qué se refería. Aunque no era Connie de quien él hablaba. Era Irlma.

Más tarde, cuando piense en todo esto, reconoceré que el mismo rincón del establo donde me hallaba, para esparcir el heno, y donde me asaltó el principio del pánico, es el escenario del primer recuerdo claro de mi vida.

Hay en ese rincón una empinada escalera de madera que sube al pajar, y en la escena recuerdo que estoy sentada en el primer o segundo peldaño mirando a mi padre mientras ordeña la vaca blanca y negra. Sé qué año era: la vaca blanca y negra murió de neumonía en el peor invierno de mi infancia, que fue el de 1935. No es difícil recordar una pérdida tan cara.

Y como la vaca aún sigue viva y yo llevo ropa de abrigo, un chaquetón de lana y leotardos, y a la hora del ordeño ya está oscuro —hay un farolillo colgado de un clavo al lado del compartimento—, probablemente es finales de otoño o principios de invierno. Quizá fuera todavía 1934. Justo antes de que llegara lo más crudo de la estación.

El farolillo cuelga del clavo. La vaca blanca y negra parece increíblemente grande y claramente marcada, al menos en comparación con la vaca roja, o la vaca de un color rojo sucio, su superviviente, en el compartimento contiguo. Mi padre está sentado en el taburete de ordeñar, de tres patas, a la sombra de la vaca. Recuerdo bien el ritmo de los dos chorros de leche cayendo

en el cubo, pero no tanto el sonido. ¿Algo duro y ligero, como el granizo? Fuera de la pequeña zona del establo iluminada por el farolillo están los pesebres llenos de heno enmarañado, el depósito de agua donde un gatito mío se ahogará unos años más tarde; las ventanas con telarañas, las herramientas grandes y brutales —guadañas y hachas y rastrillos— colgadas fuera de mi alcance. En el exterior, la oscuridad de la noche en el campo cuando pasaban pocos coches por nuestra carretera y las casas no tenían luz en el exterior.

Y el frío que incluso entonces debía de estar concentrándose, cobrando fuerza para convertirse en el frío de aquel extraordinario invierno que mató a todos los castaños y muchos árboles frutales.

## ¿PARA QUÉ QUIERES SABER?

Ví la cripta antes que mi marido. Estaba a la izquierda, de su lado del coche, pero él conducía. Íbamos por una carretera estrecha y llena de baches.

—¿Y eso qué era? —pregunté—. Algo raro.

Un gran montículo, que no parecía natural, cubierto de hierba.

Aunque no disponíamos de mucho tiempo, dimos media vuelta en cuanto fue posible. Íbamos a comer con unos amigos que viven en Georgian Bay. Pero tenemos una actitud posesiva con este paisaje y procuramos que no se nos escape nada.

Allí estaba, en medio de un pequeño cementerio rural. Como un enorme animal lanudo, un wombat gigante, holgazaneando en un entorno prehistórico.

Trepamos por un terraplén, abrimos una verja y entramos a ver la parte delantera de aquello. Allí, un muro de piedra, entre un arco superior y uno inferior, y una pared de ladrillo por debajo del arco inferior. Sin nombres ni fechas, nada más que una exigua cruz toscamente marcada en la dovela del arco superior, como trazada con un palo o un dedo. En el otro extremo del montículo, más bajo, sólo tierra y hierba y unas grandes piedras que sobresalían, probablemente colocadas allí para evitar que la tierra se desplazase. Tampoco en éstas se distinguía marca alguna, ninguna pista de quién o qué podía esconderse allí dentro.

Regresamos al coche.

Alrededor de un año después, recibí una llamada de la enfermera de la consulta de mi médico. El médico quería verme; me dieron hora. Supe cuál era el motivo sin necesidad de preguntar. Unas tres semanas antes me había hecho una mamografía en un centro médico de la ciudad. No tenía especial razón para ello, ningún problema en particular. Es sólo que he llegado a la edad en que se recomienda una mamografía anual. Aun así, me salté la del año pasado porque tenía muchas cosas que hacer.

Habían enviado a mi médico el resultado de la mamografía.

Tenía un bulto en el pecho izquierdo, muy profundo, que ni mi médico ni yo habíamos detectado en las palpaciones. Seguíamos sin detectarlo. Mi médico dijo que, según la mamografía, era aproximadamente del tamaño de un guisante. Me había pedido hora con un médico de la ciudad que realizaría una biopsia. Cuando me iba, apoyó una mano en mi hombro. Un gesto de preocupación o para tranquilizarme. Es amigo mío, y yo sabía que la muerte de su primera esposa

había empezado precisamente así.

Tenía diez días por delante antes de ver al médico de la ciudad. Llené el tiempo contestando cartas y limpiando la casa y repasando mis archivos e invitando a gente a cenar. Me sorprendí al ver que me mantenía ocupada de esta manera en lugar de pensar en cosas más profundas, por así llamarlas. No leí nada serio ni escuché música ni entré en ese estado de trance nebuloso mío, como suele ocurrirme a primera hora de la mañana cuando me quedo mirando por el ventanal mientras la luz del sol se filtra entre los cedros. Ni siquiera me apetecía ir a pasear sola, aunque mi marido y yo dábamos nuestros habituales paseos juntos, a pie o en coche.

Se me metió en la cabeza que quería ver otra vez la cripta, y averiguar algo sobre ella. Así que nos pusimos en marcha, convencidos —o relativamente convencidos— de que recordáramos en qué carretera estaba. Pero no la encontramos. Recorrimos la carretera que discurría más al norte, y tampoco allí la encontramos. Seguro que estaba en el condado de Bruce, dijimos, y en el lado septentrional de una carretera sin asfaltar en dirección este-oeste, y cerca había muchas coníferas. Dedicamos tres o cuatro tardes a buscarla, y acabamos confusos y desconcertados. Pero fue un placer, como siempre, estar juntos en esa parte del mundo contemplando el paisaje que creemos conocer tan bien y que siempre nos depara alguna sorpresa.

Aquí el paisaje es un registro de acontecimientos antiguos. Se formó por el avance, la permanencia y el retroceso del hielo. El hielo ha llevado a cabo aquí repetidamente sus conquistas y retiradas, replegándose por última vez hace unos quince mil años.

Una fecha reciente, podríamos decir. Muy reciente ahora que me he acostumbrado a cierta forma de considerar la historia.

Un paisaje glacial como éste es vulnerable. Muchos de sus variados contornos son de grava, y la grava es accesible, fácil de extraer, y siempre hay demanda. Es el material que hace transitables estas pequeñas carreteras secundarias: grava de los montes socavados, las terrazas saqueadas, convertidos en hoyos en la tierra. Y para los granjeros es una manera de embolsarse un dinero. Uno de mis primeros recuerdos es del verano en que mi padre vendió la grava en el banco de arena del río, y vivimos la emoción de los camiones arriba y abajo todo el día, así como la importancia del cartel en nuestra verja: NIÑOS JUGANDO. Se refería a nosotros. Después, cuando se marcharon los camiones, llevándose la grava, quedó la novedad de los pozos y hondonadas que contuvieron, casi hasta el verano, los restos de las crecidas de primavera. Al cabo de un tiempo, en las hondonadas crecieron resistentes plantas con flores, luego hierba y arbustos.

En los grandes yacimientos de grava, se ven colinas convertidas en hondonadas, como si parte del paisaje hubiera conseguido, en un capricho, volverse del revés. Y donde antes sólo había terrazas o bancos de arena, ahora se rizan las aguas de pequeñas lagunas. Con el tiempo, los empinados contornos de las hondonadas se cubren de vegetación, adquiriendo un aspecto exuberante y desigual. Pero las huellas del glacial han desaparecido para siempre.

Así que hay que estar siempre inspeccionando, asimilando los cambios, viendo las cosas

mientras duran.

Tenemos mapas especiales con los que viajamos. Son los mapas que venden junto con un libro titulado *La fisiografía del sur de Ontario*, de Lyman Chapman y Donald Putnam, a quienes llamamos, en confianza pero con tono reverencial, Put y Chap. Estos mapas muestran las habituales carreteras, pueblos y ríos, pero muestran asimismo otras cosas, cosas que para mí fueron una absoluta sorpresa la primera vez que las vi.

Tomemos por ejemplo un mapa: una sección de Ontario meridional al sur de Georgian Bay. Carreteras. Aparecen pueblos y ríos, así como términos municipales. Pero vemos algo más: manchas de amarillo luminoso, verde limpio, gris acorazado y un gris barro más oscuro, y un gris muy claro, y salpicones o franjas o estelas gruesas o finas de azul y tostado y naranja y rosado y violeta y marrón burdeos. Racimos de pecas. Bandas verdes como culebras. Trazos estrechos y ligeros de una pluma roja.

¿Qué es todo esto?

El color amarillo indica arena, no a orillas de los lagos, sino acumulada tierra adentro, a menudo en los lindes de una ciénaga o un lago desaparecido hace mucho tiempo. Las pecas no son redondas, sino romboides, y aparecen en el paisaje como huevos parcialmente enterrados, con el extremo romo contra el avance del hielo. Son drumlins: en apretada abundancia en algunos sitios, escasos en otros. Algunos pueden considerarse colinas grandes y alisadas, algunos apenas sobresalen del terreno. Son una característica geológica que permite clasificar el terreno en que aparecen (un till con drumlins: color tostado) y el terreno un tanto más abrupto en el que no aparecen (till sin drumlins: gris acorazado). De hecho, el glacial los depositó como huevos, deshaciéndose limpia y económicamente del material que había recogido en su arrollador avance. Y allí donde no lo consiguió, el terreno es, lógicamente, más abrupto.

Las estelas de color violeta son las morrenas terminales: muestran los lugares donde se detuvo el hielo en su largo retroceso, dejando una cordillera de escombros en el borde. Los trazos de vivo color verde son los eskers, los rasgos más fáciles de reconocer cuando uno mira por la ventanilla de un coche. Macizos montañosos en miniatura, crestas de dragón: muestran la ruta de los ríos que se abrieron paso por debajo del hielo, en ángulo recto respecto a la parte frontal. Torrentes cargados de grava, que descargaban a su paso. Por lo general, un pequeño y plácido arroyo discurre paralelo al esker, descendiente directo de aquel antiguo e impetuoso río.

El color naranja es para los desaguaderos, los enormes canales que transportaban el agua de deshielo. Y el gris oscuro muestra las ciénagas que surgieron en los desaguaderos, y siguen ahí. El azul indica el terreno arcilloso, donde el agua quedó atrapada en lagos. Estos lugares son llanos pero no alisados, y los campos arcillosos tienen algo de ácido y accidentado. Tierra densa, hierba áspera, drenaje deficiente.

El verde pradera es para el till biselado, la superficie maravillosamente lisa que el viejo lago Warren desbastó en los depósitos a orillas de lo que hoy es el lago Huron.

Los trazos rojos y las líneas de puntos rojos que aparecen en el till biselado o en la arena cercana son los restos de riscos y las playas abandonadas de los antepasados de los Grandes Lagos, cuyos contornos hoy sólo se disciernen por una suave elevación del terreno. Les han dado nombres tan prosaicos, modernos y formales como lago Warren, lago Whittlesey.

En la península de Bruce hay piedra caliza bajo una fina capa de tierra (gris claro), y en torno a la ensenada de Owen y en el cabo de Rich hay esquisto, al pie de la escarpa de Niágara, a la vista allí donde se ha desgastado la piedra caliza. Rocalla que puede convertirse en ladrillo del mismo color que se ve en el mapa: rosado.

Mi paisaje preferido es el que he dejado para el final. Es el kame, o la morrena con kames, que en el mapa sale de un color chocolate burdeos y suele verse en forma de manchas, no bandas. Una gran mancha aquí, otra pequeña allá. Las morrenas con kames muestran el lugar donde se depositó un montón de hielo inmóvil, aislado del resto del glaciar en movimiento, filtrándose la tierra por todos sus orificios y grietas. O a veces muestran donde dos lóbulos de hielo se desprendieron y se rellenó la grieta. Las morrenas terminales son montañosas dentro de lo que puede considerarse una apariencia razonable, no tan lisas como los drumlins, pero, aun así, armoniosas, rítmicas, en tanto que las morrenas con kames son todas irregulares y caóticas, impredecibles, con un aire de azar y secretos.

Todo esto no lo aprendí en la escuela. Creo que entonces había cierto nerviosismo, por temor a contradecir la Biblia en lo que se refería a la creación de la tierra. Lo aprendí cuando vine a vivir aquí, con mi segundo marido, un geógrafo. Cuando regresé al lugar donde creía que no pondría los pies nunca más, el paisaje donde me había criado. Así que mis conocimientos son recientes, immaculados. Obtengo un placer ingenuo y muy especial al relacionar lo que veo en el mapa con lo que veo por la ventanilla del coche. También al intentar adivinar en qué parte del paisaje estamos, antes de mirar el mapa, y acertar las más de las veces. Me resulta apasionante localizar los límites, cuando se trata de distintos tills, o allí donde la morrena terminal pasa a ser una morrena con kames.

Pero siempre hay algo más que el intenso placer de la identificación. Está también el hecho de que existan estos reinos independientes, cada uno con su propia historia y razón de ser, sus cultivos y árboles y hierbajos preferidos —los robles y los pinos, por ejemplo, que crecen en la arena, y los cedros y los lilos, dispersos en piedra caliza—, cada uno con su expresión especial, su propio aliciente para la imaginación. El hecho de que existan estos pequeños territorios allí instalados, plácidamente, donde menos te lo esperas, tan parecidos y distintos como pueden serlo los hermanos, en medio de un paisaje que suele pasar inadvertido, o despreciarse por su apariencia de insulsa superficie agrícola. Ésa es la circunstancia que valoras.

Creí que me habían dado hora para una biopsia, pero resultó que no. Era para que el médico de la ciudad decidiese si me haría una biopsia, y tras examinarme el pecho y ver el resultado de la mamografía, decidió que sí. Sólo había visto el resultado de la mamografía más reciente; las de los años 1990 y 1991 aún no habían llegado del hospital comarcal donde me las realizaron. Se fijó la biopsia para dos semanas después y me entregaron una hoja con instrucciones sobre cómo prepararme.

Dije que me parecía que dos semanas eran una espera muy larga.



A esa altura del partido, dijo el médico, dos semanas eran intrascendentes.

No era eso lo que me habían inducido a creer, pero no me quejé, no después de ver a algunas de las personas en la sala de espera. Tengo más de sesenta años. Mi muerte no sería un desastre. No en comparación con la muerte de una joven madre, una fuente de ingresos para la familia, una niña. No se percibiría como desastre.

El hecho de no encontrar la cripta nos molestaba. Ampliamos nuestra búsqueda. ¿Quizá no se encontraba en el condado de Bruce, sino en el limítrofe condado de Grey? A veces estábamos convencidos de que íbamos por la carretera correcta, pero siempre acabábamos defraudados. Fui a la biblioteca del pueblo a consultar los atlas del condado del siglo XIX, para ver si los cementerios rurales constaban en los mapas municipales. Parecían salir en los mapas del condado de Huron, pero no en Bruce o Grey. (Esto no era así, averigüé más tarde; sí salían, o salían algunos, pero no vi las pequeñas y tenues *ces*).

En la biblioteca me encontré con un amigo que había pasado a vernos el verano anterior poco después de nuestro descubrimiento. Le habíamos hablado de la cripta y dado indicaciones aproximadas de su paradero, porque está interesado en los cementerios antiguos. Me dijo que había anotado las indicaciones nada más llegar a casa. Yo ni siquiera me acordaba de habérselas dado. Fue derecho a casa y buscó el papel; lo encontró milagrosamente, dijo, en medio de un revoltijo de papeles. Regresó a la biblioteca, donde yo seguía consultando los atlas.

«Peabody, Scone, lago McCullough». Eso había anotado.

Más al norte de lo que creíamos; poco más allá de los límites del territorio que habíamos cubierto obstinadamente.

Así que encontramos el cementerio, y la cripta cubierta de hierba, tal como recordábamos, tenía un aspecto sorprendente y primitivo. En esta ocasión disponíamos de tiempo de sobra para explorar. Vimos que la mayoría de las viejas losas habían sido reunidas y dispuestas en forma de cruz. Casi todas eran lápidas de niños. En cualquiera de estos viejos cementerios las fechas más tempranas solían ser de niños, o jóvenes madres muertas en el parto, u hombres jóvenes muertos por accidente: ahogados o aplastados por la caída de un árbol, pisoteados por un caballo salvaje, o en un accidente al construir un establo. Por aquel entonces morían aquí pocos viejos porque apenas los había.

Los apellidos eran casi todos alemanes, y muchas de las inscripciones estaban totalmente en alemán. «*Hier ruhet in Gott*». Y «*Geboren*», seguido del nombre de algún pueblo o provincia de Alemania, y luego «*Gestorben*», con una fecha de las décadas de 1860 o 1870.

«*Gestorben*», aquí en el municipio de Sullivan, en el condado de Grey, en una colonia de Inglaterra, en medio del monte.

*Das arme Herz hienieden  
Von manches Sturm bewegt  
Erlangt den renen Frieden  
Nur wenn es nicht mehr schlagt.*

Siempre he tenido la impresión de que sé leer en alemán, aunque en realidad no sé. Me pareció que en estas líneas se decía algo sobre el corazón, el alma, de la persona aquí enterrada ya libre de todo mal y, por lo general, en mejor situación. «*Herz*» y «*Sturm*» y «*nicht mehr*» eran para mí, como anglohablante, prácticamente inconfundibles. Pero cuando llegué a casa y consulté las palabras en un diccionario alemán-inglés, encontrándolas todas excepto «*renen*» —que fácilmente podía ser «*reinen*» mal escrito—, descubrí que el poema no era tan reconfortante. Parecía decir algo sobre el pobre corazón allí enterrado, que no descansó en paz hasta que dejó de latir.

«Mejor muerto».

Quizá procediera de un libro de poemas lapidarios, y no hubiera mucho donde elegir.

Ni una palabra en la cripta, pese a que la inspeccionamos más detenidamente que la vez anterior. Nada a excepción hecha de esa única cruz, trazada de cualquier manera. Pero nos llevamos una sorpresa en el ángulo nororiental del cementerio. Había allí una segunda cripta, mucho menor que la primera, con la parte superior de hormigón y lisa. Sin tierra ni hierba, pero un cedro de buen tamaño crecía en una grieta del hormigón, alimentándose sus raíces de lo que fuera que había dentro.

Es como una especie de túmulo funerario, dijimos. ¿Algo que había sobrevivido en Europa Central desde tiempos paleocristianos?

En la misma ciudad donde iban a practicar me la biopsia, y donde me hicieron la mamografía, hay una universidad donde mi marido y yo estudiamos en su día. No me permiten sacar libros, porque no me licencié, pero puedo usar el carné de mi marido, y puedo escarbar en las estanterías y en las salas de referencia a mis anchas. En nuestra siguiente visita allí, fui a la Sala de Referencia Regional para leer unos cuantos libros sobre el condado de Grey y averiguar cuanto pudiera sobre el municipio de Sullivan.

Leí acerca de una plaga de palomas migratorias que destruyeron hasta el último cultivo un año a finales del siglo XIX. Y de un terrible invierno en la década de los cuarenta de ese mismo siglo, tan largo y con un frío tan aniquilador que los primeros colonos se alimentaron de coles de vaca desenterradas del suelo. (Yo no sabía qué eran las coles de vaca. ¿Eran coles normales y corrientes cultivadas para dar de comer a las vacas, o algo silvestre y más basto como la col de mofeta? ¿Y cómo podían desenterrarlas con semejante tiempo, estando la tierra dura como una piedra? Siempre hay enigmas).

Un tal Barnes había muerto de inanición por dejar a su familia, para que sobreviviera, las raciones que le correspondían a él.

Un años después de eso una joven escribió a una amiga en Toronto que había una maravillosa

cosecha de moras, más de las que podían recogerse para comer o poner a secar, y que mientras las recogía, había visto un oso, tan cerca que distinguió el brillo de las gotas del zumo de mora en sus bigotes. No tuvo miedo, dijo: atravesaría el monte para echar su carta, con o sin osos.

Pedí textos históricos de iglesias, pensando que habría algo sobre las iglesias católicas alemanas o luteranas que me sirviera. Es difícil presentar estas solicitudes en bibliotecas de referencia, porque a menudo te preguntan qué es, exactamente, lo que quieres saber, y para qué quieres saberlo. A veces incluso es necesario exponer tus razones por escrito. Si estás preparando un trabajo para la universidad, un estudio, lógicamente tienes una buena razón, pero ¿y si es por simple interés? Lo mejor, supongo, es decir que estás elaborando una historia de la familia. A los bibliotecarios no les extraña que la gente haga esas cosas —en especial gente con el pelo gris—, y por lo general se considera una manera razonable de emplear el tiempo. «Simple interés» suena a disculpa, o despierta recelos, y te arriesgas a que te vean como un individuo ocioso que holgazanea en la biblioteca, una persona sin ocupación alguna, sin rumbo, sin nada mejor que hacer. Pensé escribir en mi formulario: «Investigación para un estudio relacionado con la supervivencia de túmulos funerarios en el Ontario de los pioneros». Pero no me atreví. Pensé que quizá me pidieran que lo demostrase.

Sí localicé una iglesia que, pensé, tal vez guardaba relación con nuestro cementerio, ya que estaba a un par de parcelas al oeste y otra al norte. La iglesia evangélica luterana de San Pedro, se llamaba, si es que aún existía.

En el municipio de Sullivan uno se acuerda de cómo eran en todas partes los campos de labranza antes de la llegada de la gran maquinaria agrícola. Estos campos han conservado la superficie que puede atenderse con el arado tirado por un caballo, la agavilladora, la segadora. Las cercas de postes siguen en su sitio —aquí y allá, hay un tosco muro de piedra— y en los límites crecen espinos, ciruelos, palmas de oro, musgo español.

Estos campos no han cambiado porque la eliminación de las cercas no proporciona beneficio alguno. Las cosechas que pueden obtenerse no merecen la pena. Dos grandes y escabrosas morrenas forman una curva en la franja meridional del municipio —aquí, las bandas violeta se convierten en serpientes hinchadas como si cada una hubiera engullido una rana— y hay entre ellas un desagadero cenagoso. Al norte, la tierra es arcillosa. Aquí las cosechas no debieron de ser gran cosa, aunque entonces la gente se resignaba más que hoy día a labrar una tierra poco rentable, agradecía más lo que pudiese sacar de ella. Allí donde ahora se da algún uso a esta tierra es para pastos. Las zonas boscosas —el monte— vuelven a cobrar interés. En zonas rurales como ésta, la tendencia ya no es tanto a domesticar el paisaje y aumentar la densidad de población, sino más bien todo lo contrario. El monte nunca volverá a extenderse por completo, pero gana terreno de manera considerable. Los ciervos, los lobos, que casi se habían extinguido, han reclamado parte de su territorio. Quizá pronto haya osos, dándose de nuevo un festín de moras, y en los vergeles silvestres. Quizá ya están aquí.

Conforme se desvanece la idea de la agricultura, surgen empresas inesperadas para sustituirla. Cuesta creer que perduren. TODOS LOS CROMOS DE DEPORTES, dice un cartel que empieza a

desgastarse. SE VENDEN CASAS DE DOS PUERTAS PARA PERROS. Un lugar donde se repara la rejilla de las sillas, SUPERTALLER DE NEUMÁTICOS. Se ofrecen antigüedades y tratamientos de belleza. Huevos oscuros, sirope de arce, clases de gaita, peluquería unisex.

Llegamos a la iglesia luterana de San Pedro un domingo por la mañana justo cuando la campana anuncia el oficio y las manecillas del campanario señalan las once. (Después nos enteramos de que esas manecillas no indican la hora: señalan permanentemente las once. Hora de misa).

San Pedro es grande y hermosa, de sillares de piedra caliza. Un alto chapitel en la torre y un moderno atrio de cristal que impide el paso del viento y la nieve. También un largo cobertizo de piedra y madera para los coches: un recordatorio de los tiempos en que la gente iba a la iglesia en calesas y trineos tirados por caballos. Una bonita casa de piedra, la rectoría, rodeada de flores estivales.

Seguimos hacia Williamsford por la Carretera 6, para comer, y dejar al pastor un tiempo razonable para recuperarse del oficio matutino antes de llamar a la puerta de la rectoría para recabar información. A un par de kilómetros carretera adelante, hacemos un descubrimiento desalentador. Otro cementerio —el cementerio de San Pedro, con sus lejanas fechas y apellidos alemanes—, por lo cual nuestro cementerio, tan cerca, es aún más desconcertante, un huérfano.

Regresamos de todos modos, a eso de las dos. Llamamos a la puerta de la rectoría y, al cabo de un rato, aparece una niña e intenta descorrer el cerrojo de la puerta. No puede, y nos hace señas para que demos la vuelta hacia la parte de atrás. Mientras vamos hacia allí, corre a recibirnos.

El pastor no está, dice. Ha ido a celebrar el oficio vespertino en Williamsford. Sólo están en casa nuestra informadora y su hermana, que cuidan al perro y los gatos del pastor. Pero si queremos saber algo de iglesias o cementerios o historia, deberíamos ir a preguntar a su madre, que vive cuesta arriba en la casa nueva y grande de troncos.

Nos dice su nombre: Rachel.

La madre de Rachel no parece en absoluto sorprendida por nuestra curiosidad, ni molesta por nuestra visita. Nos invita a entrar en la casa, donde hay un perro interesado y ruidoso y un marido muy tranquilo acabando un almuerzo tardío. La planta principal de la casa es toda ella un único y gran espacio con una amplia vista de los campos y los árboles.

La mujer saca un libro que no vi en la Sala de Referencia Regional. Una vieja historia del municipio, encuadernada en tapa blanda. Cree que incluye un capítulo sobre cementerios.

Y así es. Poco después ella y yo leemos juntas un apartado sobre el cementerio de Mannerow, «famoso por sus dos panteones». Hay una foto granulosa de la cripta de mayor tamaño. Se dice que fue construida en 1895 para albergar el cuerpo de un niño de tres años, un hijo de la familia Mannerow. Otros miembros de la familia fueron inhumados allí en años posteriores. Un matrimonio Mannerow fue enterrado en la cripta más pequeña en el rincón del cementerio. Lo que originalmente fue un camposanto familiar, con el tiempo pasó a ser público y cambió de nombre, pasando de Mannerow a Cedardale.

Los panteones se techaron con hormigón desde el interior.

La madre de Rachel dice que sólo queda un descendiente de la familia en el municipio. Vive en Scone.

—Al lado de la casa de mi hermano —añade—. Hay sólo tres casas en Scone. No más. Está la casa de ladrillos amarilla, y ésa es la de mi hermano; luego la del medio, que es la de los Mannerow. Así que quizás ellos puedan decirle algo más, si va y les pregunta.

Mientras hablaba con la madre de Rachel y miraba el libro de historia, mi marido se sentó a la mesa y charló con su marido. Así es como deben entablarse las conversaciones en esta parte del país. El marido preguntó de dónde éramos, y al oír que éramos del condado de Huron, dijo que lo conocía muy bien. Fue allí nada más desembarcar, dijo, cuando llegó de Holanda poco después de la guerra, en 1948, sí. (Es mucho mayor que su esposa). Vivió un tiempo cerca de Blyth y trabajó en un criadero de pavos.

Lo oigo contarle, y cuando concluyo mi propia conversación, le pregunto si fue en el criadero de pavos Wallace donde trabajó.

Sí, contesta, ése fue. Y su hermana se casó con Alvin Wallace.

—Corrie Wallace —digo.

—Exacto. Es ella.

Le pregunto si conoció a algún Laidlaw de esa zona, y responde que no.

Le digo que si trabajó para Wallace y familia (otra regla en nuestra parte del país es que nunca se dice «los tal y cual», sino sólo el apellido), tuvo que conocer a Bob Laidlaw.

—Él también crió pavos —le digo—. Y conocía a Wallace y familia de cuando fueron al colegio juntos. A veces trabajaba con ellos.

—¿Bob Laidlaw? —pregunta con tono cada vez más exclamativo—. Sí, claro que lo conocía. Pero pensaba que hablaba usted de los alrededores de Blyth. Él tenía una granja en Wingham. Al oeste de Wingham. Bob Laidlaw.

Le cuento que Bob Laidlaw se crió cerca de Blyth, en la Octava Línea del municipio de Morris, y fue así como conoció a los hermanos Wallace, el padre y el tío de Alvin. Todos habían estudiado en la escuela E. S. 1, Morris, justo al lado de la granja Wallace.

Me mira más detenidamente y se echa a reír.

—No dirá que es su padre, ¿verdad? ¿No será usted Sheila?

—Sheila es mi hermana. Yo soy la mayor.

—No sabía que había una mayor —dice—. No lo sabía. Pero Bill y Sheila... a ellos sí los conocía. Venían a trabajar con nosotros, antes de la Navidad. ¿Usted nunca iba allí?

—Para entonces yo ya me había ido de casa.

—Bob Laidlaw. Bob Laidlaw era su padre. Vaya, tenía que haberlo adivinado desde el principio. Pero me ha despistado al hablar de los alrededores de Blyth. Yo pensaba que Bob Laidlaw era de Wingham. No tenía la menor idea de que hubiese nacido en Blyth.

Se echa a reír y alarga el brazo por encima de la mesa para estrecharme la mano.

—Ahora sí, ahora me doy cuenta. La chica de Bob Laidlaw. Tiene los mismos ojos. De eso

hace mucho tiempo. Mucho tiempo.

No sé si se refiere a que ha pasado mucho tiempo desde que mi padre y los chicos Wallace fueron a la escuela en el municipio de Morris, o si ha pasado mucho tiempo desde que él era un joven recién llegado de Holanda, y trabajó con mi padre y mis hermanos preparando los pavos de Navidad. Pero coincido con él, y luego los dos decimos que el mundo es un pañuelo. Lo decimos, como suele hacer la gente, con una sensación de asombro y renovación. (La gente que no se consuela con este descubrimiento generalmente elude hacerlo). Exploramos la conexión hasta sus límites, y pronto descubrimos que no hay mucho más que sacarle, pero los dos nos damos por satisfechos. Él se alegra de que le recuerden los tiempos en que era joven, recién llegado al país y capaz de dedicarse a cualquier trabajo que le ofreciesen, con confianza en lo que le depararía el futuro. Y a juzgar por el aspecto de esta casa bien construida, con su amplia vista, y su animada mujer, su preciosa Rachel, su cuerpo todavía alerta y útil, realmente da la impresión de que las cosas le han ido bastante bien.

Y a mí me alegra encontrar a alguien que puede verme aún como parte de mi familia, que recuerda a mi padre y el lugar donde mis padres trabajaron y vivieron durante toda su vida de casados, primero con esperanza y luego con honorable persistencia. Un lugar por el que rara vez paso y que apenas puedo relacionar con la vida que ahora hago, pese a que no está a mucho más de treinta kilómetros.

Ha cambiado, naturalmente, ha cambiado por completo, convirtiéndose en un desguace de coches. El jardín delantero y lateral y el huerto y los arriates de flores, el henar, el celindo, los lilos, el tocón de castaño, el prado y el terreno cubierto en otro tiempo por los criaderos de zorros, todo ha sido barrido por una avalancha de piezas de coche, carrocerías destripadas, faros rotos, calandras y guardabarros, asientos vueltos del revés con el relleno hinchado y podrido: pilas de metal pintado, oxidado, ennegrecido, reluciente, entero o retorcido, desafiante y superviviente.

Pero no es eso lo único que lo priva de significado para mí. Es el hecho de que está sólo a treinta kilómetros, de que podría verlo a diario si quisiera. El pasado debe abordarse desde cierta distancia.

La madre de Rachel nos pregunta si nos apetece ver la iglesia por dentro, antes de partir hacia Scone, y decimos que sí. Caminamos cuesta abajo, y ella, hospitalariamente, nos acompaña hasta el interior alfombrado de rojo. Huele un poco a humedad o a moho, como suele ocurrir en los edificios de piedra, por limpios que los mantengan.

Nos habla de cómo han evolucionado las cosas con este edificio y sus feligreses.

La iglesia en sí se construyó hace unos años, añadida a las aulas de catequesis y la cocina de debajo.

La campana sigue doblando por la muerte de cada miembro de la parroquia. Un tañido por cada año de vida. Todos los que están lo bastante cerca para oírlo pueden contar las veces que suena e intentar deducir quién es el difunto. A veces es fácil: una persona cuya muerte se esperaba. A veces es una sorpresa.

Menciona que el atrio de la iglesia es moderno, como ya debemos de haber notado. Se produjo una gran discusión cuando se construyó, entre quienes lo consideraban necesario e incluso les

gustaba, y quienes se oponían. Finalmente tuvo lugar una escisión. A quienes no les gustaba se marcharon a Williamsford y formaron allí su propia parroquia, aunque con el mismo pastor.

El pastor es una mujer. La última vez que tuvo que contratarse a un pastor, cinco de los siete candidatos eran mujeres. Está casada con un veterinario, y antes ella misma era veterinaria. Todo el mundo la aprecia. Aunque hubo un luterano de Desboro que se levantó y se marchó de un funeral al descubrir que lo oficiaba ella. No pudo soportar la idea de ver a una mujer en el púlpito.

El credo luterano forma parte del Sínodo de Misuri, y ellos son así.

Hubo un gran incendio en la iglesia hace un tiempo. Destruyó casi todo el interior, pero la estructura quedó intacta. Cuando después se limpiaron la cara interna de las paredes que quedaban en pie, al restregar el hollín se desprendieron las sucesivas capas de pintura, y debajo había una sorpresa. Un tenue texto en alemán, con letra gótica, que no se borró del todo. Estaba oculto bajo la pintura.

Y ahí está. Retocaron la pintura, y ahí está.

«*Ich hebe meine Augen auf zu den Bergen, von welchen mir Hilfe Kommt*». Eso está en una pared lateral. Y en la pared de enfrente: «*Dein Wort ist meines Fusses Leuchte und ein Licht auf meinem Wege*».

«Alzaré los ojos hacia los montes, de donde proviene mi ayuda».

«Tu palabra es una lámpara para mis pies y una luz para mi camino».

Nadie había sabido, nadie había recordado que esas palabras alemanas estaban allí, hasta que las revelaron el fuego y la limpieza. Debieron de pintar encima en algún momento, y después ya nadie volvió a hablar de ellas, de modo que el recuerdo de su existencia se desvaneció por completo.

¿Cuándo? Es muy probable que ocurriese a principios de la Primera Guerra Mundial, la guerra de 1914-1918. No era un buen momento para exhibir rótulos en alemán, aun cuando reprodujeran textos sagrados, ni convino mencionarlo durante muchos años.

Estar en la iglesia con esa mujer de guía me da una ligera sensación de extravío, o un sentimiento de perplejidad, o de haberlo interpretado toda al revés. Las palabras en la pared me llegan al alma, pero no soy creyente y no me inducen a serlo. Ella parece ver su iglesia, incluidas esas palabras, como si fuera su guardiana. De hecho, comenta con tono crítico que se ha borrado o desconchado un poco de pintura —en la «L» ornamental de «*Licht*»—, y debería restaurarse. Pero ella es la creyente. Parece que siempre hay que cuidar lo que está en la superficie, y lo que está detrás, tan inmenso y perturbador, se cuidará por sí solo.

En cristales independientes de los vitrales se muestran los siguientes símbolos:

La paloma (encima del altar).

Las letras Alfa y Omega (en la pared del fondo).

El Santo Grial.

La Gavilla de Trigo.

La Cruz en la Corona.

El Barco Anclado.

El Cordero de Dios cargando la Cruz.

El Pelicano Mítico, de plumas doradas, del que se cree que alimenta a sus crías con la sangre de su propio pecho abierto, como Cristo a la Iglesia. (Tal y como se representa aquí, el Pelicano Mítico se parece a un pelicano real sólo por el hecho de ser un ave).

Pocos días antes de la fecha prevista para la biopsia, recibo una llamada del hospital de la ciudad para comunicarme que se ha anulado la intervención.

He de acudir a la cita igualmente, para hablar con la radióloga, pero no necesito ayunar en preparación para el quirófano.

Anulado.

¿Por qué? ¿Por la información de las otras dos mamografías?

Tiempo atrás conocía a un hombre que fue al hospital para que le quitaran un pequeño bulto en el cuello. Me cogió la mano y se la llevó a ese bultito absurdo, y riendo, hablamos de exagerar su gravedad y conseguirle así un par de semanas de baja en el trabajo, para irnos juntos de vacaciones. Le examinaron el bulto, pero anularon cualquier intervención quirúrgica posterior al descubrirse otros muchos bultos, muchísimos. El dictamen fue que sería inútil operar. De pronto era un hombre marcado. Se acabaron las risas. Cuando fui a verlo, me miró con una ira casi estupefacta, no podía evitarlo. El mal se había extendido por todo él, le dijeron.

Esa misma expresión oía yo de niña, pronunciada siempre en unos susurros que parecían abrir la puerta, medio voluntariamente, a la calamidad. Medio voluntariamente, e incluso con un horrendo asomo de invitación.

En Scone paramos en la casa del medio, no después de visitar la iglesia, sino el día después de la llamada del hospital. Buscamos alguna distracción. Ya ha cambiado algo; nos fijamos en lo familiares que empiezan a resultarnos el paisaje del municipio de Sullivan y la iglesia y los cementerios y las aldeas de Desboro y Scone y el pueblo de Chesley, en cómo se han reducido las distancias entre los lugares. Quizá ya habíamos averiguado todo lo que había que averiguar. Podría haber alguna que otra explicación más —tal vez la idea del panteón se debía a la reticencia de alguien a dejar bajo tierra a un niño de tres años—, pero lo que se nos había antojado tan cautivador aparece ahora perfilado en un esquema de cosas que conocemos.

Nadie abre la puerta. La casa y el jardín están bien cuidados. Miro alrededor los vistosos arriates de flores anuales y hierba de San Juan y un negrito sentado en un tocón con una bandera canadiense en la mano. Ya no hay tantos negritos en los jardines de la gente como antes. Niños mayores, gente de la ciudad, debieron de prevenirlos contra ellos, aunque no creo que fuera un insulto racial consciente. Era más bien que la gente sentía que un negrito confería un toque de compañerismo, y encanto.

La puerta de la casa da a un porche estrecho. Entro y toco el timbre. Hay el sitio justo para pasar junto a una butaca con un chal encima y un par de mesas de mimbre con plantas en macetas.

Sigue sin aparecer nadie. Pero oigo sonoros cantos religiosos dentro de la casa. Un coro, cantando *Adelante, soldados cristianos*. Por la ventana de la puerta veo a los cantores en el



televisor de una habitación interior. Túnicas azules, muchas caras oscilantes recortándose contra un cielo crepuscular. ¿El Coro del Tabernáculo Mormón?

Escucho la letra, que antes conocía. Por lo que sé, estos cantores están acabando la primera estrofa.

No toco más el timbre hasta que acaban.

Vuelvo a intentarlo, y viene la señora Mannerow. Una mujer de baja estatura y aspecto competente con apretados rizos de color castaño grisáceo; viste una blusa azul de flores a juego con su pantalón azul.

Dice que su marido es muy duro de oído, y por tanto no tendría mucho sentido hablar con él. Y ha vuelto del hospital hace unos días, de modo que no está con ánimos para hablar. Ella tampoco tiene mucho tiempo para hablar, porque está a punto de salir. Viene su hija de Chesley a recogerla. Van a un picnic familiar para celebrar las bodas de oro de los padres del marido de su hija.

Pero no le importa contarme lo que sabe.

Aunque, como familia política que ella es, nunca ha sabido gran cosa.

Y ni siquiera ellos sabían gran cosa.

Noto algo nuevo en la disponibilidad tanto de esta mujer mayor como de la enérgica mujer más joven de la casa de troncos. No parece extrañarles que alguien quiera saber cosas a las que no puede sacar un provecho concreto o carecen de importancia práctica. No insinúan que tienen otras cosas mejores en que pensar. Es decir, cosas reales. Trabajo real. Cuando era pequeña, no se fomentaba el interés en conocimientos no prácticos de ninguna clase. Estaba bien saber qué campo era el idóneo para qué cultivo, pero no estaba bien saber ninguno de los datos sobre la geografía glacial que he mencionado. Era necesario aprender a leer, pero no era ni mucho menos deseable acabar con la nariz enterrada en un libro. Si uno tenía que aprender historia e idiomas para acabar los estudios en el colegio, lo lógico era olvidar esas cosas lo más deprisa posible. De lo contrario, *destacabas*. Y eso no era una buena idea. E interesarse por los «tiempos de antaño» — ¿Qué había aquí? ¿Qué pasó allí? ¿Por qué? ¿Por qué?— era una manera de destacar tan segura como cualquier otra.

Naturalmente, en los forasteros, en la gente de la ciudad a la que le sobra el tiempo, sí cabe esperar algo de esa actitud. Tal vez esta mujer piense que eso es lo que soy. Pero la más joven supo que no era el caso, y aun así, pareció considerar comprensible mi curiosidad.

La señora Mannerow dice que ella también sintió curiosidad. Al principio de su matrimonio, sintió curiosidad. ¿Por qué metían a su gente allí de esa manera, de dónde sacaron la idea? Su marido no lo sabía. Los Mannerow lo daban por hecho. No sabían la razón. Lo daban por hecho porque siempre había sido así. Ésa era su costumbre y nunca se les ocurrió plantearse por qué lo hacía la familia o de dónde había sacado la idea.

¿Sabía yo que el panteón era de hormigón por dentro?

El pequeño también por fuera. Sí. Ella hacía tiempo que no iba al cementerio y se había olvidado de él.

Sí recordaba el último funeral que celebraron cuando enterraron a la última persona en el panteón grande. La última vez que lo habían abierto. Fue por la señora Lempke, de soltera Mannerow. Sólo quedaba sitio para uno más, y fue ella. Después no hubo espacio para nadie más.

Cavaron por un extremo y retiraron los ladrillos; entonces, antes de meter el ataúd, pudo verse parte del interior. Dentro había ataúdes a ambos lados. Puestos allí a saber hacía cuánto tiempo.

—Me dio una sensación extraña —dice—. La verdad. Porque una está acostumbrada a ver los ataúdes cuando son nuevos, pero no tanto cuando son viejos.

Y al fondo, justo al otro extremo de la entrada, una mesita. Una mesita con una Biblia abierta encima.

Y al lado de la Biblia, una lámpara.

Era una lámpara antigua corriente, de las que ardían con petróleo.

Y allí sigue todo ahora igual que antes, cerrado a cal y canto sin que nadie vuelva a verlo.

—Nadie sabe por qué lo hacían. Lo hacían, sin más.

Me sonrío con una especie de perplejidad sociable, sus ojos casi incoloros agrandados, como los de una lechuza, a causa de las gafas. Mueve la cabeza en un par de trémulos gestos de asentimiento. Como si dijera: «Es incomprensible, ¿no?». Un sinfín de cosas, incomprensibles. Sí.

La radióloga dice que, al examinar las mamografías remitidas por el hospital comarcal, vio que el bulto ya estaba allí en 1990 y 1991. No había cambiado. Seguía en el mismo sitio, del mismo tamaño. Dice que nunca se puede estar seguro en un cien por cien de que tales bultos son benignos a menos que se haga una biopsia. Pero hay bastantes garantías. Una biopsia es un procedimiento invasivo, y si ella estuviera en mi lugar, no se la haría. Se haría otra mamografía al cabo de seis meses. Si fuera su pecho, estaría atenta, pero por el momento no lo tocaría.

Pregunto por qué nadie me había hablado del bulto cuando salió.

«Ah —dice—, no debieron verlo».

Así que ésta ha sido la primera vez.

Estos sustos vienen y van.

Y un día habrá uno que no. Uno que no se irá.

Pero de momento, el maíz está en flor, el verano ya declina, el tiempo vuelve a dejar espacio a las riñas y las trivialidades. Los días ya no tienen duras aristas, ni zumba la sensación de destino en las venas como un enjambre de insectos pequeños e implacables. De vuelta al punto en que ningún gran cambio parece anunciarse más allá del cambio de las estaciones. Cierta grado de aspereza, cierta despreocupación, incluso otra vez una posibilidad fortuita de aburrimiento dentro de los confines de la tierra y el cielo.

De camino a casa desde el hospital de la ciudad, digo a mi marido:

—¿Crees que habrán puesto petróleo en esa lámpara?

Enseguida sabe a qué me refiero. Dice que eso mismo se ha preguntado él.

## EPÍLOGO

## HERALDO

Mi padre escribió que el paisaje creado por los esfuerzos de los pioneros había cambiado muy poco a lo largo de su vida. Las granjas seguían siendo del tamaño que permitía una explotación cómoda en aquella época, y las parcelas de bosque seguían en los mismos lugares, y las cercas, aunque reparadas muchas veces, seguían donde siempre habían estado. También los grandes establos en pendiente, no los primeros establos, sino construcciones de finales del siglo XIX, básicamente para el almacenamiento de heno y el cobijo del ganado en invierno. Y muchas de las casas —las iniciales construcciones de troncos dieron paso a las casas de ladrillos— estaban allí desde algún momento de las décadas de 1870 o 1880.

De hecho, nuestros primos habían conservado la casa de troncos construida por los primeros muchachos Laidlaw en el municipio de Morris, sin añadir más que anexos en distintos momentos. El interior de esta casa era desconcertante y encantador, llena de recodos y de cortos e inexplicables tramos de escalera.

Ahora que la casa ya no está, se han echado abajo los establos (también la vaqueriza construida de troncos). Lo mismo sucedió a la casa donde nació mi padre, y a la casa donde vivió mi abuela de niña, a todos los establos y cobertizos. La tierra donde se alzaban estas construcciones puede identificarse tal vez por una ligera elevación en el terreno, o por un grupo de lilos; por lo demás, se ha convertido en un simple pedazo de tierra.

En los inicios del condado de Huron, existía un gran comercio de manzanas: se distribuían cientos de miles de fanegas, según me han contado, o se vendían a la planta evaporadora de Clinton. Ese comercio se extinguió hace muchos años al iniciarse la explotación de los vergeles de la Columbia Británica, con su temporada de fruta más larga. Ahora quedarán dos o tres árboles, con sus manzanas pequeñas y roñosas. Y esos lilos imperecederos. Esto es lo único que se conserva de las granjas desaparecidas; no queda otra señal de que aquí haya vivido alguna vez alguien. Las cercas se han derribado allí donde hay cultivos en lugar de ganado. Y, por supuesto, han aparecido en la última década los criaderos, naves de escasa altura tan largas como una manzana de ciudad, tan imponentes y misteriosas como las penitenciarías, con los animales encerrados en su interior, nunca a la vista: pollos y pavos y cerdos criados a la manera moderna, con alto rendimiento y alta rentabilidad.

A mí, con la eliminación de tantas cercas, y de vergeles y casas y establos, me da la impresión de que el campo parece más pequeño, no más grande, del mismo modo que el espacio antes ocupado por una casa parece asombrosamente pequeño cuando ves sólo los cimientos. Todos esos

postes y alambres y setos y cortavientos, esas hileras de árboles que dan sombra, esos usos diversos de las parcelas de tierra, esas peculiares colonias de casas ocupadas y dependencias útiles a cada medio kilómetro poco más o menos: toda esa disposición y cobijo para vidas que eran conocidas y secretas. Daba la impresión de que cada ángulo de una cerca y cada recodo de un arroyo fueran especiales.

Como si entonces se viera más, aunque ahora se vea más lejos.

En el verano de 2004, visité Joliet en busca de algún rastro de la vida de William Laidlaw, mi tatarabuelo, que murió allí. Fuimos en coche desde Ontario, atravesando Michigan, por lo que en una época fue la carretera de Chicago y antes de eso la ruta de La Salle y los viajeros de las Primeras Naciones indígenas, y ahora es la Autopista 12, que pasa por los antiguos pueblos de Coldwater y Sturgis y White Pigeon. Los robles eran magníficos. Roble albar, roble rojo, roble azul, con sus ramas extendidas en arco por encima de las calles de los pueblos y los tramos de carreteras comarcales. También grandes nogales, y arces, claro, toda la exuberancia de la zona meridional de Ontario, que me es un tanto ajena, ya que está al sur de la región que yo mejor conozco. Aquí crece la hiedra venenosa a un metro de altura en lugar de ser una alfombra en el lecho del bosque, y las enredaderas parecen envolver los troncos de todos los árboles, hasta tal punto que los bosques, vistos desde la carretera, son impenetrables: hay coronas y cortinas de verde por todas partes.

Escuchamos música en la Radio Pública Nacional, y luego, cuando se perdió la señal, escuchamos a un predicador que contestaba a las preguntas de los oyentes sobre los demonios. Los demonios pueden poseer a animales y casas y elementos del paisaje, así como a personas. A veces parroquias y credos enteros. El mundo es un hervidero de demonios y se están confirmando las profecías de que proliferarán en los Últimos Días. Que son inminentes.

Banderas por todas partes. Señales. Que Dios bendiga a Estados Unidos.

Luego las autovías al sur de Chicago, obras en las carreteras, peajes inesperados, el restaurante construido en un paso elevado, ahora vacío y oscuro, un prodigio de tiempos pasados. Y Joliet bordeada de las casas de los nuevos barrios residenciales, como todas las ciudades de hoy día, hectáreas de casas, kilómetros de casas, adosadas o independientes, todas parecidas. Y hasta éstas son preferibles, creo, a esas otras casas más suntuosas que también hay aquí, apartadas, no iguales pero todas emparentadas, con amplios espacios cubiertos para coches y ventanas de altura suficiente para una catedral.

Ninguna muerte registrada en Joliet hasta 1843. Ningún Laidlaw incluido en las primeras listas de los colonos o aquellos enterrados en los primeros cementerios. ¿Qué delirio me ha traído a un sitio como éste —es decir, a cualquier sitio que haya prosperado, o incluso crecido, durante el pasado siglo— con la esperanza de formarme una idea de cómo eran las cosas hace más de ciento cincuenta años? Buscar una tumba, un recuerdo. Sólo una entrada de la lista me llama la atención.

«Cementerio desconocido».

En cierto rincón del municipio de Homer, un cementerio en el que sólo se han encontrado dos losas, pero en el que, decían, tiempo atrás existieron hasta veinte. Las dos losas que quedan, según los registros, llevan los nombres de personas que fallecieron en el año 1837. Se especula con que algunas de las otras podían ser las de los soldados que murieron en la guerra de Halcón Negro.

Eso significa que existía un cementerio antes de la muerte de Will.

Vamos hasta allí, en coche hasta la esquina de la 143 con Parker. En el ángulo noroccidental hay un campo de golf; en los ángulos oriental y suroriental se han construido recientemente casas con zonas ajardinadas. En el ángulo suroccidental hay casas, también bastante nuevas, pero con la diferencia de que sus jardines, en el exterior, no llegan a la calle, separados de ésta por una elevada valla. Entre esta valla y la calle se extiende una franja de tierra totalmente asilvestrada.

Me adentro en ella, apartando la vigorosa hiedra venenosa. Entre los árboles a medio crecer y la maleza impenetrable, oculta a la vista desde la calle, escudriño alrededor; no puedo erguirme porque me lo impiden las ramas de los árboles. No veo ninguna lápida inclinada, caída o rota, ni ninguna planta de jardín —rosales, por ejemplo— que podrían indicar que allí en otro tiempo hubo sepulturas. Es inútil. La hiedra venenosa empieza a darme aprensión. Me abro paso a tientas hacia la salida.

Pero ¿por qué ha permanecido ahí esa tierra agreste? El enterramiento humano es una de las pocas razones por las que se deja intacto cualquier pedazo de tierra, hoy día, cuando toda la tierra alrededor tiene algún uso.

Podría seguir investigando. Es lo que hace la gente. Una vez que han empezado, siguen cualquier pista. Gente que apenas ha leído en toda su vida se sumerge en documentos, y algunos que a duras penas habrían sabido decir en qué año empezó y acabó la Primera Guerra Mundial sueltan a diestro y siniestro fechas de siglos pasados. Estamos hechizados. Ocurre sobre todo en la vejez, cuando nuestro futuro individual se cierra y no podemos imaginar el futuro de los hijos de nuestros hijos, a veces incluso nos cuesta creer en él. No podemos resistirnos a revolver de este modo en el pasado, cribando las pruebas no fidedignas, vinculando nombres dispersos y fechas y anécdotas inciertas, aferrándonos a los hilos, insistiendo en unirnos a muertos y, por lo tanto, a la vida.

Otro cementerio, en Blyth. Adonde se trasladaron los restos de James para inhumarlos, décadas después de morir por la caída de un árbol. Y aquí es donde está enterrada Mary Scott. Mary, que escribió la carta desde Ettrick para atraer al hombre que quería que volviera y se casara con ella. En su lápida está el nombre de él, «William Laidlaw».

«Muerto en Illinois». Y enterrado Dios sabe dónde.

Junto a ella están los restos y la lápida de su hija Jane, la niña nacida el día de la muerte de su padre, a quien se llevaron de Illinois cuando era bebé. Murió a los veintiséis años, al dar a luz a su primer hijo. Mary murió dos años después. Así que tuvo que asimilar esa pérdida, también, antes de su final.

El marido de Jane yace cerca de ella. Se llamaba Neil Armour y también él murió joven. Era hermano de Margaret Armour, esposa de Thomas Laidlaw. Eran hijos de John Armour, el primer

maestro de la E. S. 1 del municipio de Morris, donde estudiaron muchos de los Laidlaw. El niño que le costó la vida a Jane se llamó James Armour.

Y aquí un recuerdo vivo se agita en mi mente. Jimmy Armour. «Jimmy Armour». No sé qué fue de él, pero conozco su nombre. Y no sólo eso. Creo que lo vi una vez o más de una, un viejo que vino de visita de dondequiera que viviese entonces al lugar donde había nacido, un viejo entre otros viejos: mis abuelos, las hermanas de mi abuelo. Y ahora se me ocurre que debió de criarse con esa gente: mi abuelo y mis tías abuelas, los hijos de Thomas Laidlaw y Margaret Armour. Eran sus primos carnales, al fin y al cabo, sus primos carnales por las dos líneas. Mi tía Annie, mi tía Jenny, mi tía Mary, mi abuelo William Laidlaw, el *padre* de las memorias de mi padre.

Ahora todos estos nombres que he estado reuniendo se relacionan con las personas vivas en mi mente, y con las cocinas perdidas, el lustroso borde niquelado en los amplios fogones de presencia dominante, los escurrideros de madera verde que nunca se secaban del todo, la luz amarilla de las lámparas de petróleo. Las lecheras en el porche, las manzanas en el sótano, los tubos de las estufas atravesando los agujeros del techo, el establo calentado en invierno por los cuerpos y el aliento de las vacas: esas vacas a quienes todavía hablábamos con palabras que eran corrientes en los tiempos del rey que rabió. «¡Sus! ¡Sus!» El salón frío y encerado donde se ponía el ataúd cuando alguien moría.

Y en una de esas casas —no recuerdo de quién—, una cuña mágica para sostener la puerta, una gran concha de nácar que yo reconocía como un heraldo venido de cerca y de lejos, porque podía acercármela al oído —cuando no había allí nadie para impedírmelo— y descubrir el tremendo latido de mi propia sangre.